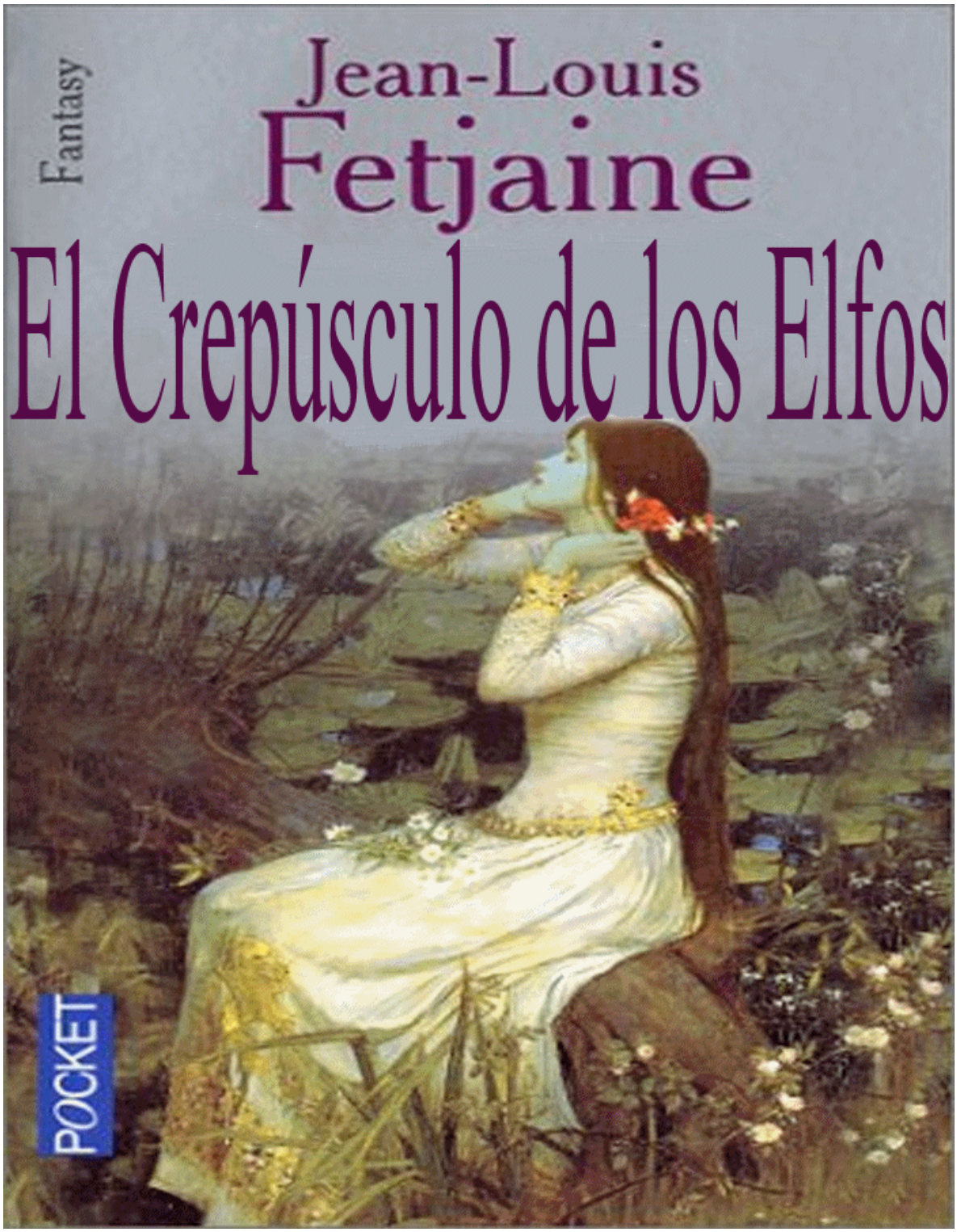
EL CREPÚSCULO DE LOS ELFOS

JEAN-LOUIS FETJAINE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Traducción
de Manuel Serrat Crespo

Librodot

TORRE DE VIENTO

LOS PERSONAJES

Por orden alfabético

ASSAN: elfo adicto a Rassul.
BALDWIN: rey de los enanos bajo la Montaña roja.
BLADE DE LOTH: maestro ladrón del Gremio.
BLORIAN y DORIAN: hermanos de la reina Lliane.
BRAN: hermano menor de Rogor, regente bajo la Montaña negra.
FREIHR: guerrero bárbaro, jefe de la aldea del Umbral-de-las-Rocas.
GAEL: elfo gris, soberano de una comunidad de elfos de las marismas, presunto asesino de Troin.
GORLOIS: senescal y alcaide de palacio, duque de Tintagel.
HAMLIN: ministril elfo.
LLANDON: rey de los altos-elfos.
LLIANE: reina de los altos-elfos, esposa de Llandon.
MAHAULT: encubridora.
MIOLNIR: caballero adalid enano al servicio del rey Baldwin.
MYRDDIN: hombre-niño.
OISIN: gnomo barquero.
PELLEHUN: rey de los hombres y señor del Gran Consejo.
RASSUL: señor de los elfos grises.
RODÉRIC: uno de los doce paladines, guardianes del Gran Consejo.
ROGOR: heredero del trono de Troin.
TAROT: sherif gnomo de Kab-Bag.
THANE DE LOGRES: maestro asesino del Gremio.
TILL: rastreador; elfo verde.
TROIN: rey bajo la Montaña negra.
TSIMMI: maestro albañil enano.
ULFIN: uno de los doce paladines, guardianes del Gran Consejo.
UTER: uno de los doce paladines, guardianes del Gran Consejo.
YGRAINE: reina de Logres, segunda esposa del rey Pellehun.

No pretendas salir de este bosque. Te quedarás aquí, lo quieras o no. Soy un espíritu de una clase poco común. Sábelo, el propio estío, donde yo me detengo, permanece inmóvil. Y te amo. Ven conmigo; te daré hadas para que te sirvan; y ellas irán a buscarte joyeles a las profundidades del abismo, y cantarán mientras tú duermas sobre las aplastadas flores. Y te purgaré tanto de tu mortal grosería que vas a ser como un espíritu aéreo.

William Shakespeare.

El sueño de una noche de verano

A Florence

PRÓLOGO

En nuestros días, no hay ya elfos. Casi no hay. Los hombres se han acostumbrado a ser los únicos dueños de la Tierra, y combaten tanto entre sí, desde hace tantos años, que han perdido el recuerdo de la época lejana en la que otras razas vivían a su lado.

El pueblo de los elfos desapareció brutalmente, y los que sobrevivieron se han esfumado tras el biombo de las leyendas. Oh, siempre se producen encuentros extraños, escalofríos en la espalda y pesadillas, pero nadie pensaría en atribuirlos a los elfos. Durante algún tiempo, los hombres les inventaron otros nombres, korrigans, duendes o trasgos, luego dejaron incluso de creer en los cuentos de hadas.

Os hablo de una edad en la que los hombres eran sólo una de las cuatro tribus de la diosa Dana, los Tuatha De Danann, elfos, enanos, monstruos y hombres. Y la diosa había entregado a cada pueblo un talismán, símbolo de cada raza y garante de su supervivencia. Los hombres recibieron el Fal Lia, la Piedra de Fal, principio mismo de la soberanía, que gemía en cuanto se acercaba a él un rey legítimo. Tal vez por ello creyeron poder dominar el mundo... A los elfos les correspondió el Caldero del Dagda, el Graal del conocimiento divino. A los monstruos la lanza de Lug, el dios que los monjes denominaron Lucifer, arma terrible que sólo podía calmar su furia mortífera cuando se sumergía en un caldero lleno de sangre. Y los enanos recibieron la Espada de Nudd, a la que llamaban Caledfwch en su pedregosa lengua y que, en boca de los hombres, se convirtió en Excalibur.

El mundo, por aquel entonces, estaba hecho de cinco elementos: el aire, la tierra, el fuego, el agua y la niebla, que pertenecía a los Dioses.

Los elfos, la tribu del aire, eran un pueblo poderoso y temido por los hombres. Un pueblo sin ciudad, disperso por los bosques, junto a las riberas o en las marismas, que tomaba de las fuerzas mágicas de la naturaleza la fuerza física que les faltaba. Altos y delgados como adolescentes, con la piel de un azul muy pálido, lento el movimiento, calma la voz, iban apenas vestidos y parecían indiferentes al frío, a la lluvia o al viento, semejantes a árboles o bestias. Los hombres, a quienes la naturaleza asustaba y que ignoraban la magia, temían a los elfos pero se empeñaban en copiar su gracia, en imitar sus finas joyas de plata, en reproducir los cantos de sus ministriles. Durante mucho tiempo, la imagen de los elfos siguió siendo el modelo mismo de la belleza en el corazón de los hombres. Y sin embargo, ellos provocaron su desaparición...

Ya tampoco quedan, hoy, muchos enanos, o en todo caso son considerados unos tullidos, anomalías.

Los enanos eran el pueblo de la tierra. Se decía que su pequeño tamaño era el producto de una adaptación a la vida subterránea, a las profundidades de las montañas que tanto amaban, excavando la roca en interminables galerías en busca de oro, piedras preciosas, metal. Los enanos tenían el corazón tan duro como la piedra que trituraban sin cesar, y su fuerza era superior a la de muchos hombres. Cuando abandonaban sus montañas por la caza o la guerra, la propia tierra temblaba.

De los tres pueblos, el clan del mar, el de los hombres, parecía el más débil. Y sin embargo, poco a poco, inclinados sobre la tierra con débiles instrumentos en la mano, abandonaron sus riberas e hicieron retroceder los inmensos bosques de encinas y arces que cubrían el mundo. Muy pronto hubo llanuras sembradas de ciudades fortificadas, cada vez mayores, cada vez más numerosas.

Era un tiempo en el que la vida no valía nada.

Cada cual luchaba por sobrevivir, unos por medio de la magia, otros por medio de la cólera.

La muerte estaba en todas partes: algunos elfos aislados eran atrapados por expediciones de cazadores enanos, que se divertían arrojándolos vivos en lechos de brasas; mesnadas de hombres armados penetraban en el corazón de las montañas enanas para robar el oro; los viajeros perdidos en los bosques eran encontrados lívidos, como vaciados de su

sangre, tras haberse cruzado en el camino de un elfo, y los gnomos, pequeño pueblo sin gracia alguna de ciudades enterradas, se armaban con cualquier cosa para escapar a la rapiña.

Pero el principal peligro estaba en otra parte.

Más allá de las marismas habitadas por los elfos grises - llamados así porque su piel había perdido los reflejos azulados en el lodo de las ciénagas - se extendían las tierras negras pobladas por los monstruos, la tribu maldita de los Tuatha De Danann, el pueblo del fuego. Criaturas repulsivas, gigantescas, a las que los hombres llamaban gobelinos y que servían con un fervor de bestia a Aquel-que-no-puede-ser-nombrado.

El día en que los ejércitos gobelinos surgieron de las marismas, los Pueblos libres, como decidieron llamarse a sí mismos hombres, elfos y enanos, se aliaron para librarles la más terrible de las guerras.

Duró seis años y concluyó con la derrota del Señor negro y sus inmundas legiones, a costa de una espantosa carnicería.

Desde entonces, los Pueblos libres vivían una paz relativa, bajo la autoridad de un Consejo que reunía a los reyes y señores de cada pueblo en torno a la Piedra de Fal y tenía la sede en Loth, la mayor de las ciudades de los hombres en el reino de Logres. El Consejo arbitraba las diferencias e imponía una ley común, hasta que todo cambió.

Esta historia es el relato de esos tiempos lejanos y esos pueblos olvidados por la Historia. Pero, claro está, los hombres son los que escribieron la Historia...

I
La llegada de Baldwin

Empapado hasta los huesos, el cazador de ranas estaba acurrucado entre las cañas, conteniendo su aliento. Apretaba la bolsa contra su pecho y, temblando de frío, no se movía, incapaz de abandonar el espectáculo que acababa de descubrir a través de la llovizna.

En la ribera estaba tendida una elfo con los largos cabellos negros esparcidos por la hierba. Con los ojos cerrados, completamente desnuda, dejaba que la lluvia helada mojara su piel fina y azulada sin que pareciera sufrir del frío ni mostrara prisa alguna por secarse tras su baño en el lago, o por cubrirse con cálidas vestiduras de pieles, como habría hecho una mujer.

El cazador sonrió contemplando las curvas de aquel cuerpo que la lluvia hacía brillar con un fulgor plateado. Era de una esbeltez extremada, pero sin delgadez alguna. Sus muslos, sus brazos parecían interminables. Entre sus senos, con las aureolas de un azul oscuro, la lluvia formaba un reguero que corría por su vientre hasta el liso abombamiento de su sexo. Parecía dormida, salvo por el lento balanceo de su pie, que rozaba el agua del lago. El hombre hubiera querido acercarse más aún, tocarla con los dedos, pero vivía en Loth, la ciudad del Gran Consejo, desde hacía tiempo bastante para haber reconocido a una elfo de la antigua raza de Eirin, a quienes los demás pueblos llamaban los altos-elfos. Y se contaban inquietantes cosas sobre los altos-elfos, a pesar de su irreal belleza...

Lentamente, la elfo se incorporó, apartando con sus largos dedos las briznas de hierba pegadas a su piel azul. Se puso una túnica de un color indefinible, echó luego la cabeza hacia atrás, recogió detrás de su nuca sus cabellos negros, con un gesto impúdico que hizo sobresalir su flexible pecho, e hizo pasar por encima de su hombro una interminable trenza que comenzó a deshacer.

El hombre tragó, fascinado por aquellos cabellos negros y relucientes de los que chorreaba un hilillo de agua que corría hasta entre los muslos de la aparición. Agazapado aún, se arrancó trabajosamente del lodo, para adelantarse un poco más, pero una de sus botas permaneció pegada al barro y cayó cuan largo era entre las cañas.

Cuando volvió a levantar la cabeza, la elfo había desaparecido.

Estaba, sin embargo, allí, muy cerca, inmóvil en las hierbas, clavando sus ojos verdes, casi amarillentos, en el cazador de ranas que chapoteaba lamentablemente, intentando recuperar su bota. El hombre lo logró por fin y salió del agua, tan cerca de ella que hubiera podido tocarla. Pero no la vio.

La glacial llovizna no había dejado de caer desde la mañana, entremezclando el lago, el cielo y las riberas en un mismo color gris-azulado en el que los elfos se disolvían con facilidad. Sus leves vestiduras estaban hechas con un tejido fino de cambiantes tonos, que los hombres denominaban moaré, sin comprender su fabricación, y que las ocultaba fácilmente a sus miradas. A veces rojas como las hojas de otoño, otras verdes como las praderas, grises otras como la piedra, las vestiduras élficas les parecían, sencillamente, de origen mágico...

El hombre estornudó ruidosamente y maldijo.

-¡Basura! ¡Buscona! ¡Muéstrate si te atreves! La elfo sonrió, pero sus ojos se endurecieron.

El cazador volvió a maldecir, vació su bota rebosante de agua y apartó su zurrón de ranas.

-¡Bruja! ¡Nadería! -masculló-. ¿Pero por quién se toma? Se quitó la camisa de lino, empapada, la escurrió y se secó sumariamente el torso.

-¡Tienes suerte! -gritó-. ¡Yo te habría enseñado! ¡Escóndete, vamos! ¡Mejor será!

-¿Quién se esconde?

El hombre dio un respingo, dejando caer en la hierba su camisa.

La elfo se había erguido, justo a su lado, envuelta en su túnica de moaré, sacándole media cabeza pero pareciendo más frágil aún que un niño.

-¡Maldición, me has asustado! -dijo el cazador de ranas sobreponiéndose-. ¿De modo que estabas ahí?

-Sí -respondió la elfo con la misma fría sonrisa-. Y tú estabas allí, entre las cañas, ¿no es cierto?

El hombre soltó una torpe risita. La túnica no estaba cerrada y allí, muy cerca, estaba el cuerpo irreal de la elfo, bastaba con tender la mano... Ella no reaccionó cuando la palma rugosa del cazador se posó en su piel azulada y resbaló hasta sus pechos.

-Dios mío -murmuró el cazador de ranas para sí-. Se dice que sabéis de qué va... Se dice incluso que preferís a los hombres, ¿eh?

-Tienes frío -dijo ella-. Tienes frío y tiemblas... Sin embargo, tu vientre arde...

-¡Pse! -masculló él con otra risita obscena-. ¡Vas a ver!

Ella comenzó a mover suavemente la cabeza sin apartar de él los ojos.

-Arde... Arde...

El hombre la tomó por las caderas, arrancando la frágil túnica de moaré, y la hizo caer en la hierba.

-Byrnan nith.

-¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

El calor entre sus pechos era excesivo. Insoportable.

Se desabrochó el cinturón, dejó caer sus calzas y, luego, se arrodilló entre las piernas abiertas de la elfo. Aquello era demasiado. Nadie había aún...

-¡BYRNAN NITH!

Cuando la elfo gritó, un atroz dolor se introdujo en las entrañas del cazador de ranas. Se levantó jadeando, con los ojos muy abiertos de estupor; el dolor le dejaba sin aliento. Su vientre, sus intestinos, su sexo se habían inflamado en su interior. Abrió la boca para aullar, pero sus cuerdas vocales habían ardido. Sólo una llama azul, ávida y ondulante como una serpiente, brotó de ella lamiendo su rostro, carbonizando sus dientes, su lengua y su paladar. El hombre se revolcó por el suelo con un agudísimo mugido, golpeando frenéticamente la hierba, mientras su vientre, negro ya, chisporroteaba como brasa en el fuego. Lo último que vio antes de que sus ojos se fundieran fue la clara mirada de la elfo posada en él, y su tranquila sonrisa...

La elfo se levantó con un suspiro, recompuso su túnica de moaré y se sentó en el tocón de un árbol para alisarse los largos cabellos empapados por el baño.

Casi de inmediato, se interrumpió y aguzó el oído. El lago estaba en silencio, salvo el monótono croar de las ranas, el silbido del viento entre las cañas y el graznido de los cuervos, a lo lejos, ante las murallas de Loth.

El lago estaba en silencio y, sin embargo, parecía distinto... La elfo se volvió de pronto y dio un respingo.

Allí, a pocas toesas, estaba un hombre, inmóvil, llevando un vestido de un azul oscuro que contrastaba con su rostro sonriente, pálido como el amanecer. Se inclinó en una salutación algo irónica, sin abandonar aquella divertida sonrisa que parecía su expresión natural, luego permaneció allí sin decir nada, sin moverse. Nada, en su actitud, resultaba amenazador y, sin embargo, la elfo se sintió oprimida, incómoda. Alguien, a lo lejos, gritó un nombre, y el eco rebotó en el lago.

Sólo había apartado los ojos por un segundo, pero, cuando regresó al hombre, éste le pareció más cercano, tan tranquilo aún, mirándola sonriente como si aguardara algo. De cerca, tenía un aspecto más joven pese a los cortos cabellos blancos. Y sus rasgos, su larga silueta, su eterna sonrisa le parecieron familiares.

-El aliento del dragón -dijo.

-¿Cómo?

El hombre-niño inclinó la cabeza y su sonrisa se acentuó.

La llamada resonó de nuevo, mucho más cercana.

-¡Lliane!

-¡Aquí estoy! -gritó ella.

El hombre había desaparecido. El pensamiento se impuso en el espíritu de la elfo antes de que sus ojos lo comprobaran. Lo buscó con la mirada, sin gran convicción, sorprendida al sentir que su corazón latía con más fuerza, sorprendida de su alivio... Un elfo salió de un bosquecillo, cabalgando a pelo un alazán de largas crines leonadas. El jinete iba equipado para la guerra, con una cota de cuero que le cubría el torso, los antebrazos y las piernas, y llevaba en bandolera un largo arco. Dedicó, sólo, una breve mirada al humeante cadáver del cazador de ranas.

-Reina mía, el rey Llandon quiere veros enseguida. Lliane inclinó la cabeza en silencio y saltó a la grupa.

-¿Qué ocurre?

-Baldwin -dijo simplemente el elfo-. Ya llega...

-¡Cerrad la puerta! -ordenó el sargento a sus hombres de armas-. ¡Pronto caerá la noche!

Sin aguardar la ejecución de su orden, el viejo soldado se volvió para seguir con la mirada la pequeña mesnada que se alejaba, ya, por las callejas de la ciudad.

Se puso en los hombros un faldón del manto y sonrió, a pesar de la frialdad del crepúsculo.

El hombre no había necesitado descifrar las runas trazadas en la larga bandera que, orgullosamente, llevaba el primer jinete del convoy, para reconocer el emblema de Baldwin, rey de los enanos de la Montaña roja.

Un brusco acceso de tos le hizo entornar los ojos e inclinar la espalda. Se sintió viejo y cansado. La humedad gélida de aquel día de invierno había reavivado antiguos dolores.

-Las barbas del viejo Baldwin han crecido más aún -murmuró para sí.

El rey no le había reconocido al franquear la poterna. Ni siquiera le había concedido la limosna de una mirada, con los ojos clavados en la espalda del jinete que le precedía y la expresión de altivez y tedio propia de los señores enanos. Por otra parte, ¿cómo habría podido reconocerle Baldwin? En los tiempos de las grandes batallas, muchos años antes, era ya soberano de los enanos de la Montaña roja desde hacía más de doscientos años, mientras que él era un simple hombre de armas, joven y lleno de ilusiones. No obstante, habían combatido juntos el día de la batalla de la marisma.

El anciano acarició distraídamente la larga cicatriz de su brazo, recuerdo del rabioso mordisco de una punta de lanza gobelina. Había sido una triste jornada, tan gris y lluviosa como la que concluía. Los gobelinos habían conseguido atraer a los ejércitos de los Pueblos libres hasta sus inmundas ciénagas y se habían entregado, en las tropas empantanadas, a una carnicería sin precedentes. Raros fueron aquellos que, como el viejo sargento o el señor Baldwin, habían podido escapar de las marismas, de las negras hojas de las espadas gobelinas o de los colmillos acerados de sus lobos. Y luego, más tarde, la suerte de la lucha había cambiado... Un rumor de pasos por el camino de ronda arrancó al sargento de su ensoñación. Los pesados batientes de roble de la gran puerta habían sido cerrados, y un joven arquero se le reunió en las murallas.

-¿Por quién se toman ésos? -dijo al acercarse a su jefe. El veterano se crispó enseguida.

-Sujeta tu lengua. Ese enano podría muy bien cortártela si le faltaras al respeto.

-¡No me dan miedo los enanos! -replicó el joven escupiendo en su dirección-. ¡Ni que fueran señores!

-Has dicho bien... Es Baldwin.

El arquero palideció y un fulgor de pánico se encendió en su mirada. Bajó los ojos buscando, en vano, una frase que le permitiese poner fin a la discusión sin quedar en ridículo, pero el viejo sargento se encogió de hombros.

-Ve a relevar a Gauvain en la torre de vigía -dijo apartándose. Los pasos del joven se alejaron y el guardia se dejó invadir, de nuevo, por los recuerdos de guerra.

Baldwin era un enano muy viejo, en verdad.

Señor de las Montañas rojas desde hacía doscientos treinta años, muy pocas veces abandonaba ya su palacio subterráneo, y aquel viaje resultaba penoso. Cabalgando por las calles lodosas y ya desiertas de la ciudad de los hombres del lago, entregadas por la noche a los perros, a los cerdos y a las aves de corral, pensaba también en los tiempos idos. Desde la lejana época de su primer encuentro, el príncipe Pellehun se había convertido en rey de Logres y señor del Gran Consejo de los Pueblos libres. Pellehun y él habían sido amigos, en las horas de las grandes batallas. Cuando el Señor negro había sido, por fin, rechazado más allá de las marismas y los montes desolados, tras tantas batallas, tantos muertos y tanta sangre, le había propuesto incluso quedarse con él en Loth y sentarse en el Gran Consejo. El

enano lo había rechazado: vivir al aire libre, lejos de sus queridas montañas, le habría supuesto un excesivo sacrificio.

El chasquido de una contraventana le sobresaltó. Una mujer, asomándose, contempló con asombro al viejo enano de larga barba gris y vestiduras rojo sangre, montado en un robusto poney y acicalado con joyas de oro de extrañas formas. El enano la miró con dureza, como si aguardara algo, y entonces ella parpadeó y retrocedió un paso.

-Señor... Que la paz sea contigo -farfulló, comprendiendo finalmente con quién se las estaba viendo.

El enano sonrió, aunque el tamaño de su barba no permitió advertirlo, y dio un leve talonazo a su montura. Ante la ventana, abierta de par en par, de la casa humana, la escolta y el equipaje de Baldwin desfilaron lentamente, lanzaron brillos de oro y acero en la calleja ya oscura.

Una fina lluvia comenzó a caer, mojando las barbas y las armaduras de cuero, cuando los enanos estaban llegando a la gran puerta de bronce del palacio. Miolnir, el caballero adalid del rey de los enanos, lanzó hacia adelante su poney y galopó hasta el cuerpo de guardia. Un hombre de armas, de fatigados rasgos, tomó la enseña de manos del jinete y golpeó por tres veces en un picaporte de metal, mientras los guardias se alineaban bajo la llovizna, de acuerdo con la costumbre cuando un príncipe se presentaba ante el Consejo. Las grandes puertas se abrieron casi al instante, cuando el pequeño grupo llegaba. Todos pusieron pie a tierra, a excepción de Baldwin, al que le correspondía el privilegio de poder entrar a caballo en palacio.

Sin una mirada hacia la guardia de honor, con el rostro hosco, lanzó su poney hacia adelante, hasta el centro de la gran sala, dejando a su paso las huellas lodosas de los cascos en las losas de piedra. Los guerreros enanos de la escolta habían permanecido fuera y los criados se atareaban ya descargando de albardas las monturas. Tres caballeros que habían entrado siguiendo a su señor marchaban rodeando su montura, con la mano en la empuñadura de sus pesadas hachas de roble y de hierro. Un cuarto enano le seguía, algo más atrás. Vestido de rojo y llevando las runas de Baldwin, mantenía la cabeza gacha, en una actitud de humildad que contrastaba con la agresiva altivez de sus compañeros. Armado simplemente con una corta daga, arma poco común entre los enanos, que prefieren machacar más que cortar, era de sorprendente talla para su raza, sacándoles, a los demás, la cabeza y los hombros. Su larga barba rojiza había sido introducida en su cinturón y llevaba en las muñecas unas pulseras de plata. Sus ojos eran casi invisibles bajo las enmarañadas cejas, pero quien hubiese encontrado entonces su mirada, se habría estremecido. Pocas veces adoptan los enanos un aire dulce y amable, y fruncir el ceño es en ellos una expresión natural, pero éste tenía un rostro de una dureza realmente aterrorizadora.

Baldwin detuvo su poney y bostezó ostensiblemente, mientras los pasos apresurados del heraldo del rey Pellehun resonaban en la otra punta de la sala.

-Yo te saludo, señor -dijo arrodillándose ante el rey bajo la Montaña roja, e inclinándose lo bastante para ofrecerle su nuca (lo que exigía, en ese caso, cierta flexibilidad del espinazo).

El heraldo volvió a levantarse y retrocedió distanciándose, como exigía la etiqueta. La susceptibilidad de los enanos era proverbial y, por encima de todo, detestaban ser mirados de arriba a abajo. Como los más altos de todos ellos apenas medían cuatro pies y los hombres -por muy baja que fuera su extracción- podían alcanzar seis pies y más, era esencial evitar acercarse demasiado a un dignatario enano y dar la impresión de que te complacías dominándole.

-He avisado al rey Pellehun de tu visita, señor -prosiguió el hombre-. Y te ruego que vengas a compartir su comida. Hemos puesto a asar un buey. Habrá buñuelos, tortas y obleas, con vino clarete. ¿O prefieres una sopa, para calentarte?

-Todo ello, pero en mi habitación -gruñó Baldwin-. Vendrás a buscarme cuando se reúna el consejo.

-Lamentablemente, señor, temo que no será antes de mañana. Sólo esta tarde hemos sido advertidos de tu llegada, y el rey Llandon está ausente.

Un gruñido hostil recorrió el grupo de los caballeros. Todos conocían a Llandon, rey de los altos-elfos y señor bajo el bosque de Eliandre, cuya autoridad se extendía, más o menos, a todas las comunidades élficas.

El heraldo no pudo evitar un parpadeo. Los enanos y los elfos no se querían demasiado, era incluso proverbial, pero aquel gruñido de cólera era de mal augurio.

-Está bien -dijo Baldwin descabalgando-. Aguardaremos a Llandon... Además, es necesario que escuche mi mensaje. ¡Vamos!

El viejo rey hizo un gesto con la mano para autorizar al hombre a abrir la marcha y, tras él, el grupo se puso en movimiento con un insensato estruendo que debió ensordecer, a su paso, a todos los ocupantes del palacio. «Estruendoso como un enano» era un dicho entre los hombres del lago, y los guerreros de Baldwin parecían complacerse haciéndose más ruidosos aún, multiplicando los gruñidos, los choques de metal y el chimar de las armaduras a cada uno de sus pasos.

Caminaron así hasta el ala que les estaba reservada, luego el heraldo se apartó, dejando que el señor penetrara en sus aposentos. Los tres caballeros se apostaron ante la puerta, apoyados en sus largas hachas, pero el cuarto, ante la gran sorpresa del hombre, cerró al señor de las Montañas rojas y cerró la puerta tras él.

«Debe de ser su paje», pensó al alejarse, poco deseoso de prolongar su entrevista con aquellos tres guerreros relucientes de lluvia y tan huraños como un mes de hambruna.

El palacio comenzaba a animarse para la noche. Un verdadero ejército de criados de todas las razas y los tamaños invadía, poco a poco, los corredores, colocando las antorchas nocturnas, llevando la cena a los nobles que residían en palacio y no habían sido invitados a la mesa del rey, sacudiendo los vestidos de ceremonia de quienes habían tenido ese honor...

En el recodo de un pasillo, el heraldo, dominado por el mal humor de los enanos, estuvo a punto de tropezar con el paje del senescal Gorlois.

-Que la paz sea con vos, caballero -dijo el niño retrocediendo respetuosamente.

-Bien podrías mirar por dónde vas en vez de correr como un descerebrado -respondió el otro en un tono ronco-. ¿Ha sido avisado el senescal? El niño inclinó la cabeza.

-Está ya con el rey.

El heraldo despidió a su interlocutor con un signo y prosiguió su camino. Se detuvo unos segundos ante el marco de una ventana, contemplando la ciudad que se extendía a los pies del palacio. Se adosó a los grandes morrillos del muro y se reincorporó enseguida con una mueca. La piedra estaba húmeda y helada... En el pasillo, un gnomo estornudó. La cena de su dueño, en una bandeja, vaciló y una jarra de vino estuvo a punto de caer al suelo.

Entonces, el heraldo recobró algo de su buen humor. Esas horas de agitación le divertían siempre. En ningún otro momento de la jornada la diversidad de las razas reunidas en palacio era tan manifiesta. Aquel gnomo resfriado, casi tan ancho como alto, de rostro arrugado y rojo como una vieja manzana, se cruzaba con el criado de un señor elfo, de piel azulada y diáfana, mientras un joven enano de unos sesenta años martilleaba con sus anchos pies el enlosado del corredor, llevando una bandeja de vituallas que dos hombres apenas habrían podido levantar, desbordante de jarras de vino, salchichas y coles... El heraldo se sacudió y se puso otra vez en marcha. Había que preparar, aún, la sala del Gran Consejo para el día siguiente.

Fuera, los enanos habían llevado los caballos al establo y sus pajes se apresuraban ya a subir a los aposentos del rey Baldwin todo lo necesario para su estancia en la ciudad (y como el viejo Baldwin, con los años, se hacía comodón, lo necesario resultaba ya considerable). Indiferente a su agitación, un miembro de la escolta, sentado en los primeros peldaños de la gran escalinata de piedra que llevaba al palacio, con su bolsa y sus armas puestas ante él, acariciaba soñadoramente su barba castaña fumando una larga pipa de tierra blanca.

-¡Maese Tsimmi!

El enano pareció despertar y miró al paje (¡un enanito de apenas cincuenta años!) que se inclinaba hacia él.

-¿Qué?

-¿Queréis que me ocupe de vuestro equipaje?

-Bueno, sí, gracias...

Levantó la corta pierna que había colocado de través en sus paquetes y su martillo de guerra. El paje recogió presto sus cosas, luego corrió tras los demás. Tsimmi se quedó solo, inmóvil bajo la llovizna, hasta que su pipa se apagó. Contrariamente a los demás enanos, iba vestido sin ostentación, a pesar de su rango, y no llevaba joya alguna. Una larga cota de cuero repujado, cayendo hasta sus tobillos, recubría una sencilla túnica verde, y de su cinturón colgaban varias bolsas y saquitos, así como las correas de cuero de una honda, un arma reservada en principio a los niños. Pero nadie, entre los enanos de la Montaña roja, habría pensado en reírse de él. Tsimmi era lo que los enanos denominan un maestro albañil, y los hombres, un brujo. Existía entre él y la tierra, las piedras y la roca, un vínculo estrecho, poderoso, que sobrepasaba con mucho el entendimiento de los más sabios. Desde tiempos inmemoriales, los maestros albañiles semejantes a Tsimmi, habían descubierto innumerables secretos en lo más profundo de sus forjas. Los hombres, deslumbrados por las riquezas que extirpaban de sus profundas minas, llegaban a decir que sus brujos conocían el Gran Secreto, la mutación de los metales comunes en el más puro oro. Sólo los maestros albañiles habrían podido responder sobre ese punto.

Tsimmi echó sobre sus cortos cabellos castaños, despeinados, la capucha verde de su túnica y se levantó gruñendo. Con la punta del pie, hurgó en el polvo, posando luego la mano en los colosales morrillos que componían la muralla del palacio. Los maestros albañiles tenían el poder de leer en la piedra, testigo mudo de los días que pasan. No pudo sacar nada de ella, pero un sentimiento difuso y desagradable se había apoderado de él cuando las altas torres de Loth estuvieron a la vista.

-¡De pie, por el rey!

El copero mayor golpeó las losas del suelo con la punta de su moteada vara, insignia de su cargo. De inmediato, el estruendo de las pesadas sillas de roble apartadas por los comensales invadió la inmensa sala de banquetes. Era una cena ordinaria, sin gala alguna. Sólo había unos treinta invitados, en su mayoría oscuros feudatarios o pedigüeños de todo pelaje, llegados para solicitar en Loth un puesto para su progenie o gemir contra las tasas reales. Dos elfos de los Remansos, de los que se adentraban en el agua, habían llegado, sin duda, para vender algún paño lejano. Un barón enano, en el otro extremo de la mesa, rodeado por su mujer y dos pequeños enanitos de apenas treinta años, se codeaba con una pareja de gnomos grotescamente ataviados y sobrecargados de joyas, y parecía muy incomodado por semejante promiscuidad. A uno y otro lado de las mesas dispuestas en U e iluminadas por velas de sebo, dos chimeneas altas como un hombre y tan anchas que en ellas podía asarse un buey, hacían sudar la gota gorda a los comensales que les daban la espalda. En las paredes, por todas partes, la piedra había sido cubierta con tapices, colgaduras y pieles. Por las ventanas, cubiertas por cortinas de tela encerada, no se filtraba ya el menor soplo de aire fresco, y la estancia estaba tan caliente como un baño de vapor.

En la mesa central, los tres sitiales reservados a la diestra del sillón real, para Baldwin y su séquito, permanecían vacíos.

El rey Pellehun no podía dejar de advertir la ausencia de los enanos, pero no hizo observación alguna. Dio las gracias con una señal de cabeza a su oficial de boca, se libró de su manto de piel de ardilla gris y, luego, indicó a todos que se aposentaran. El senescal Gorlois se sentó a su izquierda, sin lanzar una ojeada a la concurrencia que, sin embargo, por completo, no dejaría durante toda la comida de buscar sus ojos para obtener el favor de acercarse al rey y presentar su petición. Ambos hombres, a pesar del respeto que inspiraban, tenían un aspecto tan parecido que resultaba casi cómico. Habríase dicho que eran hermanos, tanto habían acabado pareciéndose, moldeados juntos por las horas sombrías y las horas

doradas de la ciudad de los hombres del lago. Uno y otro eran viejos hoy, según la cuenta de los hombres (aunque un enano hubiera considerado su edad como la de un adolescente), de modesta talla pero de una fuerza superior a la media humana. Ambos eran lampiños, con cabellos grises peinados en varias trenzas, anudadas con hilos de oro para uno y lazos de cuero rojo para el otro. Las similitudes se detenían ahí.

Pellehun tenía la belleza de la majestad y Gorlois era feo. Su rostro estaba señalado por una terrible cicatriz y la órbita de su ojo derecho estaba vacía. La horrible herida le había sido asestada por una cimitarra gobelina, cuando arrancaba al príncipe Pellehun de las zarpas de aquellos terribles guerreros. Heridos por todas partes, ambos hombres se habían convertido en hermanos de armas y su sangre se había mezclado en el lodo del campo de batalla, en un solo y mismo charco.

A la muerte del rey Ker, Pellehun le había convertido en su senescal y, cuando los reyes de los Pueblos libres que habían sobrevivido a la guerra le eligieron para presidir el Gran Consejo, le confió el cargo de alcaide de palacio y le honró con el título de duque de Tintagel.

-¿Dónde está la reina? -masculló dirigiéndose a éste.

Gorlois levantó las cejas en señal de ignorancia y, luego, hizo chasquear los dedos. El copero se inclinó de inmediato ante él, movió la cabeza al recibir sus instrucciones y se dirigió presto hacia el grupo de caballeros armados que, en cualquier lugar, seguían al rey.

-La reina -dijo-. Se retrasa. Es preciso ir a buscarla.

Ulfin, el paladín con el que había hablado, miró de arriba a abajo al copero con un desprecio de casta mal disimulado, y señaló con la barbilla a Uter, el más joven de su grupo. Éste partió enseguida, con un apresuramiento que hizo sonreír a sus pares. Se murmuraba en palacio que la joven reina Ygraine no era insensible a los encantos del caballero... Tal vez lo inverso fuera cierto...

Cuando la reina Brunehaud había muerto de parto, llevándose con ella a su único hijo muerto al nacer, el rey Pellehun había guardado luto durante largos años. El deseo de asegurar una descendencia al trono había sido el único motivo de su segundo matrimonio, y la joven Ygraine no veía demasiado a su real esposo, tanto menos cuanto no había sabido, aún, darle un heredero. Con el paso del tiempo, con la edad, Pellehun compartía cada vez menos a menudo su lecho. La reina vivía tristemente, al margen de palacio, con sus siervas y sus interminables tapices. Cada día era igual que el precedente, sin amor, sin esperanza, sin porvenir.

Uter, jadeando y con la tez enrojecida por la carrera, la encontró en la escalera que llevaba a sus cuarteles.

-Mi dama, el rey os solicita a su mesa...

-Allí iba -dijo ella-. Vuestro brazo, caballero.

Uter procuró dominar los latidos de sus sienes y recuperar el aliento. La reina, a su brazo, parecía tan pequeña y menuda como una niña. No se atrevió a mirarla durante el trayecto, pero, cuando se sentó junto a Pellehun, le pareció que sus dedos habían acariciado con intención su mano.

Había tenido la impresión de que lograba disimular su turbación y, sin embargo, cuando se retiraba, los agudos ojos del senescal Gorlois se clavaron en él con una intensidad que le dio frío en la espalda.

Mientras la ronda de las doncellas se atareaba, disponiendo ante los comensales miel, especias y vino de garnacha, espeso y oscuro, en jarras de estaño, el copero anunció el primer plato:

-Tuétano de buey, pastel de anguilas, morcillas, salchichas, pimientos rellenos y paté normánico de posibles.

Para una cena de carro -una cena de carnes como se ofrecería, en invierno, en la casa del rey-, el servicio comprendía veinticuatro platos servidos en seis bandejas, hasta los nísperos, flanes azucarados, leche lardeada y peras cocidas del postre.

El copero comprobó, de una ojeada, el orden de la mesa real, luego fue a deslizar unas palabras en el oído del senescal.

Gorlois inclinó la cabeza, le despidió y, a su vez, se inclinó hacia el rey.

-El señor Baldwin desea que os digan que está fatigado, sire, y que ya le veréis mañana.

Pellehun asintió, se limpió la boca con el dorso de la mano y bebió un trago de vino. Cuando apartó su ciborio, sonreía.

-Pues bien -dijo volviéndose hacia el viejo Gorlois-. ¡Ya empezamos!

II
El Gran Consejo

Apenas se levantaba un día sin sol en la grisalla del lago. En el lindero del bosque, el campamento de los elfos apenas se distinguía de las espesuras de los alrededores. Eran sólo chozas de ramas, apenas abrigos para pasar la noche, levantados en pocos minutos al hilo de su vagabundeo. Pues los elfos no tenían ciudad, sólo algunas aldeas que, por otra parte, cambiaban de lugar con el paso del tiempo. No poseían nada, ni siquiera verdaderas familias, en el sentido en que lo entendían los hombres, y no acumulaban demasiadas riquezas, fuera cual fuese su rango. Sus vestidos eran los mismos, del servidor al príncipe, y su único lujo consistía en unas finas joyas de plata -el metal de la luna a la que veneraban-. El trabajo de la plata era, por lo demás, la única industria que los elfos conocían. Era un pueblo sin necesidades y, en numerosos puntos, más cercano a las bestias salvajes que a los hombres.

Lliane había despertado sola. Había trenzado sus largos cabellos negros con la ayuda de un lazo de cuero adornado con pequeñas plumas de cisne, de una inmaculada blancura, y se había puesto un vestido de moaré, muy abierto, que dejaba libres sus brazos y sus piernas. Se puso sus collares y pulseras de plata y calzó luego unas finas botas de gamuza que llegaban hasta por encima de las rodillas. Finalmente, tras una vacilación, se ciñó la larga daga, Orcomhiela, que en la lengua de los elfos significa «Estoqueadora de gobelinos».

Esposa de Llandon y reina de los elfos, Lliane no era una guerrera, pero pertenecía al linaje de Morigan, la «Gran reina», la mítica antepasada de los elfos, a la que se vinculaban, hoy aún, todos los clanes élficos, diosa de la Guerra y del Amor.

Los hombres del lago y los guardias de palacio la llamaban a veces «la Ilusionista», y el apodo le gustaba. Pero los hombres no conocían de la reina más que los trucos de titiritero que les ofrecía en las veladas de fiesta.

Lliane era mucho más que eso, aunque no le gustara mucho hablar de ello. Los que conocían sus poderes la trataban con respeto; los que los ignoraban no formaban parte de su mundo. En las riberas del lago, el cuerpo carbonizado del cazador de ranas podía dar testimonio de ello...

Se inclinó para salir de su choza. Fuera, la hierba estaba empapada de agua. Sin duda había llovido toda la noche. La elfo se arrodilló, pasó su mano por la hierba y se mojó el rostro con voluptuosidad, luego levantó los ojos al cielo. Era una de aquellas jornadas de noviembre de tiempo incierto. Un pálido sol brillaba más allá de las nubes. Tal vez haría un buen día. Tal vez volvería a llover. Los elfos no sentían por el clima la devoción de los hombres inclinados sobre sus cultivos. Semejantes a los árboles, a las piedras o a las ardillas que anidan en los bosques, nunca habrían pensado en modificar el curso de la naturaleza. Y por ello estaban desapareciendo.

Un movimiento, en el lindero del bosque, atrajo su atención. Llandon, rey de los altos-elfos, estaba ya a caballo. Un soldado tendió a Lliane las riendas de una montura y ella saltó de un brinco a sus lomos. Los elfos montaban siempre a pelo y no necesitaban silla, espuelas o fusta. Conocían el lenguaje de los animales domésticos y, algunos de ellos, el de las fieras. Llandon se inclinó sobre su montura, un inmenso semental blanco cuyas crines, que llegaban casi al suelo, nunca habían sido cortadas. -Llévanos a Loth -dijo al oído del caballo.

Diez elfos y nueve caballos le siguieron. Allí estaban, además de la pareja real, Blorian y Dorian, los hermanos gemelos de la reina, Kevin el arquero, Rassul, señor de los elfos grises de las marismas, que nunca se separaba de él y amigo de Llandon, Assan, su elfo adicto, Hamlin el ministril y Lilian el malabarista -pero siempre hay que desconfiar de los elfos que se hacen pasar por faranduleros- y finalmente Till el rastreador, que i iba a pie, corriendo con su perro y sobrevolado por su halcón,

Los elfos cabalgaron en silencio, dejando que sus monturas adoptaran el paso de Ola, el semental blanco que era su jefe. Luego Hamlin tomó su viola y comenzó a cantar con su grave voz la canción de la Gran Horda, que tanto les gustaba a los caballos. El canto resonaba en sus oídos como la promesa de un cálido establo. El «relato de la Gran Horda» hablaba de los antiguos Tiempos, y de la verde pradera interminable donde los corceles, palafrenes, jacos, rocines, pencos y jamelgos pastaban la hierba de los dioses...

Till el rastreador había mandado a su halcón a reconocer el camino. Tras una hora de cabalgata, el grito del pájaro les arrancó a todos de la melancolía del canto: las torres de Loth estaban a la vista. Llegados a las puertas de la ciudad, los seres azules echaron pie a tierra y devolvieron sus monturas a la libertad, no sin haberles quitado las riendas. A los hombres les gustaban demasiado los caballos para que Ola y su manada pudieran circular seguros por las callejas de Loth.

-¡Señor Llandon! ¡Que la paz sea con vos!

Penando para ajustar su paso a las largas y fáciles zancadas, casi corriendo, el heraldo les confirmó la presencia del rey Baldwin y la celebración del Gran Consejo.

-¿De modo que Baldwin se ha desplazado, realmente, en persona? -dijo Llandon pensativamente-. No es un enano que abandone de buena gana su montaña. ¿Qué quiere?

-No lo sé, señor -respondió el heraldo bajando la voz-. ¡Pero tenía el aspecto enojado!

-¿Y qué? -exclamó alegremente Rassul, palmeando el hombro de Llandon-. ¡Los enanos tienen siempre el aspecto enojado!

El grupo élfico soltó una risa despreocupada y desapareció en el ala que les estaba reservada, y que el arquitecto de palacio, muy juiciosamente, había situado en el extremo opuesto a los cuarteles de los enanos...

El heraldo inclinó la cabeza, decididamente preocupado por el aspecto de las cosas, y fue a avisar al rey Pellehun. Perdido en sus pensamientos, no advirtió la enorme masa de un guerrero bárbaro, agazapado en una zona de sombras. El bárbaro dejó que el hombre pasara ante él, salió lentamente a la luz y le siguió con los ojos.

Revistiendo sus armaduras de hierro y una cota de armas de anchas franjas azules y blancas, colores del rey, los doce paladines reunidos en la sala del Consejo constituían la guardia de los reyes que iban a sentarse alrededor de la mesa. Eran todos hombres de noble extracción, nacidos en familias que habían recibido, en los antiguos Tiempos, los títulos de Amigos de los elfos y Compañeros, distinción equivalente entre los guerreros enanos.

Algunos hablaban en voz baja, otros jugaban a los dados, pero Uter y Roderic, los dos más jóvenes, miraban hacia fuera por la única ventana de la estancia, dominados en lo más profundo de sí mismos por la tristeza de la jornada.

Habían transcurrido varias horas desde la llegada de los elfos y la campana de mediodía no tardaría en sonar. Uter se estremeció. Su armadura de metal pulido brillaba bajo la llovizna que había empezado a caer de nuevo. Roderic murmuró algo que su compañero no comprendió, pero éste no intentó hacérselo repetir y dejó que sus ojos derivaran, soñadoramente, por los tejados de la ciudad, las estrechas callejas del barrio del puerto y las primeras brazas del inmenso lago que se extendía hasta perderse de vista. Uter dio un respingo cuando del centro de la mesa comenzó a brotar un largo gemido. Era la Piedra de Fal, el talismán de los hombres y el símbolo de la soberanía, que manifestaba la llegada del rey legítimo. Casi enseguida, se escuchó ruido de pasos en el corredor. Ulfin, el más anciano de todos ellos, lanzó una breve orden. Quienes estaban sentados se levantaron de un brinco, quienes jugaban apartaron dados y cubiletes, y todos observaron la puerta que iba a abrirse.

El heraldo entró, comprobó de una ojeada que todo fuera normal y se apartó ante el soberano golpeando el suelo con su bastón herrado.

-¡Pellehun, hijo de Ker, rey de los hombres del lago y de sus alrededores, señor del Gran Consejo! -anunció.

Los caballeros se pusieron rígidos y apretaron con más fuerza el pomo de su espada.

Pellehun, escoltado por el senescal, dio la vuelta a la gran mesa de bronce que ocupaba la mayor parte de la estancia y se sentó frente a la puerta, en el trono de madera de cedro tallado en los antiguos Tiempos, en el propio corazón del árbol, por uno de sus antepasados.

Gorlois, en cambio, permaneció de pie ante su lugar, pues no era conveniente que un caballero, por muy príncipe, senescal y alcaide de palacio que fuese, se aposentara antes que el rey de los enanos o el de los elfos.

Se produjo fuera un chasquear de armaduras, hubo otro gemido de la piedra sagrada y la puerta volvió a abrirse.

-¡Llandon, rey de los altos-elfos, señor bajo el bosque de Eliandre!

-anunció el heraldo.

El elfo sonrió y se arrodilló ante Pellehun, de acuerdo con la costumbre.

-Qué la paz sea contigo, Llandon -dijo éste levantándose.

-Que el cielo te guarde, Pellehun -replicó el elfo-. ¿Por qué se ha reunido el Consejo?

-No sé mucho más que tú... Baldwin está en Loth. Pero supongo que estás ya informado de ello...

Llandon respondió con una inclinación de cabeza y se dirigió a su lugar, junto al rey de los hombres; el heraldo hizo resonar de nuevo el herraje de su bastón en las losas.

-¡Rassul, rey de los elfos grises, señor de las marismas más allá de las montañas!... Lliane, reina de los altos-elfos!

-Cada vez más hermosa -dijo Pellehun devolviendo a la reina su saludo.

-Soy tu sierva -murmuró ella sin bajar los ojos.

Su mirada se detuvo un breve instante en el senescal e inclinó cortésmente la cabeza. Pese a su edad, el viejo Gorlois se sintió turbado y se aclaró la garganta para sobreponerse. Era difícil escapar al encanto de aquellos ojos verdes...

El séquito de Llandon se apostó alrededor de la mesa de bronce, en la estancia volvió a hacerse el silencio.

Los doce paladines, con las miradas fijas y las manos cruzadas sobre el pomo de su larga espada, parecían semejantes a estatuas.

Uter, colocado detrás de los elfos, clavaba los ojos, por su parte, en la nuca de la reina Lliane. Las mujeres élficas eran de tanta belleza que los hombres no acostumbrados a atravesar sus parajes las tomaban por hadas. Salvo por su piel azul, los elfos se parecían a los hombres, pero el hombre más apuesto o la más pura muchacha parecían patanes y torpes ante su aérea ligereza. Y, entre ellos, los altos-elfos, los que vivían en las llanuras y corrían al viento, eran los más refinados.

Lliane debió percibir en su nuca la calidez de la mirada del joven caballero: se volvió a medias y le sonrió.

Uter sintió que su corazón daba un salto bajo la armadura. La elfo tenía unos ojos de un verde prado, casi amarillo, que contrastaba admirablemente con los reflejos azulados de su piel.

Sonrió a su vez, perdiendo algo de la rigidez que su cargo exigía, pero en aquel instante la piedra gimió por tercera vez, y el bastón del heraldo chasqueó, como llamándolo al orden. Las fórmulas protocolarias en uso entre los enanos eran mucho más complicadas que las de los elfos, los hombres o, incluso, los gnomos a los que tanto les gustaban los títulos. Conocer todas las fórmulas, todos los usos y todas las lenguas de los Pueblos libres no era la menor de las tareas, pues en ciertas circunstancias, en palacio, el uso del lenguaje común, que todos entendían -incluido un buen número de razas monstruosas de las Tierras negras-, habría parecido inconveniente.

-¡Baldwin, hijo de Twor, hijo de Urs Barba-Azul, rey e hijo de reyes! -clamó el heraldo-. ¡Baldwin, señor de la piedra y de los metales. Baldwin, Hacha-Larga. Barba-Larga, vasto tesoro! ¡Baldwin, soberano de los enanos bajo la Montaña roja! ¡Que su barba sea cada vez más tupida!

El viejo enano hizo una ruidosa entrada, como solía. Corroído por los años, se dispensó de arrodillarse ante Pellehun. Cuando se ha superado la edad de trescientos años, uno puede permitirse algunos quebrantamientos del protocolo...

Un extremo de su largo bigote canoso y encerado se levantó, lo que podía indicar que había sonreído al rey de los hombres; inclinó la cabeza a guisa de saludo.

-Que la paz sea contigo, Pellehun -dijo con su gruesa voz enronquecida.

-Que el cielo te guarde, señor de las piedras. Siéntate a mi diestra.

Baldwin rodeó la mesa de bronce, seguido por sus consejeros y por un enano modestamente ataviado y sin armas.

Los paladines alineados tras el grupo de los enanos intentaron estudiar el rostro de éste, pero convinieron entre sí, al acabar la reunión, que nunca habían visto aún a aquel barbudo de aire soñador (algo no muy corriente entre los enanos). Baldwin llegó por fin a su lugar y volvió ostensiblemente la cabeza hacia sus seguidores. Llandon, desconcertado, vaciló unos instantes. La etiqueta exigía que saludase en primer lugar al de más edad, el rey de los enanos, pero éste no le había dirigido aún la menor mirada.

-Que la paz sea contigo, rey -soltó finalmente, con una sonrisa de diplomático-. Hacía ya mucho tiempo que no nos habíamos visto...

Baldwin no respondió, y un gruñido indignado recorrió enseguida el grupo de los elfos. Gorlois, el heraldo que salía ya y cerraba a sus espaldas la pesada puerta, y el propio rey Pellehun no pudieron impedir un parpadeo ante la actitud del rey bajo la Montaña roja. Uter, desconcertado, buscó con la mirada a Ulfin y percibió, en quien le superaba en edad, el mismo cambio de actitud. Rigidez, inquietud, expectativa...

-¡El señor Llandon os desea la bienvenida! -repitió Pellehun posando la mano en el brazo del viejo enano.

-¿Eh? -dijo Baldwin volviéndose por fin-. ¡Ah, sí, los elfos! Los elfos, claro... Perdonadme... No lo había oído. La edad, sin duda...

Inclinó la cabeza y dirigió un gesto a los seres azules para invitarles a sentarse.

-Que el cielo te guarde, Llandon... Y también a ti. reina de los elfos. ¡Bienvenido por fin, rey Rassul!

Los elfos se miraron entre sí y se sentaron de mal humor.

Gorlois se arrellanó en su sillón, jugando distraídamente con una de sus trenzas, ceñidas de rojo, y contuvo una sonrisa. Bien comenzaba el Consejo...

Pellehun se levantó, mostrando un aire conciliador.

-Amigos míos, nos hemos reunido a petición del rey Baldwin, señor de los enanos bajo la Montaña roja. Escuchemos lo que ha venido a decirnos y deliberemos juntos sobre la conducta a seguir.

Al otro lado de la puerta, el heraldo aguzaba tanto el oído que se dejó sorprender por la aparición, en el otro extremo del pasillo, de un gigantesco guerrero de cabellos rubios y barba hirsuta, vestido con pieles y armado con una espada muy impresionante.

-¿Quién eres? -gritó corriendo hacia el bárbaro-. ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

-Soy Freihr, jefe de los hombres libres del Umbral-de-las-Rocas. Déjame pasar.

El heraldo no le comprendió enseguida. Freihr hablaba el lenguaje común con el terrible acento de los hombres del Norte. No se apartó.

-¿Cuál es tu nombre? -preguntó de nuevo.

-¡Paso! -rugió el gigante.

Simultáneamente, lo lanzó contra el muro con tal brusquedad que perdió el sentido y resbaló, lentamente, hasta el suelo con un estertor.

El bárbaro frunció el ceño, miró con viveza a su alrededor y, tras comprobar aliviado que la escena no había tenido testigos, se dirigió hacia la puerta del Consejo.

Baldwin hablaba con tanta fuerza y tanta cólera que el bárbaro captaba cada una de sus palabras a través de las macizas tablas de roble.

-¡He venido a reclamar justicia al Consejo! -gritaba-. Si no se me concede, apelaré al Enojo de los enanos y nuestra venganza será más terrible que la tormenta en las montañas.

-Te haremos justicia, Baldwin -dijo con calma Pellehun.

El enano calló unos instantes, interrumpido en su impulso. Bajo sus enmarañadas cejas, sus ojos buscaron los de su consejero, el enano de barba castaña y aspecto modesto.

Éste se levantó de su silla con aire molesto. Lliane tuvo, incluso, la impresión de que había dirigido a los elfos una mirada de simpatía (aunque no lo habría jurado).

-Mi nombre es Tsimmi -dijo con voz pausada-. El señor Baldwin me ha encargado que os dé parte de los terribles acontecimientos que se han producido bajo la Montaña y que han provocado su venida al Consejo. Hay cosas demasiado indignas para que las pronuncie la boca de un rey...

Hizo, a su vez, una pausa y solicitó el asentimiento del viejo Baldwin. Pero éste mantenía la cabeza gacha, mirando fijamente sus puños cerrados puestos en la mesa de bronce.

-El elfo Gael mató a Troin -soltó por fin.

El enano Tsimmi volvió a sentarse con un gemido, mientras estallaba un concierto de gritos de indignación, sorpresa o incredulidad. Llandon y Rassul se habían levantado bruscamente, derribando sus sitiales en las losas de mármol de la sala, y la reina Lliane le miraba como si se hubiera vuelto loco.

-¡Por la diosa, retira esas palabras, barbudo! -aulló Rassul, el elfo gris que era siempre el primero en perder la paciencia.

Gael era el señor de una pequeña comunidad de elfos de las marismas, en las Marcas, y por lo tanto, en teoría, uno de sus vasallos. Pero, mucho más que cualquier otro clan de la nación élfica, los elfos grises escapaban, en realidad, a cualquier control.

No siempre habían vivido en las marismas. En los antiguos Tiempos se los llamaba «elfos de las colinas», y habían sido expulsados de allí por los enanos, cuando éstos habían encontrado oro. Los enanos habían comenzado quemando sus aldeas de chozas, matando indiferentemente a los guerreros, las mujeres y los niños. Luego, cuando los supervivientes sólo fueron ya un puñado, se divirtieron organizando monterías y cazándolos con honda, como conejos. Siglos más tarde, los descendientes de sus víctimas conservaban aún un terrible rencor. Los elfos se habían vuelto un pueblo salvaje, imprevisible y cruel. Pese a la alianza, ningún enano, ni siquiera el más temerario, ni siquiera el más fuerte, se habría aventurado por las marismas...

Llandon calmó a Rassul con un gesto y le obligó a instalarse de nuevo en el sitial que uno de los doce paladines había enderezado ya. Al otro lado de la mesa, los enanos se habían también levantado, con la mano en la empuñadura de su hacha. Sólo Baldwin y Tsimmi no se habían movido.

-Os lo ruego -insistió Pellehun indicando a todos que se sentaran-. Proseguid vuestro relato, maese Tsimmi.

-Troin, rey bajo la Montaña negra y príncipe de la ciudad subterránea de Ghazar-Run, ha muerto -prosiguió el enano de barba castaña procurando evitar la mirada de los elfos-. Gael había ido a verle para comprar una cota de mallas de plata, forjada por los maestros artesanos de la ciudad. Todos sabéis el valor de lo que ha sido forjado en Ghazar-Run...

Todos asintieron, y los enanos especialmente. Aquellas armaduras de plata eran tan ligeras como el cuero y más resistentes que el acero. El propio Llandon pasó maquinalmente la mano sobre su jubón de moaré, bajo el que también llevaba una de aquellas cotas de mallas.

-A la hora de pagar -prosiguió Tsimmi-, Gael mató al rey Troin con una puñalada en la espalda y huyó de Ghazar-Run llevándose su bien, antes de que su crimen fuese descubierto... El rey Baldwin, mi señor, ha venido a pedir justicia en su nombre y en el del pueblo bajo la Montaña negra.

Un mortal silencio reinó en la sala durante largos segundos. Los enanos apretaban los dientes y miraban fijamente la mesa, el rey humano y su consejero manoseaban

nerviosamente su trenza y los elfos, más pálidos aún que de ordinario, bajaban los ojos, con el corazón palpitante, petrificados.

-¿Qué ha sido del señor Gael, Rassul? -preguntó Pellehun con una voz tan calma como le fue posible...

El elfo gris agachó la cabeza y cerró los ojos. Se sentía humillado ante los enanos, incapaz de afirmar que su historia fuera mentira. Naturalmente, más que otro cualquiera, Gael habría necesitado una armadura enana, pues se agarraba a las fronteras de las Tierras negras, al alcance de las expediciones gobelinas. Pero los elfos de las marismas eran pobres, desesperadamente pobres, incluso según los criterios de los demás pueblos élficos. ¿Con qué habría podido pagar una cota de plata?

También Llandon bajaba la cabeza. Gael era un elfo gris, no un alto-elfo, y no lo recordaba. Tal vez Till, el rastreador, le conociese. Antaño había combatido con los elfos grises en las marismas, llevando a territorio enemigo una guerra de trasgos contra las patrullas gobelinas... Llandon se reprochó por un instante no poder dar un rostro a aquel nombre, pero, a fin de cuentas, ¿quién conocía realmente a los elfos grises? Ni siquiera su rey, Rassul, que reinaba sólo sobre un pueblo evanescente, diseminado en pequeños clanes por el más inhóspito de los reinos, en las Marcas de las Tierras negras. Los elfos grises, salvo por Rassul y algunas comunidades que seguían viviendo a la antigua, se habían aislado poco a poco, sin mezclarse con los elfos verdes, los elfos de las dunas o los altos-elfos más que en raras ocasiones. Por otra parte, lo mismo ocurría con casi todos los elfos... A Llandon le hubiera costado recordar una reunión que superara el centenar de sus congéneres.

-No lo sé -acabó murmurando Rassul, lívido-. No sé dónde está. Llandon encontró la mirada verde clara de la reina Lliane, y movió la cabeza en señal de negación.

-Monseñor, el honor de los elfos y el porvenir de la paz entre los Pueblos libres nos ordenan encontrar a Gael -dijo Lliane-. Damos las gracias al señor Baldwin... y a maese...

Buscó el nombre del enano de la barba castaña.

-...Tsimmi -sopló éste con una voz incómoda que hizo reunir a todos los nobles asistentes.

-Maese Tsimmi, eso es -prosiguió la reina-. Perdón... Os damos las gracias por haber sometido este caso a la atención del Consejo. Si el señor Pellehun nos lo permite, traeremos a Gael a Loth para que se explique.

-¡Pse! -masculló Baldwin para sí-. ¡Bonitas palabras! ¡Y dentro de dos semanas nos diréis que ha desaparecido! Rassul saltó de nuevo.

-¡Sigues insultándonos, maldito devorador de piedras!

El elfo gris se había incorporado, con la mano en la empuñadura de su larga daga. Al otro lado de la mesa, Baldwin y sus consejeros blandieron las hachas, pero los doce paladines se acercaron enseguida a los miembros del Consejo, dispuestos a sujetarlos antes de que corriera la sangre.

-¡Basta! -aulló Pellehun levantándose. Su grito devolvió una pizca de calma.

-Señor Rassul, vuestras palabras han sobrepasado vuestro pensamiento, pero estoy convencido de que el rey Baldwin no va a tenéroslo en cuenta. Estamos todos cansados y con los nervios de punta... Sentémonos, monseñores. Os lo ruego...

De nuevo, elfos y enanos se aposentaron alrededor de la mesa de bronce, no sin un largo concierto de variados gruñidos.

-La reina Lliane -prosiguió Pellehun-. A los elfos les corresponde hacer justicia. Pero comprendemos todos la cólera del señor Baldwin y... su desconfianza. Junto a él, el senescal Gorlois tosió.

-Tal vez... Puesto que se trata de un crimen de sangre real...

-¿Qué pasa?

-Tal vez la propia reina podría encargarse de esa investigación. Durante un momento, la mirada del rey de los hombres brilló y un esbozo de sonrisa plisó su arrugado rostro.

-¡Qué idea!

Gorlois cerró modestamente su único ojo e inclinó la cabeza.

-¿Qué os parece, compañeros?

Inmóvil ante la pesada puerta de la sala del Consejo, el bárbaro se bamboleaba, apoyándose en un pie, luego en el otro, incapaz de tomar una decisión. Largo había sido el camino hasta Loth, y Freihr le había dado vueltas cien veces, en su cabeza, al discurso que le serviría al rey Pellehun. Pero allí, en el corazón de aquella fortaleza, no sabía ya qué hacer.

De pronto, la punta de una lanza le pinchó la espalda.

-¡Ni un gesto, bárbaro! ¿Has sido tú el que ha matado al heraldo?

Por toda respuesta, el inmenso guerrero rubio se volvió con un terrorífico aullido y su puño cerrado golpeó el astil de la lanza, arrancándola de las manos del soldado que le amenazaba. El bárbaro le hizo frente, desenvainando con las dos manos una pesada espada cuyo mellado filo mostraba que estaba acostumbrado a utilizarla. Ante él, el guardia desarmado se batió precipitadamente en retirada, mientras dos soldados más le apuntaban con sus lanzas.

La puerta del Consejo se abrió con un golpe seco y Gorlois abarcó con su ojo toda la escena, enmarcado por dos caballeros con la espada levantada, dispuestos a partir en dos al gigante si hacía ademán de atacarle.

-¿Qué ha ocurrido? -dijo señalando al heraldo que seguía inanimado-. ¿Está muerto?

El bárbaro se volvió y bajó su espada. No, no, no muerto, sólo sin sentido...

-¿Quién eres?

-Soy Freihr, jefe de los hombres libres del Umbral-de-las-Rocas -dijo el bárbaro sonriendo, con el rostro de nuevo sereno.

-¿Qué hacías tras esa puerta? -preguntó el senescal-. ¿Nos espiabas?

-¡Freihr no espía! Quiero hablar con el rey.

-¡Más tarde! -dijo el senescal empujando al guerrero, semidesnudo bajo sus pieles-. ¡El rey no puede verte ahora!

-¡Aguarda! -gritó una voz fuerte.

Todas las miradas se volvieron hacia Pellehun El señor del Gran Consejo se había incorporado bruscamente.

-Haz entrar al señor Freihr -ordenó en un tono que contrastaba con la calma de la que había dado pruebas desde el cometió del Consejo.

Los elfos y los enanos, intrigados, callaron, contemplando sucesivamente al rey y al bárbaro. ¿Por qué Pellehun interrumpía así el Consejo?

-¿De qué aldea has hablado? -preguntó el rey cuando el guerrero hubo entrado en la sala.

-Umbral-de-las-Rocas...

-¿No te recuerda nada, Gorlois? -lanzó el rey, burlón y triunfante.

-No comprendo...

-Umbral-de-las-Rocas es una aldea fortifica, en plenas Marcas negras... A vuelo de pájaro, no debe distar más de cinco leguas de las primeras chozas de los elfos grises de Gael.

Todos los rostros se volvieron hacia el gigante con un nuevo interés.

-Monseñores -profirió el rey levantando mucho la mano para tomar al bárbaro por el hombro-, Freihr es uno de esos raros hombres libres que han conseguido mantenerse en las Marcas. Me siento sorprendido y feliz de tu llegada a Loth, Freihr. ¿Por qué querías verme?

-Umbral-de-las-Rocas ha sido destruido. Ayúdame a vengarme y Freihr será tu esclavo... No tengo ya nada.

Pellehun no respondió. Frente al gigante, el rey de los hombres parecía pequeño como un enano; Uter se sintió aliviado por no haber tenido que enfrentarse a él. Con el rostro grave, Pellehun palmeó de nuevo el hombro del bárbaro, luego avanzó en silencio hasta la única ventana de la estancia. Fuera, la lluvia había dejado de caer. El humo que salía de la chimenea acarreaba hasta palacio aromas de cocina, y el rey se dijo que tenía hambre:

-¿De quién quieres vengarte? -prosiguió.

-De Aquel-que-no-puede-ser-nombrado. Él hizo que destruyeran Umbral-de-las-Rocas.

-El Señor negro... -murmuraron al mismo tiempo Llandon y muchos otros, en torno a la mesa de bronce.

La mayoría de ellos lo habían combatido durante las últimas batallas de la guerra de los Diez Años, y el mero recuerdo de aquella época horrible les hacía estremecerse. Nadie había visto nunca al Señor negro, pero la creencia popular -tanto entre los hombres del lago como entre los elfos de las dunas o los enanos bajo la Montaña- le atribuía poderes infinitos. Todos, hasta los reyes que se sentaban en el Gran Consejo, estaban convencidos de que no podía nombrársele sin arriesgarse a atraer el mal de ojo. Con el tiempo, raros eran los que conocían aún su nombre...

Al finalizar la guerra, el Innombrable había sido vencido y se había retirado más allá de las Marcas, a una landa desolada como les gustan a los monstruos. Se decía que había edificado allí una fortaleza y que reconstruía su ejército de lobos y gobelinos.

De cualquier modo que fuese, las Marcas constituían la difusa frontera entre el reino de Logres y el país de Gorre, el dominio del Innombrable, que los hombres denominaban Tierra gasta, Tierras negras o Tierras foráneas.

-¡Pse, el Señor negro! -exclamó Baldwin-. Bueno, ¿qué relación tiene eso con el asesinato de Troin?

-¿Conoces al elfo Gael? -preguntó la reina Lliane al bárbaro, sin prestar atención al rey de los enanos.

-Sí.

-¿Cuándo le viste por última vez?

-Hace cinco días. Después de que Umbral-de-las-Rocas fuese destruido.

Llandon saltó de su sitial y se acercó al gigante. Baldwin se estremeció y se encogió en su trono, mordisqueando la barba gris. Como todos los elfos, Llandon era alto, más que un hombre normal, pero el bárbaro le superaba aún y parecía tres veces más ancho. Debía de medir, por lo menos, ocho pies de altura. Alto como tres enanos...

-¡Señor Baldwin! -exclamó el rey de los altos-elfos con una voz donde se leía la esperanza-. ¿Cuándo fue asesinado Troin?

-Hace una semana.

-¡Entonces, si lo que nos dice el buen gigante es cierto, Gael no es culpable! Hay más de cincuenta leguas entre la ciudad subterránea de Ghazar-Run, donde Troin fue asesinado, y las Marcas. ¿Quién podría cabalgar con tanta rapidez? ¡Es imposible!

-Pero sigue siendo factible con un caballo libre. Corrigió Pellehun.

-No vi a Gael en las Marcas -dijo lentamente el gigante-. Estaba en Kab-Bag.

Pocos eran, en la concurrencia, los que conocían el lugar. La ignorancia se leía tan claramente en los rostros de la mayoría de los elfos y los enanos que Gorlois intervino, sin que le enojara compensar así su precedente olvido.

-Kab-Bag es la ciudad comercial de los gnomos. De hecho, no es realmente una ciudad, sino, más bien, un vasto agujero en el que se han excavado casas trogloditas. Algunas son incluso verdaderos palacios, por lo que se cuenta. Pero ya conocéis a los gnomos... ¡Tan ladrones como mentirosos!

-¿Dónde está esa ciudad? -masculló Baldwin.

-A mitad de camino entre las Marcas y nuestra buena ciudad de Loth... Yo diría que a unas cuarenta o cincuenta leguas, hacia el norte. Es bastante difícil encontrarla, supongo, pues muy poca gente puede presumir de haberla visitado... Salvo los ladrones del Gremio y los propios gnomos, claro está.

-¿Qué hacía Gael en Kab-Bag? -preguntó Pellehun al bárbaro, interrumpiendo el satisfecho discurso de su senescal.

-No lo sé. Gael no me saludó. Tal vez no me viese... El rey contuvo una sonrisa. No ver al gigante entre una muchedumbre de gnomos no mucho mayores que una espada...

-Pero debéis ayudarme a vengarme, ¿eh?

-Sí, sí... ¡Claro!

Gorlois interrogó con la mirada al rey Pellehun, luego acompañó al bárbaro fuera de la sala. Mientras salía, el silencio reinó en la estancia. Se oían a lo lejos los ecos de una canción de borracho y la risa gutural de una buscona.

-¿Qué decidimos, monseñores? -preguntó Pellehun dejando su cubilete de estaño.

Como el Consejo se prolongaba, Gorlois había hecho servir una sólida comida. Las criadas habían llevado vino y cerveza para los hombres y los enanos, agua fresca para los elfos y enormes bandejas de charcutería. Cuando un servidor colocó en el centro de la mesa de bronce los grandes candelabros, todos advirtieron entonces que estaban hablando desde hacía mucho tiempo en penumbra, mientras que nona, la novena hora del día, apenas acababa de sonar.

-Al parecer no tenemos elección -dijo Llandon-. Si Gael está en Kab-Bag, hay que ir allí. Mañana mismo enviaré a tres elfos con mi reina para que lo encuentren.

-¡El sherif de los gnomos de Bag-Mor está en palacio, sire! -exclamó Gorlois-. ¿Hay que convocarlo al Consejo?

-No, sería inútil. Bag-Mor está a leguas de Kab-Bag y es muy improbable que el sherif de ese burgo pueda decirnos nada sobre Gael... Además, es preciso evitar que el asunto corra.

Todos los asistentes inclinaron la cabeza. Numerosos pueblos vivían bajo la protección de los ejércitos del Gran Consejo, pero sólo los hombres, los elfos y los enanos formaban parte de él. Había para ello varias razones. Algunos pueblos nunca habían formado vastas agrupaciones, constituyendo sólo pequeñas tribus de una decena de individuos. Otros, a pesar de su importancia, no eran realmente seguros... Y así ocurría con los gnomos.

Aliados, en principio, del Gran Consejo, muy pocas veces habían tomado parte en un combate contra los ejércitos del Señor negro (algo de lo que nadie se quejaba realmente pues su incapacidad militar era proverbial). Por añadidura, había quedado prácticamente establecido que sus centros comerciales -entre ellos Kab-Bag- mantenían relaciones con los monstruos de las Marcas. Demasiadas veces se habían visto entre las monedas de oro pagadas como impuesto al Gran Consejo piezas gobelinas para seguir creyendo en la perfecta sumisión de los gnomos.

Una vez más, el silencio se había hecho en la estancia. Los enanos se agitaban en sus sitiales, masticando ruidosamente. Las bandejas colocadas ante ellos estaban casi vacías.

-Creo que la idea del señor Llandon es la adecuada -dijo Pellehun-. En efecto, hay que enviar una tropa a Kab-Bag, con la reina Lliane, para encontrar a Gael y traérnoslo...

-Pse, o ayudarle a escapar -masculló Baldwin.

-... pero me parece que más prudente sería designar a dos representantes de cada uno de nuestros pueblos -prosiguió Pellehun inclinándose hacia él-. Enviaré a dos caballeros de la guardia del Consejo, y también al señor Freihr, el último hombre que vio a Gael y, sin duda, el único que conoce a los gnomos.

-¡De acuerdo! -dijo Lliane.

Todas las miradas se volvieron hacia la reina de los altos-elfos. Pausadamente, ella se levantó dominando la mesa con toda su talla e hizo caer su mirada de un verde claro sobre el rey de los hombres. Pese a su edad y su rango, Pellehun sintió que se ruborizaba, y eso le irritó. La imagen de la reina Ygraine pasó fugazmente ante sus ojos. ¿Cuánto tiempo hacía que no le hacía ya los honores?

-El rey Pellehun tiene razón -prosiguió Lliane-. ¡Organicemos una expedición y vayamos mañana mismo! Por lo demás, si Gael está en Kab-Bag, será sólo una formalidad. Iré, si mi rey me lo permite.

Llandon cerró los párpados en señal de asentimiento.

-Dos elfos escoltarán a la reina -murmuró. Baldwin emitió una risita apagada.

-¡Uno! -corrigió.

-¡La reina de los altos-elfos no puede contarse entre los guerreros de la expedición!

Baldwin sonrió ante la indignación de Llandon.

-¿Cree el señor Llandon que los pueblos bajo la Montaña ignoran lo que ocurre en el llano... o en los bosques?

-Entre nosotros -murmuró Tsimmi con su voz insólitamente tranquila para un enano- se cuenta a los enanitos, para darles miedo, la historia de la elfo Lliane y su larga daga matadora de gobelinos.

Tsimmi había apoyado sus últimas palabras con una pequeña sonrisa, y Lliane enrojeció (lo que entre los elfos tiñe sus mejillas de un azul obscuro).

-He oído hablar de esa historia -intervino Gorlois-. Siempre me he preguntado si era cierta o si se trataba de una leyenda... Los ministriles tienen una canción sobre la reina de los elfos, atacada por Chaw el gobelino, en el bosque de Eliandre. Unos leñadores descubrieron a Chaw clavado en un árbol por una puñalada. El árbol está seco y ennegrecido... Ignoraba que se tratase de vos, dama mía.

-Las leyendas tienen siempre un poso de verdad -dijo Lliane en voz baja mientras sus dedos, bajo la mesa, se deslizaban por la vaina de Orcomhiela, su larga daga plateada-. Sólo un elfo me acompañará.

Mientras la reina volvía a sentarse junto a su enojado esposo, los consejeros del rey de los enanos entraron en un ruidoso conciliábulo.

-Mañana haremos saber cuáles de nosotros partirán en busca del elfo -dijo finalmente Baldwin, acabando con la discusión.

Pellehun inclinó la cabeza, golpeó con ambas palmas la mesa de bronce y se levantó para poner fin a los debates.

-Pues bien, creo que ahora podemos declarar cerrado este Consejo... Os propongo que asistáis conmigo a la misa y compartáis mi mesa, esta noche, puesto que nos hemos puesto de acuerdo.

-Nos haces un gran honor, rey Pellehun -dijo Llandon-. Pero debo preparar la partida de la reina y tengo también que elegir al que vaya a acompañarla.

Los elfos se levantaron, se inclinaron profundamente ante Pellehun y su senescal, y partieron luego con su paso silencioso, sin dirigir la mirada a Baldwin y sus consejeros.

-Perdóname -dijo el rey de los enanos-, estoy fatigado. No tengo ya edad para festejos, lo sabes. Por lo que se refiere a tu misa... Permíteme que me retire.

Los enanos se levantaron en bloque, saludaron y se marcharon tan ruidosamente como habían entrado.

Pellehun había permanecido sentado. Con los ojos fijos en la pesada puerta de roble que acababa de cerrarse tras los doce paladines, guardó silencio largo rato.

-Bueno, Gorlois, ¿qué te parece? No ha ido tan mal, ¿verdad? El senescal inclinó la cabeza y sirvió, para ambos, una copa de garnacha, un vino negro, espeso, que al rey le gustaba por encima de todo.

-Mejor de lo que aguardábamos, monseñor... ¿Lo habéis visto? ¡Estaban dispuestos a destriparse en esta misma sala!

-Sí...

Pellehun sonrió y bebió un largo trago de vino.

-Ha sido casi demasiado fácil.

III
Una noche en vela

Los elfos abandonaron Loth aquella misma noche. Los reyes se habían reunido con su séquito en sus aposentos, y el escaso equipaje que llevaban consigo pronto estuvo listo. Till, el rastreador, fue enviado por delante para encontrar a Ola y los caballos libres y pedirles que participaran en el Consejo que quería celebrar el rey Llandon, pues a ellos mismos les concernía también la expedición.

Los seres azules atravesaron las dormidas callejas de la ciudad, deslizándose silenciosamente por los húmedos adoquines. Ni siquiera despertaron a los perros que dormían a los pies del lecho de sus dueños, en las cálidas casas enclaustradas de los hombres.

Till, Ola y los caballos estaban allí cuando llegaron a las puertas de Loth. Sin decir palabra, los elfos saltaron sobre sus monturas y desaparecieron en las tinieblas. A medianoche, estaban de regreso en su campamento, al otro lado del lago.

Ninguna palabra se había dicho durante la cabalgata, y la viola de Hamlin el ministril había permanecido silenciosa. Ola había lanzado algunos relinchos interrogadores, pero Llandon no le había respondido, perdido en sus pensamientos, sombríos y huraños. El semental blanco había sacudido sus largas crines e inclinado la cabeza, comprendiendo que ocurría algo grave.

Llandon no les dio tiempo a los elfos para regresar a sus chozas, ni para saludar a sus familias. Echando pie a tierra ante su cabaña de madera y hojas, dijo unas palabras en voz baja a Ola y, luego, invitó con un gesto a los señores elfos a seguirle.

Su choza era baja y húmeda, desprovista de cualquier signo de riqueza y muy distinta de las espléndidas moradas que los nobles, del rango de Llandon, humanos o enanos, se hacían construir.

Los elfos ignoraban la comodidad, salvo tal vez los elfos de las dunas, a quienes tanto les gustaba el sol. Los propios altos-elfos, la antigua raza de Morigan, pese a la nobleza de sus orígenes, bebían agua de lluvia y se acostaban en el musgo.

En el bosque de Eliandre, los elfos vivían en plataformas colocadas entre las ramas de los árboles y se desplazaban por estrechos puentes de cuerdas, tan finos que los escasos leñadores humanos que se aventuraban, a veces, por los aledaños del bosque, creían que los elfos sabían volar por los aires.

Cada viaje a Loth deprimía mucho a Llandon, pues la ciudad le parecía opuesta a todo lo que los elfos apreciaban. A los seres azules no les gustaban las piedras, ni el fuego, el oro, los metales o los ricos tejidos, todo lo que parecía representar la esencia misma de la felicidad según el modo de ver de los ciudadanos. En ese punto, los hombres estaban más cerca de los enanos que del etéreo pueblo de los árboles, aunque los barbudos sólo se adaptaran realmente a sus sombríos subterráneos que tanto aterrorizaban a los humanos.

Llandon se agitó y contempló a sus elfos adictos, sentados con las piernas cruzadas a su alrededor. Fatigado, triste, buscó a Lliane con los ojos y sintió la mano de su reina posándose en su brazo. Se había arrodillado tras él, tranquila y sonriente, como si nada hubiera ocurrido, como si no fuese a partir... Llandon dejó que sus hombros cayeran, vencido por una irresistible oleada de melancolía (un rasgo de carácter propio de los elfos). Lliane iba a abandonarle y se quedaría solo, cerca de la ciudad de los hombres y tan lejos del bosque de Eliandre...

De nuevo tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse.

-Los enanos acusan a uno de los nuestros de haber matado a Troin, su rey bajo la Montaña negra -explicó-. El Consejo ha encargado a la reina que lo busque, a la cabeza de una tropa compuesta por guerreros de cada raza, y lo lleve a Loth para ser allí juzgado por su crimen.

-¿Quién es? -preguntó Hamlin.

El rey hizo una pausa, clavó su mirada en la de Rassul, sentado aparte, junto a Assan.

-Su nombre es Gael -dijo por fin-. Un elfo gris, señor de un clan de las marismas...

Calló observando la reacción de los elfos de su Consejo. Todos comentaban con pasión la increíble noticia, salvo Till. Silencioso como solía, el rastreador no pudo impedir, sin embargo, que su mirada brillara furiosamente. Llandon comprendió entonces que no se había equivocado: Till debía de conocer a sire Gael.

-Necesito ahora elegir a uno de vosotros para que acompañe a la reina y la proteja durante ese viaje.

-¡Yo! -dijo Rassul levantándose. Llandon sonrió a su amigo.

-Tú no puedes, Rassul. Ni yo... Somos reyes y debemos permanecer en el Gran Consejo mientras el asunto no se haya aclarado.

Los demás elfos, salvo Assan, que no podía separarse de Rassul, se ofrecieron. Blorian y Dorian porque eran los hermanos de Lliane, Hamlin, el ministril, porque hablaba todas las lenguas y su canto tenía el poder de debilitar a los enemigos, Kevin pues era el mejor arquero élfico, Lilian, el titiritero, porque su flexibilidad y su agilidad permitirían siempre arrancar a la reina de un mal combate, Till, finalmente, porque poseía sobre la naturaleza y las bestias poderes desconocidos para el enemigo, pero también para hombres y enanos con quienes deberían andar el camino.

Llandon se lo agradeció, largo rato, a todos ellos.

-Te lo agradezco, Blorian, y a ti Dorian, valerosos hermanos. Pero no seréis elegidos. El deseo de proteger a vuestra hermana os dejaría ciegos ante las celadas de ese viaje... Y serán múltiples.

Una terrible decepción se leyó en el rostro de ambos príncipes.

-Además -prosiguió el rey-, ¿cómo elegir a uno de vosotros sin ofender al otro?

Rassul soltó una carcajada sonora como un arroyo de montaña en primavera, y todos se dejaron vencer por la risa comunicativa del rey de los elfos grises. Los propios Blorian y Dorian acabaron carcajeándose y dándose codazos.

-Te lo agradezco, Hamlin -prosiguió Llandon-, pero tampoco serás tú.

-Pero... ¿Por qué? -preguntó el ministril.

-Recuerda, querido Hamlin, todo lo que me has enseñado -intervino Lliane-. Gracias a ti, hablo la lengua de los gnomos, la de los enanos y la de los gobelinos. Me enseñaste tu canto. Soy tu sierva, noble Hamlin, y tu alumna, y muchos de tus cantos me son aún desconocidos, pero a fin de cuentas se trata sólo de ir al país de los gnomos, y no a las Tierras negras.

El ministril inclinó la cabeza y sonrió a la reina con una extraña sonrisa en la que se mezclaban la admiración y el enojo.

-Lo mismo sucede contigo, Kevin el arquero -prosiguió ella-. Tú que entregaste tanto de tu tiempo para enseñarme el lenguaje de la cuerda, la madera y la flecha...

A su vez, Kevin agachó la cabeza y apartó los ojos. Luego, pausadamente, se liberó del carcaj y lo tendió a Lliane.

-Ten, reina mía. Acepta entonces, al menos, estas flechas.

Lliane vaciló y, luego, aceptó el regalo del arquero. Todos, en la choza, habían reconocido las legendarias flechas de plata de Kevin, forjadas en los antiguos Tiempos por Gwydyn-el-viejo, pero cuyos poderes no conocía realmente nadie... Sólo había algo seguro: aquellos a quienes tocaban no sobrevivían, y nunca fallaban el blanco.

Kevin bajó modestamente los ojos para terminar con los testimonios de gratitud de su alumna. Sintió que se formaba un nudo en las profundidades de su garganta y resopló. A los demás les resultaba difícil comprender todo lo que unía al arquero y sus flechas.

-Te lo agradezco, Lilian -continuó Llandon-, pero no creo que la tropa necesite los servicios de un titiritero. No se trata de atacar silenciosamente una plaza fuerte, ni de escalar unas murallas o sorprender a unos centinelas, como tan bien sabes hacer. Y, además, tú solo vales por un ejército entero, ¡que te unieras a la tropa sería hacer trampas!

Lilian sonrió ante el cumplido y se inclinó.

-Yo acompañaré a la reina, pues -dijo Till sin levantar la voz-. Conozco a Gael, es mi amigo. No creo que haya matado al barbudo pero, si lo hizo, es que tenía una buena razón para hacerlo. Sabré encontrarlo y me hablará de ello.

Llandon inclinó la cabeza y consultó con la mirada a Lliane y Rassul, que asintieron también.

-Contigo, amigo mío, la reina está segura -concluyó el rey-. Descansemos, ahora. Mañana mismo debéis dirigiros a la ciudad de los hombres... Tengo que hablar aún con Ola y pedirle un caballo para la reina.

Los elfos salieron de la choza real, dejando a la pareja cara a cara, y el silencio de la noche, apenas turbado por el lúgubre ulular de una lechuza, se instaló entre ambos. Con un nudo en la garganta, Llandon miraba a su esposa sin encontrar las palabras. En la negrura de la noche y la oscuridad de la choza, un humano no habría podido distinguir nada, pero los elfos, amigos de la luna, tenían ojos de gato. El rey contemplaba a Lliane como un ahogado, desesperadamente.

-Sólo se trata de ir a buscar a Gael, a Kab-Bag -murmuró la reina-. Nada grave...

Llandon sonrió con tristeza.

-¿Tú crees? No estoy tan seguro... Claro, sí. Y sin embargo, durante nuestra cabalgata, al salir de Loth, he sentido que mi corazón se oprimía como si no debiéramos volver a vernos...

Lliane se acurrucó junto al hombro del rey. Las visiones de Llandon eran conocidas y respetadas por todos los clanes, y los elfos concedían demasiada importancia a la magia y a los sueños para tomarse a la ligera todo lo que pudiera parecerse a un presentimiento.

-Además, dudo de que Gael esté aún en Kab-Bag -prosiguió el rey-. ¿Qué iba a hacer allí?... Tengo que ver sin falta a Till. No conozco al tal Gael, no sé de qué es capaz. Los elfos de la marisma son...

Dejó en suspenso su frase, negándose a formular las reservas o el malestar que la mayor parte de los elfos sentían en sus raros contactos con sus salvajes primos. El propio rey Rassul era, a veces, tan imprevisible...

-Hay algo que no funciona... Los enanos le acusan de haber matado a Troin, lo que a fin de cuentas es posible. Los elfos grises detestan a los enanos, y sobre todo a los de la montaña. Si hubieran hablado de una emboscada, de una riña, los hubiera creído con facilidad, pero, francamente, esa historia de robo... Matar al rey bajo la Montaña negra para robarle una cota de mallas, por muy de plata que fuese... Es irrisorio. ¡Sería una locura!

-¿En qué piensas? -preguntó Lliane.

Llandon la contempló largo rato, luego le acarició la mejilla y su ceño desapareció el tiempo de una sonrisa.

-Con los enanos, nunca se sabe. Tal vez sólo sea un avatar de sus malditas guerras de sucesión, y quién sabe si uno de sus príncipes, hinchados de ambición, no habrá dispuesto el asesinato de Troin, con la ayuda de Gael o utilizándolo... Tal vez sea más grave, también. Si Gael consiguió, realmente, entrar en Ghazar-Run, si realmente mató a Troin y realmente le robó, se trata sin duda de un tesoro mucho más importante... Tienes que pensar en todo eso... y desconfiar de los demás.

Lliane asintió con un movimiento de sus párpados, y su tranquilizadora sonrisa no tuvo sobre el rey efecto apaciguador alguno.

-Hay algo más -dijo éste con una mueca de reticencia-. Me temo que tendrás que desconfiar también de Till... Sé que no llevará a Gael al Consejo, aunque para ello tuviese que matar a todos los hombres y todos los enanos de la expedición. Pero a ti te obedecerá... Te obedecerá, como todos nosotros.

Se acercó a la reina, tomó dulcemente su rostro entre las manos y la miró intensamente. Ella sonrió y le besó las manos, una tras otra.

-Sé todo eso, rey mío. Pero no temas nada. Me mantendré ojo avizor...

Llandon inclinó la cabeza. Aquella bola en su garganta, aquel nudo en su corazón... ¿Habría permanecido demasiado tiempo en contacto con los hombres y estaría experimentando ese sentimiento desconocido para los elfos y que ellos denominaban amor? Contempló a Lliane que comenzaba a desnudarse, con aquella sonrisa en los ojos que tanto le gustaba. ¿Sería posible que la amara, o sufría sólo ante la perspectiva de su ausencia?

La larga túnica de moaré de la reina cayó al suelo. Estaba desnuda, ataviada sólo con sus pulseras de plata, ondulando lentamente como una caña al viento, y el deseo de Llandon expulsó su melancolía.

Despertado al amanecer por un paje del rey Baldwin, el caballero Miolnir había abandonado sus ricas vestiduras de terciopelo y se había puesto un atavío de viaje, más basto, cubierto por una cota de mallas mates que le llegaba hasta las rodillas. El enano llevaba la cabeza desnuda, pero el casco colgaba de su cinturón, golpeando contra su hacha de ancha hoja.

El paje no había sido muy locuaz, limitándose a transmitir la orden del rey: prepararse para un viaje y reunirse enseguida con él. Los rumores circulaban deprisa entre los enanos y Miolnir estaba ya al corriente de la expedición que se preparaba. Pertenecía desde hacía cincuenta años a la guardia del viejo rey y se consideraba uno de sus mejores caballeros. No era extraño que le hubieran elegido. (Normal, incluso. ¿Quién más podía ser? ¡Ja!). Con el tiempo, había aprendido a obedecer sin hacer preguntas, aunque un enano nunca abandone sus ropas de terciopelo y su almohadón de plumas sin sentir el corazón en un puño, por muy guerrero que sea.

Pasando ante el marco de una ventana, Miolnir lanzó una breve mirada a los primeros fulgores del alba. El cielo estaba gris y pesado. Otra fría jornada de lluvia en perspectiva... Los corredores del castillo estaban sumidos en una penumbra, mal iluminados, muy de vez en cuando, por antorchas fijadas a unos soportes, y el enano se sintió reconfortado por aquellas tinieblas que le recordaban los queridos túneles bajo la montaña.

Tras doblar el recodo de un pasillo, llegó a la vista de los aposentos del rey. donde dos guardias enanos, armados con lanzas, se pusieron en pie de un salto al verle avanzar.

-¡Alto ahí! -gritó uno de ellos-. ¿Quién va?

-Miolnir -respondió el caballero-. Anúnciame, el rey me aguarda.

El guardia dio tres golpes a la pequeña puerta de roble que defendía. El arquitecto de palacio, preocupado por la diplomacia, había previsto algunas puertas bajas en los cuarteles que les había reservado. Un detalle que contribuía a tranquilizar a los enanos: nunca un guerrero elfo o humano mal intencionado podría penetrar en los aposentos reales sin inclinarse peligrosamente y ofrecer, así, la nuca al hacha de los defensores del rey.

Otro guardia, en el interior de los aposentos, indicó al caballero, por señas, que entrara.

Sentado en un gran sillón, junto a la chimenea, el rey Baldwin-el-viejo parecía adormilado, con los ojos perdidos en la contemplación de las llamas. El enano Tsimmi estaba allí también, y Miolnir le saludó con una breve sonrisa. ¿Habría sido elegido, también, el maestro albañil? Cuando el guardia cerró a sus espaldas al salir de la habitación del rey, el chirrido de la puerta y el sonoro chasquido de los herrajes resonaron en la vasta sala de piedra, desnuda y sombría como una gruta, sin que el viejo rey se inmutara.

-Aquí estoy rey Baldwin -dijo el caballero tras unos momentos, deseando despertar al soberano.

-Lo sé, te he oído -respondió éste removiéndose (y Miolnir, de todos modos, tuvo la impresión de que le había despertado)-. Bueno... Imagino que sabes por qué estás aquí.

-He creído comprender que una expedición...

-¡Eso es! -gruñó Baldwin-. ¡Diríase que los enanos son incapaces de guardar un secreto! ¡Incapaces!

Hizo un gesto fatalista con la mano. Cierto es que la inmoderada afición de los enanos a las discusiones les había gastado, más de una vez, alguna jugarreta...

-Te he pedido que vinieras, al igual que a Tsimmi, tan temprano, porque hay cosas que ambos debéis conocer, antes de partir.

El caballero rodeó el macizo trono del rey y fue a agacharse junto al fuego. Sólo entonces advirtió la presencia de un enano de buena talla vestido como un paje, y su movimiento de indignada sorpresa no escapó al rey Baldwin.

-Paz, caballero. Este enano no es un paje y su sangre bien vale la tuya. No hay deshonor en estar sentado a su lado, como ambos vais a comprender... Pero primero debo revelaros lo que no he dicho al Gran Consejo.

Baldwin, con los párpados casi cerrados, tenía de nuevo el aspecto de estar durmiendo o sumido en una profunda meditación.

-El elfo Gael no robó sólo una cota de mallas de plata -masculló de pronto con su voz monocorde y pedregosa-. Por otra parte, no creo que hubiera sido lo bastante loco como para entrar bajo la montaña simplemente para comprar una cota de plata. El viejo Troin, paz a sus cenizas, habría hecho que lo liquidaran por mucho menos que eso... No, su crimen es más grave. Gael robó la Espada de Nudd.

El guerrero se estremeció. La Espada, según una de las más antiguas leyendas de los pueblos bajo la Montaña, había sido entregada por la diosa a Dwalin, el más antiguo rey de los enanos cuyo nombre se haya conservado en la tradición, y servía de cetro y de símbolo de la realeza bajo la Montaña negra.

Era más aún. Como el Caldero de los elfos o la Piedra de Fal, Caledfwch, «Duro tajo», la Espada sagrada de los enanos, era el talismán de todo su pueblo y el garante de su supervivencia. Robar la espada de Nudd era robar el alma de los enanos y condenar al olvido su raza.

Según las leyendas, Caledfwch era antaño una simple espada de oro provista de una empuñadura hecha de roble, el árbol de la potencia. El hijo de Dwalin y, tras él, todos sus descendientes que fueron reyes bajo la Montaña habían adornado su hoja con la más hermosa piedra preciosa de su reinado y habían confiado el trabajo a sus mejores artesanos. Con los siglos, y al hilo de las maravillosas historias contadas en las veladas durante generaciones, la Espada de Nudd se había convertido sin duda en uno de los tesoros más inestimables de todo el reino de Logres.

Raros eran quienes habían podido contemplarla algún día. Miolnir sólo la reconocía de reputación y el propio Baldwin, de sangre real sin embargo y primo de Troin, nunca había podido tomarla en sus manos. Los descendientes del linaje de Dwalin se hallaban entre los más honorables enanos, y la pérdida del talismán era una mancha insoportable en el honor de su familia.

Baldwin volvió a tomar la palabra, sin abrir los ojos.

-Comprenderás, Tsimmi, por qué no he hablado de ese robo en el Consejo. Si la noticia corriera, el linaje de Dwalin y de los reyes bajo la Montaña quedaría deshonrado para siempre. Y además...

Baldwin sacudió lentamente la cabeza y sus ojos se abrieron por fin ante una mirada vacía, perdida en las brumas de sus terroríficos pensamientos.

-Todo eso es tan viejo... En el fondo de mí mismo, creo que he dejado de creer en Dana y sus talismanes. Por otra parte, ¿quién cree aún en ellos, salvo los elfos? Los hombres se inventan un dios único y, por lo que a los monstruos se refiere... ¿Pero y si fuera cierto, eh? ¿Y si fuera más que una espada de oro? ¿Y si realmente fuera el talismán de los enanos?

El rey miró a Tsimmi como para convencerle a él más que a cualquier otro en la estancia.

-¿Crees tú que es un simple robo? La Espada de Nudd es, sin duda, uno de los más valiosos tesoros de los Pueblos libres, pero sería... Baldwin soltó una dolorosa risita.

-... sería demasiado bonito. Un simple robo. Un ladrón que debe ser castigado y todo vuelve al orden... O no todo es tan sencillo. Se dice que la diosa Dana se ocultó bajo tierra dejando sus talismanes a las cuatro tribus. Es una leyenda, claro está, pero significa que el

principio divino estaba contenido en los talismanes, y que cada uno de nuestros pueblos posee una de sus parcelas. ¿Qué sucederá si un pueblo reúne en sus manos los cuatro tesoros de los Tuatha de Danann? ¿Qué será de nosotros si los elfos nos han robado Caledfwch para reuniría con su caldero? ¿Cuánto tiempo podrán sobrevivir los enanos sin talismán?

El gran enano vestido de rojo -con los colores de Baldwin- gimió sordamente y se retorció en su almohadón.

Una vez más, Miolnir le observó de los pies a la cabeza. Su talla era sencillamente prodigiosa para un enano, casi parecida a la del rey Pellehun o su senescal. Su barba roja, de admirable longitud, había sido introducida bajo el cinturón, del que colgaba una daga, arma poco corriente entre los enanos. El caballero contuvo una mueca despectiva y luego, volviendo la cabeza, encontró la mirada de Tsimmi y le dirigió una muda pregunta. Pero éste se limitó a agitar la cabeza con su calma habitual, fumando su eterna pipa de tierra blanca.

-El linaje de Dwalin no se ha extinguido aún, sin embargo -prosiguió el rey-. Fui avisado del asesinato de Troin por un miembro de la familia del difunto.

-¡Así pues, hay un nuevo rey bajo la Montaña negra! -exclamó Miolnir.

-Todavía no -respondió Baldwin-. Según la tradición de Ghazar-Run, un enano de la familia de Dwalin sólo puede aspirar al trono si está en posesión de la Espada de Nudd. Y ésa es vuestra verdadera misión, enanos. Encontrad la espada, esté donde esté, y traédmela. Los hombres y los elfos que os acompañen no deben, si es posible, saber lo que ha ocurrido.

-Pero... ¿Y Gael? -dijo Miolnir.

-No te preocupes del elfo. El heredero del trono de Troin vengará por sí mismo a su rey.

-¿Dónde está ese heredero? -exclamaron al mismo tiempo Tsimmi y el guerrero.

-Soy yo.

Los dos enanos dieron un respingo y se volvieron hacia el paje vestido de rojo.

-Soy Rogor, sobrino de Troin, heredero del trono bajo la Montaña negra -dijo con una voz potente y cavernosa que resonó en la gran estancia desnuda-. Encontraré a Caledfwch y mataré a Gael. Éste es mi juramento.

El enano se había levantado para presentarse, y Miolnir se estremeció al pensar que, pocos minutos antes, le había faltado al respeto. Con gesto lento, el enano abrió su túnica roja con las runas de Baldwin y descubrió una armadura en la que se veía un escudo negro con espada de oro, el blasón del linaje de Dwalin. Bajo la túnica llevaba, además, la hoja de un hacha de gran tamaño, dispuesta a recibir un mango para convertirse en un arma mucho más temible que la simple daga que llevaba al cinto.

Rogor volvió a cerrar su túnica y colocó de nuevo la luenga barba roja bajo el cinturón.

-Te pido perdón, señor -dijo el caballero con todo el respeto del que era capaz-. No he querido ofenderte hace un rato.

-No ha habido ofensa, Miolnir. Sólo el elfo Gael me ha ofendido. Pero, gracias a vosotros y a la bondad del rey Baldwin, esa mancha pronto será lavada. Si place entonces al rey confiarme la custodia de la Espada, reinaré bajo la Montaña y haré de ti y del señor Tsimmi mis pares...

-Reinarás, reinarás -gruñó Baldwin-. Tsimmi y mi caballero te ayudarán con todos sus poderes, pero ante todo buscarán la Espada de oro. La muerte de Gael es secundaria.

-... pero necesaria, rey -intervino Rogor.

El viejo enano sacudió la cabeza pensativamente. Durante unos segundos, sólo el crepitar del fuego y el soplo del viento, fuera, se dejaron oír.

-Es justo que castigues a Gael si es culpable de la muerte de tu tío Troin -siguió diciendo Baldwin-. Pero ten cuidado... Tened cuidado todos, hijos míos. No deseamos una nueva guerra contra los elfos, ¿verdad?

El rey se volvió hacia Tsimmi y el guerrero, que inclinaron la cabeza. Rogor, en cambio, desvió la mirada.

-Es un asunto grave, pero no es la guerra -insistió el viejo rey-. No lo olvidéis. Tú, Miolnir, eres capaz de dominar a cualquiera de esos enclenques azules, si se atraviesan en vuestro camino. Y tú, Tsimmi...

Baldwin hizo una pausa. Sus ojos, tras las enmarañadas cejas, brillaban de placer y sus hombros se agitaban convulsivamente, mientras una especie de tos sorda escapaba de su barba gris. Miolnir se preguntó si era posible que se tratara de una risa...

-Tú -prosiguió el rey-, conserva pues secretos tus poderes el mayor tiempo posible. Que vean en ti sólo un simple consejero de palacio. Tsimmi dejó su pipa y se inclinó hasta el suelo.

-Te obedeceré, señor de las piedras.

-El título te pertenece y lo sabes -respondió Baldwin-. Posees el arte de hablar con la roca y puedes hacer que la montaña se levante ante tus enemigos. Algo que ignoran los elfos y los hombres. Consideran las antiguas hazañas de los maestros albañiles enanos como hermosas leyendas, y no creen en esos poderes. Vas a darles una buena sorpresa... Pero, hasta el momento fatal, utiliza sólo tu mazo de armas y tu honda, ¡nada más!

-Te obedeceré -repitió Tsimmi.

Baldwin se echó a reír francamente, echando la cabeza hacia su respaldo.

-Además, gracias a nuestro ardid, seréis tres y no dos. El señor Rogor conservará su librea de paje durante toda la expedición. Aparentemente, sólo irá armado con una daga y no llevará ninguna armadura visible. ¡Mala sorpresa para los elfos cuando se desvele!

Los enanos se echaron a reír, uno tras otro, contemplando los musculosos brazos de Rogor y conscientes del poder de Tsimmi. En verdad, mala sorpresa para los elfos...

El día se había levantado por fin. Un pálido hilillo de luz se filtraba por las estrechas barbacanas practicadas en torno a la sala, donde seguían ardiendo las antorchas nocturnas. Era la estancia más alta de palacio, en el último piso de la más alta torre, cuya llave tenía sólo el senescal y alcaide de palacio. Una estancia redonda, casi vacía salvo por los dos grandes sillones donde se habían adormilado y un arcón, de considerable tamaño, fijado al muro.

El rey Pellehun abrió un ojo y se desperezó. Todo su cuerpo estaba dolorido y tenía frío, pese a sus pieles. Se incorporó con una mueca y, luego, despertó a Gorlois de un puntapié.

-¡Levántate!

El senescal se sobresaltó. Su único ojo parpadeó antes de que recuperara sus sentidos.

-Creo... Creo que me he dormido -farfulló.

-¡Por eso eres sólo duque y yo soy el rey! -afirmó Pellehun conteniendo un bostezo-. ¿Qué hora es?

Gorlois se levantó a su vez y se dirigió a una de las aspilleras para echar una ojeada al exterior.

-Entre maitines y laudes... Más cerca de laudes.

-Hay que bajar -dijo Pellehun-. ¿Habremos... habremos pensado en todo? Gorlois recogió también sus pieles y se abrigó antes de responder.

-Eso creo, sire. En Kab-Bag todo está listo, sólo esperan ya que llegue el día para representar la obra. Y luego, allí abajo, todo puede suceder. ¡Con esos gnomos nunca se sabe!

Pellehun le miró en silencio e hizo una mueca dubitativa.

-Oh, los gnomos...

Se volvió hacia el viejo senescal y sacudió negativamente la cabeza.

-No es bastante. Encuéntrame un hombre, alguien exterior que no pueda llegar hasta nosotros. Un ladrón, un asesino del Gremio, no importa, arréglatelas... Que los siga y haga lo necesario. ¿Me has comprendido?

El senescal cerró su único ojo en signo de asentimiento.

-No podemos permitirnos fracasar, Gorlois. Sería...

Se interrumpió y pasó una mano por sus cansados ojos y sus mejillas sembradas de barba. Necesitaba una estufa, y al barbero, y además tenía hambre... El capellán esperaría, para su primera misa. ¡Qué idea, a fin de cuentas, decir misa antes de comer!

El rey contempló su arcón con una mueca casi asqueada. Se volvió hacia Gorlois, que aguardaba en silencio, e inclinó la cabeza, retomando el curso de sus pensamientos.

-Si fracasáramos, amigo mío, sería terrible.

IV
La partida

No llovía cuando la compañía se puso en camino hacia Kab-Bag, la ciudad comercial de los gnomos. El rey Pellehun había ordenado que la partida de los legados del Gran Consejo no estuviera rodeada de pompa alguna, pero la población de Loth, a pesar de todo, se había apiñado en el camino de ronda, pues el espectáculo de una compañía tan dispar resultaba insólito.

Muy por delante, Till el rastreador y su perro escaparon de la curiosidad de la muchedumbre. Las vestiduras verdosas del elfo se confundían ya con el color de las hierbas en los aledaños de la ciudad, en la grisalla matinal de una jornada de invierno. Till viajaba siempre a pie, junto a su perro y sobrevolado por su halcón. Casi sólo hablaba con ellos y hacía siempre sus comidas algo alejado del círculo. Armado, solamente, con un gran arco y una daga élfica, larga y afilada, no parecía digno de interés, ni distinto a los viajeros o comerciantes elfos que circulaban diariamente por Loth; el populacho no había, pues, comentado su paso.

Los primeros jinetes del grupo tenían un aspecto mucho más admirable. Uter el Castaño iba a la cabeza, derecho como una «i» sobre su montura negra, y las damiselas de Loth se dieron de codazos, conteniendo la risa, cuando pasó el hombre de cabellos castaños, tan joven y tan marcial, cuyas trenzas destacaban contra el fulgor mate de su armadura.

Tras él cabalgaba la reina Lliane. Esta vez fueron los hombres quienes tendieron el cuello para admirarla. La reina iba con la cabeza desnuda, los cabellos trenzados como de costumbre, llevando una larga capa de moaré sujeta alrededor de su cuello por un doble cierre de plata y que se extendía sobre la grupa de su montura. Ilra, su yegua con el pelaje de un alazán claro, casi rojizo, y cuya testuz lucía una estrella blanca, era una de las esposas de Ola, el caballo libre amigo del rey Llandon. La reina seguía llevando su abierto vestido de moaré, bajo el que se adivinaba una brigantina, corta cota de mallas de plata, tejida por los enanos, idéntica a la que Gael había robado bajo la Montaña. La luz azulada de sus muslos destacaba sobre sus largas botas de gamuza que llegaban hasta encima de la rodilla, y sus brazos estaban desnudos, adornados sólo con altas pulseras de plata que protegían sus muñecas como los guanteletes de una armadura. Orcomhiela, la daga legendaria, colgaba de su costado y en la silla de su montura se había sujetado un carcaj que contenía un gran arco y las flechas de Kevin el arquero. De la multitud brotaron unos vítores, a los que la reina de los altos-elfos respondió con una sonrisa que rompía el corazón. Vítores pero también señales de la cruz, entre las comadres y los devotos que temían a los elfos, paganos adoradores de la luna, sin duda brujos y maléficos.

Huraños y ceñudos, con la capucha caída hasta la frente, los dos enanos Tsimmi y Miolnir cabalgaban tras ella, y la aclamación que había saludado a la reina no hizo sino enojarles algo más. En la bruma matinal, cabalgando en sus robustos poneys, eran semejantes a cubos, tan anchos como altos, de los que brotaba, en el caso de Miolnir, toda una panoplia guerrera de inquietantes reflejos. Roderic y Freihr el bárbaro cerraban la marcha charlando alegremente, encantados ante aquella imprevista popularidad.

Los pies del guerrero rubio casi llegaban al suelo y su montura parecía doblarse bajo su peso, algo que divirtió a los ciudadanos (tanto más cuanto que se sentían al abrigo tras las

murallas de la ciudad y no corrían peligro alguno lanzándole algunas chanzas), pero Freihr no les oía. Desde que había abandonado su aldea, era la primera vez que podía hablar con alguien, aunque fuera en esa lengua común que no dominaba, y estaba ya embriagando a Roderic con sus interminables historias.

Tras ellos, tres pajes montados en mulos precedían un reducido equipo de monturas cargadas con equipajes, armas y víveres. El paje enano, muy visible con su túnica roja, parecía tan grande como el de los hombres, pero todos se dijeron que debía tratarse de una ilusión óptica.

Desde la mañana, en Loth, habían circulado los más enloquecidos relatos sobre esta insólita expedición. Algunos consideraban que la reunión de los tres pueblos libres en una sola compañía sólo podía significar una cosa: el despertar de la guerra contra Aquel-que-no-puede-ser-nombrado. Por otro lado, el bárbaro que cabalgaba con ellos era la prueba de que se dirigían a las Marcas, ¿no? Otros hablaban de dar caza al dragón (¿pero quién creía aún en dragones, en Loth, salvo los niños?) y de un cadáver calcinado que se había hallado junto al lago, al oeste de la ciudad. En fin, aquello fue bastante para que los ciudadanos se apretujaran en las murallas...

Cuando el último mulo cruzó las puertas de la ciudad, una ovación brotó de las almenas para saludar la partida de la compañía, y los ciudadanos se dispersaron entre el estruendo de sus contradictorios comentarios. Otros, peones que habían adquirido para alquilar el trabajo de sus brazos, bellacos y mendigos rechazados hasta la barrera de fielato, mercaderes y viajeros que pagaban el peaje, les contemplaron en los arrabales de la ciudad. Luego fueron los campesinos, siervos y braceros de las aldeas de los alrededores y hasta los humildes pastores que abandonaban su casa de adobe o de barro para contemplar, boquiabiertos, el desfile de la extraña compañía. Se cruzaron también con elfos que se inclinaban gravemente ante la reina, gnomos congestionados y febriles, trotando por el camino, cargados con montones de mercancías, familias enanas que viajaban en carro, con lentitud y compunción. Y luego, poco a poco, los encuentros se hicieron raros.

La bruma matinal había dado paso a una lluvia fina, apenas una llovizna, pero que había bastado para empapar el hondo camino que habían tomado, y hacerlo resbaladizo bajo el paso de los caballos.

La reina echó pie a tierra y acarició con ternura las largas crines de su yegua. De pronto, su rostro se crispó. Se detuvo y se llevó la mano a la garganta, presa de una inexplicable angustia.

Luego lo vio.

El hombre-niño de vestido azul estaba allí, sentado en lo alto del talud junto a un grupo de abedules de pelada corteza, sonriente como siempre, silencioso como siempre. Y la miraba.

-Corazón de dragón, te aguardaba.

Lliane retrocedió y acabó chocando con su caballo.

-¿Lo ves? -dijo tendiendo el dedo hacia la aparición. Ilra, la alazana, volvió la cabeza con las orejas alerta, se sacudió y volvió a ponerse en marcha.

-No hay nada...

Lliane soltó las riendas de la yegua, escaló en pocas zancadas el talud lodoso y surgió al pie de los abedules. Nadie.

-¿Qué ha pasado?

Sólo un bosquecillo de árboles y brezos, y más allá la llanura, pueblos, los contornos ya lejanos de Loth.

-¿Qué pasa? -repitió Roderic izándose penosamente a su lado, con la espada en la mano.

Lliane le miró como una sonámbula, recuperando trabajosamente el control de sí misma.

-No es nada... He creído ver a alguien.

Las calles estaban llenas del zumbido de las conversaciones. Hablar tanto, y para decir tan poco, era una costumbre de los hombres de la ciudad, pues cada cual se arrogaba el derecho de expresar su opinión, con voz fuerte y clara, sin escuchar la de los demás, naturalmente, lo que daba a las discusiones un tono enfebrecido.

Un hombre por lo menos, entre la muchedumbre que descendía de las murallas, permanecía callado. Su rostro sonreía como el de los pasmarotes con los que se apretujaba, pero no escuchaba su parloteo. Armado con un punzón tan afilado como una navaja barbera, cortaba con destreza las bolsas de los ciudadanos, empujándolos un poco cuando la hoja cortaba el cuero, para que no advirtiesen nada. Nunca advertían nada. Blade era uno de los mejores ladrones del país.

Los menos hábiles se dejaban coger con la mano en la bolsa tras unos meses, y no tardaban en balancearse en los cadalsos de la ciudad. Los mejores sobrevivían dos o tres años y luego acababan en las profundidades de una oscura calleja, degollados por otro ladrón. También a Blade le habían degollado. Pero su agresor no lo había rematado, demasiado impaciente sin duda por beneficiarse de la bolsa de su víctima. Tres meses después, Blade le encontró en una taberna de Tintagel, la ciudad del mar, y el hombre fue descubierto al día siguiente por la gente de armas de la ciudad, clavado en la puerta de la capitanía.

Blade conservaba de aquel encuentro una horrible cicatriz que le cruzaba la garganta, y la costumbre de no fiarse de nadie. Luego, se había convertido en el mejor.

Apartándose prudentemente de la muchedumbre que comenzaba a dispersarse, se zambulló en la ciudad baja y penetró en un albergue para contar la ganancia de la jornada.

-¡Una cerveza! -gritó sentándose.

Las bolsas eran magras. Unas veinte monedas de cobre, dos de plata. De todos modos, bastante para aguantar una semana pero no para arriesgar la vida...

-¿Qué han ido a hacer todos esos elfos, esos enanos y esos caballeros?

-preguntó alguien junto a él.

-He oído decir que iban a matar un dragón, en las Tierras del Norte

-respondió un bebedor.

-¡Los únicos dragones de las Tierras del Norte son los gobelinos!

-intervino un tercer barbián encogiéndose de hombros-. ¡No, han ido a buscar un tesoro! ¡Lo sé, me lo ha dicho uno de los enanos de la escolta de Baldwin!

-¿Y por qué no el propio Baldwin? -se troncharon sus interlocutores.

-Os estoy diciendo que...

-Deja que se rían -dijo Blade volviéndose hacia el cuentista-. Ven a mi mesa. Te ofrezco una cerveza, pero sólo si tu cuento vale la pena.

El hombre, panzudo y ya no muy joven, sonrió ampliamente, descubriendo una hilera, bastante incompleta, de negruzcos raigones.

-Venga esa cerveza, compañero, y abre tus oídos -dijo sentándose ante el ladrón-. Mi historia se la debo a uno de los guardias de Baldwin, Tillion Casa-Azul, uno de los enanos de la Montaña.

-¡Sírvele una *ale* a mi amigo! -gritó Blade al mesonero. El gordo, prudente, esperó a que la cerveza estuviera ante él para comenzar.

-Tillion me dijo que un elfo ha matado al rey bajo la Montaña, y que le ha robado un tesoro -comenzó tras un largo trago-. De modo que, a mi entender, han partido para vengarle y recuperar el tesoro.

-Un tesoro, dices...

-¡Sin duda! Al parecer es una armadura con piedras preciosas, por lo menos.

El hombre terminó golosamente su cerveza y se apresuró a levantarse de la mesa antes de que Blade cambiara de opinión y se la hiciera pagar. Pero el ladrón había permanecido inmóvil. Con la barbilla en la mano y la cabeza en otra parte, jugaba distraídamente con una moneda de plata. Tal vez fuera la ocasión que estaba esperando desde hacía tanto tiempo... Dar un buen golpe y, luego, desaparecer, comprar una tierra y convertirse en señor, en algún

lugar donde la gente no hiciera demasiadas preguntas... En las Marcas, por ejemplo. Ya sabría defenderse contra las expediciones gobelinas, y nadie iría a discutirle su señorío.

Blade dio un respingo: otro hombre se había sentado ante él, con una jarra de vino en la mano.

-No debéis creer lo que ese borracho cuenta, monseñor. ¡Está ebrio de la mañana a la noche!

-Tenéis razón -dijo el ladrón-. Pero no pensaba en eso. Su relato me ha divertido, bien valía una cerveza a fin de cuentas.

-¡Es cierto, por Dios! -dijo el hombre soltando una risa seca-. Sin embargo...

Blade se sintió de pronto incómodo. El desconocido, oculto a medias por un manto sin forma, no se parecía a los demás bebedores. Una impresionante cicatriz le cruzaba la mejilla hasta la órbita vacía de su ojo derecho, y sus musculosos antebrazos le parecieron capaces de partir un troll en dos, a pesar de su edad y su modesta talla.

El desconocido miraba a Blade con intensidad.

-Y sin embargo, hay algo cierto en esa historia -prosiguió.

-¿De verdad? -dijo el ladrón levantándose-. Muy bien, lo celebro. Ahora tengo que...

La mano del tuerto cayó sobre el brazo de Blade y lo apretó con fuerza, obligándole a sentarse de nuevo.

-¡Bebe conmigo!

Sirvió un cubilete de vino para cada uno, brindó y vació su vaso de un trago. Blade vaciló, luego bebió a su vez. Tras la cerveza, el vino tenía un sabor desagradable...

-Mira -dijo el hombre soltándole el brazo-. ¿Reconoces este anillo?

El ladrón inclinó los ojos. Era un anillo de oro, con una piedra roja de buen tamaño engastada. Una joya de príncipe, que era imprudente mostrar en la ciudad baja... El hombre hizo funcionar un mecanismo y apartó la piedra roja, mostrando debajo un extraño dibujo. El corazón de Blade dio, inmediatamente, un salto en su pecho. El anillo estaba marcado con la runa de Beorn, un árbol de tres ramas, que designaba en lenguaje común a un hombre rico o noble, pero que era, para un reducido número de iniciados, la señal de la cofradía más secreta del reino: el Gremio.

Blade no pudo evitar que su mirada se dirigiera a su propio dedo, adornado por un anillo similar, aunque de cobre.

-Fuera -murmuró el hombre- están los soldados del rey. Tienen orden de detener a Blade, el ladrón, en cuanto asome la nariz. Cabellos castaños, cortos, ni barba ni bigote, sin ropas chillonas, sin joyas, sin señas particulares... Ah sí, la cicatriz... Dicho eso, con tu cuello no se ve. Me pregunto si te reconocerán...

El maestro ladrón dio un respingo, pero el hombre sonreía apaciblemente. Echó hacia atrás el capuchón de su manto y Blade hizo un movimiento de retroceso al descubrir el rostro del alcaide de palacio, el senescal Gorlois en persona... A su alrededor, las mesas se vaciaron en unos segundos. Blade no era el único que había reconocido al duque.

Indiferente, Gorlois bebió de la misma jarra y miró de nuevo al ladrón. Ahora le pareció que su ojo reía.

-¿Qué deseáis?

El senescal se puso a jugar con una de sus trenzas, tejida de rojo, en un gesto familiar.

-Creo que eres el hombre que necesito, Blade... Por lo demás, me parece que no tienes elección.

Durante dos días, la compañía cabalgó hacia el norte a buen ritmo, recorriendo quince leguas por jornada en un tiempo frío, pero seco. Al tercer día, hacia mediodía, una llovizna gélida y penetrante comenzó a tejer, entre cielo y tierra, un velo de humedad y de grisalla. Hombres, elfos, enanos, poneys, caballos y caballos libres metieron la cabeza entre los hombros y avanzaron silenciosamente. La compañía había dejado atrás, desde hacía ya mucho tiempo, las últimas granjas del reino de Logres y caminaba por los paisajes lúgubres y planos de las grandes llanuras humanas, abandonadas en invierno. Pocas veces nevaba en el reino de

Pellehun, apenas unas semanas al año, pero la tierra y la hierba adoptaban durante la mala estación unos tintes grises, sombríos y sucios, que hacían desesperante el paisaje.

Los rudos hombres de la región, retacos de callosas manos, conquistaban sin embargo, cada año, terreno al invierno, haciendo retroceder cada vez un poco más los límites de las tierras sin cultivar. Llegaría muy pronto un tiempo en el que esos hombres, de corazón más duro que la tierra que cavaban, conseguirían vencer a las estaciones y adueñarse de la tierra, de las rocas y de los árboles... Lassa, el caballo libre confiado a Llewelin, el paje de los elfos, lanzó un largo relincho.

-¡Tengo miedo de la lluvia, del viento, del invierno y de esos tristes pastos! -soltó en plena llovizna.

Llewelin no lo comprendió. Ignoraba la lengua de los animales, pero de todos modos sabía, como todos los elfos, sentir sus estados de ánimo. Se inclinó hacia el cuello de Lassa y le canturreó dulcemente una pequeña melodía al oído. Ante él, la montura negra de Uter se sacudió:

-Creía que los caballos de Ola eran más resistentes -dijo el caballo domesticado.

-A nadie le gusta la lluvia o el invierno -relinchó Lassa-. ¿Pero qué sabes tú del frío y el hambre, si por la noche duermes en un establo y vas adonde te ordenan?

El caballo de Uter se encabritó de pronto, lo que sorprendió mucho a su jinete. Lliane, que cabalgaba delante, se volvió y, para aumentar aún la confusión del jinete, lanzó un suave relincho.

Como si le obedeciera, el caballo domesticado trotó hasta ella, llevando a su pesar al jinete al lado de la reina.

-¿Habláis con los caballos? -preguntó Uter, sin concebir siquiera la enormidad de lo que acababa de decir.

-Con los caballos, con los perros, con los lobos o los pájaros -dijo Lliane sin demostrar asombro-. Pero apenas unas frases. Till el rastreador, en cambio, conoce realmente el lenguaje de las bestias.

Uter se ruborizó y aquello le molestó mucho. En aquel instante hubiera deseado no haber abandonado su aldea, para que su confusión permaneciese en secreto.

Lliane emitió unas notas de una risa despreocupada. La lluvia había pegado en su rostro los largos cabellos negros y los hacía brillar como un casco. Cubierta por aquella llovizna escarchada, parecía más que nunca hecha de plata, irreal y casi impalpable, pues su piel y sus vestiduras de moaré se fundían en la grisalla ambiental. Y sus ojos de un verde dorado refulgían, por ello, más aún.

-¿Uter?

El joven caballero se agitó y se ruborizó de nuevo, dándose cuenta de que estaba mirando fija y silenciosamente a la reina de los altos-elfos desde hacía casi un minuto. Lliane volvió a reír, con mayor franqueza, viendo su turbación.

-Creo que vuestro caballo se ha calmado ya, querido caballero. Tal vez debierais galopar hacia delante, hasta Till, y pedirle que hiciéramos un alto para comer.

Uter el Castaño asintió inclinando la cabeza y espoleó su montura. El paje Llewelin se adelantó entonces hacia la reina y ocupó su lugar.

-La belleza de mi reina no deja indiferentes a todos los hombres -advirtió con una sonrisa.

-Eso parece -admitió Lliane devolviéndole la sonrisa.

-Mejor así, tal vez tome con más facilidad nuestro partido si las cosas van mal.

La reina de los altos-elfos frunció el ceño.

-Uter el Castaño es uno de los doce paladines del Gran Consejo. Es un Amigo de los elfos, pero también un Compañero de los enanos. Y así está bien. No quisiera hacer nada para que fuese de otro modo.

-Perdonadme, reina mía -murmuró Llewelin.

El paje retuvo su montura y comenzó a distanciarse. Sabía, sin embargo, que tenía razón. Raros eran los hombres que podían resistir la belleza de una elfo, hasta el punto de que la mayoría de las elegantes del reino de Pellehun procuraban, desde hacía mucho tiempo, para gustar a sus esposos, copiar la palidez, la gracia y la calma indolente de aquellas a las que sus inciertas leyendas denominaban a veces hadas, otras sílfides, ondinas, damas blancas o espíritus de los bosques. Así había llegado al reino la moda de los griñones de batista, una tela de lino de extremada finura que rodeaba el rostro y el cuello, haciéndolos parecer más delgados, así como las largas mangas que cubrían las manos y se sujetaban al dedo, o las tocas puntiagudas cargadas de velos. En resumen, todo lo que podía hacer más alto y más pálido. Las damiselas se empolvaban el rostro y ya no comían, a riesgo de caer en un pasmo, aprisionadas además por vestidos tan ajustados que no podían ya respirar libremente. Y todo ello para parecerse a las elfos...

Llewelin se encogió de hombros. Por mucho que la reina le diera una lección, un hombre joven sólo podía enamorarse de una elfo. A menos que le diera miedo... Lo que sucedía a menudo.

Unos gritos, a la cabeza del convoy, arrancaron a Llewelin de sus pensamientos. Uter y el rastreador habían encontrado un abrigo para comer.

Era sólo una modesta choza de pastor, abandonada durante el invierno, hecha con un tosco amontonamiento de piedras que protegía muy poco del viento y de la lluvia pero que, mientras duró su parada, dio a la compañía la ilusión de la comodidad. La cabaña era pequeña y los elfos, a quienes la lluvia no incomodaba en absoluto, permanecieron fuera con los caballos.

En el interior, Guirre, el paje de los hombres, consiguió encender fuego, verdadero prodigio dada la humedad ambiental, que fue saludado con una ovación. El caballero Miolnir, empapado ya, lo aprovechó para cambiar de calzas, refunfuñando hasta que el gran paje enano de librea roja hubo perforado el primer tonel de vino de sus provisiones.

Risas y gritos no tardaron en brotar de la cabaña de piedra, al igual como el humo de su magra hoguera. Un humo que se mezclaba con el de la pipa de tierra de Tsimmi, que difundía un dulce olor a miel, agradable para todos, y que apaciguaba las almas. Sentados a la puerta de la cabaña, los elfos comían bromeando, con el evidente deseo de poner buena cara a los enanos; la reina Lliane soltó incluso una carcajada tras una historia divertida contada por el maestro albañil, lo que contribuyó, y mucho, a que el resto de la concurrencia desarrugara su ceño.

Riendo aún, posó su larga mano en el brazo acorazado de Roderic, sentado a su lado junto a la entrada.

-Caballero, dadme un denario...

Roderic la miró con sorpresa, al igual que los demás miembros de la expedición, pero la reina seguía sonriendo (tenía, al sonreír, un hoyuelo en la comisura de los labios que al joven le pareció adorable), y tendió la mano, insistiendo.

-Por favor, monseñor.

-Sí, sí -dijo Roderic, ruborizado y torpe.

Comenzó a hurgar en sus cosas, buscando la bolsa, pero Uter el Castaño le dio un empujón y tendió a la elfo una moneda de plata.

-Aquí está, dama mía...

Lliane se lo agradeció con un gracioso movimiento de cabeza, recogió la moneda con la yema de los dedos y la mostró a toda la concurrencia.

-¡Ved pues, monseñores, noble asistencia! ¡Una moneda de plata! ¡Un hermoso denario, muy nuevo!

Puso a Freihr por testigo, y el bárbaro, riendo de satisfacción, comprobó que no tenía truco, llevando su celo hasta retorcerla con sus dientes, como había visto hacer.

-Os lo agradezco, maese Freihr -dijo Lliane recuperando la moneda con su mano derecha-. ¿Es un denario? ¿Un auténtico denario del rey?

-¡Sí, sí!

La reina sonrió, dirigió un guiño a Uter y, luego, levantó la mano izquierda e hizo chasquear sus dedos. Cuando las miradas regresaron a su mano diestra, Lliane hizo una mueca desolada.

-¡Oh, qué desgracia, monseñor Uter! Vuestro denario... ¡Vuestro hermoso denario de plata!

Abrió la mano y, en su palma, el denario se había transformado en una miserable moneda de cobre.

-¡Caramba! -hipó Freihr-. ¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis visto? Lliane le sonrió y frunció el ceño, como para reñirle.

-¡Maese Freihr! ¿Por qué habéis tomado la moneda de monseñor Uter?

-¿Yo?

La elfo rodeó la magra hoguera, se acercó al gigantesco bárbaro y hurgó en su espesa cabellera.

-¡Aquí está! -dijo, blandiendo de nuevo el denario de plata.

Freihr la contempló, atónito, soltando luego una enorme risa que pronto dominó a todos sus compañeros.

Tsimmi rió con los demás, con los labios prietos, muy desconcertado al participar en la hilaridad general. Era un truco fácil, sin duda, una ilusión de titiritero, apenas buena para divertir a los niños, y sin embargo no lograba comprender cómo lo había hecho. Se puso la pipa en la boca, con la frente preocupada, y pensó en el problema, indiferente al estruendo de las risas y los gritos.

Fuera, tampoco Till se reía. Silenciosamente, se había levantado, venteando el aire al modo de su perro perdiguero, escrutando el horizonte que se había esfumado como su halcón.

Había alguien.

Ayer ya, había olisqueado una presencia. Un ser que se mantenía bastante a distancia para no salir de la bruma, pero que estaba allí, silencioso y obstinado, tras de sus huellas.

El rastreador regresó a la cabaña de piedra y rozó discretamente el hombro de la reina.

-Nos siguen -dijo-. Un humano, creo. Solo y a caballo.

-¿Estás seguro?

El rastreador sonrió y Lliane lamentó su pregunta. Till no se equivocaba nunca.

-¿Debo matarlo? -preguntó.

-¿Por qué? Tal vez se trata sólo de una coincidencia, un viajero que ha tomado el mismo camino que nosotros... Y, puesto que se trata de un humano, los hombres de la compañía deben disponer de su suerte... y demostrarnos que no han intentado engañarnos de algún modo. ¡Monseñores!

La reina se había vuelto hacia la concurrencia apelotonada en la magra calidez del refugio, y las sonrisas se helaron ante la gravedad de su cara.

-Parece que un hombre a caballo sigue nuestras huellas, cuidando mucho de no dejarse ver.

Uter y Roderic se miraron. La frase de la reina había quebrado en seco todas las carcajadas y flotaba, pesadamente, sobre ellos, como una nube de suspicacia.

Miolnir levantó un dedo con una sonrisa forzada.

-Ya sois tres guerreros -dijo mirando a Roderic-. ¿No es suficiente?

-Si un hombre nos sigue realmente, nada tiene que ver con nosotros -dijo el caballero levantándose.

El muchacho no pudo contener un estremecimiento. Con el movimiento, las piezas de su armadura se habían desplazado chimando un poco y un reguero de agua de lluvia había corrido por su espalda.

-Invitaré a ese hombre a que se una a nosotros y comparta nuestra comida, antes de seguir su camino.

-¿Quieres que Freihr vaya contigo? -lanzó el bárbaro, que no había comprendido gran cosa de la situación, más preocupado por el contenido de su escudilla que por las tensiones internas de la compañía, pero al que, tras haber cabalgado dos días junto al caballero, le parecía natural acompañarle a donde fuera.

-Te lo agradezco, Freihr -respondió sonriendo Roderic-. Pero creo que no corro un gran peligro yendo a invitar a un viajero.

El bárbaro se encogió de hombros y le gruñó al paje de los hombres que le sirviera bebida, imitado en eso por los tres enanos, que tendieron sus cubiletes en un solo y mismo movimiento.

Roderic salió de la cabaña y se alejó bajo la llovizna, mientras Uter el Castaño iba a sentarse, fuera, junto a la reina de los altos-elfos.

-No quisiera, sobre todo, que pensarais...

-No pienso nada, querido caballero -le interrumpió ella-. Pero Till no se equivoca nunca. Un hombre está detrás de nosotros y se oculta... ¿Sabéis por qué, caballero?

Uter esbozó una especie de sonrisa, se levantó y dio algunos pasos en la dirección por la que acababa de desaparecer su amigo Roderic, devorado por la grisalla de una cortina de llovizna. Sacudió la cabeza, haciendo que sus trenzas se agitaran, como un perro al secarse. A su alrededor, la landa estaba desierta y, salvo la cabaña del pastor, ningún árbol, colina o vivienda era visible en los alrededores. La lluvia no había dejado de caer desde hacía largas horas, una lluvia fina, lenta y helada que lo empapaba todo y roía como el orín los más alegres corazones. Oyó en la cabaña la gruesa voz de Freihr y se volvió. Los elfos estaban apoyados de espaldas en la basta fachada de piedra, pálidos e inmóviles en sus vestidos de moaré, de cambiantes colores. Le pareció que la reina le miraba, sin embargo estaba demasiado lejos como para que pudiese jurarlo.

-¡A mí! ¡Uter!

El caballero se volvió de un brinco y echó enseguida a correr. Había reconocido la voz de Roderic, pero su grito, extrañamente, era a la vez débil y desgarrador, gorgoteante y contenido.

Pese a las placas de hierro de su armadura, corrió lo bastante rápido como para oír el galope de un caballo que escapaba cuando él se reunía con su amigo.

Dándole la espalda a Uter, Roderic vacilaba. Mantenía la cabeza baja, sujetándose la garganta con una mano.

-¡Roderic! -gritó el caballero.

El paladín intentó volverse hacia su compañero, pero vaciló, soltó la espada y se derrumbó en el suelo, con el estruendo metálico de su armadura. Uter se dejó caer a su lado y sólo entonces vio la horrible herida. Un puñal arrojadizo se había hundido hasta la guarda en su cuello, y la hoja se había clavado, al otro lado, en las mallas de su gorjal, enrojecido por su propia sangre.

Roderic abrió los ojos y quiso hablar: un chorro escarlata brotó de su boca en un atroz gorgoteo, ahogando sus palabras. Una sacudida brutal recorrió su cuerpo durante una fracción de segundo, luego volvió a caer, inerte, en manos de Uter.

Petrificado, Uter contempló el largo arroyo de sangre que escapaba de las mallas y resbalaba por la armadura, destacando cruelmente sobre el fulgor mate del metal. Con un nudo en la garganta, sin aliento, levantó los ojos al cielo, incapaz de hablar, de pedir socorro, de hacer cosa alguna. El viento cambió y la llovizna les abofeteó, diluyendo la sangre en la armadura, sumiéndola en los tonos pastel de la tierra y de la hierba. Entonces agachó la cabeza, ofreciendo su nuca a la ducha helada.

Era la primera vez que veía morir a un hombre. A un amigo. Roderic y él procedían de dos baronías vecinas, cercanas al País de las dunas, y habían hecho sus clases juntos. Su fuerza, su nacimiento o su habilidad con las armas, las tres cosas tal vez, les habían valido el honor de servir entre los doce paladines, caballeros de la guardia del Consejo, pero habían nacido demasiado tarde para batallar durante la guerra de los Diez Años y, desde entonces, el

reino de Pellehun vivía en paz... La habilidad de Roderic en los entrenamientos no le había servido de nada.

Sin levantarse, Uter alargó el brazo, recogió la espada de su compañero y la depositó entre sus manos cruzadas. ¿Había que decir una oración? Los monjes oraban siempre al enterrar a los muertos. Pero Uter no conocía ninguna, y no estaba seguro de que Roderic creyera en la nueva religión...

Empuñó el mango del puñal y lo retiró del cuello de su amigo. La hoja era fina y larga, como la de un punzón. Era un arma ligera, eficaz, sin cincelado alguno ni el menor asomo de lujo. Un arma de asesino, no de desfile, destinada a ir oculta en la caña de una bota o los pliegues de una capa más que colgando de la cintura... La clavó con brusco gesto en la tierra y dejó con cuidado en el suelo la cabeza del caballero. Al levantarse, advirtió que la compañía se había reunido a su alrededor. Dominando a todo el mundo, sacándoles la cabeza y los hombros, Freihr mantenía los ojos clavados en el cuerpo de Roderic, con una expresión horrorizada en la que se mezclaban la tristeza y los remordimientos.

El caballero apartó a los enanos que se habían deslizado hasta primera fila, luego se alejó hacia la cabaña con los hombros caídos.

-Uter -murmuró Lliane cuando él la dejaba atrás. El hombre ni siquiera la dirigió una mirada.

-Uter, quisiera...

Till retuvo a la reina del brazo. El paladín no se había detenido y las palabras de Lliane eran inútiles.

Señaló el cuerpo de Roderic y la bolsa que había sacado para el truco de la reina y que seguía colgando de su cinturón.

-Mira -dijo-. No lo han matado para robarle...Yo tenía razón, reina mía. El hombre nos sigue. ¿Quieres que lo encuentre?

Lliane no pudo responder, empujada por Freihr que recogió el cuerpo del caballero y lo cargó solo sobre su hombro, a pesar del peso de la armadura. Luego, el bárbaro siguió los pasos de Uter.

La compañía se había puesto en marcha de nuevo, dejando a sus espaldas a Uter y Guirre, su paje. El cuerpo de Roderic había sido atado sobre un mulo liberado de su carga. Había que devolverlo a Loth.

Con la mano posada en el frío acero de la armadura de su compañero, el paladín parecía sumido en sus pensamientos, y Guirre no se atrevía a interrumpirle. Su caballo se agitó y arañó el suelo con el casco. Los elfos, sin duda, habrían podido comprender su mensaje, pero el paje de los caballeros lo interpretó a su modo: la noche caería dentro de unas horas -caía pronto, en invierno, en la provincia de Loth- y debería regresar solo, sin más armas que un arco y un puñal, escoltando durante dos días el cadáver de un caballero degollado, con aquel tiempo de perros y, además, con el asesino del infeliz Roderic, que debía de merodear por allí, en alguna parte, esperando la noche para despojarle.

-No temas -dijo de pronto Uter, como si hubiera leído sus pensamientos-. El que ha matado a Roderic no quería su oro... Nos quiere a nosotros. Alguien nos sigue... ¿Pero por qué?

El caballero miró a su paje con una sonrisa forzada.

-Bueno, vamos... En cuanto estés en Loth, vete a ver al senescal Gorlois y explícale lo que ha ocurrido.

Uter empuñó las riendas de su caballo y se izó a la silla.

-Esta noche, estaremos en Kab-Bag -dijo para sí mismo. Luego espoleó con ambas piernas y desapareció hacia el norte, al galope.

V
Kab-Bag

La pista de tierra se había convertido, desde hacía algunas leguas, en una carretera empedrada con anchas losas llanas, perfectamente ajustadas entre sí. En las encrucijadas, y eran numerosas, unos paneles de madera estriados con muescas verticales, horizontales u oblicuas -la escritura de los gnomos- indicaban la dirección de Kab-Bag.

Desde lo alto de sus caballos, los viajeros sólo percibían, hasta las sombrías colinas que anunciaban a lo lejos la región de las Marcas, una llanura desierta y sin cultivar. Kab-Bag no era una ciudad que pudiera verse de lejos. Los gnomos, ciudadanos trogloditas, habían excavado su capital en las profundidades del suelo, para escapar del viento helado en invierno y del calor del sol en verano.

-No debemos de estar lejos ya -dijo Lliane, que marchaba a la cabeza junto a Till, mostrando la grotesca silueta de un gnomo arrugado y oscuro como una ciruela pasa, minúsculo bajo el enorme peso de las mercancías que iba a trocar en la ciudad.

Era casi de noche, el sol se ponía sin haberse mostrado durante todo el día, y el grupo de los hombres, elfos y enanos se sentía deslomado de fatiga.

La muerte de Roderic había gravitado sobre ellos durante toda la duración del viaje, haciendo que sus hombros cayeran, desecando sus palabras en las profundidades de su garganta. La reina, además, sentía clavado en ella el mudo reproche de Uter y del bárbaro, como si fuera responsable de la muerte del joven caballero. Una impresión desagradable.

Los dos elfos divisaron muy pronto un montículo de tierra en medio de la carretera enlosada, con apenas un metro de altura; brotando del suelo como una pústula, parecía impedir el paso...

Al acercarse vieron que en el montículo se había practicado una puerta y una ventana. Pocos metros más allá, un inmenso foso abrupto se abría
en el suelo, de varias leguas de circunferencia, rodeado por una ancha pista empedrada que bajaba, como una escalera de caracol, hasta las profundidades del orificio. Era Kab-Bag.

Los elfos habían permanecido silenciosos, y sólo cuando el resto de la compañía se acercó al montículo los gnomos que lo habitaban advirtieron su presencia. La puerta de la cabaña de tierra se abrió con brusquedad, en un aproximado zafarrancho de combate, ante una tropa agitada, grotesca y con un aspecto notablemente falto de eficacia.

-¿Quiénes sois? -gritó el primer gnomo, cuyo rostro terroso se parecía a una patata-. ¿Por qué no os habéis anunciado? ¿Intentabais sorprendernos al merodear así, sin ruido?

-No teníais nada, sargento -dijo Lliane que había reconocido el grado de la pequeña criatura encolerizada-. Venimos en son de paz...

Otro puñado de gnomos, llevando unas lanzas demasiado grandes para ellos, salió también del montículo.

-¡No tememos nada! -pió el sargento-. ¡Dadme vuestros nombres y decidme qué venís a hacer en Kab-Bag!

Freihr se dirigió a él con su paso lento y pesado, apartando de su camino a hombres, elfos y enanos. Con las manos crispadas en el mango de su maza de armas, el gnomo parpadeó y agachó la cabeza viendo que el bárbaro se acercaba hasta casi tocarle.

-Soy Freihr, jefe de los hombres libres del Umbral-de-las-Rocas -gruñó con voz sorda.

El gnomo se inclinó y se batió prudentemente en retirada, apartándose como para abrir al gigantesco bárbaro el camino de la ciudad.

-Excusadme, señor, no os había reconocido. Excusadme... Bienvenido, señor.

Freihr masculló algo incomprensible y caminó directamente, llevando en la mano las riendas de su caballo, hacia la estrecha cornisa que flanqueaba el borde del acantilado y llevaba hasta las profundidades de la ciudad comercial.

Petrificado un instante por la intervención del bárbaro, el grupito se puso en marcha de inmediato, saludado por las sonrisas obsequiosas de los gnomos del puesto de guardia.

Uter el Castaño se retrasó un poco, contemplando por cierto tiempo el extraño atavío guerrero de los soldados gnomos que les habían recibido. Al margen de curiosos y pequeños cascos de hierro, colocados como casquetes sobre sus grandes cabezas arrugadas, su panoplia guerrera parecía increíblemente heteróclita, y especialmente inadaptada a su constitución. Al contrario de los enanos, que forjaban en las entrañas de la tierra armas de un acero capaz de hender la piedra, o de los hombres, cuyos artesanos no cesaban de inventar nuevos medios de matar, los gnomos no eran un pueblo creador. Tampoco los elfos creaban nada, y no trabajaban el metal, salvo la plata, de la que obtenían sus joyas y todas sus armas; pero no creaban nada porque no deseaban poseer nada. Los gnomos, en cambio, eran mercaderes, vivían como parásitos en los arrabales de las grandes ciudades, en los reinos de los hombres y también, sin duda, más allá de las Marcas, hasta las Tierras foráneas.

Los gnomos eran poco sensibles a la belleza. El oro y las joyas eran sólo para ellos valores de intercambio. No acumulaban nada, sino que compraban, vendían, robaban si era necesario, con un frenético y perpetuo espíritu de trueque que ningún otro pueblo comprendía realmente, tan confuso e inútil parecía.

Los soldados gnomos del puesto de guardia iban vestidos con túnicas de terciopelo que cubrían sus piernas retorcidas como sarmientos. Unas cintas de cuero claveteadas, a guisa de armaduras, rodeaban su macizo torso y les hacían parecerse, un poco, a las mazas con las que iban armados. La mirada de Uter se sentía más atraída por un venablo de oscura punta provista de ganchos de acero dentado. En el centro de la punta, se había practicado una larga vena para veneno, y toscos cincelados decoraban el astil del arma, hasta la guarda hecha de cáñamo trenzado, demasiado larga, con mucho, para la torpe mano del soldado gnomo que la exhibía con orgullo. Los ojos de Uter encontraron la mirada del sargento y se clavaron en ella hasta que el otro agachó la cabeza. El venablo del guardia, como la daga, demasiado grande para él, que llevaba al cinto eran armas gobelinas...

Kab-Bag estaba increíblemente atestada de tiendas, viandantes, animales y ruido. Brotaba de las callejas un olor a especias con el que se mezclaba el de los candiles de aceite, encendidos durante la noche.

No se podía montar a caballo en las callejas de la ciudad troglodita. El paso era dificultado por las cuerdas de tender la ropa, donde secaban paños recién teñidos, y por un revoltijo de perchas y cordeles de los que colgaba una multitud de mercancías, todas para vender. Y así era hasta el fondo de la ciudad, el barrio bajo en el que se levantaban unas casas parecidas a las de los hombres, aunque hechas de adobe y que tenían, a veces, varios pisos. En las calles y a lo largo de la avenida circular que bajaba hasta la ciudad, los gnomos habían tendido unos puentes colgantes, muy por encima de sus cabezas, a una altura de algo menos

de dos metros, ya considerable para ellos, y que obligaba a la compañía a ir a pie, obligando incluso, a veces, a Freihr y a los elfos a inclinarse.

-Vigilad vuestras bolsas y los sacos que lleváis en las sillas -advirtió Lliane-. Nadie está seguro en Kab-Bag.

Los caballos libres piafaban a cada parada, oprimidos por la muchedumbre, bajo la ávida mirada de los mercaderes con quienes se cruzaban. Pues en Kab-Bag todo podía venderse, mercancías, caballos, hombres o mujeres. Y todo podía robarse. La ley era sólo defendida por la milicia de los gnomos, que tenía bastante conciencia de sus límites como para no buscar las cosquillas a los más fuertes... La ciudad troglodita se había convertido pues, a pesar de ser exigua, en lugar de reunión de los perillanes, estafadores y réprobos de todas las razas que habían en el reino.

La noche había caído, pero la ciudad no parecía querer adormecerse, muy al contrario. La actividad era más intensa que nunca y el avance difícil, fatigoso. Tanto más cuanto que, a medida que iban penetrando en ella, más debían acostumbrarse a la violencia del olor. Los elfos, en particular, mantenían ante su nariz un pliegue de su manto, incapaces de soportar el inverosímil aroma de la ciudad, hecho de mil perfumes contradictorios. A la hediondez de los orinales vertidos en aquellas callejas y que la lluvia arrastraba hacia el fondo, hacia la ciudad baja, se le añadían el nauseabundo olor de las tenerías, los perfumes del benjuí, del cardamomo, del cilantro o el pachuli de las gnomas acicaladas con las que se cruzaban, los efluvios de cocina y las bocanadas de grasa quemada que, en los aledaños de las posadas, asfixiaban a veces a los viandantes. Añadid a ello la confusión, el ruido y la carencia de horizonte, y el cuadro de la ciudad de los gnomos estará casi completo.

Era como si todos los pueblos del reino se hubieran dado cita en Kab-Bag. Los enanos, apenas más altos que los gnomos pero dos veces más anchos, se hacían el fanfarrón y hablaban en voz muy alta. Unos elfos sin clan fueron a besar, furtivamente, la mano de la reina Lliane, y Till el rastreador se alejaba, cada vez, con ellos, para intercambiar algunas palabras. Ninguno había visto a Gael. Ni en Kab-Bag ni en las Marcas. Algunos elfos grises, pálidos y apagados con su largo manto, fingieron no verles y se apartaron. Sentados a una mesa, en la terraza de una taberna, dos elfos de los Remansos, riendo con fuerza y jugando con sus largas trenzas grises, les saludaron con una descuidada inclinación de cabeza. Como todos los que se hacían a la mar, los elfos de los Remansos nunca se mostraban sorprendidos...

Pero de los tres Pueblos libres, los hombres eran, con mucho, los más numerosos.

Algunos mercaderes, que deambulaban tranquilamente por las atestadas callejas, con su guardia de corps siguiéndoles los talones, les dirigieron unas sonrisas prudentes, algo inquietos al encontrar, en pleno país gnomo, a un caballero con armadura que llevaba la cota de armas a franjas azules y blancas con los colores del rey. Los demás hombres, mucho más a menudo, bajaban los ojos o se echaban sobre el rostro el capuchón de su manto.

-El Gremio de los ladrones -dijo la reina Lliane señalando a un grupo que desaparecía por el abierto agujero que servía de puerta a una vivienda excavada en el acantilado-. Kab-Bag es también, hasta cierto punto, su capital...

Instintivamente, los enanos se agruparon en torno a sus poneys, y Miolnir desenfundó su hacha.

Dada la estrechez de las calles y la gente que por ellas circulaba, la compañía se alargó muy pronto en un centenar de metros, sin ni siquiera advertirlo. Por delante, los elfos parecían deslizarse a través de la muchedumbre, guiados por el halcón de Till. Freihr y Uter caminaban más lentamente, entorpecidos el uno por su talla y el otro por su armadura. Pero la muchedumbre se abría, prudentemente, a su paso. Los dos enanos, por su parte, parecían perdidos en el flujo del populacho. Apenas más altos que los gnomos, no podían ver por delante y temían perderse en el dédalo de las callejas, lo que les hacía mostrarse más prudentes aún, y más lentos. Sin embargo, no corrían riesgo alguno. Nadie, por muy miembro que fuese del Gremio de los ladrones y los asesinos, habría atacado a un caballero enano

cubierto de hierro, ni siquiera a Tsimmi, que, pese a su aspecto menos belicoso, llevaba en su nudoso puño un martillo de armas de buen tamaño.

Pero, tras ellos, había una presa que resultaba más fácil... En apariencia al menos.

A la cola del convoy, los pajes que acompañaban a los caballos de albarda se habían rezagado claramente. Se deslomaban tirando de los caballos aterrorizados por la muchedumbre, que piafaban a cada paso, empujados o bloqueados sin cesar por las aglomeraciones.

Acuclillado bajo un porche de tierra, Thane de Logres les aguardaba. Thane era un asesino.

Su mano diestra había sido cercenada por un señor enano de las Altas Colinas, que le había sorprendido a los pies del lecho de su hijo, con el puñal en la mano, dispuesto a herir, y su muñón había sido abrasado con un hierro al rojo vivo. Thane de Logres había permanecido cinco años en las mazmorras de las Altas Colinas. Sus brazos y piernas habían sido quebrados varias veces por los verdugos enanos, pero no había hablado. Los asesinos del Gremio tenían un solo honor: matar y no decir nunca nada. Así pues, nadie supo nunca quién había encargado la muerte del joven príncipe de las Altas Colinas.

Cuando se evadió, Thane mató al príncipe, cumpliendo así su contrato, y desapareció. Un año más tarde, el hermano menor del señor enano fue encontrado también asesinado, sin que nadie pudiera afirmar nunca que había sido víctima de su venganza.

Desde entonces, Thane el manco no había vuelto a ser atrapado. Se había convertido en uno de los jefes del Gremio y llevaba en el anular de su única mano un anillo de cobre con la runa de Beorn.

Servido por un ejército de sayones, espías y ladrones, se había instalado en Kab-Bag, la última ciudad antes de las Marcas, bastante rica en placeres de toda suerte y bastante alejada de Loth para no temer a los arqueros del rey. Aunque un maestro asesino no tuviera gran cosa que temer del rey... Mientras la ley del Gremio fuera respetada y las órdenes de sus jefes obedecidas al pie de la letra y sin demora -fuera cual fuese su precio-, los portadores del anillo gozarían de una relativa inmunidad en lo referente a sus menudos latrocinios.

En la ciudad de los gnomos, de la que era uno de los dueños ocultos, poca cosa habría podido escapar a Thane. Y sin duda no una compañía de caballeros, elfos y enanos...

Caminando ante los dos caballos de albarda, llevándolos por la brida, Llewelin, el paje de los elfos, daba de vez en cuando un saltito para intentar descubrir, por encima de la muchedumbre, al resto de la compañía. Cuando pasó ante el asesino, éste advirtió que tenía miedo, que temía rezagarse. Una presa fácil, realmente...

Thane de Logres se incorporó y se apartó del porche, luego levantó la mano, dando una orden. No tuvo en cuenta la maciza silueta del enano que seguía a los caballos, envuelto en un manto polvoriento. Hizo mal.

Llewelin sintió que alguien le empujaba con fuerza. El elfo se volvió furioso, pero las palabras se helaron en su garganta. Con un golpe seco, un punzón había atravesado su jubón de cuero y se había hincado en su vientre. Encontró la mirada fría de un hombre de repulsiva suciedad y comprendió, apenas, que aquel hombre estaba matándole. Con un movimiento de sus lomos, el paje se separó de la hoja y cayó al suelo, en el estiércol y las inmundicias de la calleja. La sangre clara de los elfos chorreaba entre sus dedos crispados sobre el vientre. Con los ojos muy abiertos de terror, desenvainó la larga daga élfica y se levantó, titubeando, para hacer frente al asesino.

La calleja se llenó enseguida de seres armados. Había sobre todo hombres, pero el grupo de los asesinos incluía también un elfo gris, que sonreía peligrosamente dirigiendo hacia él un acerado puñal de negra hoja. Los gnomos se desperdigaron en todas direcciones, piando, y los bebedores, en las tabernas, se apretujaban ya en las ventanas para gozar del espectáculo. Los ladrones eran cinco, armados con puñales o cortas espadas de anchos bordes cortantes y punta casi redondeada. El elfo herido temblaba, doblado sobre su mortal herida.

Giraba sobre sí mismo dando pequeños saltos, efectuando unos pobres molinetes con la daga, para mantener a distancia a los asesinos. No era un guerrero.

Thane de Logres se adosó al porche y sonrió. ¿Cómo podían unos extranjeros ser tan despreocupados en Kab-Bag? Dejar dos caballos de albarda bajo la única guardia de un miserable elfo, vamos... En las tabernas, las gruesas risas y los excitados cacareos aguardaban, ya, la ejecución. Entonces, uno de los asesinos lanzó un grito estridente que sobresaltó al manco y devolvió el silencio a la calleja. Durante algunos segundos, el hombre batió el aire con sus brazos, intentando arrancar algo de su espalda, luego sus ojos se velaron y rodó por el suelo, revelando al que acababa de matarle.

Era un enano vestido de rojo, de una sorprendente talla y cuya larga barba roja era sujetada por el cinturón. Thane y sus asesinos sintieron que palidecían. Casi tan alto como un hombre, el enano sujetaba con sus poderosas manos una larga hacha de ensangrentada hoja. El asesino crispó nerviosamente la mano sobre el pomo de su espada y, con un gesto, lanzó a sus hombres al ataque.

-¡Dwaaalin! -aulló Rogor corriendo hacia ellos.

El primer ladrón hendió el aire con un mandoble, obligando al enano a retroceder. Soltó luego un grito horrible: el hacha de Rogor había zumbado a escasos centímetros del suelo y, al finalizar su mortal curva, le había cortado la pierna por debajo de la rodilla. El hombre se derrumbó, molestando a otros dos asesinos que perdieron así varios segundos. El tercero, el elfo gris, se había encontrado solo frente a Rogor precisamente cuando, como un péndulo, la pesada hacha volvía hacia él. La hoja destrozó las mallas de acero de su cota y le golpeó el flanco con tanta potencia que la mitad del hacha se hundió en él. Al caer, el elfo arrancó el arma de las manos del enano, que desenvainó su puñal y desafió a sus dos últimos adversarios. Uno de ellos vaciló un corto instante y puso pies en polvorosa. El otro se quedó, pero sudaba de miedo. Se lanzó hacia el enano en un asalto desesperado que Rogor pudo evitar fácilmente. La poderosa mano del heredero de Troin se cerró sobre el brazo del ladrón y lo retorció, lanzando al hombre a tierra. Antes incluso de que pudiera levantarse, Rogor lo había clavado en el suelo con su puñal.

Bajo el porche de arcilla no había ya nadie: Thane de Logres había desaparecido.

El enano de la librea roja remató a los moribundos, los despojó de sus armas y su oro y, luego, recuperó el hacha, clavada en el cuerpo del elfo gris, sin decir la menor palabra ni preocuparse por los vítores de la muchedumbre entusiasmada. Liberó, con una patada, la hoja de su hacha y, luego, la limpió cuidadosamente en el manto del cadáver, antes de ponérsela de nuevo bajo su túnica que lucía las runas de Baldwin. Recuperó también los dos caballos, colocó al paje de los elfos, herido, como si fuera un paquete, a través del equipaje, tomó las riendas y se los llevó por las callejas, alejándose de los cuerpos ensangrentados.

-¡Espera! -gimió Llewelin intentando levantarse-. Pierdo sangre, deben curarme... ¿Cómo lo has hecho para matarlos a todos? Y sin embargo, no eres un guerrero... O tal vez...

Rogor levantó hacia el joven elfo unos ojos fatigados.

-Voy a decírtelo -murmuró-. Pero no aquí. No en plena calle...

Dejaron los caballos en el mojón de una taberna, vigilados por los guardianes que cada establecimiento ponía al servicio de sus clientes, luego Rogor tomó al elfo en sus hombros y se hundieron en una de las numerosas grutas de la ciudad.

Mal iluminada por algunas antorchas, la caverna hormigueaba de gente, hasta el punto de que los rostros se volvían anónimos. Rogor depositó al elfo en el suelo, junto a la pared de piedra, y se incorporó, echando sobre su túnica roja el vuelo de su largo manto. Llewelin, embrutecido de dolor, no podía separar los ojos de aquel enano al que había creído un paje y que parecía más experto en el arte de la muerte que el mejor de los maestros de armas.

-Soy Rogor, sobrino de Troin, heredero del trono bajo la Montaña negra -dijo posando su pesada mano en el hombro del herido.

A la luz de las antorchas, su barba roja parecía inflamada. Bajo sus espesas e hirsutas cejas, el paje encontró el fulgor sombrío de su mirada y supo que el enano iba a matarle.

-¡No!

El gesto de Rogor fue tan rápido que el paje no se vio morir. Degollado, resbaló lentamente hasta el suelo, mientras el enano limpiaba su puñal en la túnica de moaré. Tomó en brazos el cadáver del paje y se levantó sin esfuerzo. Salió luego sin apretar el paso ni mirar a nadie.

Fuera, Rogor cerró los ojos y respiró varias veces, largamente. Cuando sus manos dejaron de temblar, lanzó a los guardias una moneda de bronce, colocó de nuevo el cuerpo de Llewelin en una montura y se abrió camino por entre la muchedumbre, en busca de la compañía.

Saliendo apenas de la sombra de una arcada, Thane de Logres, con la daga en la mano, dio un paso hacia el enano. No se trataba ya de robar los caballos, sólo de vengar a los muertos, de acabar lo que se había emprendido, de acuerdo con el particular código de honor del Gremio. Una firme mano le detuvo en su impulso y le devolvió brutalmente a la oscuridad. El manco se volvió, dispuesto a herir, pero contuvo su gesto.

-¡Blade!

-Es demasiado pronto para satisfacer tu venganza, amigo -dijo el ladrón de Loth-. Vayamos a tomar un trago y hablemos...

Thane de Logres no respondió enseguida, dejando que sus sienes y su pulso recuperaran un ritmo normal. Blade el ladrón era casi una leyenda entre los miembros del Gremio, y uno de los pocos que llevaban un anillo de cobre parecido al suyo, prueba de la consideración de la que gozaban en la jerarquía oculta de los maestros ladrones. Raros eran los que, al igual que Blade, osaban practicar el arte, mortalmente peligroso, del robo y el asesinato en el propio seno de la ciudad del Gran Consejo. Thane se obligó a sonreír y envainó su daga.

-Te sigo, Blade...

La compañía se había reunido en medio de una plaza hormigueante de gente y lo bastante iluminada por decenas de candiles de aceite y antorchas sujetas a los muros o en el armazón de madera de los puestos. Al menor soplo de viento, las llamas acabarían lamiendo las colgaduras de terciopelo que cubrían las ventanas de las viviendas, las balas de paja amontonadas, un poco por todas partes, para los animales, o los tenderetes de los innumerables mercaderes de telas de la ciudad, y nada podría detener el incendio. Afortunadamente, no había viento en las profundidades de los barrios bajos. La ciudad, sin embargo, había ardido varias veces, pero los gnomos no eran un pueblo capaz de extraer lecciones de ese tipo de experiencias. Era la marca del destino, eso es. Resultaba más sencillo levantar, aquí y allá, altares votivos, junto a los centenares de templos, capillas u hornacinas consagrados a todas las divinidades con las que contaba el mundo -incluyendo las grandes cruces de la religión de los hombres o los sombríos y demoníacos ídolos de los gobelinos de las Tierras gastas-. Y además, los gnomos sufrían las peores calamidades con una suerte de satisfecha resignación -obteniendo incluso cierto goce de sus desgracias, empecinándose entonces en reconstruir lo que había sido destruido, con un frenesí de hormigas que fascinaba a los demás pueblos.

En el corazón de la ciudad, la muchedumbre era más abigarrada aún, más densa aún, más equívoca aún. Apartándose furtivamente al ver a la reina de los altos-elfos y la reluciente armadura de Uter el Castaño, las dobladas siluetas de algunos hombres-perro se mezclaban con la muchedumbre. Uno de esos seres, grotescos y monstruosos, percutió de lleno la cadera de Freihr. Perdido en los negros pensamientos de su brumoso espíritu, el hombre-perro no comprendió enseguida su error. Su primera reacción fue fruncir los pelados belfos, descubriendo los colmillos de su poderosa mandíbula, en ese rictus de horrenda bestialidad que hacía que los de su raza se parecieran a las hienas o los perros salvajes. Luego, levantó la cabeza y sus ojos encontraron la mirada del bárbaro.

-¡Buh! -aulló bruscamente Freihr, con aire maligno. El hombre-perro aulló y se alejó gimiendo, empujándolo todo a su paso.

La risa de Freihr dominó por unos instantes el estruendo de la muchedumbre.

-¿Por qué no lo has matado? -gritó Miolnir apretando nerviosamente su hacha-. Era un maestro perro, a los que los gobelinos llaman kobolds y que alimentan sus lobos de guerra.

-Kobolds no peligrosos -dijo simplemente el bárbaro con una sonrisa-. Viven con los perros, comen como perros, son miedosos como perros... Ni siquiera dignos de un mandoble...

Los dos enanos se miraron sombríos. En las montañas, los hombres-perros llevaban las hienas y los lobos hasta el lindero de las aldeas enanas y, a veces, devoraban a los niños.

También Till el rastreador se había estremecido. Una mirada de la reina le había contenido, se había agachado para murmurar al oído de su perro las palabras que calman un furor instintivo. Los maestros perros de las Tierras negras representaban la faz oscura de la unión de los seres que caminan de pie y de los animales. Si para los enanos matar un hombre-perro era un deber ante sus retoños que vivían en las aldeas aisladas de las montañas, para los perros élficos y los elfos verdes era una suerte de misión sagrada, el instintivo combate del bien contra el mal...

-¡Ahí están! -gritó Uter, señalando con el dedo los dos caballos de albarda que se les reunían por fin, abriéndose paso entre la muchedumbre.

Sólo cuando las monturas se detuvieron ante ellos, los enviados del Gran Consejo descubrieron el cuerpo de Llewelin, puesto de través sobre el equipaje.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Uter con voz neutra. Rogor inclinó la cabeza y se retorció las manos en señal de desesperación.

-Unos bandidos nos han atacado, monseñor. Tres han muerto y los supervivientes han huido, pero mi compañero ha derramado su sangre...

Los elfos se habían aproximado a su paje. Mostraba la huella de una puñalada en el abdomen y había sido degollado de oreja a oreja: no era el tipo de herida que podía recibirse en un combate.

Rogor vio sus miradas llenas de sorpresa y se volvió hacia ellos, gimiendo aún y retorciéndose las manos.

-Se ha batido como un león, reina Lliane, han tenido que ser dos para matarle... Uno le ha degollado y el otro le ha propinado una estocada...

-¿Y no le has ayudado?

-No he podido -dijo Rogor agachando la cabeza, como si ocultara su vergüenza-. No soy un guerrero...

Los elfos inclinaron la cabeza y Lliane palmeó el hombro del paje enano en señal de compasión.

-Has dado pruebas de un gran valor escoltando solo los caballos hasta aquí. Nuestro paje ha muerto por nuestra culpa. No hubiéramos debido perderos de vista entre esta muchedumbre.

Till tomó las riendas de las monturas de carga y se dirigió hacia una posada, seguido por los caballos libres de la reina y por el paje, que no necesitaba en absoluto ser guiado. La noche había caído y una llovizna fina hacía chisporrotear las antorchas, sin que por ello se dispersara la muchedumbre de gnomos y extranjeros. En Kab-Bag se dormía, se comía, se concluían negocios a cualquier hora del día o de la noche. Cada cual era muy libre de organizar su jornada como quisiera.

Uter y Freihr escoltaron a la reina hasta la posada y se inclinaron para cruzar la puerta de entrada que daba a un pequeño patio cuadrado. Los enanos fueron los últimos que se pusieron en marcha. Tsimmi masculló en voz baja algunas palabras dirigidas a Miolnir, que partió solo a encargarse de los caballos, dejando atrás al paje.

Abrumados de fatiga, minados por las muertes de Roderic y Llewelin en aquel primer día de expedición, los hombres y los elfos no advirtieron que el caballero enano llevaba personalmente los caballos al establo.

Fuera, Tsimmi aguardó a que todos hubieran desaparecido para preguntar a Rogor.

-¿Qué ha ocurrido, señor?

Librodot

-Realmente hemos sido atacados por ladrones, maese Tsimmi. He tenido que luchar para salvar mi vida, pero el elfo me ha visto. No podía permitir que contara a su reina y al rastreador que me había visto combatir.

-De modo que lo habéis matado... Los ojos de Rogor llamearon de cólera.

-¿Y qué más podía hacer? ¿Olvidáis acaso que mi identidad debe permanecer secreta?

Tsimmi inclinó la cabeza calmosamente y, con su callosa mano, se mesó la larga barba castaña.

-No olvidéis tampoco, señor, que no intentamos reavivar la guerra entre los elfos y los enanos, ¿no es cierto?

Rogor no respondió.

-¿No es cierto?

El guerrero rojo quiso decir algo, pero sus ojos se cruzaron con la mirada gris del maestro albañil y cerró la boca. Se decían tantas cosas de los maestros albañiles. Tantas cosas insospechadas y terroríficas que podían ocultarse tras la mirada gris de ese enano de pequeña talla, aspecto dulce e inofensivo, armado sólo con un martillo de guerra y una honda.

-Soy vuestro servidor, maese Tsimmi -dijo Rogor estremeciéndose bajo la lluvia.

-No os pido tanto.

Ambos enanos se miraron en silencio unos instantes aún, luego el maestro albañil tomó afectuosamente a Rogor por el brazo.

-Seréis un gran rey, señor Rogor. Vayamos a comer...

Librodot

VI
El gobelino

La posada estaba casi tan atestada como las callejas de Kab-Bag. Reinaba allí un nauseabundo olor a fritanga, mezclado con el del sudor de decenas y decenas de viajeros. Dominando la sala, un pequeño estrado que se levantaba en una esquina ofrecía a la concurrencia un ininterrumpido espectáculo de los más diversos titiriteros, y dos jóvenes gnomas, totalmente desnudas, se agitaban al ritmo de las flautas y los tamboriles con la gracia de unos peces fuera del agua.

La llegada de los enviados del Gran Consejo había provocado un brusco silencio, así como la discreta huida de algunos comensales con la conciencia tan negra como el cielo de la ciudad. Luego, progresivamente, las conversaciones se habían reanudado, hasta recuperar el ensordecedor tumulto habitual en el lugar.

Los viajeros ya sólo eran cuatro, Miolnir, más cascarrabias que nunca, había ido a acostarse. El paje rojo se había retirado al establo para echarle una ojeada a los caballos durante la noche. Por lo que se refiere a Till el rastreador, había desaparecido silenciosamente tras haber susurrado unas palabras al oído de la reina. Llevando tras él un caballo cargado con el cadáver de Llewelin, había huido de la opresiva atmósfera de la ciudad para devolver el cuerpo del paje a la naturaleza e instalarse con su perro y su halcón al abrigo de un bosquecillo, fuera de Kab-Bag.

Pese a su fatiga, Uter el Castaño se obligaba a prestar atención a la interminable historia que Tsimmi contaba, chupando su pipa de tierra blanca. Era un relato muy apreciado bajo la Montaña, y Tsimmi era un buen narrador, pero era casi imposible que un hombre le siguiera, tan numerosas eran las disgresiones, así como las alusiones a las grandes casas enanas, ataviadas con todos sus títulos. Uter había perdido el hilo desde hacía ya mucho tiempo. El joven caballero lanzaba, de vez en cuando, una breve mirada a la reina de los altos-elfos, que contemplaba al enano con una indefinible sonrisa, manteniéndose perfectamente erguida. Aquello no quería decir nada... Lliane podía perfectamente estar dormitando, aunque mantuviera los ojos muy abiertos.

Freihr, por su parte, no se andaba con contemplaciones. Volviendo francamente la espalda a la mesa, reía groseramente o aplaudía con arrobo los distintos números y, por lo que Uter había podido ver, había ya trasegado una cantidad de vino por completo prodigiosa.

Uter creyó, cien veces, poder aprovechar que el enano se humedecía la lengua con un trago de vino para excusarse y levantarse de la mesa. Lamentablemente, el maestro albañil era

siempre el más rápido, y entonces, como si lo hiciese adrede, tomaba al caballero por testigo o le posaba la mano en el brazo para llamar su atención.

Uter no se había quitado la armadura desde hacía tres días, y los estremecimientos le sacudían casi continuamente. En aquellos momentos, habría dado incluso su espada por un buen lecho de plumas... De pronto, el estruendo de la posada se transformó en un murmullo de sorpresa y espanto. Un nuevo batelero acababa de subir al escenario. Un hombre ya de edad, aunque robusto, con el cráneo desnudo, y el rostro surcado por las cicatrices, con un látigo emplomado atravesado en el cinto y una ancha daga de un solo filo que se parecía mucho a un cuchillo de carnicero. Con gesto algo teatral, había descubierto una jaula de hierro cubierta, hasta entonces, por un paño negro, y la asamblea se estremeció al descubrir su contenido.

-¡Y he aquí la perla de mi atracción! -gritó con una gruesa voz ronca-. Un gobelino de las Tierras negras que yo mismo capturé arriesgando mi vida.

Uter se volvió de un brinco. Nunca había visto aún un gobelino, esos guerreros repulsivos de inigualable fuerza y terrorífica crueldad en el combate, que sólo adoraban a los dioses sanguinarios y sólo obedecían a su señor, Aquel-que-no-puede-ser-nombrado...

El monstruo, agachado en la pequeña jaula, llevaba en el cuerpo varios sumarios vendajes, prueba de sus numerosas heridas. Sin duda estaba desvanecido cuando el exhibidor de animales lo había descubierto. Nunca, sin ello, a pesar de su látigo emplomado y su cuchillo de carnicero, habría conseguido capturarle vivo... Freihr se había levantado, presa de una rabia de borracho al ver uno de esos monstruos que habían destruido su aldea.

Antes de que Uter pudiera retenerle, se había lanzado hacia el estrado y, con la espada en la mano, intentaba golpear a través de los barrotes de la jaula al gobelino prisionero.

-¿Te has vuelto loco, bárbaro? -aulló el exhibidor de animales agarrándole del brazo.

Freihr no respondió, pero su puño izquierdo se extendió de pronto, golpeando al hombre justo bajo la nariz con tanta potencia que el puñetazo lo proyectó fuera del estrado. En su jaula, el gobelino ladraba como un perro y rugía como un león, aullando injurias en la terrible lengua de las Tierras negras, sacudiendo los barrotes de su prisión con una terrible fuerza.

Las mesas más cercanas al estrado se habían vaciado ya, y más de un bebedor se dirigía hacia la salida, tan terrorífico era el enfrentamiento de aquellos dos gigantes.

-¡Freihr! -aulló Uter alcanzándole-. ¡No puede defenderse! ¡No puedes matar a un enemigo atado!

-¡Déjame! -rugió el bárbaro soltándole un codazo que abolló su armadura.

Uter aguantó y consiguió agarrar el brazo derecho del guerrero.

-¡Déjame! ¡Déjame!

También Lliane había saltado al estrado. No llevaba armas, pero su mano izquierda se tendió, con la palma abierta, a pocos centímetros del rostro de Freihr. Entonces, sin comprender por qué, no pudo apartar su mirada de aquella mano que ondulaba suavemente.

-Cálmate -murmuró la ilusionista con voz tan suave que era casi imperceptible-. *Anmod eorl hael hlystan stylle... Anmod eorl hael hlystan stylle...*

Las palabras resonaron, sin embargo, con infinita potencia en el cerebro del bárbaro, hasta el punto de creer que su cabeza iba a estallar. Se decía que las órdenes mágicas de algunos altos-elfos, cuando eran aulladas, podían hacer perder definitivamente la razón.

Lliane bajó la mano, Freihr sintió que el dolor se atenuaba y, luego, una inmensa fatiga le invadió. Se tambaleó. El brazo armado que Uter sujetaba hasta entonces, con gran esfuerzo, se volvió lacio y pesado.

-Podéis llevároslo, monseñor -dijo la reina sin abandonar su enigmática sonrisa.

Freihr sacudía la cabeza como si hubiera sido derribado, y se dejó guiar dócilmente por Uter. Los tres enviados del Gran Consejo volvieron a cruzar la sala en un silencio en el que se mezclaban el respeto y el espanto. Tras ello, otra decena de personas abandonó la posada.

Subido a una mesa, Tsimmi no había perdido ni una pizca del espectáculo. Volvió a encender su pipa contemplando la larga silueta de la reina que regresaba, indiferente a las miradas, lúbricas o inquietas, que se deslizaban por su cuerpo. Uno y otra utilizaban la magia, pero el enano tenía ahora una ventaja sobre la ilusionista: él no se había desvelado todavía.

Tsimmi se disponía a dirigirle un sutil cumplido cuando, en el estrado, un imprevisto movimiento atrajo su mirada. Una gigantesca forma oscura acababa de salir de la jaula...

-¡Cuidado!

Uter giró de pronto y no pudo evitar un sobresalto al descubrir la monstruosa silueta del gobelino que llevaba en la mano el ancho cuchillo del exhibidor de animales, con el que había podido forzar la puerta de su jaula.

Con más de dos metros de alto, iba vestido de harapos que revelaban, aquí y allá, una piel oscura y peluda, de un gris oliváceo, bajo la que se agitaban unos largos músculos. Sus propias manos parecían armas, con unas uñas negras semejantes a garras. El monstruo aulló y se lanzó al asalto, directamente hacia el grupo de los enviados del Gran Consejo. Un poco de baba viscosa corría por su cuadrada mandíbula, de la que emergían unos dientes mellados, tan acerados como colmillos de lobo.

Los cacareos de terror de los gnomos que huían a su paso cubrieron, por un instante, los gritos del gobelino. El desorden era tal que los empavorecidos gnomos impedían avanzar al monstruo, pero también a los hombres, al elfo o al enano acercarse a él para combatirle.

-¿No podéis calmarlos, igualmente? -aulló Uter dirigiéndose a la reina.

-¡Nada puedo con semejante muchedumbre!

Se escuchó un nuevo aullido, más agudo que los demás, y el cuerpo rechoncho de un gnomo voló hasta el techo, dejando por los aires una estela de sangre. Alrededor del desenfrenado gobelino, seres de todas las razas perdían la vida gritando, destrozados por sus furiosas cuchilladas, pero al monstruo no le importaban aquellas muertes. La carnicería no tenía más objetivo que alcanzar al bárbaro que le había dado de sablazos en su jaula, y hacerle pagar el «wergeld», el precio de la sangre... Una mesa fue lanzada hacia un rincón de la estancia, y el monstruo perdió una fracción de segundos viéndola aplastarse contra el muro. Cuando su mirada se dirigió de nuevo a su agresor, descubrió ante él a un joven caballero de cabellos castaños, trenzados, que vestía una armadura de metal bruñido. El hombre tenía miedo, como indicaban las pequeñas gotitas de sudor que sembraban su rostro, pero sus ojos brillaban de determinación. Puesto que no le separaban de él gnomo ni mesa alguna, el gobelino lanzó un gruñido horrendo y se lanzó al ataque, levantando su arma.

Uter sólo se movió en el último instante, como le habían enseñado. Su larga espada, sujeta con ambas manos, descansaba en tierra a su costado izquierdo, de modo que el caballero parecía ofrecer su flanco al agresor. Cuando el gobelino se inclinó para golpear, Uter giró en un brusco movimiento. Arrastrado por su impulso, el monstruo tropezó contra su pierna derecha y cayó hacia adelante: la espada de Uter hendió el aire zumbando, con toda la fuerza de sus brazos. El mandoble era tan potente que la espada cortó limpiamente la horrible cabeza del gobelino y la envió, rodando, varios metros más allá, mientras su cuerpo decapitado proseguía la carrera e iba a derrumbarse a los pies de Tsimmi. Durante un largo instante sólo se escuchó el crepitar de las antorchas y la grasa de los cuartos de carne que se asaban. Una sangre negra y espesa escapaba, gorgoteando, de la cortada cabeza del gobelino, formando en el suelo una horrible charca viscosa de la que Uter, fascinado, no podía apartar los ojos.

Aquella horrenda cabeza, aquella cabeza de demonio, era exactamente la de las gárgolas que los monjes esculpían en el frontón de sus iglesias... Alguien le palmeó con afecto el hombro y salió de su sopor. Era Freihr.

-Buen golpe -dijo el bárbaro con una gran sonrisa-. Me gustaría aprenderlo.

Uter inclinó la cabeza y se obligó a sonreír.

A su alrededor, los gnomos y los viajeros volvían a sus lugares en la posada, comentando los acontecimientos con un alivio que les hacía más ruidosos aún.

-¡Realmente un golpe muy bueno! -aseveró Tsimmi volviendo a sentarse a su mesa-. ¡Eso merece que perforemos un tonel! Uter se sentó con cierta torpeza y las manos temblorosas.

-En la batalla puede juzgarse el valor de un guerrero -dijo dulcemente la reina con aquella sonrisita indefinible que nunca la abandonaba.

Uter inclinó la cabeza y vació un cubilete de vino, dándose tiempo para comprender lo que había querido decir.

-Muy bien, os deseo buenas noches, monseñores -prosiguió Lliane-. Han sido bastantes emociones para una jornada.

Los tres compañeros se levantaron, incluido Tsimmi, que, de pie, apenas sobrepasaba el nivel de la mesa.

-¿Deseáis...? Uter vaciló.

-¿Deseáis que os escolte hasta vuestra alcoba, dama mía?

-Os lo agradezco, caballero. Creo que no corremos ya riesgo alguno...

Uter inclinó la cabeza y sintió, una vez más, que se ruborizaba ante la verde mirada de la reina, que dio media vuelta y se abrió camino entre las mesas. Con el corazón palpitante todavía por la fiebre del combate, permaneció de pie contemplándola hasta que hubo desaparecido en el corredor que llevaba a las habitaciones. Cuando volvió a sentarse, una palmada de Freihr casi le hizo caer de la silla.

-¡Jo, jo! «Dama mía»... ¿Te gusta la hermosa reina?

-¡Cierra la boca! -masculló el caballero.

Freihr golpeó la mesa con la palma de su mano, sacudido por una carcajada.

-¡Está enamorado! ¿Lo has visto, enano? ¡Está enamorado! Uter lanzó sólo una breve mirada a Tsimmi, pero le pareció que los ojos del maestro albañil brillaban.

-¿Sabes?, también yo estaba enamorado -soltó el bárbaro en un tono menos alegre de pronto-, íbamos a casarnos, incluso...

Uter cerró los ojos. Ya sólo faltaba un bárbaro con la borrachera triste... Tsimmi advirtió también la deriva nostálgica de su compañero.

-Estaba diciendo pues, antes de que nos interrumpieran...

Se había lanzado ya a una de sus interminables historias de batallas cuando un gnomo provisto de diversas armas y heteróclitas piezas de armaduras se acercó a su mesa.

-¿Vos habéis matado al gobelino? -preguntó con un tono tan marcial como le fue posible.

-¿Por qué? -dijo Uter.

El gnomo consideró que la pregunta del caballero era una afirmación e hizo signos a los guardias que le acompañaban para que se llevaran el cuerpo y la cabeza del monstruo.

-Habríamos acabado con él fácilmente -explicó el gnomo-; sin embargo, merecéis nuestra gratitud por habernos ahorrado ese trabajo.

Freihr esbozó una sonrisa divertida y abrió la boca para decir algo, pero, bajo la mesa, un puntapié de Tsimmi le hizo cerrar el pico.

-Nuestro sherif, el señor Tarot, me encarga que os invite a que le contéis vos mismo la batalla.

-Las noticias corren mucho en Kab-Bag -murmuró Uter. Tsimmi se levantó, presto, y rodeó la mesa.

-Es un gran honor -dijo inclinándose ante el gnomo, apenas más pequeño que él-. Hazle saber al señor Tarot que aceptamos con mucho gusto y que estaremos en su casa dentro de un rato.

-Pero...

El gnomo se interrumpió, sin saber qué decir. Inocentemente, aunque con mano firme, el enano le empujaba hacia la puerta de la posada, mientras le sujetaba amistosamente por el hombro. A fin de cuentas, lo esencial era que los extranjeros se presentaran ante el sherif,

¿no? Sin duda hubiera sido preferible que le acompañaran en el acto, pero a fin de cuentas no había desempeñado del todo mal su misión...

Tsimmi cerró la puerta de la posada a sus espaldas y se reunió rápidamente con sus compañeros.

-¿Qué hacemos? -soltó volviendo a llenar su vaso.

-No lo sé -respondió Uter-. Tal vez sea una trampa... El Gran Consejo nos dijo que desconfiáramos de los gnomos. Si realmente comercian con los gobelinos de las Tierras gastas, pueden querer entregarnos al Señor negro como reparación por la muerte del monstruo...

-Es una posibilidad -concedió Tsimmi-. Pero no corremos muchos riesgos. Somos tres, vamos bien armados y nuestro gran amigo, aquí presente, debiera poder convencer a las cabezas calenturientas de que renuncien a sus malas ideas.

Mientras hablaba, dio una amistosa palmada al bárbaro, que soltó una gran carcajada y le administró, a su vez, un buen golpe en el hombro.

-¡Es cierto! -dijo sin dejar de reír-. Algunos gnomos no pueden dar miedo a Freihr.

Tsimmi sonrió frotándose el hombro. Aquel bruto había estado a punto de descoyuntarle el brazo.

-Sin duda tenéis razón -admitió Uter-. Y, además, es una inesperada ocasión de interrogar directamente al sherif sobre Gael. Si sigue en Kab-Bag, imagino que podrá revelarnos dónde se oculta.

-Sin embargo, habrá que desconfiar de lo que nos ofrezca para beber o comer -concluyó Tsimmi-. A los pueblos débiles les encantan siempre los venenos que matan sin que les sea necesario combatir... ¿Avisamos a los demás?

-A la reina al menos -dijo Uter-. Ella conoce al sherif Tarot. Y ella es la que dirige nuestra compañía...

Se produjo un silencio durante el que todos se preguntaron si era o no razonable arrastrar a la reina a lo que podía ser una trampa. Ante la sorpresa de los otros dos, fue Freihr quien habló primero.

-La avisaremos mañana. También yo conozco a Tarot. Y, si es una trampa, ¿por qué poner en peligro a la hermosa elfo? Dejó ir de nuevo su gran risa.

-¿Verdad, Uter?

El caballero le dirigió una furiosa mirada, pero el bárbaro rubio estaba demasiado satisfecho de haber encontrado una broma para dejarse intimidar.

-Soy de la opinión de que no hagamos esperar a nuestro amigo el sherif -dijo por fin Tsimmi.

VII
La noche de los gnomos

La morada del señor Tarot se levantaba a media altura de Kab-Bag, como un pequeño alcázar, en una plataforma que dominaba la ciudad baja. Parecía tan frágil y tan grosera como un pastel de varios pisos, tantas torres, atalayas, gárgolas, salas y patios interiores habían ido acumulándose, añadido todo ello, al hilo de los siglos, por arquitectos dementes en un gran edificio que, inicialmente, nada tenía de castillo. Los enviados del Gran Consejo, a excepción de Tsimmi, se sintieron de inmediato oprimidos y estrechos, pero, a fin de cuentas, la morada no había sido concebida para seres de su tamaño.

Un guardia les había introducido en una sala cubierta de almohadones y pufs, enteramente forrada de terciopelo oscuro, violeta, azul o verde (una combinación de colores bastante sorprendente para la mirada) y sólo iluminada por unos candiles de aceite. Tarot se hacía esperar para darse importancia.

-Si este engendro no aparece en un minuto, yo mismo iré a buscarle -masculló bruscamente el bárbaro.

Uter ni se inmutó.

¿Era aceptable que un sherif gnomo tratase de ese modo a los enviados del Gran Consejo? El rostro calmo e inexpresivo del enano Tsimmi no podía ayudarle a resolver esa cuestión de protocolo y amor propio. Por su parte, también Uter sentía cierta comezón del lado de su espada... Hubo por fin un movimiento tras una colgadura, y una cohorte de guardias penetró en la estancia, precediendo al sherif de los gnomos en persona.

-Dignaos perdonarme, nobles señores -dijo éste saludándoles con una hábil mezcla de respeto e ironía-. Estos imbéciles acaban de avisarme de vuestra presencia en mi castillo. He acudido inmediatamente, claro está.

-Claro está -repitió Tsimmi mirando al gnomo de arriba a abajo, fríamente.

Tarot vaciló unos segundos, luego se sobrepuso.

-¿No os ha acompañado la reina Lliane?

-La reina Lliane os ruega que la excuséis, sherif -dijo Uter-. La ruta ha sido larga. Os verá mañana, si lo deseáis.

-Claro, claro -asintió Tarot-. Mañana, muy bien... Sonrió, frunciendo algo más su rostro de vieja fruta, pero Uter advirtió su contrariedad, más que contrariedad incluso...

-He pedido que sirvan bebida y comida -prosiguió Tarot-. ¡Instalaos cómodamente, nobles señores! Es un honor para mi casa recibir, a la vez, a dos enviados del Gran Consejo... Y también al señor Freihr, jefe de los hombres libres de Umbral-de-las-Rocas.

-¡Pse! -masculló el bárbaro.

Todos se sentaron con un rumor de telas en el que se mezclaba el chasquido de las armas. Tarot había tomado de nuevo la palabra, exigiendo detalles sobre la muerte del gobelino, extasiándose con cada episodio, lanzando a troche y moche pequeños cacareos admirativos.

Dejando que Tsimmi se encargara de relatar el combate, Uter miraba nerviosamente a su alrededor, impaciente por acabar con esa historia para poder por fin interrogar al gnomo con respecto a Gael. Un empujón de Freihr le sacó de sus ensoñaciones.

-¿Has visto? -murmuró el bárbaro-. Los guardias nos rodean, ahora...

-Lo he visto -respondió el caballero.

Entró entonces una gnoma en la sala, llevando en una bandeja una espléndida garrafa de cristal llena de un vino oscuro y cuatro cubiletes de metal grabado. Curiosamente, los cubiletes estaban llenos ya.

El propio sherif se encargó del servicio, ofreciendo a cada uno de los legados su vaso, en una verdadera gimnasia de reverencias, sonrisas e invitaciones a beber.

Tsimmi fue el primero en ser servido. El gesto que esbozó sobre el brebaje sólo fue percibido por Uter, sentado a su lado y que acechaba su reacción. El enano hizo girar el líquido en su vaso, luego soltó la carcajada.

-¿Qué pasa? -dijo el sherif en un tono inquieto.

-Nada, nada -dijo Tsimmi, risueño aún-. Bueno... ¿Bebemos?

-Sí, un brindis. ¡Larga vida al Gran Consejo y a los Pueblos libres! Tarot levantaba ya el brazo para llevarse el cubilete a los labios cuando Tsimmi detuvo su gesto.

-Bebe del mío, gnomo.

Los ojos del sherif brillaron. Su rostro arrugado pareció ruborizarse más aún y sus labios se redujeron a una simple línea. ¿Cómo se atrevía a hablarle de ese modo el enano? Habría querido reaccionar, llamar a la guardia y hacer que echaran al patán de su palacio,

pero estaban también el caballero de la armadura y el señor Freihr, con su larga espada... Muy a su pesar, sus dedos se crisparon en el vaso que se había atribuido.

-¡Hay que ser idiota! -dijo Tsimmi con un aire desolado-. Ya ves, gnomo, no tienes suerte... Creías que la reina estaría aquí, no ha venido. Comenzó a mover sus dedos por encima del cubilete.

-Conoces bien a la reina Lliane. Y conoces sus poderes... Ni siquiera tú eres lo bastante estúpido como para intentar envenenar a un elfo con un veneno vegetal, ¿no es cierto?

El gnomo sudaba ahora la gota gorda. Freihr se había incorporado muy despacio y se mantenía agachado, intrigado, indeciso, sin comprender realmente lo que ocurría. Buscó con los ojos la mirada de Uter, pero éste se sentía cautivado por el cubilete de Tsimmi, por encima del cual se veían agitándose los cortos dedos del enano. Le pareció que unas burbujas de plata aparecían en la superficie del vino.

-Entonces has tenido una idea... Un veneno, sí, pero un veneno que ningún ilusionista elfo pudiera detectar. Un veneno mineral...

El enano vertió de pronto su vaso en la palma abierta. El vino salpicó las losas, a sus pies, y unas gotitas plateadas quedaron prisioneras de sus dedos callosos.

-Mercurio...

Tsimmi sacudió su cabeza.

-Eso no está bien, señor Tarot.

A su alrededor, sin saber qué hacer, los guardias se balanceaban de un pie al otro, con las manos apretadas sobre sus armas, acechando la menor reacción de su sherif.

Éste tardó varios segundos en librarse del poder del maestro albañil.

-¿Cómo podíais imaginar que ibais a engañarnos tan torpemente? -gruñó Uter-. ¡Veneno! ¡Qué estupidez, sherif Tarot! ¿Y por qué? ¿Quién os ha encargado nuestra muerte?

El gnomo levantó la cabeza, boqueando como un pez fuera del agua, mirando a su alrededor sin que, al parecer, supiera dónde estaba. Su mirada se posó por fin en el grotesco alineamiento de sus tropas.

-¡Apoderaos de ellos!

El gnomo levantó la cabeza, boqueando como un pez fuera del agua, mirando a su alrededor sin que, al parecer, supiera dónde estaba. Su mirada se posó por fin en el grotesco alineamiento de sus tropas.

-¡Apoderaos de ellos!

Los guardias dieron un respingo, asustados por aquella orden algo temeraria. Pero, a fin de cuentas, los extranjeros eran sólo tres, entre ellos un enano, y ellos eran, en cambio, más de veinte, mejor armados y acorazados que otro cualquiera en aquella ciudad.

El sargento de guardia lanzó un ronco grito y se lanzaron al asalto.

-¡Matad los menos posibles! -aulló Uter abofeteando con su guantelete de hierro al primer gnomo que se plantó ante él.

Tsimmi soltó un gruñido amenazador que hizo vacilar a los guardias, lo que le dio tiempo de agarrar su martillo de guerra y retroceder, presto, hasta un ángulo del muro, para evitar que uno de ellos le alcanzara por la espalda.

Freihr fue más lento en reaccionar, y un guardia especialmente audaz consiguió darle en un hombro con su maza de armas. Fue como si hubieran liberado un huracán. Freihr se levantó de un salto, aullando como un oso furioso, y asestó al imprudente un puñetazo en la nariz que le mató en seco, destrozando huesos y cartílagos y haciendo brotar esquirlas hasta en su cerebro. La carga del segundo gnomo fue detenida por un puntapié que le mandó a aplastarse contra el muro, con un ruido de chatarra, y enfriando de inmediato el ardor de sus congéneres. Uter, bien protegido por su armadura, esquivaba tranquilamente los golpes de maza, los lanzazos o las puñaladas de sus adversarios, barriendo a los guardias con lo ancho de la hoja de su espada o con su guantelete de hierro. Casi parecía divertirse.

Sólo Tsimmi luchaba realmente por su vida. Los poderes de un maestro albañil de su nivel le habrían permitido, cien veces, librarse de sus asaltantes, pero le repugnaba revelarse ante los ojos de los demás por tan poca cosa y se empeñaba en luchar sólo con su martillo de guerra. El cuerpo de un gnomo que yacía a sus pies, con el cráneo hundido a pesar de su casco, demostraba sus talentos de combatiente; sin embargo, comenzaba a ceder bajo el número. La sangre corría ya por su flanco, desgarrado por la punta dentada de una lanza.

-¡Freihr, a mí! -gritó Uter lanzándose en socorro del enano. Dos guardias armados con cortos venablos quisieron cerrarle el paso, pero esta vez el caballero no utilizó el ancho de la hoja de su espada.

El combate fue breve y sangriento. La punta de una maza claveteada desgarró la cota de mallas de Uter en la articulación del brazo, lacerándole la piel. Freihr, por su parte, se cortó la mano al coger la hoja de la cimitarra que un guardia dirigía peligrosamente hacia él. En cambio, el enano Tsimmi estaba más afectado. Brotaba sangre de sus múltiples heridas y vacilaba, alcanzado en las piernas por varios mazazos.

Por lo que a los gnomos se refiere, diez de ellos habían perecido, estaban heridos o, simplemente, atontados, y los supervivientes habían retrocedido con prudencia hasta el otro extremo de la estancia, abandonando sus armas en el suelo, levantando los brazos en señal de sumisión. El sherif Tarot, por su parte, había desaparecido. Uter, con la espada levantada, escudriñó unos instantes al grupo de los temblorosos guardias apiñados en una esquina oscura, luego se volvió hacia el bárbaro.

-¡Freihr! -lanzó con voz fuerte para que le oyeran bien-. ¡Remata a esos miserables! Respeta sólo a quien acepte conducirnos a casa del sherif.

El gigante bárbaro obedeció sin discutir y avanzó hacia los gnomos. Hubo un concierto de gritos aterrorizados y varios guardias se arrodillaron, gritando que estaban dispuestos a hacer lo que quisieran, siempre que le respetaran la vida.

Uter sonrió. Era todo lo que quería.

Fue algo más difícil explicar a Freihr que debía respetar a los gnomos y recordarle que habían ido a casa del sherif para sonsacarle algunas informaciones...

El incesante ruido de las risas y las conversaciones impedía dormir a la reina. Como su esposo, el rey Llandon, y la mayoría de los elfos, Lliane no estaba acostumbrada a esas vastas reuniones de vida que eran las ciudades, y menos aún al embrutecedor hormigueo de las ciudades gnomas. Bajo el bosque de Eliandre, las cosas eran muy distintas... Todo tenía otra dimensión, incluidos el tiempo y el espacio, todo era mucho más sencillo. Lamentablemente, el bosque estaba demasiado cerca de las Tierras negras y muchos elfos habían perdido ya su afición por la vida silvestre.

Gael era uno de ellos...

¿El Señor de las Marcas habría matado al enano Troin?... Era posible. Todo se había hecho posible. Sin duda el mundo no volvería a recuperar nunca su equilibrio, puesto que al parecer nada podía impedir que, antes o después, los elfos desaparecieran.

Dejando que los enanos se hundieran cada vez más en sus malditas montañas, en busca de esos minerales que tanto les gustaban, los hombres se extendían ya por toda la superficie de las tierras aún libres, clamando en voz alta y fuerte que sólo ellos podían vencer a los ejércitos de las Tierras negras y lanzar al Innombrable a las tinieblas que le habían engendrado... Peor aún, sin duda iban de buena fe.

La reina Lliane pensó de nuevo en Uter y en la turbada mirada del caballero cuando sus ojos se posaban en ella. Luego pensó en sus hermanos, Donan y Blorian, y en Llandon, su marido...

Un brusco chirrido, justo ante su puerta, la arrancó de la ensoñación. Pese al sordo zumbido de las discusiones en la gran sala de la posada, percibió un breve intercambio de palabras murmuradas y el tintinear del acero.

Sin preocuparse por vestirse, la reina se deslizó silenciosa fuera de su lecho, recogiendo de paso su arco y una de las flechas de plata que le había ofrecido Kevin el

arquero, en la choza de Llandon. Pasó ante la estrecha ventana de su alcoba, mientras un rayo de luna jugaba brevemente con las curvas azuladas de su cuerpo desnudo. Llegó luego a una zona de oscuridad donde se agazapó, perfectamente inmóvil. Como todos los elfos, Lliane veía las cosas en la oscuridad con mucha más claridad que los hombres, a quienes las menores tinieblas cegaban, y mejor incluso que algunos enanos, acostumbrados sin embargo a las penumbras subterráneas. Vio así, claramente, que el pomo de la puerta descendía, centímetro a centímetro...

Envuelto en un manto gris que le llegaba a los tobillos, Thane de Logres levantó su única mano. Al otro extremo del pasillo, dos de sus hombres se mantenían ante la puerta de la habitación de los enanos. La del caballero y el bárbaro estaba vacía. Blade tendría que limitarse a los que había encontrado en sus estancias.

Thane hizo un signo a uno de sus asesinos y palmeó suavemente el hombro del hombre que le acompañaba.

-Vamos...

Sin el menor ruido, la puerta se abrió y Lliane distinguió los contornos de una silueta encapuchada que se adentraba en la habitación.

El intruso se inmovilizó en el instante, para permitir que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, luego corrió hasta la cama con un cuchillo en la mano. Por la puerta abierta, la reina vio otra silueta agazapada en el pasillo, la de un manco envuelto en un largo manto que tenía en su mano válida una espada curva.

-¡No está aquí! -gritó el hombre del cuchillo-. ¡Nos han engañado!

-Claro que sí -murmuró Lliane avanzando hasta el rayo de luna-. Estoy aquí, mira...

El hombre levantó los ojos y fue presa del estupor. Una elfo de mágica belleza, enteramente desnuda, había surgido del fondo de la estancia, fundiéndose en el color de la noche. Sólo vio sus pechos, su vientre y su sexo liso, sus largas piernas que se desplegaban lentamente en un paso de fiera, pero no vio el arco que llevaba en las manos ni la reluciente flecha. Lanzó un gruñido obsceno y sonrió, dando un paso hacia la aparición. Luego, una segunda elfo, idéntica a la primera, brotó de las tinieblas y se inclinó hacia una silla para tomar una larga daga élfica. El hombre retrocedió. Cerró los ojos por un segundo y sacudió la cabeza: cuando volvió a abrirlos, las elfos eran tres. Una oleada de pánico se apoderó de él, se lanzó hacia la más próxima con un aullido de rabia. Golpeó, pero su espada sólo encontró el vacío.

Cuando el asesino hizo frente a la segunda silueta, la larga daga élfica de la reina hendió el aire con un silbido y el hombre se derrumbó, con el corazón atravesado de parte a parte.

Lliane giró hacia el hombre que se había quedado en el corredor. En el mismo momento, la puerta de Miolnir voló en pedazos y el grito de guerra de los enanos del rey Baldwin retumbó como un trueno. Un segundo grito -de agonía esta vez- resonó en el pasillo, al mismo tiempo que el horrendo golpeteo de un hacha destrozando los huesos y sajando las carnes. La silueta dio media vuelta y huyó hacia la escalera que conducía a la gran sala, perseguida por la sombra furtiva de un guerrero enano que blandía su temible destral.

Lliane se relajó e inspiró profundamente el aire de la noche. La ilusión la había agotado. Un simple asesino no merecía utilizar una de sus flechas de plata, y sin magia no habría tenido tiempo de apoderarse de su daga. El arma legendaria estaba hincada en el cuerpo del hombre que gemía sordamente retorciéndose en el suelo. Puso un pie desnudo en su pecho, empuñó el redondo pomo de su daga y tiró de un seco golpe, inundando enseguida el suelo con la sangre del asesino. La última cosa que él vio en esta tierra fue la penumbra donde se unían los largos muslos de la reina, y murió con un esbozo de sonrisa. Sólo entonces advirtió Lliane que estaba desnuda.

El sherif había perdido toda su altivez. Ya sólo era un viejo gnomo muy arrugado y tembloroso, con un aspecto más infeliz que una piedra y más derrumbado que un castillo de

Librodot

arena tras la marea. No había sido muy difícil encontrarlo, oculto en las profundidades de su alcoba como un perro apaleado.

-¿Por qué habéis intentado envenenarnos? -preguntó Tsimmi en un tono fatigado.

Se había sentado, pues sus piernas estaban muy doloridas. Un mazazo le había alcanzado en la rodilla y le costaba mantenerse de pie. Además, todo su cuerpo le dolía; sentía en su boca el sabor de la sangre. Por fortuna, llevaba en su equipaje lo necesario para curarse, al igual que una hierba para fumar que atenuaría sus dolores. Pero el equipaje estaba en la posada y primero era necesario saber...

Uter, aparte, había deshecho los lazos de cuero que retenían el codal, el guardabrazos y el guantelete, las piezas de la armadura que protegían su brazo. La punta que había atravesado su cota de mallas, a falta de la coraza, por fortuna sólo le había arañado un poco, pero su brazo estaba entumecido. Freihr, en cambio, se había limitado a envolver su mano herida en un jirón de terciopelo violeta cortado de las cortinas del sherif.

-¿Bueno? -prosiguió Tsimmi.

Tarot vaciló, luego, de pronto, pareció renunciar a la lucha.

-Habéis matado a un gobelino -gimió-. El Señor negro nunca me perdonará la muerte de uno de sus guardias en mi ciudad...

Uter y el bárbaro no pudieron evitar un hipo de sorpresa. Tsimmi, en cambio, permaneció perfectamente inexpresivo.

-¿De modo que conocéis a Aquel-que-no-puede-ser-nombrado?

-¡No! ¡Por fortuna no!

El gnomo adoptó una expresión aterrorizada, seguida de una triste sonrisa.

-Pero Loth está muy lejos de aquí, monseñor. Mucho más lejos que las Marcas. ¿Cómo creéis que una ciudad como la nuestra ha podido sobrevivir, tan cerca de las Tierras negras?

Hizo un gesto hacia Freihr.

-¡Preguntadle qué les sucede a las aldeas de las Marcas! Umbral-de-las-Rocas fue destruido pese a toda la fuerza de los bárbaros... ¿Cómo podríamos nosotros, pobres gnomos, resistir?

-¡Pero ese gobelino estaba prisionero! ¡Un hombre lo exhibía en una jaula!

-Un hombre, sí, monseñor. Un hombre y no un gnomo. Yo había ordenado que le detuvieran y acompañaran discretamente al gobelino fuera de Kab-Bag, con nuestras excusas. Entonces me dijeron que vosotros lo habíais matado.

Tras estas palabras, el gnomo tomó su cabeza con ambas manos, lanzando gemidos de tan exagerado desgarro que Uter sintió enseguida deseos de abofetearle.

-Señor Tarot -dijo Tsimmi con voz dulce-. ¿Qué sabéis de Gael, el elfo gris?

Tarot respondió sin pensarlo ni demostrar sorpresa ante aquella pregunta.

-Está aquí, incluso lo he recibido en palacio.

-¿Dónde? -preguntó Freihr con aire guasón. Tsimmi frunció el ceño para que callara: era inútil seguir estrujando lo que de honor le quedaba al sherif de Kab-Bag.

-Aquí, en palacio -repitió Tarot sin advertir la ironía del bárbaro (y, además, qué podía él saber de palacios, si se alojaba en cabañas apenas buenas para los perros)-. Es la costumbre, en Kab-Bag, todo huésped de marca debe venir a verme.

-¿Y qué os ha dicho?

-Nada, nada... Pero, hum...

Se interrumpió como si le repugnara proseguir, pero una vez más de modo tan exagerado que Uter tuvo que hacer serios esfuerzos para no aullarle al gnomo que dejara sus payasadas.

-¿Bueno? -insistió Tsimmi.

-Es decir que mis espías me han dado a entender...

-¡Vamos, vamos!

-Bien... Creo que quería conocer a algún miembro del Gremio. Le dije, claro está, que era imposible, que hacíamos lo posible para detener a esos criminales y que, por consiguiente, me era imposible ayudarle, como supondréis.

-¡Ya basta! -gritó Uter.

Tomó al sherif del cuello y le pegó contra la pared.

-Si sigues mintiendo, te mato. ¿Queda claro?

Tarot parpadeó, demasiado asustado para poder articular el menor sonido.

-Creo que nos hemos comprendido... Sabemos que Gael vino a Kab-Bag, de modo que responde sencillamente a una pregunta: ¿realmente quiso ponerse en contacto con el Gremio?

El gnomo abrió la boca pero Uter levantó un dedo para ponerle en guardia.

-Piénsalo.

-¡Lo juro, caballero! Estaba aquí por el Gremio, eso es todo.

Los enviados del Gran Consejo se miraron, sombríos. El hecho de que Tarot mintiese como un sacamuelas o recitara una lección bien aprendida no tenía la menor importancia. Si el señor de los elfos de las marismas había conocido a algunos ladrones de la ciudad baja, es que tenía algo para vender. Algo de gran valor...

-La cota de mallas de plata -murmuró Uter.

Tsimmi pensaba con tanta fuerza en la Espada de Nudd que estuvo a punto de traicionarse y contradecir al caballero.

-Sí -aprobó sobreponiéndose-. Sí, la cota de mallas...

-¿Qué cota de mallas? -preguntó el sherif con un aire tan inocente que casi hubiera logrado engañar a un niño.

El maestro albañil le dio las gracias con una palmada en el hombro, se levantó con una mueca de dolor y se apartó sin decir palabra. De modo que Rogor había dicho la verdad... Gael había robado, en efecto, la Espada, o al menos la cota de mallas de plata, y luego había intentado venderla a uno de los innumerables encubridores del Gremio. Tal vez hubiera sido ya vendida. Tal vez había cambiado ya, incluso, varias veces de manos. En ese caso, para encontrarla...

Tsimmi se volvió y contempló pensativamente al gnomo.

Cobarde, mentiroso y, además, un mal comediante... ¿Pero quién le había hecho representar este papel?

Librodot

VIII
Blade

Tras haber bajado de cuatro en cuatro la escalera que llevaba a las habitaciones, el manco apareció en la gran sala de la posada y se mezcló enseguida con la muchedumbre de los bebedores.

Miolnir surgió casi tras él, vestido sólo con sus calzas y con el hacha en la mano, con los ojos parpadeantes a la luz de la sala. Pronto dejó su arma en el suelo con desaliento. ¿Cómo identificar, en semejante muchedumbre, al que había intentado asesinarles, al hombre, a él y a la reina de los altos-elfos?

El criminal se había sentado en una mesa muy próxima y se había deshecho rápidamente del gran manto gris para no ser reconocido. Cuando el enano dio media vuelta y volvió a subir hacia su alcoba, acompañado por algunas risitas burlonas ante su aire furibundo que contrastaba, tan cómicamente, con su atavío nocturno, el manco se relajó y pidió una cerveza.

No la había terminado aún cuando la puerta de la posada se abrió de nuevo para dar paso a Freihr, Uter y Tsimmi. Los dos hombres y el enano, agotados y descalabrados, atravesaron la sala sin decir palabra y se separaron al pie de la escalera, a pocos pasos de la mesa ocupada por el manco.

-¿Hay que avisar a la reina? -preguntó Uter.

-¿A estas horas? -dijo Tsimmi con una sonrisa fatigada-. Debe de dormir, haríamos bien imitándola. La noche está muy avanzada ya y nos aguarda una dura jornada...

Uter consideró por primera vez la cuestión. Durante el trayecto de regreso, sólo había pensado en su lecho, o en el arañazo de su brazo que le dolía, demasiado molido de fatiga para poner en orden sus ideas (pero cierto es que Freihr había llevado a Tsimmi a hombros, a causa de su dolorida rodilla..., el enano había tenido más posibilidades de pensar en el día siguiente).

-Mañana -explicó el enano trepando unos peldaños para ponerse al nivel de los dos hombres- habrá que entrar en contacto con el Gremio de los ladrones. Si Tarot ha dicho la verdad, es nuestra única pista, ¿no?

Se volvió hacia el bárbaro que le puso la mano en el hombro, satisfecho de dominarle por una vez.

-Tú conoces la ciudad, ¿crees que puedes encontrarnos a un encubridor lo bastante rico como para comprar una cota de mallas de plata?

-¡Sí, sí! -dijo Freihr con una gran sonrisa-. ¡La mejor es dama Mahault!

-¿Una mujer? -se extrañó Uter.

-¡La mejor! ¡La mejor! ¡A menudo he recurrido a ella! Tsimmi rió para sí, saludó a sus dos amigos y trepó hasta el piso, cojeando.

-¿Recurres a menudo a encubridores, Freihr? -preguntó Uter siguiendo sus pasos.

-Hum..., algunas veces, no muy a menudo... Mira, a veces, en las batallas, se recuperan...

-Prefiero que no me digas nada, Freihr. De verdad.

En el rellano, Freihr se inmovilizó y Uter, a pesar de la penumbra, dio un respingo al distinguir un cuerpo tendido de través en el pasillo que llevaba a las habitaciones. El hombre se había vaciado de su sangre, de la que un largo rastro oscuro, absorbido ya por el suelo, conducía hasta una puerta. La puerta de la reina Lliane. Al otro extremo del corredor, Tsimmi estaba en plena conversación con Miolnir. Se volvió hacia el caballero y lanzó con su fuerte voz: «¡Han sido atacados!»

Uter abrió de par en par la puerta de la reina. Se detuvo un instante en el umbral, con el corazón palpitante, hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. El oscuro rastro de sangre se extendía hasta el centro de la estancia, donde un charco húmedo aún brillaba bajo los rayos de la luna.

-¿Uter?

La reina se había incorporado sobre un codo. Como el asesino, antes, el caballero sólo adivinó de ella el esbelto contorno azulado de su hombro y de su brazo.

-¡Reina mía! ¿No tenéis nada?

Sin ni siquiera advertirlo, se había lanzado a los pies del lecho y sujetaba la fría mano de la elfo.

-¿No tenéis nada?

-Claro que no -dijo Lliane, y Uter vio que sonreía-. Unos hombres nos han atacado, pero los hemos recibido bien. Se ha acabado.

Uter lanzó una ojeada al charco de sangre y recordó el cadáver, fuera, en el pasillo.

-Vos le habéis... Se interrumpió.

-¿Si lo he matado yo? -prosiguió Lliane-. Claro que sí... Y yo lo he arrastrado fuera. No tenía ganas de pasar con él la noche.

Volvió a sonreír, pero Uter se sintió helado. La sábana de lino había resbalado sobre el pecho de Lliane y el fulgor de la luna dibujaba, ahora, las curvas de sus senos. La tranquila respiración de la reina los acunaba con una suave ondulación, llevando a veces el rayo de luz hasta su oscura aureola. Ya sólo existían sus alientos contenidos, y el eco sordo de la calle y la taberna. Uter no se atrevía a mover los ojos, ni a sacar la mano, ni a esbozar el menor gesto. Su brazo le dolía, su frente transpiraba, se sentía sucio y hediondo. La reina, en cambio, olía a hierba segada. Olía a rocío al amanecer.

Se soltó dulcemente de la mano del caballero y se tendió bajo sus sábanas de lino.

-Ahora no corro riesgo alguno -dijo-. Hay que dormir, caballero.

Uter inclinó la cabeza y se levantó de golpe, con un ensordecedor ruido de chatarra. Se batió en retirada, cerró la puerta a sus espaldas, sin volverse, y se adosó al muro, junto al cadáver.

Lo había matado y, luego, tranquilamente, lo había arrastrado fuera y había vuelto a acostarse... ¿La habría visto desnuda? Uter empujó con el pie el cuerpo que se derrumbó en el suelo.

El manco había aguardado a que desaparecieran para abandonar la posada. Otro hombre le acechaba en el patio.

-¿Bueno?

-Tu plan ha fracasado, Blade. La elfo y los enanos nos acechaban o, en todo caso, sus oídos son más finos que los de un gato.

Blade miró a su interlocutor, de arriba a abajo, con desprecio.

-...o tus hombres son más ruidosos que una piara de cerdos, Thane de Logres.

El asesino palideció de furor.

-¡Nadie me ha hablado nunca así! Por la sangre, no tengo que recibir lecciones de nadie, ni siquiera de ti, Blade de Loth. Dos de mis hombres han muerto y no hemos podido recuperar la menor moneda de bronce.

Págame lo que me debes, más diez monedas de plata por cada hombre muerto. Es la ley del Gremio.

-Se te pagará, Thane... Pero habrá que repetirlo, será necesaria una nueva ocasión... Y, ahora, están ya en guardia.

-¡Tal vez se presente antes de lo que piensas!

Blade arrastró al maestro asesino fuera del patio, al abrigo de la noche.

-Explícate.

Thane de Logres sonrió y, por toda respuesta, tendió su palma. Blade tuvo un momento de vacilación, luego sonrió a su vez.

-De acuerdo...

Se llevó una mano a la espalda, bajo el manto, rozando de paso una hilera de dagas, y tomó una bolsa que colgaba de su cinturón, arrojándola al asesino.

-Mañana estarán en casa de Mahault, la encubridora -dijo sopesando la bolsa-. Vive en pleno centro de Scath, el barrio de las mujeres, los placeres y los ladrones. En mi casa, vamos...

-Sí, la conozco -murmuró Blade pensativo.

-Puedo reunir allí tantos hombres como quiera -prosiguió el asesino-. O elfos, si lo prefieres. ¡O kobolds incluso! Todo es cuestión de precio.

-Tus hombres -dijo Blade cruzando las manos a la espalda, bajo su manto- son sólo perros y tú no vales mucho más. No tendrás nada... Ni siquiera mi dinero.

Thane de Logres abrió de par en par sus ojos, tardando en comprender. Luego, soltó la bolsa para desenvainar su corta espada. Demasiado tarde. Antes incluso de que hubiera podido desenvainar el arma había muerto, con un puñal clavado hasta la guarda en su cuello...

El manco se agitó todavía unos instantes en el suelo, bañado en su sangre, y luego se puso rígido, con la mano izquierda crispada aún en la empuñadura de su espada.

Blade permaneció inmóvil, con las sienes palpitantes, acechando el menor ruido sospechoso. Finalmente, se arrodilló, recogió la bolsa y quitó rápidamente de la mano del cadáver el anillo del Gremio. Nadie tenía que identificarle, de lo contrario el Gremio no cejaría hasta encontrar a su asesino y hacer justicia. Ésa era la Ley. Quitar el anillo no bastaba. Era necesario dejarlo irreconocible.

¿Quién reconocería un cadáver desfigurado, con la nariz cortada, el rostro lacerado y las ropas hechas jirones? Perdían la vida tantos hombres, por la noche, en Kab-Bag. Uno más o uno menos... Blade recogió la corta espada y puso su cortante hoja contra la mejilla de su víctima.

-Lo siento, Thane -murmuró.

Cuando la espada penetró en las carnes del rostro, un halcón gerifalte lanzó su grito, planeando sobre su cabeza.

-¡Al diablo!

Como obedeciéndole, la rapaz tomó impulso con dos aletazos y se desvaneció en la noche. Se elevó muy arriba, por encima del cráter de Kab-Bag, hasta que todos los brillos de la ciudad parpadearon y desaparecieron en la oscuridad. El ave de presa atravesó las gélidas nubes, viró sobre un ala y se dejó caer como una piedra, embriagándose con su propia velocidad. A pocos metros del suelo, comenzó a girar, venteando el aire, y luego voló hacia un bosquecillo de enebros.

Till dormía allí, con su perro, envuelto en un manto de moaré tan oscuro como la noche. Sus ojos se abrieron cuando el gerifalte se detuvo en una rama, por encima de él.

El rastreador de los elfos bostezó, se desperezó y se sentó. Tomó con la punta de los dedos un pellizco de bayas negras de enebro, las lanzó al aire y la rapaz las atrapó al vuelo. Sus labios se alargaron, emitiendo un largo silbido modulado, agudo.

-¿Bueno? -preguntó.

-Lo he visto -dijo el halcón-. Y ha vuelto a matar.

Sobre Loth se había levantado el nuevo día con un pálido sol de invierno. Pero, al menos, no llovía. De buen humor, el senescal Gorlois recorría las murallas, saludando a los guardias transidos por su vela nocturna, inclinándose de vez en cuando sobre las almenas para examinar, al pie de las murallas, las lizas de entrenamiento instaladas en los fosos. Cada mañana, los maestros de armas, provistos de pesados bastones emplomados, enseñaban allí con dureza el arte de la guerra a toda la juventud del reino. Había arqueros, provistos de arcos de tejo de cinco pies y, a veces, tan altos como los novicios que los manipulaban trabajosamente. Con semejantes armas, el ejercicio no era en absoluto algo divertido. Los arcos eran capaces de disparar hasta cien toesas varias flechas por minuto, con fuerza bastante para atravesar una armadura, y los mejores arqueros estaban seguros de encontrar un empleo bien pagado y poco fatigoso en el ejército del rey, mientras su brazo no se debilitara.

Más lejos, unos lanceros se entrenaban incansablemente formando sus hileras, rodilla en tierra y con la lanza hincada en el suelo, para constituir una muralla doble o triple de aceradas puntas, capaz de romper la carga de unos jinetes pesadamente montados; innumerables infantes con el torso ceñido por un corselete de cuero claveteado, al que llamaban sayón, y sobre el que llevaban una túnica a franjas azules y blancas, con las armas del rey Pellehun, se ejercitaban con el hacha, la maza o la espada corta; estaban luego los nobles, escuderos, caballeros o adalides, que se entrenaban aparte, lejos del pueblo bajo, en un campo cerrado rodeado por un matacán de tres tribunas, una de ellas protegida por un dosel rojo, reservada al rey y a la corte.

Todo un ejército, y que se preparaba para la guerra...

Allí estaba Pellehun, vistiendo un jubón de grueso cuero, esgrimiendo su bastón contra uno de los paladines, al que Gorlois no reconoció debido a la distancia. Abandonó las murallas y bajó rápidamente.

Cuando penetró en la arena, el rey había dejado de combatir y saciaba su sed, apoyado en la liza de madera que rodeaba el campo, mientras se instalaba un estafermo para el entrenamiento con la lanza. Gorlois sonrió viendo que habían puesto al gran maniquí un casco y un ancho escudo gobelinos, recuerdos de las antiguas guerras. Mientras un caballero montaba ya en su silla, impaciente por demostrar su valor al rey, dos pajes de armas clavaron el maniquí en una estaca plantada en medio del palenque, y comprobaron que girara bien en torno a su eje. El brazo derecho del maniquí iba provisto de un mangual sin púas, simple bola de acero que colgaba de una cadena, aunque de un tamaño capaz de derribar limpiamente a los torpes.

El senescal se dirigió hacia el rey y le saludó con una inclinación de. cabeza.

-Aguarda -dijo Pellehun.

Con un gesto, hizo una señal al caballero. Éste espoleó, con la lanza apretada contra el cuerpo, y lanzó su caballo al galope contra el maniquí, apuntando al centro del escudo. Falló el golpe y el estafermo giró brutalmente, propinándole en la espalda un golpe de maza que le arrancó un grito de dolor y estuvo a punto de derribarle de su montura.

Pellehun soltó la carcajada.

-¡Torpe!... ¿Quieres demostrárselo, Gorlois?

-Otra vez será -dijo el senescal-. Tengo que hablaros.

El rey dejó el cubilete en equilibrio sobre la liza y llevó a su viejo amigo bajo el dosel. Se sentaron en primera fila de las tribunas, vigilando por el rabillo del ojo el segundo intento del caballero. Cada uno tenía derecho a probar cinco veces suerte contra el estafermo, por lo que el maniquí recibía en algunos lugares el nombre de quintero.

-¿Bueno?

-Esta mañana, un paje ha traído el cuerpo de Roderic. Pellehun se volvió hacia el senescal.

-¿Muerto? ¿Ya?

Gorlois asintió con un parpadeo de su ojo válido.

-¿Y Uter?

-Os comunica que prosigue hacia Kab-Bag.

-Evidentemente... ¿Quién lo mató?

Gorlois no respondió. En el palenque, el caballero acababa de golpear correctamente el estafermo, arrancando el maniquí de su estaca, con un estruendo de mil diablos.

-No está tan mal -murmuró acariciando con el pulgar la larga cicatriz que le surcaba el rostro-. Debierais mirarle.

-¿Quién mató a Roderic, Gorlois? -repitió el rey-. ¿Fue un hombre?

-¿Qué se yo? Es posible... O unos bandidos, una pandilla que merodeara.

Pellehun golpeó con la palma de la mano la barandilla de madera.

-¡Eso no me gusta! ¡En absoluto!

-Tampoco a mí. Sin embargo, podía suceder... Por eso elegimos a dos novicios.

Señaló con un gesto negligente al grupo de los paladines que, con la cabeza desnuda, bromeaban o alentaban al jinete montado.

-De lo contrario, debíamos enviar a Ulfin o Rodomond... Pero ellos habrían sido capaces de lograrlo y traernos al elfo. ¿Os lo imagináis?

-Pse...

-Por otra parte -insistió el senescal-, os recuerdo que fuisteis vos el que me pidió que designara a Roderic y Uter... Especialmente a Uter, a causa de la reina Ygraine y de lo que...

-Sí, bueno.

Nerviosamente, el rey se levantó y abandonó el matacán.

-Tengo frío y hiedo a sudor. Necesito un baño... Reúnete conmigo en la sala de vapor.

Dos paladines con armadura se precipitaron para abrirle la puerta del palenque y escoltarlo, con la espada empuñada, pero él se dio la vuelta, volvió hacia atrás y se inclinó al oído del senescal.

-Quiero noticias de tu hombre. ¡Y pronto!

-Nos las dará, en cuanto sea posible. Sabe a qué se arriesga si falla. Pellehun respiró con fuerza y se incorporó. Sonriendo, saludó con un gesto al caballero que volvía a alinearse para su tercer asalto.

-¡Está muy bien! -gritó con voz ruda- ¡Golpea fuerte y en pleno corazón!

El hombre cargó como un toro furioso. Demasiado deprisa. Sin controlar su caballo, que hizo un extraño, asustado por el maniquí. Quiso golpear de todos modos y la lanza se clavó bajo el escudo gobelino, quebrándolo limpiamente. Esta vez, la bola de acero zumbó y le dio en la cabeza. Cayó al suelo con un saco de ropa sucia, inanimado.

-Ya ves, yo tenía razón -dijo Pellehun sacudiendo la cabeza-, no vale nada. Devuélvelo a la infantería. Que mande una escuadra, eso bastará...

El viejo rey suspiró de nuevo y permaneció largo rato en silencio, apoyado en la barandilla.

-¿Y el paje? ¿El que ha vuelto con el cuerpo de Roderic? -dijo por fin, sin mirar a Gorlois-. No debe hablar...

El senescal inclinó la cabeza con una sonrisa sin alegría.

-He hecho que lo estrangularan.

IX
Mahault de Scath

En lo más profundo de las entrañas de Kab-Bag, Scath -el País de la sombra- parecía sumido, día y noche, en la misma penumbra, tan lejano era el cielo puro y tanto prevalecía sobre la del sol la luz de los candiles, candelas de sebo, antorchas y lámparas de aceite. En invierno, Scath exhalaba una vaharada de tormenta, húmeda, pesada, y en verano los barrios

bajos se convertían, propiamente, en un horno. Eran sólo algunas calles (si así pueden llamarse aquellos indecisos alineamientos de cuchitriles de adobe, tablas o telas que aparecían o se desvanecían de un día a otro), pero los límites del barrio eran conocidos y respetados por todos los habitantes de Kab-Bag, y sobre todo por la milicia gnoma.

Scath era el territorio reservado del Gremio, un santuario custodiado por cien asesinos invisibles, un ejército entero de barbianes dispuestos a degollar al intruso lo bastante loco como para extraviarse sin escolta por aquel dédalo. La mayoría de las ciudades del reino tenían cortes de los milagros semejantes, pero el País de la sombra, dada la licencia que reinaba en la villa gnoma, no tenía igual. Y, allí, los bandidos, piratas y malandrines de los cuatro puntos cardinales iban a ocultar su oro, protegidos por la ley del Gremio, en aquellos cubiles miserables, vacilantes sobre sus cimientos y decorados como palacios, desbordantes de terciopelos y de pieles de marta cebellina, de armas valiosísimas y cofres de perlas.

Había allí vino a profusión, cerveza y los más ricos manjares, así como todas las putas del mundo, siempre que se pagara su precio: esbeltas elfos de los Remansos que anudaban sus piernas desnudas al cuello de sus amantes, lascivas mozas del Sur de cabellos negros, rubias de piel diáfana y anchas caderas, enanas de pechos duros como madera, gnomas pintarrajeadas y ridículas... Cortesanas dignas de un príncipe se entregaban en palacios de seda, embriagando a sus ricos amantes con perfumes raros y vinos costosos; ancianas mendigas se tendían en el santo suelo por una copa de hidromiel; eunucos maquillados daban largos masajes a los burgueses febriles y avergonzados en las salas traseras de los baños de vapor, al abrigo de largos cortinones de lino... En ninguna otra parte se encontraba semejante gama de placeres.

Aquí, los que llevaban el anillo con la runa de Beorn no corrían riesgo alguno. Pues el Gremio castigaba con la más atroz muerte el robo o el asesinato de un miembro de la cofradía. Y, de hecho, todos se sentían bien. A pesar de su hediondez, a pesar del calor húmedo que exhalaba aquel agujero de tierra, lodoso durante las lluvias, sumido en el polvo durante el estío, a pesar de la muchedumbre que se apretujaba sin cesar, los asesinos de manos enrojecidas, los ladrones cargados con su rapiña iban a buscar allí el más rico de los tesoros: la paz de una noche sin sueños.

Los enviados del Gran Consejo se habían detenido a la entrada del barrio, o al menos ante lo que Freihr les había indicado como tal: una simple viga clavada en tierra y adornada con motivos damasquinados que formaban un árbol de tres ramas, la runa de Beorn, emblema del Gremio. Había partido solo, en busca de un guía que les llevara hasta Mahault la encubridora. El grupo había abandonado pronto la posada y todos habían dormido muy poco (salvo Rogor que, en el establo, había permanecido al margen de todos los dramas nocturnos y había roncado como un campanero). Circulaba ya el rumor de que la milicia gnoma les buscaría para expulsarles, y no tenían deseo alguno de comprobar si la información era cierta...

Habían ocultado los caballos bajo un saledizo y se habían apartado de la calleja, alejándose del paso y de la muchedumbre. Tsimmi, con las piernas doloridas aún, se había sentado en el suelo y fumaba con muecas de asco una mixtura que exhalaba a su alrededor un olor mefítico, pero que, según él, tenía el poder de curar los dolores óseos. Incluso Rogor y Miolnir, que, apartados, comentaban los acontecimientos de la noche y mantenían un ojo clavado en los caballos, se sentían molestos.

La reina Lliane había cerrado los ojos y parecía dormir, erguida como una «i», envuelta en su capa de moaré. Uter, claro está, la contemplaba. Ella se había deshecho la trenza y sus negros cabellos enmarcaban libremente su rostro, acentuando la palidez de su piel azulada. Su calma, su inmovilidad, aquella palidez le daban el aspecto de una muerta, y el caballero luchaba para no sacudirla.

-¿Te gusta la hermosa reina?

Uter dio un respingo y, sorprendido, se golpeó la frente contra el bajo armazón de una tienda.

-¡Freihr! ¿Sabes?, eres realmente...

No concluyó la frase, un poco para no ofender al bárbaro que soltaba su tonta risa, encantado con su broma, pero también porque la reina había abierto los ojos y le miraba, con aquella pequeña sonrisa incitadora que seguía sin poder definir.

-¿Bueno? -dijo con dureza-. ¡Hace horas que te esperamos! ¿Has visto a tu Mahault?

Freihr inclinó la cabeza, sonriendo con orgullo a la compañía que se agrupaba a su alrededor.

-Acepta vernos, pero sólo a uno -dijo el bárbaro.

-¿Cómo que sólo a uno? -dijo Tsimmi-. Sólo quiere ver a uno de nosotros, ¿es eso?

-¡Además de a mí, claro está! -dijo Freihr que seguía sonriendo.

-¿Por qué? -prosiguió Uter-. ¿Desconfía de nosotros? Freihr soltó una enorme carcajada.

-¡Claro que desconfía de nosotros! ¡Es una encubridora! Uter sintió que las sonrisas nacían en los rostros de sus compañeros. ¿Por qué hablaba siempre demasiado?

-Bueno -dijo-. ¿Quién va a ir?

-Vos.

El caballero miró a la reina. Ella le dirigió una breve sonrisa y, luego, se volvió hacia los enanos.

-¿No es cierto?

Miolnir y Rogor buscaron el asentimiento de Tsimmi, que inclinó la cabeza sin consultarles. Uter el Castaño era el único en quien la elfo y los enanos podían tener confianza. Guiñó un ojo dirigiéndose al caballero, luego volvió a sentarse con la pipa en la boca. Miolnir se encogió de hombros y cruzó sus nudosos brazos sobre el hacha que colgaba de su cintura. Esperar, al servicio del rey Baldwin sólo se hacía eso. De modo que estaba acostumbrado.

Lliane fue a sentarse junto a Tsimmi, que vació su pipa y rascó el hornillo con la uña de su pulgar antes de colocarla cautamente al fondo de uno de sus numerosos zurrones.

-¿Puedo preguntaros algo, reina Lliane? -dijo el enano con voz tímida, sin mirarla.

-Claro está...

El enano dudó un poco más y se alisó pensativamente su luenga barba castaña.

-Ese truco, con la moneda... ¿Podéis hacérmelo de nuevo? Lliane, sorprendida, le sonrió. Ante aquel aire tan serio, adoptó una expresión grave y le tendió su mano abierta.

-Dadme un denario de plata.

A pocos metros de allí, Rogor sacudió su cabeza rabiosamente. A veces, el viejo Tsimmi no parecía tener ya más cerebro que el retoño de un enano... Se apartó con un suspiro asqueado y dirigió su atención a los dos hombres que se zambullían en las callejas de Scath, indiferentes a las busconas medio desnudas que se agarraban a ellos o les llamaban desde sus balcones de madera esculpida con figuras obscenas. Se detuvo junto al poste que marcaba el límite, poniéndose de puntillas para mejor seguirles con la mirada.

-Muy pronto -murmuró tocando bajo su túnica la hoja de su hacha-. Muy pronto...

Muy joven, Mahault debía de ser fea ya, y con la edad no se había arreglado. El calor y la humedad de los barrios bajos, aliados con la falta de sol, de ejercicio, de agua pura o de legumbres frescas le habían dado la apariencia de un batracio. Hinchada, globulosa, lacia y pálida, envuelta en un soberbio atavío de seda rayada con el cuello y las mangas adornados con vueltas de marta cebellina, brillantes y negras como la noche, cubría su calvicie bajo un gorro de lana del que colgaban algunos mechones estropajosos.

La encubridora tendió a Uter una mano llena de anillos y brazaletes, y el caballero se inclinó mirando de reojo la más gran esmeralda que nunca hubiera visto, sin advertir que llevaba en el anular el anillo grabado del Gremio.

Mahault habitaba en una torre, una de las escasas construcciones de piedra de Scath, que dominaba con su piso los bamboleantes andamios de la ciudad de los ladrones. La atmósfera de su cubil no era, por ello, más respirable. La vieja tenía siempre frío y mantenía todo el año, a su alrededor, braseros en los que arrojaba incienso. El calor y el perfume eran

tan fuertes que los muros chorreaban y sus tapices estaban manchados con anchos cercos de moho.

Uter se incorporó y dio un paso atrás, respetuosamente. Estaba empapado y sentía los regueros de sudor que corrían por su espalda, bajo la maldita armadura de plata.

-Gracias por recibirnos, dama mía.

-¿Una dama?

Mahault soltó una sibilante risa de asmática. ¿Qué edad podía tener? Su grasa la rejuvenecía, alisando sus arrugas, ¡pero parecía tan vieja, sin embargo!

-No soy una dama, bonito mío -dijo sacudiendo ante sí su anillada mano, como para apartar aquel grotesco pensamiento.

Uter dirigió a Freihr una mirada de soslayo. Con el torso reluciente a la luz de las brasas, el bárbaro se había plantado tras él, con la impasibilidad de una estatua, inmenso y tranquilizador. Luego barrió con la mirada el resto de la concurrencia. Había allí una decena de hombres y mujeres, sin contar un grupo de niños casi desnudos sentados al pie del trono de Mahault, flacuchos, con los ojos bajos, indiferentes, resignados. Esclavos.

-Freihr me ha dicho lo que querías y he decidido ayudarte -dijo ella-.

Sí, sí...

Hizo de nuevo aquel gesto fatalista de la mano.

-Nunca me han gustado los elfos, de todos modos... Demasiado flacos. Y además (se estremeció), me dan miedo.

La imagen de la reina pasó fugazmente ante los ojos de Uter.

-Gael vino a verme, es cierto -prosiguió Mahault-. Era la primera vez, por otra parte...

-¿Tenía algo para venderte? -preguntó Uter.

-¡Claro! Todos los que vienen a verme tienen algo para vender... Para vender o para comprar. Da lo mismo... Oro, joyas, tesoros a montañas. Y entonces, ¡cuidado! ¡Veré lo que voy a ver! El más hermoso eso, el más fabuloso aquello... ¿Pero qué se habrán creído esos jovencitos? Las cosas que yo habré visto, ¿sabes? Y, cada vez, eso vale al menos tanto, pero si vale el doble, es una pieza única y ha estado a punto de costarme la cabeza... ¿Y a mí qué puede importarme, eh?

Se agitó en su trono y llevó la mano a su espalda. Un joven desnudo hasta la cintura, con el talle ceñido por un echarpe de tela, puso bajo los dedos de la vieja encubridora una ancha bandeja de grageas, con una sonrisa y unos arrumacos perfectamente nauseabundos. Ella tomó un puñado, las colocó en los pliegues de su túnica de seda, entre sus muslos, y eligió cuidadosamente antes de decidirse por una gragea dorada, que comenzó a chupar con un aire extasiado.

-¿Qué puede importarme a mí. eh?

Uter inclinó la cabeza, algo desconcertado. La sangre palpitaba en sus sienes, estaba aturdido por los vapores del incienso y había perdido el hilo.

-Una cota de mallas -dijo.

-¿Cómo?

-Pero, cuidado, una cota de plata. Un jubón tejido por los enanos bajo la Montaña. ¿Has visto ya alguno, bonito mío? Uter sacudió la cabeza.

-Espera. Vas a ver...

Volvió la cabeza del otro lado e hizo chasquear sus dedos. Un hombre vestido de gris, con la mirada oscura y brillante, se adelantó hacia Uter y le presentó un pañuelo de seda roja, desplegándolo cuidadosamente, como los pétalos de una flor, hasta que reveló, en su centro, un brillante fragmento de lo que podía pasar por simple tejido. Uter probó su consistencia con la yema de los dedos. La plata trenzada era tan ligera como la lana, pero parecía dura como el acero.

-No puede verse algo así todos los días, ¿sabes? -dijo Mahault con una mirada golosa-. Ni siquiera yo... Y sin embargo, por aquí, lo he visto todo. Todo, todo, todo... De modo que, bueno, dije que de acuerdo.

Uter se concentró de nuevo en la vieja. Tenía dolor de cabeza, sus ojos le ardían, su rostro estaba reluciente y sentía que estaba hirviendo, como si toda su armadura se enrojeciera al fuego. Ella seguía parloteando, con una voz gutural que pasaba, alternativamente, de la siniestra caricatura de los remilgados acentos de la corte a unos borborigmos absolutamente repugnantes, y se emborrachaba con sus palabras.

Uter comprendió que se había vuelto loca, sin duda desde hacía mucho tiempo ya, lamentable reina prisionera que reinaba sobre las pocas toesas de su caldeada torre, sentada sobre todo el oro del mundo, con sus esclavos, sus donceles, sus grageas y su incienso. Mortalmente triste.

-¿Le comprasteis a Gael el jubón de plata? -preguntó.

-Nooooo... ¡Demasiado caro! El maldito bastardo sólo me dejó este miserable pedazo, ¡para darme envidia! Pero ahora es distinto, ¿verdad, bonito mío?

-Sí... No... No lo sé. ¿Por qué?

La vieja soltó su carcajada sorda y sibilante.

-¡Porque tú vas a comprármelo!

El hombre del vestido gris recuperó el fragmento de las manos de Uter y lo envolvió con precaución en el pañuelo de seda. El caballero le miró con hostilidad. Con el cabello castaño y corto -contrariando la moda del palacio de Loth-, la tez grisácea y la silueta encogida, era un ser hecho para fundirse en la masa, pasar desapercibido. Sólo sus ojos negros, brillantes, y la horrible cicatriz que le surcaba la garganta revelaban su verdadera naturaleza: el hombre era un ladrón o un asesino. ¿Pero qué otra cosa podían esperarse en Scath?

-Éste es Blade -dijo Mahault-. Un ladrón, claro está. Un pillastre. Pero hay que confiar en él, sí, sí, sí... ¡Él te explicará, bonito mío!

Uter leyó un breve fulgor de maligna alegría en los ojos del ladrón, substituido muy pronto por una obsequiosa mímica.

-Yo sé donde está Gael -dijo-. Y puedo llevarte hasta él. Así pues, lo que Mahault te propone...

Se detuvo para saludar ceremoniosamente a la vieja encubridora que le hizo signos de que prosiguiera, con los ojos brillando de avidez.

-...es que le regales la cota de mallas, a cambio de nuestra ayuda -continuó Blade.

Uter le miró de tal modo que el ladrón comprendió que era necesario ser más explícito.

-Yo te llevo hasta Gael, con el pretexto de comprarle el jubón. Le digo que Mahault ha encontrado un comprador, y le doy el dinero... Tu dinero. Me dejas comprar la cota de mallas y me dejas partir. Luego, haces con él lo que quieras.

-Pero... ¡Si no tengo oro! -dijo Uter.

-Oh, no tiene oro -croó Mahault desde lo alto de su trono-. No tiene oro, no tiene oro, pobre caballerete. No tiene oro, la hermosa reina Lliane; no tienen oro, los pequeños enanos; no tienen oro, en los caballos de carga no hay joyas, ni collares, ¡nada de nada! ¡No tiene oro el Gran Consejo! Pobre rey Pellehun...

Se interrumpió de pronto y cambió de tono.

-Ya ves, te conocemos, Uter el Castaño.

El caballero se estremeció. De pronto, la mirada y la voz de la vieja Mahault habían perdido todo su acento de locura.

-Me importa un comino lo que quieras de Gael. Pero, para encontrarle, no tienes elección: pactas con la vieja Mahault... Y Yo necesito la cota. Pagada con el oro del rey. Me complacería... ¿Te parece bien, hermoso doncel?

-Yo no soy...

-¡Y basta ya! -dijo Blade a su lado-. Siempre podrás recuperar tu oro después, puesto que detendrás a Gael. ¿No es cierto, monseñor?

-¡Ja! ¡Es cierto! -rió Mahault-. ¡Eso sí es una feria de engaños! ¡Sí, sí! De hecho, la cosa no te costará nada, apuesto sire. ¡Para ti el elfo y para Mahault la cota! ¡La cota de los enanos bajo la Montaña!

Otras risas hicieron eco a su penoso cacareo. Uter intentó reflexionar fríamente. ¿Pero qué otra solución había para encontrar al elfo gris? Freihr, inmóvil siempre, no le fue de la menor ayuda.

-De acuerdo -dijo-. Acepto.

Se inclinó ante Mahault y se volvió hacia Blade, que le miraba con una sonrisa servil.

-Estad dentro de dos horas a la salida de la ciudad -dijo el ladrón-. Tomad monturas y víveres. Será necesario cabalgar hacia el norte, hasta las marismas, hasta las Marcas... Hasta las Tierras gastas.

Blade acechó su reacción con una sonrisa superior, como si esperara que Uter manifestase el terror común a los hombres del lago ante la mera evocación de las Tierras negras. Salió trasquilado.

Uter se limitó a asentir inclinando la cabeza y salió de la estancia. Freihr le siguió los pasos.

Fuera, el aire tibio y dulzón de la calle le devolvió el vigor como una ducha helada.

Había nevado durante la noche, y el frío se apoderó de los enviados del Gran Consejo cuando salieron de Kab-Bag. Se habían sentado en círculo, en torno a un fuego de pequeñas ramas, absorbidos por sus pensamientos. Uter y el bárbaro habían confirmado el relato del rey Baldwin. Así pues, Gael había robado, en efecto, la cota de plata. Ya nadie, ni siquiera la reina Lliane o Till el rastreador, dudaba de que hubiera matado también al rey Troin. El menos estupefacto de todos ellos era sin duda Rogor, que tenía ya su opinión desde hacía mucho tiempo y que no tenía necesidad alguna de que le demostraran la culpabilidad del elfo gris. Como máximo se sentía molesto, en ese cuarto día de camino, por tener que desempeñar su papel de servidor y callar, aún y siempre, durante las discusiones de la compañía.

De momento, cada cual comía en silencio pan y jamón, cortado del hueso, y aquella taciturna comida no mejoraba su moral. Los tres enanos, helados, se mantenían apretados unos contra otros, con aquel aspecto huraño que les era natural. Tsimmi, del que sólo se veía la barba castaña bajo el capuchón verde del manto con el que se envolvía, se sentía triste. La noche en Kab-Bag no había sido muy divertida, y sus piernas le hacían sufrir aún por los golpes recibidos en la morada del sherif. Había entablado amistad con Uter e, incluso, con aquel bribón de Freihr, y tenía la impresión de traicionarles al callar. Casi hubiera preferido que Rogor se descubriera, que dejara estallar su cólera; sin embargo, el heredero del trono de Troin había seguido controlándose.

-¿Y cuál es vuestra opinión, maese Tsimmi? -preguntó la reina Lliane, sacándole repentinamente de sus sombríos pensamientos.

El maestro albañil se sacudió, masculló algunas palabras sin tener la menor idea de lo que le preguntaban... Afortunadamente, el estallido de Miolnir le salvó muy pronto.

-¡Y para qué seguir hablando! -gruñó el caballero enano incorporándose y echándose, con un movimiento de hombros, la capa a la espalda-. ¿Hemos venido a buscar a Gael? Muy bien, ahora sabemos donde encontrarlo. Ha vuelto a su casa, a esas jodidas marismas nauseabundas. Era previsible, a fin de cuentas. ¿Quién puede encontrarle allí?... ¿Y qué pasa ahora? ¿Tenéis miedo?

Se quitó el casco, se revolvió los cabellos y, luego, desafió a la concurrencia demorándose en la reina de los altos-elfos, con una maligna mirada.

-... ¿O tal vez no tenéis ya tantas ganas de llegar hasta el fin y hacer justicia?

-Nadie tiene miedo -intervino Tsimmi conciliador-. Pero ni siquiera sabemos si Gael está en las marismas. El tal Blade habló de las Marcas y de las tierras negras...

Había levantado la cabeza hacia Uter, solicitando su apoyo.

Librodot

-Es cierto -dijo éste dejando su escudilla-. Es como si... Se interrumpió, turbado por la presencia de la reina y de Till el rastreador, que, con una sola mirada, comprendió lo que tenía en la cabeza.

-Es como si el señor Gael estuviera al servicio de Aquel-que-no-puede-ser-nombrado. ¿Es eso? Pues bien, dilo. El tono cortante de Till azotó a Uter.

-¿Y por qué no? -repuso con sequedad-. Tu «señor», como tú dices, mató al rey Troin y robó una valiosa cota que fue a ofrecer a sus amigos, los encubridores de Kab-Bag. ¿No lo habías comprendido? ¡Es un ladrón! ¡Un ladrón y un asesino! De modo que sí, por qué no, digo que puede estar al servicio de las Tierras negras.

Uter se había levantado dominando con toda su talla al delgado rastreador elfo, cuyos ojos brillaban con un fulgor maligno.

-Gael y yo combatimos, codo a codo, al Innombrable en las marismas, cuando tú no eras más que un mocoso que mojaba sus pañales, hombre -susurró el elfo con voz neutra-. ¿Quién eres para atreverte a hablar de las Tierras negras?

-Ya basta, Till...

La reina se había levantado, más pálida aún que de costumbre. El viento gélido del invierno hacía revolotear su capa de moaré y sus largos cabellos negros. Su propia túnica chasqueaba al viento, revelando por encima de sus altas botas de gamuza la piel azulada de sus muslos. Uter que, después de la estufa de Scath, se helaba en su armadura, advirtió que apenas iba vestida y que parecía no sufrir en absoluto por el frío.

-El Mal, caballero, no reside sólo en las Tierras negras. Está en nosotros, en cada uno de nuestros pueblos, como si la guerra nos hubiera contaminado a todos... Sabéis que hay hombres ladrones, asesinos y violadores, y no os sorprendéis por ello. Pues bien, entre nosotros ocurre lo mismo. Los elfos no son seres perfectos ni monstruos sedientos de sangre, como puede leerse en vuestros cuentos para niños. Los elfos son un pueblo con su gente buena y su gente mala, como vosotros. Y como los enanos, ¿no es cierto?

Miolnir se encogió de hombros, pero Tsimmi aprobó a la reina con una inclinación de cabeza.

-De modo que sí, Gael mató, robó... Eso no significa que todos los elfos sean ladrones y asesinos. Además, no sabemos lo que ocurrió. Ninguno de nosotros... Tal vez actuase sólo por su cuenta, tal vez para obtener beneficios, tal vez para defenderse, tal vez incluso por orden del Innombrable... Sólo lo sabremos al encontrarle, y dejando que se explique.

-¡Pse! -gruñó Miolnir-. ¡Me gustará mucho oír eso!

-Por lo tanto, señor Miolnir, el Mal no es la regla común, ni entre los elfos, ni entre los enanos, ni en ninguno de los Pueblos libres.

Lliane había hablado con voz fuerte, resonante, que les obligó a todos a callar y mirarla. Tsimmi se preguntó si habría usado algún sortilegio o si aquella voz desconocida le era natural.

-Iremos a las marismas -continuó ella sentándose y ciñéndose con el manto-. Encontraremos a Gael, sea cual sea el precio que debamos pagar. Y no lo haremos por el honor de los elfos, ni por la memoria del rey bajo la Montaña negra...

Rogor apretó los dientes al oírle pronunciar esas palabras.

-Lo haremos para hacer justicia y para preservar la paz... Y, si es necesario, iremos hasta el país de Gorre, hasta las Tierras negras.

Tsimmi sacudió la cabeza. Penetrar en las marismas era ya, para un enano, una locura suicida. Los elfos grises sentían por ellos un odio absoluto (y sin duda justificado), desde la época en que los guerreros enanos, antes de la guerra de los Diez Años, se divertían cazándolos por las colinas y hasta en sus marismas. Pero si realmente era necesario cruzar las Marcas y aventurarse por las Tierras negras... El enano barrió con la mirada su magra compañía. Eran sólo un puñado. ¿Qué valdrían ante las legiones gobelinas?

-Es una locura -murmuró para sí-. Pocos de nosotros van a regresar... Locura, locura...

Moviendo la cabeza para subrayar sus palabras, abandonó el círculo, con las manos cruzadas a la espalda, y anduvo hasta una pequeña colina desde donde podía ver el gigantesco agujero que formaba la ciudad de Kab-Bag. La nieve había cuajado sólo en pocos lugares, y la campiña presentaba, uniformemente, un aspecto sucio y triste, desierto y plano como la palma de la mano.

Un pesado silencio había caído sobre la compañía. El enano tenía razón. Era una locura, y algunos de ellos tal vez la pagaran con sus vidas. Pero también la reina tenía razón. Renunciar a perseguir a Gael, regresar a Loth con las manos vacías sería más grave aún. Nadie podría ya nunca demostrar la inocencia del elfo de las marismas, ni su culpabilidad, y el asesinato del rey Troin permanecería sin explicar e impune. Hasta que los enanos bajo la Montaña decidieran tomarse la justicia por sus propias manos. Y ya se sabía lo que eso significaba.

-¡Eh!

Todos se volvieron hacia Tsimmi, que agitaba la mano en la dirección de la ciudad.

-¡Ahí viene! ¡Creo que es nuestro hombre!

Tras la marcha de Uter y el bárbaro, Mahault había despedido su corte para estudiar con Blade, mano a mano, los detalles de su expedición. El maestro ladrón, por confesión propia, nunca había puesto los pies en las marismas, y no le sería fácil guiar a los enviados del Gran Consejo hasta el escondrijo de Gael. Tanto más cuanto Blade, enfebrecido por su plan, apenas escuchaba las explicaciones y las advertencias de la anciana.

-Maese Blade, por favor, escuchadme -repitió por enésima vez.

El ladrón inclinó la cabeza distraído, de pie ante una de las escasas ventanas de la habitación, que los pequeños cristales de un mal vidrio amarillento iluminaban con una luz glauca. Perdido en sus pensamientos, dejó que su mirada derivara de nuevo por la hormigueante agitación de la calle, que no podía percibir con claridad a través de los cristales translúcidos. Luego, Blade levantó los ojos hacia el cielo o, al menos, hacia el vago rectángulo de luz que hacía sus veces. El día estaba ya muy avanzado. Sólo tendrían que cabalgar algunas horas antes de que cayera la noche, pero mañana, a mediodía, habrían llegado a las Marcas.

Hasta entonces, Blade se había limitado a obedecer ciegamente al senescal portador del anillo de oro del Gremio, al igual que obedecía a la vieja Mahault, sin demoras y sin hacer preguntas. Por lo demás, no tenía otra alternativa que obedecer las órdenes: unirse a la compañía, de un modo u otro, y utilizar todo el poder del Gremio para encontrar a Gael antes que ellos. Y matarlo.

Pero nada le impedía dar, al mismo tiempo, un buen golpe... ¿Qué podía importarle eso, siempre que la misión quedara cumplida?

Blade sonrió al pensar en el exorbitante precio que el elfo gris había exigido por la cota de mallas tejida en Ghazar-Run: cien monedas de oro. Una fortuna. Bastante para rehacer su vida en otro reino, lejos de todo, y vivir como un señor. Además, si se las arreglaba bien allí, en las marismas, ¿por qué no iba a lograr dar un golpe doble, guardarse el oro y llevarse la cota? Soltó una carcajada seca que sobresaltó a Mahault. La mujer le miró con una mezcla de suspicacia y temor. ¿Tendría que compartir con ella? Sin duda. Era la ley del Gremio. ¿Pero no acababa de infringir la más sagrada de sus Leyes al arrebatarle la vida a Thane de Logres?

-¿Todo está listo ya? -preguntó él con una sonrisa, tan franca como le fue posible, en los labios.

-He dado órdenes -recordó la vieja-. Pronto tendrás tu caballo, tus víveres y tus armas. Vendrán a avisarnos.

-Está bien. Préstame entonces un postrer servicio. ¿Sabes escribir?

Mahault se encogió de hombros. ¿Pero por quién la tomaba ese jovencito? Claro que sabía escribir, en su oficio era indispensable. Y hablaba diez lenguas, entre ellas el cacareo de los gnomos y el inmundo gruñido de la lengua gobelina.

-Entonces le harás llegar un mensaje a nuestro dueño, con el sello de Beorn.

-¿Adonde?

-No necesitas saberlo. Llevo en mi equipaje tres palomas mensajeras. Utilízalas, ellas sabrán encontrarle. No omitas detalle alguno. Dile que estaré de regreso dentro de una semana, diez días como máximo, y que sus órdenes habrán sido ejecutadas.

Intentó de nuevo lucir una sonrisa confiada.

-Volveré a pasar por aquí, a la vuelta, como hemos convenido. Lo repartiremos entre los dos. Es la Ley.

-Es la Ley -dijo Mahault.

Librodot

X
La marisma

Era más de mediodía, pero las brumas que brotaban de la marisma oscurecían de tal modo el paisaje que los enviados del Gran Consejo sólo veían a unos pocos metros por delante. Todos se sentían cansados, transidos hasta los huesos (salvo los elfos, en los que el frío hacía poca presa) y de mal humor. Habían abandonado Loth cinco días antes para lo que parecía una simple cabalgata, y sobre cada uno de ellos gravitaba la penosa sensación de su situación: estaban muy poco preparados para aventurarse por la marisma, conducidos por un guía muy poco de fiar que podía, perfectamente, llevarlos a alguna emboscada. Blade cabalgaba a la cabeza, lamentando ya no haber prestado más atención a las indicaciones de la vieja Mahault. Por fortuna para él, el único camino pedregoso de la región llevaba directamente al embarcadero y a la casa del batelero.

Alrededor del camino, la hierba era rala y casi todos los árboles estaban muertos, medio asfixiados por una inextricable maleza de matorrales espinosos. Cada uno de los miembros de la compañía se sentía, a la vez, huraño y tenso. La propia región parecía ser una advertencia de lo que les aguardaba al otro lado de las marismas, en las Tierras negras. Alguien estornudó ruidosamente, un enano, sin duda, dada la importancia del estallido, y Uter emitió una risa algo forzada. Luego, el silencio cayó de nuevo sobre la compañía, turbado de vez en cuando por el ronco graznar de un cuervo o el relincho de un caballo.

-¡Alto! -ordenó en voz baja Freihr, que caminaba justo detrás del ladrón, llevando su montura de la brida.

A varias toesas de allí, acababa de surgir bruscamente de la niebla una destartalada vivienda.

-¿Es la cabaña del batelero? -preguntó Lliane acercándose a Blade. El ladrón inclinó la cabeza a guisa de respuesta.

-Quedaos ahí -dijo-. Es mejor que vaya a hablarle solo. Demasiada

gente le asustaría...

Sin aguardar más, echó pie a tierra y se dirigió hacia la cabaña con sus ágiles pasos. La bruma se lo tragó muy pronto y sólo se vio ya su vaga silueta. Los golpes que dio en la puerta de la cabaña resonaron en el angustiante silencio de los aledaños de la marisma. Le respondió un ladrido de perro, luego se oyó una voz chillona que hizo callar al animal.

-¿Quién va? -preguntó la voz de un gnomo.

-¡Me envía Mahault! ¡Mahault de Kab-Bag! ¡Abrid, maese Oisin! Queremos cruzar las marismas. Pagamos en oro...

El gnomo calló pero, tras unos segundos, su puerta se abrió rechinando. De nuevo ladró el perro.

-¡Paz! -gritó el batelero.

-Yo te saludo, Oisin.

El gnomo miraba al hombre de coitos cabellos castaños y ropa gris que estaba ante su puerta. Oisin, como todos los gnomos, tenía un rostro arrugado y la tez rojiza pero, a diferencia de sus congéneres, iba vestido con harapos y pieles que sólo obedecían a un deseo de comodidad y no concordaban con su particular concepción de la elegancia.

-¿Habéis cruzado ya las marismas? -preguntó por fin. Blade agitó la cabeza en silencio, mostrando una sonrisa benevolente. Luego se volvió hacia los demás y les indicó por signos que avanzaran.

-No estoy solo, maese Oisin -dijo suavemente. El gnomo entornó los ojos y asomó fuera la cabeza para intentar identificar las formas que emergían poco a poco de la niebla.

-Elfos... -murmuró estremeciéndose. Blade le tomó amistosamente del hombro.

-Vamos... (tuvo que leer el pergamino de Mahault para descifrar el nombre y le costó pronunciarlo)... Vamos a Gwragedd Annwh, la ciudad de las marismas. Fija tu precio.

-La ciudad de las marismas, ¿eh? -exclamó el batelero con un rictus burlón-. ¡Eso no tiene desperdicio!

Dirigió su atención a la extraña compañía que se había alineado ante su morada. Un caballero del Gran Consejo, con armadura, junto a un bárbaro de las Marcas... Unos guerreros enanos codeándose con unos elfos acompañados por un perro y un halcón... Y todos hablando de Gwragedd Annwh como si fuera una ciudad.

-Sois muy numerosos, monseñores. Serán necesarias tres balsas, al menos... Y además, cargados como vais, con todos esos caballos, la travesía será larga.

Ilra, la yegua alazana, relinchó suavemente y la reina Lliane inclinó la cabeza.

-Sólo llevamos los caballos de carga -dijo-. Los demás se marcharán. ¡Fija el precio, batelero!

Tsimmi dio un codazo a la acorazada pierna de Uter el Castaño.

-¡Es una locura! -susurró-. ¿Qué haremos sin monturas en las Tierras negras?

Uter no respondió enseguida. Oisin acababa de fijar su precio: una moneda de oro por balsa. Una suma exorbitante, como podía esperarse.

Entonces, los enanos no pensaron ya más en los caballos. Rojos de indignación, Tsimmi y Miolnir se lanzaron a un acerbo regateo poniéndose, sucesivamente, amenazadores, implorantes, amistosos o cómplices, pero fue en balde.

Uter, por su parte, se había acercado a la reina.

-¿Por qué prescindir de los caballos, dama mía? -preguntó en voz baja.

Lliane sonrió y clavó por un breve instante sus ojos de un verde insondable en los del caballero. A su pesar, la reina se sintió feliz de que él le hablara de nuevo y la llamara aún su dama...

-No se puede obligar a un caballo libre a ir donde no desea, gentil caballero. Por lo que a vuestras monturas se refiere, podrían hacer nuestro avance demasiado ruidoso. Al lugar adonde vamos, caminar es ya imprudente. Por las marismas, sólo se puede avanzar a pie. Y galopar por las Tierras negras sólo serviría para que nos descubrieran con mayor rapidez.

Uter inclinó la cabeza, buscando las palabras, pero la gruesa voz gangosa de Freihr interrumpió el curso de sus pensamientos.

-Venid. Se han puesto de acuerdo.

La elfo dejó que el caballero se reuniera con el resto de la compañía a orillas de la marisma, luego alcanzó a Till, que se mantenía junto a Ilra y le acariciaba dulcemente el cuello.

-Hasta pronto -dijo la alazana sacudiéndose-. Volveremos junto a esta ribera, a esperaros, cada día.

-Hasta pronto, Ilra -murmuró Lliane-. Pero no nos esperes. Regresa a casa... Y si ves al rey Llandon y a los nuestros... Diles que... Diles que regresaremos enseguida.

Till le lanzó una ojeada de soslayo, y respetó su silencio hasta que los grandes caballos se hubieron marchado.

La reina se sentía triste y las lágrimas acudieron a sus ojos viéndoles alejarse. Galopaban hacia Llandon, hacia sus hermanos, lejos de aquella ciénaga helada y hostil en la que, sin embargo, vivían unos elfos.

-Vamos -dijo con una pobre sonrisa-. Hay que ayudarles a cargar las balsas...

-Reina mía -preguntó Till reteniéndola-, ¿qué hacemos con el tal Blade?

En el momento en que el maestro ladrón se había unido a la compañía, el rastreador le había reconocido. Había venteado su rastro desde que salieron de Loth, él había matado a Roderic, y a él había seguido su halcón hasta el corazón de Kab-Bag, donde había matado de nuevo, en lo más profundo de la ciudad baja. Till ignoraba sus razones, pero sabía que el ladrón no se les había unido al azar de un encuentro. Había avisado de inmediato a la reina; sin embargo, Lliane había decidido no decir nada a los demás.

-Nada ha cambiado -dijo ella con su voz cantarina de acentos élficos-. Tal vez el hombre nos lleve a una trampa pero, en ese caso, ¿por qué tomarse tanto trabajo? Podía habernos matado cien veces en Kab-Bag... Creo que sabe realmente donde está Gael, y que puede llevarnos hasta él. Sólo eso cuenta. De momento.

Un silencio de plomo reinaba en la marisma, apenas turbado por el chapoteo de los bicheros que se arrancaban del lodo. La compañía se había distribuido en tres grandes balsas. En la primera habían montado los enanos, cuya pequeña talla tranquilizaba un poco al batelero, y Freihr, que antaño había atravesado ya las marismas, en los tiempos en que los hombres osaban llevar la guerra a las Tierras negras. En la segunda se habían aposentado la reina, Uter y el ladrón, mientras los caballos de carga, guardados por el paje de los enanos y Till el rastreador, se habían apretujado en la última balsa.

Tras unos pocos cables, la bruma se hizo tan espesa que fue necesario encender antorchas para verse de una embarcación a otra. El avance era de extremada lentitud, y todos se protegían con mantas o pieles, tan glacial era la bruma. Incluso los elfos parecían tener frío.

-¡No hay bastante agua para remar y hay demasiado lodo para empujar! -gruñó Freihr, arqueado sobre su pértiga.

Empapado ya, echaba furibundas miradas hacia Oisin, que, pese a su pequeña talla, manejaba la suya, al otro lado de la balsa, con desconcertante facilidad.

En la balsa siguiente, Uter y Blade chorreaban también por el esfuerzo. A cada empujón, las pértigas se hundían tan profundamente en el lodo que era preciso arrancarlas a costa de una dolorosa tracción que les desgarraba los músculos y los salpicaba de un barro negruzco y hediondo, hormigueante de minúsculos gusanos blancos.

-¡No puedo más! -exclamó bruscamente Uter, en un soplo, volviéndose hacia la reina-. Me asfixio con mi armadura, tengo que quitármela. Horadando la bruma, le llegó la voz de Oisin.

-¡No lo hagáis, señor! Dentro de menos de una hora entraremos en la marisma de los mosquitos.

-¿Cómo? -gritó Uter, pero el gnomo no respondió.

El caballero se volvió hacia sus compañeros y sólo encontró en sus miradas la expresión de abandono y cansancio que debía mostrar el suyo. La cuerda que les unía a la primera balsa se tensó bruscamente, y la voz de Freihr resonó a su vez.

-¡Empujad! ¡Estáis reteniéndonos!

Uter dio un respingo muy a su pesar y volvió a la tarea, imitado por Blade. Habían zarpado hacía más de dos horas y habían imaginado estar ya cerca del objetivo. ¿Qué significaba, pues, esa marisma de los mosquitos de la que hablaba el gnomo? ¿Cuánto tiempo iba a durar, aún, la travesía?

La reina Lliane se levantó, tomó un bichero y se unió a los paladines. Sus largos cabellos negros se pegaban a la frente por la humedad, y su túnica de moaré, empapada y constelada de salpicaduras de barro, se pegaba a las mallas de su cota de plata, subrayando sus gráciles formas. Había depositado en el centro de la balsa su arco y las flechas de Kevin. Plantada sobre sus largas piernas descubiertas por la túnica abierta hasta lo alto de los muslos, brillante como todos ellos bajo la niebla, parecía hecha de plata...

Uter advirtió en la mirada de Blade un obsceno deseo que le rebeló.

-¡Rema! -ladró.

El ladrón hizo una sorprendida mueca, luego empujó con su pértiga riendo por lo bajo, lo que tuvo el don de molestar prodigiosamente al caballero.

-¡Oisin! -gritó dirigiéndose a la proa de la balsa-. ¿Cuánto tiempo vamos a arrastrarnos aún por esta maldita marisma?

-¡Años, si no empujáis! -mugió Freihr, que tenía la impresión de ser el único que tiraba de las tres balsas.

-... ¡Y no menos de tres días, monseñores! -completó el batelero con un pequeño cacareo de gozo.

Todos, hombres, mujeres, elfos y enanos, levantaron los ojos atónitos, aniquilados por la noticia. El propio Blade, que desde su partida intentaba no sorprenderse por nada, como si hubiera ya efectuado en el pasado la travesía, no pudo evitar una mueca.

Tres días en aquella marisma hedionda. Tres días en aquella bruma húmeda y glacial. Tres días sudando sangre y agua para hacer avanzar aquellas balsas unos pocos pies a cada empujón. Tres días estrechándose unos contra otros, acostados en troncos de madera empapados de lodo, para intentar encontrar un poco de calor...

Se volvió hacia la reina y contempló sin vergüenza sus largas piernas, desnudas hasta la curva del talle. En cualquier caso, él sabría dónde comprar el calor...

Oisin sólo vio a sus compañeros de barco.

-La marisma es como un mundo. Un mundo sin sol, sin tierra firme, sin vida. Sólo lodo, gusanos y mosquitos...

Cerró el puño y lo hizo danzar unos instantes ante sus ojos. Ni Tsimmi ni Miolnir le preguntaron si con aquel gesto intentaba representar el tamaño de los insectos, pero aquel horrible pensamiento les hizo estremecerse

de asco.

-He atravesado ya las marismas -murmuró tras ellos el gigante-. Dos veces... Las Tierras negras parecen casi hermosas cuando se sale de ellas. Los mosquitos que vuelven locos, las cosas bajo el agua, el frío...

Nadie respondió, y las palabras de Freihr se perdieron en un pesado silencio.

-¿Qué cosas bajo el agua? -preguntó Miolnir, mucho más tarde, en un tono que pretendía ser despreocupado.

-Nadie lo sabe, monseñor -replicó el gnomo-. Pero raros son los que caen en el agua y sobreviven.

El enano inclinó la cabeza e intercambió con Tsimmi una larga mirada.

-Sólo son las Marcas, Miolnir -murmuró el maestro albañil en voz baja-. Las Tierras gastas nos reservan sin duda muchas más molestias... Ven. sustitúyeme.

Tendió su percha al caballero enano, que se había puesto el casco ante la evocación de las «cosas bajo el agua». Tsimmi se sujetó los riñones y se estiró gimiendo, luego se dirigió a la parte trasera y, con las manos como bocina, apóstrofo a la reina y a sus compañeros.

-Si debemos permanecer tres días en estas balsas, necesitaremos víveres y agua -gritó-. ¡Pasadlo!

-Sí, es cierto -dijo Uter mirando a Lliane-. ¿Podéis encargaros de eso?

-Los enanos piensan en todo cuando se trata de comer -advirtió ella, sonriendo.

Se dirigió, a su vez, a la balsa de Till y el rastreador comenzó a transferir las provisiones cargadas en uno de los caballos de albarda.

Por delante, Tsimmi lanzó un suspiro fatalista al contemplar el penoso paisaje acuático que les rodeaba, y en el que un enano sólo podía sentirse angustiado (es bien conocido que los enanos suelen nadar como piedras). Comenzó a hurgar en su bolsa, hasta que hubo encontrado su larga pipa de piedra y su tabaco de maíz, luego, sentado en medio de la balsa, con la espalda apoyada en su magro equipaje y el hornillo de su pipa caldeando las callosas palmas de su mano, el enano no tardó en dormitar.

De pronto, un brusco relincho le despertó sobresaltado.

-Pese a la bruma que apagaba todos los sonidos, percibieron claramente un ruido de cascos golpeando los troncos de madera de la última balsa. El paje de los enanos maldijo ruidosamente, luego se oyó una extraña sucesión de relinchos modulados.

-¿Qué ocurre? -gritó la reina en voz alta y clara.

-¡Los caballos han sentido algo! -respondió Till-. Les he dicho que se calmaran, pero dudo que se dominen por mucho tiempo.

En la trasera de la gran balsa, otro caballo empezó a piafar a su vez y a agitarse peligrosamente, hasta el punto de que Rogor tuvo que ponerse de rodillas para no ser derribado por el brusco bamboleo de la embarcación.

-¡Ayudadme a taparles los ojos y los oídos! -aulló el rastreador. Volvió a hacerse el silencio, apenas turbado por el rascar de los cascos y fragmentos de frases intercambiadas entre el elfo y el enano. En las dos balsas de cabeza, todos contenían el aliento.

-¿Qué han podido sentir? -murmuró Uter que se había acercado a la reina.

-¡Esperad! -susurró ella deteniendo su pértiga, con todos los sentidos al acecho.

Se levantó los cabellos para escuchar mejor, y Uter hizo un gesto de sorpresa al descubrir sus orejas, finas y puntiagudas en su extremo. Ante el estupor del caballero (que en realidad no conocía gran cosa sobre los elfos), la reina podía orientarlas, como un gato o un perro, en la dirección del ruido que acechaba... El caballero entornó los ojos e intentó atravesar la niebla. Durante varios segundos, no oyó ni vio nada. Luego, de pronto, tomó conciencia de una especie de zumbido, un difuso susurro parecido al ruido del viento entre las altas hierbas.

-¡Ya estamos! -advirtió Oisin, el batelero-. ¡La marisma de los mosquitos! ¡Cubrios el rostro y las manos y no dejéis que vuestras antorchas se apaguen!

Presa de un brusco frenesí, los enviados del Gran Consejo perdieron en pocos instantes toda su dignidad, impacientes por protegerse de la niebla de mosquitos. Por detrás, los animales se inquietaron de nuevo, y su balsa comenzó a bambolearse peligrosamente.

-¡Calmaos! -susurró Till en los ollares de los aterrorizados caballos-. Los apartaremos con nuestras antorchas. No tenéis nada que temer...

-¿Pero no los oyes? -respondieron las monturas-. Nada podrá impedir que nos piquen en el vientre, las orejas, los ollares. ¿Te han picado alguna vez en los ollares, Till?

-Si no os calláis, os morderé las patas -ladró de pronto el perro de Till-. Y os lanzaré a la marisma, donde seréis tragados para siempre.

Los caballos se estremecieron de horror y se calmaron un poco, lanzando miedosas miradas a los colmillos del perro. Till, por su parte, no dejaba de ir y venir entre ellos, blandiendo dos antorchas.

-¡El fuego los mantendrá alejados! -relinchó-. El fuego es nuestro amigo.

Rogor, agarrado a la pértiga, sacudió su barba con gesto nervioso. Aquella inmunda marisma y la amenaza de los mosquitos eran ya difíciles de soportar, sin que, además, un elfo relinchara en la boca de los caballos, ante su barba y su nariz.

-Por mi sangre, elfo, ¿qué ocurre? -aulló con brusquedad.

-No grites, enano, sólo serviría para asustarlos más.

-¿De modo que hablas con los caballos?

-¡Con los caballos, con las plantas y con todos los seres vivos!

Till se interrumpió de pronto. Acababa de darse cuenta de que había debido de forzar la voz, tan ensordecedor se había hecho el zumbido de los mosquitos. En la delantera de la balsa, su halcón sacudió nerviosamente las plumas y metió la cabeza bajo el ala.

-No es posible -murmuró Rogor entre dientes.

El velo gris de la bruma permitía entrever innumerables brillos; el difuso zumbido se precisaba rápidamente, con todos sus matices. Rogor creyó escuchar incluso el ruido distinto de miles de alas entrechocando.

En la primera balsa, Oisin había comenzado a levantar un mástil en el centro de la embarcación.

-¡Es inútil empujar! -rugió-. Ahora hay ya un poco de corriente hasta las Marcas. ¡Protégeos y buena suerte!

En cuanto lo hubo dicho, cubrió por entero su balsa con un gran hule negro, parecido al color del agua.

Uter vaciló un instante. A su alrededor, Blade y la reina desplegaban febrilmente una lona. Pese a la angustia que le hacía temblar, le pareció indigno que un caballero del Gran Consejo se agazapara durante días bajo una tienda improvisada, abandonándose a la deriva del agua, y todo a causa de unos vulgares mosquitos.

Librodot

Miró a su espalda y divisó la mancha brillante de las antorchas de Till. Él no se protegía, al parecer... Algo hurgó en sus cabellos y se agitó instintivamente, haciendo chasquear sus trenzas contra la armadura, brillante de humedad. Casi enseguida, un vivo dolor le azotó la mejilla y, luego, otro la frente. Se pasó rápidamente la mano por el rostro y se volvió hacia delante. El aire estaba lleno de formas furtivas y brillantes, y unos puntos negros no dejaban de pasar ante sus ojos. Algo le picó de nuevo, esta vez en la mano diestra. Bajó los ojos hacia las formas apelotonadas de sus compañeros y contuvo un estremecimiento de horror. Su lona estaba literalmente cubierta de una reluciente masa de insectos que parecían empeñados en devorarles. Dos picaduras más le arrancaron un gemido de dolor. Se sacudió y miró su propia armadura. Estaba también cubierta por una multitud de puntos negros o brillantes, hormigueante como una cota de mallas que tuviese vida propia.

Presa de pánico, Uter aulló y se debatió frenéticamente, dispersando por la balsa el contenido de su bolsa para sacar una larga capa bajo la que se arrojó, llevando consigo varios centenares de mosquitos... Todo su cuerpo parecía inflamado. Algunos insectos se habían deslizado bajo su armadura y le devoraban los brazos, la espalda o el cuello, obligándole a retorcerse bajo su frágil abrigo de tela, entumecido y torpe, con irrisorios gestos de defensa, inútiles contra tan implacable enemigo.

De pronto, sintió que algo le empujaba y arrancaron su capa. Vio, como un relámpago, una lona que se tendía sobre él y los rostros crispados de la reina Lliane y de Blade. Uter quiso decir algo, pero la llama de una antorcha le abrasó la cara: lanzó un aullido de dolor. El tratamiento cesó tan rápidamente como había comenzado. Jadeando, con el rostro y el cuerpo doloridos, le pareció haber estado hundido en una marmita de aceite hirviendo. Uter dejó de debatirse y cayó sobre los troncos de la balsa. Sus ojos encontraron la mirada de la reina, sus labios intentaron formular una pregunta.

-No digáis nada, caballero -susurró Lliane posándole dulcemente la mano en la boca-. Hemos quemado la mayoría de los mosquitos que os cubrían. Mejor sería que os quitarais la armadura para que termináramos la tarea... Dejadnos hacer.

Uter inclinó débilmente la cabeza. Sin cesar, picaduras parecidas a alfileterazos le azotaban el cuerpo, pero el dolor sólo llegaba ya a su cerebro como una impresión extraña y ajena. Sintió que le levantaban y le libraban de sus espaldarcetes y sus guanteletes de hierro. Trabajosamente distinguió a Blade, con la frente chorreando sudor, inclinando sobre él un rostro iluminado por su antorcha. Su cuerpo se contrajo, a su pesar, por efectos de un fulgurante dolor.

Necesitó unos segundos para advertir que su brazo y su flanco estaban desnudos y que el ladrón le libraba de una nube de mosquitos paseando la llama por su piel. Sólo entonces se desvaneció.

Con la frente aplastada contra los bastos troncos de la balsa y los cabellos bañados por el agua lodosa que llenaba los intersticios, la reina Lliane se había sumido en un profundo sueño, a pesar del ensordecedor zumbido de los mosquitos de la marisma, a pesar de la falta de aire y el calor irritante que reinaba bajo la improvisada tienda que habían instalado. Había velado a Uter toda la noche y gran parte del día, hasta el límite de sus fuerzas, cantándole al oído la monodia del Apaciguamiento del Alma.

Anmod deore haeleth
Sar colian
Feothan
Feothan
Breost frofur
Hael Hlystan

Y la cabeza del caballero seguía reposando sobre su pecho.

Blade, con el cuerpo sudoroso y dolorido, sólo dormía a ratos. Un movimiento de la balsa que derivaba le despertó, y vivió un instante de terror con el rostro atrapado en la empapada lona, ensordecido por el chirrido de miles de alas y el martilleo de los mosquitos que caían como la lluvia, más y más... Pero consiguió sobreponerse.

Dio un rabioso puñetazo a la lona y, fuera, el metálico zumbido se multiplicó. El bichero que había servido de mástil central para su tienda improvisada, había resbalado por la acción del balanceo, y la lona les cubría como un sudario. A tientas, el ladrón encontró la pértiga y volvió a levantarla, dándoles enseguida un poco de aire fresco y, también, una ínfima luz, que se filtraba por mil agujeros minúsculos. ¿Era el segundo o el tercer día? ¿Cuánto tiempo tendrían que vivir aún aquella pesadilla? Blade se sentó, con las piernas estiradas por delante, y se frotó la nuca.

Al otro lado de la balsa, Uter yacía con las cejas medio abrasadas, el rostro hinchado, sudando y con una horrenda tez de un gris verdoso (la indigente iluminación no arreglaba las cosas). Blade se preguntó si habría muerto, pero, observándole bien, le pareció que la túnica a franjas azules y blancas -colores del rey Pellehun- que le cubría el torso se levantaba aún débilmente, al compás de su respiración.

Luego dirigió su atención a la reina.

Sus cabellos negros, resbalando como algas entre los troncos, le ocultaban el rostro. ¿Cómo podía dormir así, sobre los troncos de árbol apenas cepillados de la balsa, con todo el cuerpo empapado por esa agua lodosa, nauseabunda, que chorreaba por todas partes? La larga túnica de moaré se pegaba a sus formas y Blade volvió a contemplar, largo rato, los interminables muslos de la elfo.

Se incorporó, avanzó en cuclillas hacia la silueta adormecida, se detuvo, se inclinó sobre ella. Sus ojos se habían acostumbrado a la plúmbea penumbra, y ahora veía mejor. Bajo la masa de sus cabellos, se distinguía el azul de su mejilla y el de sus labios entreabiertos, más oscuro. Un sinuoso mechón, como un reguero de lluvia, se había deslizado hasta su boca, y Blade tendió los dedos para apartarlo delicadamente. Con los ojos cerrados, apaciguados los rasgos, la elfo era de una belleza que conmovió al maestro ladrón. Había conocido ya a otras elfos, pero eran sólo busconas de los Remansos, una experiencia exótica en los burdeles de los barrios reservados, demasiado largas y flacas, de una frialdad, además, que no atraía demasiado al cliente... Ésta era distinta.

Agachado a su lado, dejó que su mirada -sólo su mirada- acariciara el cuerpo adormecido de Lliane, desde la redondez de sus hombros desnudos hasta las botas de gamuza, por encima de sus rodillas. Advirtió que el cordón, colocado en cruz, que ataba su túnica, en lo alto de los muslos, se había deshecho, revelando algunos centímetros más de piel, casi hasta la cadera, y, cuando esbozaba un gesto para cubrirla, hizo rechinar uno de los troncos.

Lliane, en las profundidades de su sueño, escuchó la queja de la madera. Los árboles que habían servido para construir la embarcación habían muerto hacía mucho tiempo, y no hablaban ya en absoluto, ni siquiera para los oídos de una elfo iniciada en el lenguaje de la naturaleza. Sin embargo, Lliane percibió una advertencia, la inminencia de un peligro. Despertó sobresaltada, con el corazón palpitante. Viendo el rostro de Blade inclinado sobre ella, lanzó un grito de espanto.

-No, no -dijo Blade, muy sorprendido también por su brusco despertar-. Sólo quería...

La elfo tendió hacia él su palma abierta.

-¡Bregean! ¡Bregean hael hlystan!

El maestro ladrón abrió de par en par los ojos, con el corazón lleno de espanto. La elfo le pareció de pronto horrenda, fea hasta dar miedo, horrible como los vampiros de la leyenda, criaturas de la noche que devoran a los niños en la cuna. Retiró, presto, la mano como si tuviera miedo de tocarla y se batió en retirada, apartando los ojos para no verla, haciendo muescas de asco.

Lliane se incorporó y, con la palma tendida aún hacia él, murmuró algunas palabras en su extraña lengua, tan débilmente que el ladrón apenas las oyó. Pero fue suficiente. El sueño cayó de pronto sobre él y se durmió como una piedra.

XI
El veneno

Una extraña impresión sacó a la reina Lliane de su sueño. Era como un grito penetrante, ronco y puro a la vez, amenazador y familiar sin embargo. Se levantó, apartando con el dorso de la mano la lona que les cubría. Su rostro se crispó de dolor. Le parecía que cada uno de sus huesos, cada uno de sus músculos estaba dolorido, helado, roto. La reina apoyó por un instante su frente en los rugosos troncos de la balsa, luego se agachó. A su alrededor, los dos hombres dormían, derrumbados como brutos, en el lodo que bañaba el suelo de la balsa. Uter temblaba de fiebre y gemía débilmente, con el rostro sembrado de gotitas de sudor.

Fuera, el grito resonó de nuevo. Un halcón... Sin duda el gerifalte de Till. Pero lo que extrañó a Lliane, sobre todo, fue el silencio que la llamada acababa de desgarrar. No se escuchaba ya zumbido alguno...

La reina de los altos-elfos permaneció unos largos segundos al acecho. No cabía duda... el incesante zumbido de la marisma de los mosquitos había cesado.

Sintió que su corazón se aceleraba, ebria de esperanza. Una nueva llamada del halcón la decidió, y levantó la lona con amplio gesto.

El aire era frío y vivo, y su primera inspiración le abrasó los pulmones. Vacilante sobre sus entumecidas piernas, miró con arrobo a su alrededor. La marisma, como apaciguada, sólo estaba ya velada por unos finos hilillos de bruma. Las balsas derivaban suavemente por un mar de cañas y plantas de las ciénagas. Acabó de descubrir las formas tendidas de sus compañeros, arrancando de golpe la lona sembrada de insectos muertos y arrojándola al agua.

Blade despertó enseguida, parpadeando y castañeteando de dientes, pero con una sonrisa de niño ante el final de la prueba. Cuando su mirada se posó en Lliane, aquella sonrisa se heló y una impresión desagradable se apoderó de él. Por una extraña razón, su mera visión se le había vuelto penosa...

En el cielo casi despejado, el halcón blanco de Till planeaba sin dejar de describir círculos por encima de las balsas, lanzando de vez en cuando su penetrante grito.

-¡Hola! -gritó la reina-. ¡El aire está libre! ¡Salid de ahí debajo!

El hule de la primera balsa se animó al instante y de ella brotó la gigantesca silueta de Freihr. El guerrero observó por unos momentos el nuevo paisaje en el que derivaba,

olisqueando con delicia el aire helado, luego soltó una carcajada vencedora, enorme, que se apoderó poco a poco de todos los miembros de la compañía.

Pero la risa cesó tan bruscamente como había comenzado. En la segunda balsa, Uter el Castaño seguía acostado, sacudido por unos indomeñables temblores. Su rostro era de una terrible palidez y su cuerpo estaba cubierto de pequeñas hinchazones, donde centenares de insectos le habían picado.

-¿Qué ha sido de los caballos? -exclamó Blade señalando la tercera balsa.

Todos se volvieron hacia la embarcación de Till y del paje enano, donde sólo se veía ya, bajo la brillante lona, una forma baja, imprecisa e inmóvil.

-¡Till! -gritó la reina de los altos-elfos. Sin respuesta. Ni el menor movimiento.

-Tiremos de ellos -dijo Blade empuñando la cuerda que les unía a la última balsa.

Lliane se le reunió y, brazada tras brazada, la embarcación fue acercándose, apartando la cortina de cañas que se había vuelto a cerrar tras la estela de las dos primeras balsas. En el esquife de cabeza, los dos enanos, puestos de puntillas, tendían en vano su cuello. Les hubiera sido necesario escalar a Freihr para dominar los altos tallos del cañaveral...

-¡Cagüendiós! -blasfemó de pronto Blade-. ¡Mirad eso! ¡Qué horror!

-¿Qué ocurre? -le preguntó Tsimmi a Freihr, que dominaba fácilmente el bosque acuático.

El bárbaro permaneció inmóvil, y la expresión de asco que rodeaba su boca y redondeaba sus ojos no podía tranquilizar en absoluto a sus compañeros.

-¿Pero qué ocurre, pues? -estalló Miolnir-. ¡Freihr!

El gigante respondió sin apartar los ojos.

-Blade ha encontrado los dos caballos. O lo que queda de ellos...

-¿Pero cómo? -dijo el enano poniéndose desesperadamente de puntillas.

-Los caballos han sido devorados.

-¡Los monstruos bajo el agua! -gimió Oisin tomando la cabeza en sus manos.

En la parte de atrás, Blade y la reina habían saltado a la última balsa. Arrancando de un golpe el cobertor, Lliane lanzó un suspiro de alivio ante las siluetas aovilladas de Till, su perro y el paje de los enanos. Les sacudió para que despertaran, pero sólo el enano y el perro recuperaron la consciencia.

También Till llevaba en el rostro y en los brazos innumerables huellas de picaduras y, al igual que Uter, estaba cubierto por una película de sudor helado. Además, parecía haber recibido en la frente un terrible golpe que, sin duda, le había hecho perder el sentido y había abierto la piel en una longitud de varias pulgadas. El lado derecho de su rostro estaba manchado de sangre seca y algunas alas de mosquito se agitaban aún, débilmente, en los pliegues de su herida.

Lliane vaciló. Blade acababa de cortar con su puñal las bridas que sujetaban los dos caballos medio devorados, y sus cadáveres se hundieron enseguida en los abismos de la ciénaga, con un breve burbujeo.

-De modo que lo hemos logrado -murmuró Rogor para sí, sentándose.

Blade le tomó sin miramientos de los hombros y le obligó a levantarse.

-¿Qué ha ocurrido? -gritó.

El enano se debatió y, por unos segundos, sus ojos brillaron con peligroso fulgor. La reina se estremeció a su pesar, impresionada por el aspecto súbitamente terrible del gran enano. La larga barba rojiza que solía ponerse bajo el cinturón se había enmarañado y revelaba, bajo su túnica roja con las runas del rey Baldwin, el brillo de una armadura.

Rogor advirtió la mirada de la reina y se arregló, presto, la ropa.

-Decidnos lo que ha ocurrido -insistió ella.

-Han sido unos días terribles, Majestad -dijo Rogor bajando los ojos y procurando recuperar la calma-. El señor Till quiso salvar los caballos, Pero era una tarea imposible. Se habían vuelto locos a causa de los mosquitos. El primer caballo cayó al agua, con toda su

carga, y estuvimos a punto de zozobrar. Por desgracia, seguía sujeto a la balsa por el ronzal y se agitaba tanto en el agua que hizo resbalar a los demás.

El enano se volvió hacia sus compañeros y mostró sus ropas manchadas de lodo.

-También yo caí, ¿veis? De hecho, creo que el barro me ha protegido de los mosquitos...

-¿Y luego? -interrumpió Blade, impaciente.

Rogor le lanzó una mirada donde la cólera y la desesperación apenas quedaban disimuladas, algo que la reina advirtió.

-Luego, el elfo Till se empeñó en salvar a los malditos rocines -prosiguió Rogor en un tono más vivo-. Se atascaban en las marismas relinchando como condenados, se veían una especie de serpientes o peces, no lo sé, unos animales enormes, escamosos, que formaban terribles remolinos y los devoraban a bocados, durante horas. Y él seguía tirando, como un verdadero loco, gritaba, lloraba, lanzaba relinchos como si fuera un caballo, su perro aullaba a la muerte y estábamos cubiertos de mosquitos. ¿Qué os parece que debíamos hacer?

-¡Tranquilizaos! -ordenó tras ellos una voz autoritaria.

Era Tsimmi. Freihr había jalado, a fuerza de brazos, las dos últimas balsas hasta acercarlas a la suya, y el enano de larga barba castaña había acudido al lugar del altercado.

-¡Olvidáis que estáis hablando en presencia de la reina de los altos-elfos! -gritó fulminando a Rogor con la mirada.

Los ojos del heredero del linaje de Dwalin llamearon de contenida cólera, pero, una vez más, se contuvo y agachó humildemente la cabeza.

-Perdonadme, Majestad -le dijo a Lliane en un tono mísero-. Pero esas horas han sido tan duras...

-Lo han sido para todos -admitió ella con dulzura-. Pero sin duda más aún para vos, paje. Proseguid vuestro relato...

Rogor saludó a la reina en señal de agradecimiento.

-El señor Till parecía... Perdonadme, parecía haber perdido la razón -prosiguió con más calma-. Comprendedlo, se empeñaba en izar a las pobres bestias, a riesgo de hacernos zozobrar definitivamente, cuando estaban ya listas, se veía flotar sus entrañas alrededor y la sangre salpicaba la balsa... Reconozco que temí por mi vida y por la suya y... le dejé sin sentido.

-¡Ja! -dijo Blade-. ¡Eso es ya el colmo!

-Sin duda era lo único que podía hacerse -intervino la reina-. Todos conocemos el amor que Till, el elfo verde, siente por los animales. Pero ese amor le cegó... Su vida y la del paje enano nos eran más valiosas que la de los caballos de carga.

Lanzó una ojeada al equipaje que quedaba. La mayoría de las ropas, los víveres y las armas habían sido engullidos.

-Os debemos agradecimiento, paje. Sin vos es probable que también Till hubiese sido devorado.

Rogor se inclinó de nuevo y comenzó a lavarse sumariamente, arrodillándose en el borde de la balsa, mientras que la reina y Tsimmi regresaban a su embarcación. Se decidió que Blade permanecería atrás, con el paje de los enanos, mientras que la reina y el maestro albañil, en la balsa de en medio, prodigarían sus cuidados a Uter y a Till.

Cuando hubieron partido y las cuerdas se tensaron de nuevo entre las embarcaciones, aumentando otra vez la separación, el ladrón soltó una risa discreta:

-¿De modo que derribaste al elfo? -murmuró de modo que sólo Rogor le oyera-. Hiciste bien, pero en tu lugar desconfiaría de su despertar.

-Sin duda, señor -respondió Rogor tomando la pértiga. Su primer empuje fue tan vigoroso que Blade estuvo a punto de perder el equilibrio.

A media tarde del tercer día, divisaron por fin la línea oscura de un islote de tierra firme. A consecuencia del calor malsano que había reinado bajo las lonas, todos se sentían transidos de frío, empapados hasta los huesos y muy poco inclinados a lanzarse a un peligroso

Librodot

viaje. Sólo la perspectiva de atravesar de nuevo la marisma de los mosquitos impidió a la mayoría de los enviados del Gran Consejo dar media vuelta de inmediato.

Unos minutos más tarde, Oisin el batelero atracó junto a un rudimentario pontón de madera, y todos desembarcaron a regañadientes.

-Señor Freihr -dijo Lliane señalando a Uter y Till, que seguían inconscientes-. Ayudadme. Hay que ponerles a cubierto...

Sonrió viéndole recoger el cuerpo del caballero y llevarlo en brazos, corno si se tratara de un niño. El bárbaro mostró con un interrogador movimiento de barbilla su armadura, reducida a un montón de chatarra, en la balsa.

-Aquí no va a necesitarla -dijo la reina-. Su cota de mallas basta.

Lliane desenvainó la larga daga y, seguida por el bárbaro, se zambulló en un bosquecillo, abriéndose paso a mandobles por la maraña de arbustos de mimbre, abrojos y maleza que impedía el acceso. Pronto llegó al pie de un gran sauce, cuyas ramas bajas se extendían como un velo por el suelo de turba, cubierto por un colchón de esfagno.

Freihr depositó en él, cuidadosamente, al caballero y, luego, volvió sin decir palabra a buscar al rastreador.

Cuando llegó al pontón, los enanos y el ladrón habían acabado de descargar las balsas. El perro de Till se había tendido junto a su inanimado dueño, y su halcón giraba lentamente por encima de sus cabezas, como una amenaza.

Freihr no pudo encontrar la mirada de nadie. Blade había permanecido en el pontón, con Oisin, y los tres enanos le volvían la espalda, atareándose en torno a su magro equipaje. Sin poder explicárselo realmente, el bárbaro sintió una impresión de molestia.

Recogió el grácil cuerpo del elfo y, seguido por sus animales, desapareció otra vez en el bosquecillo.

Blade miró los alrededores con un asco profundo. Juncos, árboles devorados por el moho y abrojos, pero ni el menor rastro de civilización, salvo las pocas tablas en las que habían desembarcado.

-¿Pero qué es este agujero? -masculló-. ¿Adonde nos has llevado?

-¡A donde queríais ir! -dijo el gnomo con una sonrisa poco lograda-. ¡Gwragedd Annwh! ¡La ciudad de las marismas, como decís vosotros! Soltó una risita de chicharra, más bien desagradable.

-¿Y dónde está esa ciudad? -atronó el ladrón. Oisin dejó escuchar, de nuevo, su penosa risita.

-¡Pero fuisteis vos, señor, quien habló de una ciudad! ¡Fuisteis vos! Gwragedd Annwh es sólo el nombre de esta isla, la mayor del país de los elfos grises... Creo que podréis encontrar algunos por ahí...

Hizo una pausa y lanzó una mirada maliciosa hacia los tres enanos que parlamentaban en voz baja.

-...a menos que sean ellos quienes os encuentren. El gnomo se encogió de hombros. Enanos en el país de los elfos grises... ¡Debían de estar locos!

-Pues bueno, ¡adiós, monseñores! ¡Y buena suerte, sea lo que sea lo que buscáis!

-¡Un momento! -gritó Blade cuando el otro se arqueaba ya sobre su pértiga-. ¿Cómo regresaremos si te marchas con las tres balsas?

-Eso es cierto, monseñor -dijo Oisin con una sonrisa burlona-. Pero sólo habéis pagado un paso.

-¿Cómo? -gritaron casi juntos Tsimmi y Miolnir, en la ribera.

-¿Tendrás la audacia de exigir otra cantidad por esas balsas? -requirió el maestro albañil, ofendido.

Blade saltó rápidamente a la embarcación del batelero y le tomó amistosamente de los hombros.

-Dejad que me ocupe de ese detalle -dijo volviéndose hacia la compañía-. Id a reuniros con la reina, yo volveré enseguida.

Los tres enanos, desconcertados por un instante, no sabían qué hacer, poco dispuestos a dejar al ladrón sin vigilancia.

-Además -prosiguió Blade-, me pregunto dónde estará... Es cierto, se ha marchado con el bárbaro, el otro elfo y el caballero. ¡Sólo estamos ya nosotros!

Miolnir y Rogor dieron un respingo, intercambiaron una breve mirada y partieron con un trotecillo tras el rastro de Freihr, sin aguardar a Tsimmi, siempre más lento en decidirse.

-¡Id! -lanzó Blade desde la balsa-. Por mi parte, estoy seguro de que encontraré un arreglo con maese Oisin.

Tsimmi dudaba aún, pero la perspectiva de quedarse solo con aquel malandrín surgido de los bajos fondos de Scath en unas marismas pobladas por los elfos grises, no le pareció muy atractiva: desapareció a su vez en la maleza de la inhóspita Gwragedd Annwh.

-Bien -dijo Blade sacando del zurrón un frasco protegido por un tejido de rafia-. Ya estamos solos. Veamos, ¿cuánto quieres por la travesía de regreso?

El gnomo esbozó una sonrisa comercial y se dirigió hacia el centro de la balsa para tomar una caja cubierta por una ancha pieza de paño.

-Cuando queráis regresar, soltad esta paloma -dijo levantando el tejido, lo que reveló al animal encerrado en una jaula pequeña-. Esté donde esté, se reunirá conmigo y, tres días después, como muy tarde, os esperaré aquí con mis tres balsas.

Blade bebió un largo trago, lanzó un suspiro de satisfacción y, con toda naturalidad, tendió el frasco al gnomo.

-Es aguardiente. Calienta...

Oisin vaciló, mirando con desconfianza al ladrón.

-Es algo fuerte, claro está -añadió Blade haciendo una mueca-. Una bebida de hombre...

El batelero, picado en su orgullo, tomó el frasco y bebió a gollete.

-¿Tres días, has dicho? -se extrañó Blade sonriéndole-. Es mucho, sobre todo para alguien que tiene prisa... No, lo mejor sería que te quedaras aquí esperándonos; no será mucho tiempo...

El gnomo hizo una mueca (¡y realmente no tenía necesidad de hacerlo!).

-Esperar aquí, señor, es peligroso... ¡Resultará caro! Blade soltó una risa entendida. Decididamente, siempre habría en la tierra alguien más ladrón que él...

-Vamos, gnomo, pon tu precio.

-Dos monedas de oro por balsa. Seis monedas de oro, pues, si necesitáis las tres.

El maestro ladrón hizo una mueca divertida.

-¿El doble que a la ida, eh?

El batelero adoptó una expresión desolada y barrió con el brazo la extensión de la marisma, a sus espaldas.

-Señor, habéis podido juzgar los peligros que corro a cada travesía. Y pensad en lo que me arriesgo si debo esperar aquí, solo. Están los elfos (y al decir esa palabra escupió en el agua) pero también los monstruos, en la marisma, ¡y qué sé yo! Además, señor, tal vez para regresar no necesitéis tantas balsas. A los elfos grises no les gustan demasiado los enanos, ¿sabéis?... No, no les gustan demasiado...

El gnomo dejó que el sobreentendido planeara, acompañando su frase con una veleidosa sonrisa que exasperó al ladrón. Su regateo le había dado sed y bebió de nuevo un largo trago. El aguardiente de Blade no era tan fuerte, a fin de cuentas, aunque tuviera un extraño sabor. No desagradable, a decir verdad, más bien insólito. Blade sonrió, le quitó el frasco de las manos y volvió a taparlo.

-El veneno es lo que le da ese sabor -dijo guardándolo en su zurrón.

-¿Cómo?

Blade mostró una redoma de arcilla, tomó la mano del gnomo estupefacto y se la puso en la palma.

-Esto es un antídoto. Toma algunas gotas al día, sólo mojarte los labios. Tal vez sientas vértigos y sudes, pero no es grave.

Sonrió y palmeó el hombro del batelero.

-Con eso, podrás aguantar un día o dos. Basta y sobra... Estaré de regreso mañana, o pasado mañana como muy tarde, y te daré más. Cuando hayamos cruzado las marismas, de regreso, vendrás conmigo a Kab-Bag y te daré un remedio definitivo.

Oisin, con los ojos desorbitados, miraba la redoma sin atreverse a comprender. Luego, un brusco dolor, como un largo desgarrón en sus entrañas, le hizo doblarse en dos. Destapó febrilmente la pequeña botella y comenzó a beber.

-¡Eh! -dijo Blade riendo-. No demasiado de golpe, maese Oisin. De lo contrario, pronto no va a quedaros nada.

El gnomo se arrodilló en el lodo que bañaba su balsa y levantó los ojos hacia el ladrón.

-Pero... ¡Si habéis bebido antes que yo! ¡Os he visto!

-Sí, ¿verdad? Pero, ¿sabes?, se necesita tiempo para acostumbrarse. ¡Si te dijera que hace unos años estuve a punto de reventar! Sí, sí... Un idiota mercader de sedas, en Mag Mor, la ciudad de la llanura. Tuve que beber tres veces antes de que se tranquilizara.

Hizo un guiño al gnomo.

-A ti te ha bastado un trago para convencerte, ¿no es cierto? ¡Cagüendiós, qué pesadilla el mercader de marras! ¡Si supieras! Vomité toda la noche y sufrí un calvario. Pero, por la mañana, aquel cerdo gordo estaba tieso como una tabla y su cargamento de seda era mío. ¿Qué quieres...? A veces, en mi oficio, hay que sufrir un poco.

Blade lanzó una rápida mirada a los alrededores, tomó luego al batelero por su cota y lo levantó a la fuerza.

-Tenías razón, gnomo. No necesitaremos tres balsas. De hecho, pienso incluso que una sola balsa bastará. Una sola y sólo para mí... ¡Los demás no vendrán!

Oisin inclinó la cabeza con las tripas ardiendo y el rostro más rojo que nunca.

-... Pero no deben saber nada, ¿me sigues? Será nuestro pequeño secreto.

El otro asintió de nuevo.

-Bien -dijo Blade-. Dame la paloma.

El gnomo lo hizo a regañadientes. Blade abrió la pequeña puerta de la jaula y metió la mano.

-Una paloma muy bonita. Qué lástima...

Sin darle al gnomo tiempo de reaccionar, retorció el cuello al pájaro y lo arrojó a la orilla.

-¡Qué habéis hecho! -gritó Oisin, desesperado.

Sin contestar, Blade saltó rápidamente a la segunda balsa, desatándola del pontón. Lo mismo hizo con la tercera antes de saltar a la orilla. Las contempló unos instantes, derivando en el agua y desapareciendo en las capas de bruma. Sólo entonces se volvió hacia el gnomo. Su tono no tenía ya nada de amistoso.

-Ve a esconderte con la balsa y vuelve aquí cada tarde, al caer la noche, hasta que yo regrese. Recuérdalo, gnomo: con la redoma sólo tienes para unos días. Soy tu única oportunidad de vivir. Acude a la cita, pues...

Tras quedarse sola con Uter, cuando Freihr se hubo marchado, la reina Lliane se había pegado al tronco del gran sauce. Con la oreja y la mejilla contra la corteza, habló al corazón del árbol, mezclando en sus mágicos hechizos lo que sabía del lenguaje de las plantas: rumor de hojas, chirrido de ramas, chasquido de leña...

Muy pronto, el viejo sauce adormecido se estremeció, desde sus raíces hasta la punta de sus largas ramas frondosas. Lenta, imperceptiblemente, éstas barrieron el suelo de turba. Las ramas se levantaban, el tronco se retorcía, las hojas se anudaban entre sí. Se formó en torno al caballero y la reina una inviolable cortina, una cámara secreta, al abrigo de las miradas.

Cuando Freihr regresó cargado con el inanimado cuerpo de Till, Lliane le aguardaba en el lindero del bosquecillo. Le condujo hasta el sauce y, mientras él depositaba el cuerpo de Till bajo el abrigo del follaje, ella llevaba sus animales a un lado. Acarició la cabeza del perro, que gemía suavemente, inquieto por el estado de su dueño, y le tendió el puño al gerifalte para que se posara.

-Noble pájaro, tú que vuelas más alto y ves más lejos que cualquier otro ser vivo, salvo las grandes águilas de las montañas de Moiran, despliega tus alas y busca las hierbas y plantas de curación. *Oll-iach,* el muérdago que lo cura todo, la pamplina de agua y la alsina, el beleño, el trébol y la betonia... ¡Ve!

Lanzó el puño al aire y el gran halcón blanco emprendió el vuelo de un tirón, más allá de la cima del sauce.

A su lado, el perro gimió de nuevo.

-Les curaremos -dijo ella pasando de nuevo los dedos por su pelaje-. No te preocupes...

Uter despertó sobresaltado, con un grito de terror. Luego sintió en su frente unas manos de infinita dulzura, que expulsaban como por arte de magia la fiebre que le abrasaba. Alguien le levantó la cabeza y acercó una calabaza a sus labios.

-Bebed -dijo la reina-. Es agua de roble... Muérdago y otras cosas más. Eso os curará...

Uter lo tomó de un trago y dejó caer hacia atrás su cabeza. Descubrió a Till. a su lado, agachado contra el tronco del sauce. El elfo verde inclinó la cabeza en su dirección, frunciendo los ojos de un modo que podía pasar por una sonrisa amistosa. Luego todo volvió a ser negro.

El halcón planeaba por el cielo oscuro, preñado por la lluvia que había empapado sus alas de un blanco manchado de gris. Hasta perderse de vista se extendía un dédalo vegetal de estanques, turberas y densos matorrales, sin el menor rastro de vida. Descubrió no muy lejos las altas colinas que señalaban el comienzo de las Marcas negras y se estremeció a su pesar. Virando sobre el ala derecha, sobrevoló un bosquecillo por donde Freihr el bárbaro, que había salido a explorar el terreno, avanzaba a grandes zancadas, inclinado sobre la maleza, con los brazos y piernas cubiertos de barro para mejor camuflarse.

Cerca del embarcadero de la marisma, una pequeña mancha blanca llamó su atención y el gerifalte picó bruscamente hacia ella.

Era una paloma. Con el cuello roto, se agitaba aún en los últimos estertores de la agonía, aleteando desesperadamente para escapar a la muerte.

El pájaro de presa se posó suavemente junto a ella y la contempló con aire triste.

-Es inútil que te debatas -dijo por fin, y su voz hizo dar un salto a la paloma que no lo había visto-. Tienes el cuello roto. Voy a rematarte y no será doloroso.

-¡No! -gritó la paloma-. ¡Deja que me marche, gerifalte! ¡Déjame regresar a casa, al otro lado de estas marismas!

-¿De modo que no eres de aquí?... También a mi me extrañaba encontrar una paloma en semejante lugar.

-Mi dueño, Oisin el batelero, me ha traído hasta aquí. ¡Deja que me vaya, gerifalte!

El halcón inclinó suavemente la cabeza.

-No lo conseguirás, paloma. Tu caída ha sido mortal...

-¡No me he caído! -pió débilmente el pájaro herido-. Ha sido un hombre el que me ha roto el cuello. ¡Y mi dueño se ha marchado! El gerifalte lanzó un largo y sordo grito.

-No te mataré, paloma. No temas nada, vivirás y pronto te reunirás con tu dueño.

La paloma dejó de debatirse y se relajó. Desplegando sus alas, el gerifalte emprendió el vuelo tras haberla saludado por última vez. Planeó sobre ella durante unos segundos, fuera de su vista, luego se lanzó bruscamente sobre el pájaro del cuello roto, con todas las garras fuera. Sus zarpas se hundieron en el corazón y la nuca de la paloma, matándola en seco. Volvió a dejarla en el suelo y fue a reunirse con Till el rastreador. La paloma había dejado de sufrir.

XII
Gwragedd Annwh

Helaba en el palomar, una alta torre circular con los muros de ladrillo gris descoloridos por los largos churretones de excrementos, en la que se abrían centenares de alvéolos que daban a los cuatro vientos. Al penetrar en su interior, el senescal y alcaide de palacio Gorlois tuvo que taparse los oídos. Entre los sordos arrullos y los incesantes aleteos, el estruendo de las aves era ensordecedor. No pasaba ni un solo segundo sin que uno u otro de los pichones encadenados intentase emprender el vuelo y cayera lamentablemente sobre su percha, dos machos se pelearan a golpes de alas y garras o resonara el chasquido de un pico sobre las losas de piedras sembradas de granos de maíz, de mijo y de deyecciones. Gorlois frunció la nariz. El olor que reinaba en la torre era ciertamente nauseabundo.

-¡Cómo podéis soportar semejante ruido! -gritó a los dos hombres que allí vivían, con una pequeña cabaña de tablas, cubierta también de excrementos, como único abrigo.

Los prisioneros de la torre abrieron de par en par los ojos, se miraron entre sí y se volvieron hacia el senescal agitando la cabeza, con una sonrisa imbécil en los labios.

-Ah sí. es cierto, sois sordos -masculló el viejo guerrero.

Sordomudos. El uno de nacimiento, el otro porque le habían cortado la lengua y reventado los tímpanos. Una idea del rey para aliviar su condición. Por otra parte, ¿quién sino un sordo hubiera podido sobrevivir con semejante jaleo? Y además, claro, el hecho de que fueran mudos garantizaba que las misivas confiados a sus palomas mensajeras seguirían siendo confidenciales.

Los dos hombres eran condenados de derecho común, que habían escapado a las mazmorras o a la garrucha del verdugo para caer en ese infierno hediondo del que nunca más saldrían. ¿Pero de qué podían quejarse? En aquellos antiguos tiempos, un condenado o era rescatado o era colgado de la horca. La prisión era un lujo del que muy pocos gozaban. Todo lo que había que hacer era alimentar a las palomas, gracias a las provisiones de grano que se les pasaban por debajo de la puerta, y que habían acabado por constituir su propio alimento. Cuando llegaba un pájaro, los guardianes de la torre tocaban la campana. Una, dos o tres veces, según la importancia del mensaje, que evaluaban por el color de la anilla fijada en la pata del pájaro. Anilla roja: mensaje reservado al rey o al senescal. Tres campanadas. Importancia extrema. Ése era, hoy, el caso.

Gorlois había sido avisado sólo una hora más tarde, y cuando penetró en el palomar los dos sordomudos estaban muy excitados. Desde hacía meses esperaban la ocasión de verle para transmitirle sus quejas, y el momento había llegado por fin.

-Bueno -dijo Gorlois-. ¿Y ese mensaje?

El más alto de los dos hombres (bueno, el menos patituerto) tendió la cinta de cuero rojo que había desatado de la pata de la paloma mensajera y en cuyo interior se había fijado una larga tira de pergamino. Gorlois la tomó, comenzó a desenrollarla y vio que el mensaje, que llevaba la runa de Beorn, procedía de Mahault, la vieja loca de Scath... Se metió el pergamino en un bolsillo y se dirigió hacia la puerta, pero el prisionero lanzó unos jadeos guturales para llamar su atención.

-¿Qué pasa?

El hombre inició un movimiento de retroceso, guiñó varias veces los ojos y le dirigió una sonrisa desdentada y estúpida.

Encogiéndose de hombros, Gorlois golpeó con el puño las pesadas tablas de roble. El tintinear de unas llaves le respondió enseguida, al otro lado de la puerta. Cuando se disponía a salir, se sintió tirado hacia atrás por su capa y estuvo a punto de perder el equilibrio. El cierre de plata que retenía su manto se quebró por la tracción y cayó al suelo, bañado por una infame mezcla de paja, granos y un barro formado por años y años de excrementos.

-¿Pero qué os ocurre ahora, mastuerzos? -aulló Gorlois arrancándole el manto de las manos.

Los dos perillanes retrocedieron de nuevo, llenos de terror ante la furiosa expresión del senescal tuerto. El más alto se envalentonó hasta tenderle el mensaje que, penosamente, había redactado al dorso de un resto de pergamino, y en el que habían depositado tantas esperanzas.

-¡Pero que hay!

Gorlois tomó el jirón de papel con gesto hastiado y comenzó a descifrar las torpes letras.

-«Car... Cárcel terminada...» ¡Es increíble que escribáis tan mal, a fin de cuentas! Fijaos, está bien que sepáis escribir, sobre todo dos mastuerzos como vosotros... ¿Habéis aprendido leyendo los pergaminos?

El más alto sacudió la cabeza con los ojos brillantes de esperanza, y se alisó los inmundos cabellos como para hacerse reconocer.

-Es cierto, antaño estabas al servicio del rey... Bailío o chambelán, ¿no es eso? Pero quién lo recuerda aún, ¿eh? Tendré que hablar con el rey, eso le divertirá.

Volvió a leer con una sonrisa en los labios, entornando su único ojo y volviendo el pergamino en todas direcciones, para intentar descifrar los garabatos.

-«Nos... quer... Sa... ¿Salir?» ¿Es eso, «salir»? Queréis salir de aquí, ¿no es eso?

Gorlois señaló la puerta abierta a sus espaldas e hizo signo al guardia de que se apartara. Levantó las cejas y sonrió, para dar más fuerza a sus palabras.

-¿Queréis salir de aquí?

Los infelices comprendieron por fin y comenzaron a mover la cabeza, frenéticamente, con una especie de hipo gutural, muy poco agradable, a modo de risa.

El senescal se volvió hacia el guardia.

-¿Cuánto tiempo hace que están aquí?

-Hum... No lo sé, monseñor. Sólo hace diez años que estoy en el puesto, y estaban aquí desde mucho antes.

-Pse...

Jugando pensativamente con el mugriento pergamino, bajó los ojos hacia los rostros embrutecidos y repulsivos de los dos condenados, y su boba sonrisa dejó de divertirle. Por lo demás, el estruendo del palomar era sencillamente insoportable, y también hacía demasiado frío.

-¡No! -dijo moviendo la cabeza para que comprendieran. Y tendió el dedo hacia su broche roto, en el suelo.

-Habéis roto una joya de valor, y eso está mal.

Agitaba el dedo como para reñirles, poniendo al guardia por testigo.

-¿No es cierto?

El soldado esbozó una sonrisa vacilante, sin saber demasiado lo que debía responder.

-¿No es cierto? -insistió Gorlois.

-Sí, monseñor.

-¡Eso es! -añadió el anciano-. Os condeno a diez años más por la rotura de la joya... Y por haber aprendido a leer sin el permiso del rey. No hay que leer la correspondencia de la gente, ¿nadie os lo había dicho?

Arrugó el trozo de papel, lo arrojó al suelo y salió sin volverse. Tras él, el soldado volvió a cerrar lentamente la pesada puerta de madera y se estremeció ante la expresión de horror y desesperación de ambos prisioneros. Dio dos vueltas de llave, colgó el llavero de una anilla fijada en el muro y volvió a bajar pausadamente la escalera de piedra que llevaba a la sala de guardia. Contempló con asco el corredor por el que Gorlois había desaparecido ya en las entrañas de palacio y escupió en las huellas del senescal.

Caía la tarde cuando Till pudo ponerse de pie. Había recuperado el conocimiento rápidamente, pero la reina le había obligado a permanecer inmóvil conminándole a respirar, profundamente, la espesa y olorosa humareda que escapaba de una minúscula hoguera de ramas y turba encendida en el centro del refugio. Till había reconocido la mayoría de las plantas medicinales dispuestas en torno al hogar, y los lentos gestos que la reina trazaba en la columna de humo despertaban en él antiguos recuerdos. Cuando su vista dejó de estar nublada, descubrió a Uter, tendido en un jergón de esfagno. Inconsciente aún, el caballero había sido despojado de su jubón de mallas y su cota de armas, conservando sólo sus calzones y sus calzas. En una esquina, a la vacilante luz de las llamas, brillaban débilmente su espada y su armadura. Su torso, sus brazos y su rostro, todavía grises aunque menos hinchados, estaban cubiertos de runas dibujadas con ceniza por la reina. Con sus propias manos y en el canto de su mano, había trazado las runas dueñas de la curación, *os, ear, ac, tir,* formando un dibujo cien veces repetido:



La reina, inclinada sobre Uter, se balanceaba como una serpiente y salmodiaba el viejo poema de las runas:

Byth ordfruma alecre spraece,
Wisdome wrathu ond witena frofur,
And eorla gehwam eadnys ond tohiht.

Byth egle eorla gehwylcun,
thonne faestlice flaesc onginneth,
hraw colian, hrusan ceosan
Blac to gebeddan; bleda gedreosath,
Wynna gewitath, wera geswicath.

Byth on eortahan elda bearnum,
Flaesces fodor, fereth gelome
Ofer gañotes baeth; garsecg fandath
Awaether ac haebbe aethele treowe.

Byth tacna sum, healthdeth trywa wel
With aethelingas, a byth on faerylde,
Ofer nihta genipu, naefre swiceth.

Lo que, en lenguaje común, podría traducirse así:

La boca es el origen de toda palabra,
Sede de sabiduría, consuelo del sabio,
Reposo y esperanza del noble.

Las cenizas asustan al noble,
Cuando de pronto la carne se hiela
Y el cuerpo debe elegir la tierra como huraña compañera.
Los hermosos frutos se pudren, la alegría se va, fracasa la alianza.

El roble en esta tierra es útil a los hombres,
Como el forraje a los cerdos, así le nutre.
El mar de olas aguzadas como el venablo
Siente la nobleza de la madera de roble.

Tir es una runa especial.
A los príncipes les conserva la fe,
Siempre victoriosa sobre la oscuridad de la noche, nunca llega a faltar.

Bajo la cubierta vegetal, en el silencio de la noche y el crepitar del fuego, el monótono canto sumía a Till en una letargia hipnótica, poblada de extraños sueños. A veces, emergía de la profunda niebla en la que estaba sumido, pozo sin fondo sombrío y gélido, en cortas fases de lucidez durante las que conseguía, incluso, hablar con su perro y su halcón, ladridos, gritos, gruñidos... Ni siquiera la reina comprendía nada.

Cuando por fin pudo levantarse, lo hizo para acercarse a Lliane. Le tomó ambas manos e inclinó la cabeza.

-Gracias, reina mía...

La elfo levantó la cabeza y sonrió. En la negra noche, la magra luz que dispensaba el fuego de ramas y hierbas medicinales era tan débil que un hombre no hubiera distinguido nada, bajo su choza vegetal, salvo aquellas llamas minúsculas. Pero los elfos eran criaturas de la noche, adoradores de la luna, y sus ojos atravesaban las tinieblas como los de las bestias salvajes. Arrodillada junto a Uter, Lliane parecía agotada; Till comprendió que había utilizado la magia para arrancarles a ambos del veneno de los mosquitos y la muerte, hasta agotar sus propias fuerzas.

-¿Cómo se encuentra?

La reina contempló al caballero.

-No lo sé... Los hombres no son como nosotros, Till. Parecen tan fuertes... y, sin embargo, su alma es tan frágil... Lanzó un suspiro de desaliento.

-Además, no consigo hablar con su espíritu. Sus oídos están cerrados, sus ojos están cerrados, su corazón está cerrado. No sé dónde está... Sólo una vez ha abierto los ojos desde que os trajimos aquí. Freihr ha venido a traer bayas de enebro y pájaros asados, pero no hemos conseguido hacerle comer. Por fortuna, ha bebido...

Lliane se sobrepuso y esbozó una sonrisa.

-¿Y tú, querido Till, amigo mío, estás bien? El elfo verde sonrió y se frotó el cráneo.

-Tengo ardores por todas partes... y, además, tengo un maldito chichón en la cabeza, debí de golpearme al caer, en la balsa.

La reina le lanzó una mirada de soslayo. ¿Estaba haciendo comedia o realmente había perdido el recuerdo de su lucha contra el enano Rogor? No le dio tiempo a hacerse más preguntas.

-Reina mía, hay que celebrar un consejo -dijo en un tono que volvía a ser grave-. Mi halcón me dijo que el hombre Blade había matado una paloma utilizada por el batelero para permanecer en contacto con nosotros. Ignoro lo que eso significa, pero sin duda recuerdas que ese hombre fue. también, el que mató al caballero Roderic...

-Sí. Y, si es así, significa que no se ha unido a nuestro grupo por azar... Este hombre nos sigue desde el principio, con un objetivo preciso. ¿Cómo lo hizo para cruzarse en nuestro camino? ¿Cómo podía saber que iríamos a ver a aquella mujer, en Scath? ¡La víspera, ni nosotros mismos lo sabíamos!

-Lo ignoro...

La reina de los elfos se incorporó, rozando la bóveda de hojas formada por el sauce. También ella se había librado de sus armas y su equipo de camino, conservando sólo la larga túnica abierta de moaré. Había deshecho su trenza y los largos cabellos caían libremente hasta por debajo de sus riñones. Descalza sobre el suave jergón de esfagnos hinchados de agua, estiró sus miembros entumecidos, cruzó a la espalda sus manos cubiertas de runas y se apoyó en el tronco del árbol.

-Es un espía -dijo por fin-. Sabe dónde está Gael y nos manipula para llevarnos hasta él. ¿Por qué?

-Porque nos necesita para acercarse a él -estimó Till-. A los elfos de las marismas no les gustan los extranjeros. Si Gael está bajo su protección, sólo los elfos podrán llegar hasta él.

Lliane miró pensativamente al rastreador y asintió con la cabeza.

-Sin duda tienes razón. Pero eso no contesta la pregunta... ¿Por qué desea tanto acercarse a Gael? ¿Por esa simple cota de mallas de plata?

Designó con un gesto casi despectivo su propio jubón de mallas trenzadas, apoyado descuidadamente en las raíces del sauce, con el resto de su equipo.

-Tienen un gran valor, claro. Y no dudo de que él o sus semejantes lleguen a matar para obtenerlas. Pero, en ese caso, ¿qué le impedía atacarme en las marismas para robar la mía? Habría podido cortar las ataduras que nos sujetaban a las demás balsas y librarse fácilmente del pobre Uter, en su estado... Pero no intentó nada.

La reina se interrumpió. No era cierto. Blade había intentado algo durante el viaje... Pero su ambición era de naturaleza distinta, estaba segura de ello.

-Hay algo que no sabemos -prosiguió-. Algo que nos ocultan desde el comienzo.

Till, que acariciaba silenciosamente a su perro tendido junto a él, miraba el cuerpo inerte de Uter acostado junto al fuego.

-Demasiados hombres -murmuró.

-¿Cómo?

El rastreador se volvió hacia la reina de los altos-elfos.

-Me estaba diciendo que ésta es una historia entre los enanos y nosotros, pero que son los hombres quienes nos han puesto sobre la pista de Gael, que es un hombre quien maniobra en las sombras y que, a fin de cuentas, son dos hombres, Uter y ese gran bárbaro, los que fueron a hablar con la encubridora de Scath... De hecho, no sabemos lo que han podido decirse. Y son ellos, a fin de cuentas, los que volvieron con el tal Blade. Un ladrón, en el mejor de los casos... En el peor, un asesino. ¿Y si todos estos hombres estuvieran vinculados?

-Olvidas que Blade mató al caballero Roderic -dijo la reina-. Nadie duda de que, si Uter y Freihr lo supieran, le harían pagar el precio de la sangre... No, no actúan juntos. No es posible...

Till volvió a acariciar a su perro, que suspiró de satisfacción y se estiró lánguidamente.

-Pero, tú misma lo has dicho, reina mía, los hombres no son como nosotros.

Hacía frío en la capilla, más aún que en cualquier otra estancia de palacio. Los monjes no habían previsto chimenea alguna y ningún tapiz caldeaba las piedras desnudas del edificio, salvo un palio con los colores reales, blanco, símbolo de pureza y rectitud, y azur, el color del cielo. Arrodillado en un reclinatorio tapizado de terciopelo, junto a la reina Ygraine, junto al coro, Pellehun dejaba que sus ojos resbalaran por la bóveda pintada y los altos pilares de la nave. Como cada vez, sonrió al demorarse en sus capiteles, adornados con monstruos llenos de garras y cuernos, que sacaban la lengua, todo un bestiario de gárgolas y demonios inspirados en los guerreros gobelinos de las Tierras gastas, algo que sólo los veteranos de la guerra de los Diez Años podían adivinar. Por lo demás, la capilla era muy aburrida...

-Sire. no estáis escuchando -susurró Ygraine.

-Claro que sí -masculló Pellehun prestando de nuevo atención al catequista.

Desesperado por la falta de atención del rey, el monje había callado y le miraba con una expresión tan desalentada que casi resultaba divertido.

-¡Bueno! Estabais hablándonos de los pecados, ¿no es eso?

-Sí, sire -dijo el capellán con un suspiro resignado-. Los siete pecados capitales: orgullo, envidia, ira, pereza, avaricia, lujuria y gula.

-Pues bien -dijo Pellehun sonriendo a la joven reina-, creo que los tengo todos. ¿Qué he ganado con eso?

-Cada uno de esos pecados es una rama del mismo árbol, y ese árbol es el Mal -prosiguió el predicador-. Y cada rama se divide a su vez en ramitas. De modo que el orgullo produce deslealtad, despecho, presunción, ambición, vanagloria, hipocresía, vergüenza. Y de cada pequeña rama salen otras ramas aún; de la deslealtad, por ejemplo, nacen los ingratos, rabiosos y renegados. El menor pecado se remonta entonces hasta el propio Mal.

Pellehun ya no sonreía. Se levantó lentamente y el chirrido de la vaina de su espada sobre las losas resonó, largamente, en la capilla.

-¿Por qué hablas de lealtad? -dijo con voz neutra-. Rabioso, ¿eh? ¿Renegado? ¿Pero por quién te tomas, monje?

El capellán farfulló, buscando con los ojos la ayuda de la joven reina, que intentó agarrar a su esposo de la manga.

-Era sólo un ejemplo, sire.

-¡Soltadme, señora! -gruñó Pellehun liberándose-. ¡Y ahora salid! ¡Han sido ya bastantes monjerías por hoy!

El viejo rey se acercó peligrosamente al catequista, que retrocedió paso a paso por el coro, hasta el altar. Percibió a sus espaldas el entrecortado chasquido de los pasos de Ygraine y el chirriar de la puerta cuando salió de la capilla.

-¡Esta noche vendré a vuestra alcoba! -gritó el rey-. ¡No debemos olvidar el pecado de lujuria!

Luego, en voz baja, a la cara del monje:

-¿No es cierto, abate?

Una voz fuerte resonó a su espalda.

-¡Monseñor!

Pellehun se volvió lentamente, con un último rictus despectivo. Era el duque Gorlois que avanzaba por la nave a grandes zancadas.

-¡Un mensaje! -dijo blandiendo el pergamino anudado con una cinta roja-. ¡Noticias de nuestro hombre! Pellehun le detuvo con un gesto.

-¿Pero qué te pasa? ¿Entras en una iglesia como un soldado, hablas en voz alta, avanzas, caminas, ni siquiera te persignas ante la Santa Cruz? ¿Pero careces por completo de religión, entonces?

-Sí, bueno, de acuerdo -dijo el senescal arrodillándose y persignándose rápidamente.

-Así está mejor -dijo Pellehun que se volvió hacia el monje con una sonrisa divertida-. ¿No es cierto, abate?

En plena noche, Uter comenzó a delirar.

Sus gemidos, sus gritos luego, despertaron a la reina de los altos elfos, que volvió a su cabecera. Añadió sémola y alsina al fuego de ramas, de acuerdo con los ritos de la magia de las plantas, utilizar sólo la mano izquierda y procurar no mirar hacia atrás para no atraer los malos espíritus.

-Es inútil -dijo Till a su espalda-. Las fumigaciones han curado sus ojos y su cuerpo, pero es su alma la que se va...

-¡Cállate!

Till no insistió. Lliane lanzó un largo suspiro y bajó la cabeza. Él tenía razón, claro... Las ampollas y las hinchazones que sembraban el cuerpo del caballero se habían reabsorbido, pero estaba deslizándose hacia el olvido, renunciaba a luchar.

-¡Esto no ha terminado! -dijo la reina.

Tomó un ramillete de beleño de flores amarillas con franjas púrpura, que el halcón de Till había traído, y comenzó a majarlo con un guijarro. Sus largos cabellos se pegaban a las mejillas y al cuello, sus labios estaban prietos y machacó la planta hasta obtener una pasta que mezcló con un poco de agua.

-¡Ayúdame! -ordenó al rastreador.

Till tomó con firmeza la cabeza del caballero y abrió, forzando, sus mandíbulas, mientras Lliane derramaba en su garganta el espeso puré.

-Esto le calmará -murmuró-. Esto le calmará...

Till movió la cabeza sin decir nada. Sabía que el beleño no era sólo un calmante. Los magos y los adivinos de todas las comunidades élficas conocían, desde siempre, sus propiedades de vaticinio y lo utilizaban con mucho cuidado para provocar sus visiones. Sabía también -como Lliane-que el beleño, a dosis excesivas, era un veneno.

Sujetó la cabeza del caballero hasta que deglutió y tragó la mixtura. Luego se batió en retirada y observó en silencio el efecto de la medicina.

Uter abrió los ojos. Lliane estaba allí, bajo la bóveda de hojas. Su extraña mirada almendrada, de un verde casi amarillo, le acariciaba, y sus labios formaban palabras que él no conocía. Ya nada le dolía. Los mil aguijones que le martirizaban habían desaparecido. La fiebre había caído y le bañaba un sopor infinitamente agradable.

Librodot

La reina puso en su frente un trapo humedecido con agua de roble, luego le secó con sus manos. Uter sonrió, consiguió levantar el brazo para tomarla del hombro y acercarla dulcemente a él.

-Reina mía -murmuró.

Pero ella le puso un dedo en los labios.

-Estás volviendo -dijo-. Vuelves para mí...

Uter la atrajo más aún y sus cuerpos se tocaron. Piel contra piel.

Lliane estaba desnuda, como él, tendida cuan larga era sobre el macizo cuerpo del caballero, tan ligera como un soplo de aire fresco. La acarició cerrando los ojos, por miedo a romper el encanto, abriéndolos sólo cuando sintió que los cabellos de la elfo rozaban sus mejillas. Lliane seguía sonriéndole, y fue ella quien se inclinó para besarle. Su piel, su vientre, era tan suave como el terciopelo.

Till sonrió y lanzó una ojeada hacia la reina, agachada a su lado, apoyada en el tronco del sauce, con las rodillas ceñidas por sus brazos.

-Creo que sé en lo que está soñando, reina mía -murmuró el elfo verde.

Lliane no respondió. A la luz del fuego de ramas, sus ojos brillaban como el oro en el plateado azul de su rostro. Y su mirada estaba clavada en Uter.

El señor Rassul se había lanzado hacia adelante, sin pensar, con sus largas zancadas tan rápidas como el galope de un caballo, tan presto que sólo Assan, su elfo adicto, pudo advertir su partida.

Ola y los caballos libres habían regresado con la cabeza baja al campamento de Llandon, con lentos pasos, cargados con el peso de las malas noticias. Avergonzado e inquieto, al semental blanco amado por el rey le costó confesar la muerte del paje Llewelin, el fracaso de la compañía en Kab-Bag y su embarque hacia las marismas, en unas malas balsas, acompañados sólo por unos caballos de albarda, sin alma y sin valor... Nadie había hecho preguntas. Las únicas palabras de Llandon habían sido para consolar a Ola y a sus compañeros, pero Rassul había sentido gravitar sobre sus hombros el peso de aquel silencio. Si la reina Lliane había proseguido su camino hacia las marismas y más allá, quería decir que estaba sobre la pista de Gael, bastante convencida de su culpabilidad como para arriesgarse a tan peligrosa travesía... Llandon no había dicho nada, pero el deshonor de Gael pesaba sobre todos los elfos grises y, especialmente, sobre él, su rey. Pobre rey sin reino y sin poder, rióta de aquellos enanos ridículos, llenos de cólera y de desprecio, que reclamaban justicia y agitaban sus hachas de verdugo, chorreantes aún de la sangre de su pueblo. Y si encontraban a Gael, ¿habría que entregárselo implorando su perdón? ¿Y si no lo encontraban? ¿Y si mataban a Lliane?

Rassul seguía corriendo, indiferente a las ramas que azotaban su rostro bajo los primeros copos de nieve del invierno. Corría llorando, de vergüenza y de rabia, y las lágrimas se helaban en su rostro de hielo. Corrió hasta las riberas del lago, hasta que el agua oscura y las cañas quebraron su impulso. Y entonces se derrumbó como una masa en el agua gélida, cediendo a esa desesperación absoluta que a menudo destrozaba a los elfos hasta la aniquilación.

Cuando Assan se le reunió por fin, el rey de los elfos grises se arrastraba por el barro de las riberas, sofocado por su llanto, lanzando largos lamentos que le destrozaron el corazón. Chapoteó hasta él, le tomó por debajo de los hombros y le arrastró dulcemente hasta la orilla, donde Rassul se ocultó en sus brazos hasta que sus sollozos cesaron.

Así cayó la noche sobre los dos elfos abrazados, salpicados de nieve y relucientes de escarcha, semejantes a una roca bañada por las aguas del lago.

XIII
Un día de bruma

El sonoro lamento de los chotacabras, esos depredadores nocturnos largos como una mano, cuyas plumas se parecen a la corteza, calló con el alba, y Tsimmi advirtió que apenas había dormido. Era la hora gris de la alborada. Las marismas estaban perfectamente silenciosas. Inmóviles. Petrificadas entre cielo y agua en la misma bruma apagada e insípida.

El enano contempló los cuerpos de sus compañeros, encogidos bajo las mantas. Freihr no estaba allí. Lanzó una ojeada hacia el sauce de ramas extrañamente retorcidas que formaban una cabaña natural. Decididamente, la reina de los elfos tenía extraños poderes...

Con la punta de la bota, golpeó a Miolnir, que despertó con un gruñido.

-¡Por mi barba! -dijo incorporándose sobre sus posaderas y lanzando a su alrededor una huraña mirada-. Soñaba que estaba en mi casa, en las montañas, en mi lecho de piel... ¡Qué país!

Tsimmi asintió con un movimiento de cabeza. Las marismas representaban todo lo que un enano podía detestar: el frío, la humedad, la naturaleza salvaje y casi ni la menor tierra firme para posar el pie. Un país en todo punto odioso.

Se levantó sobre sus cortas piernas, se frotó largo rato la espalda y comenzó a peinar su barba con la ayuda de una rama (pocas veces se insiste sobre este tema, pero los enanos se preocupan bastante de su apariencia). Luego se frotó los dientes con la misma rama, se enjuagó la boca con un trago de agua y hurgó en su bolsa buscando algo para comer.

-Habrá que pensar en cazar algo -dijo-. Pronto sólo tendremos galletas de avena...

Rogor y Blade habían despertado también, igualmente enfurruñados.

-¡Buenos días, mis dulces señores! -lanzó con una reverencia bastante patosa-. ¡Qué hermoso día! Realmente un tiempo de elfo, con los pies mojados y la lluvia en la cabeza.

Blade levantó los ojos al cielo y se encogió de hombros.

-No sabes lo que dices, enano. No está lloviendo...

-¿Y qué? ¡Ya lo hará! Desde que salimos, llueve, nieva y estamos empapados. ¿Por qué va a hacer buen tiempo?

-Ah, cállate ya... Mira, prefiero ir a mear.

El ladrón apartó sus mantas, se levantó ágilmente y se alejó en la maleza. En el mismo instante, la cortina de hojas formada por el sauce se estremeció y salió la reina Lliane, seguida por Till y su perro.

-¡Mirad quien está ahí! -dijo Miolnir-. ¡Un aparecido! El rastreador levantó una hosca mirada, pero Tsimmi se dirigió hacia la reina con una sonrisa jovial.

-¿Lo habéis salvado? -exclamó, admirado e incrédulo, examinando al rastreador con ojos de especialista-. Me gustaría que me enseñarais cómo... ¿Y Uter?

-¡Estoy bien!

Tsimmi dio un paso de lado y descubrió, detrás de la reina, la alta estatura de Uter el Castaño, vacilante aún, pero vivo.

-Estoy bien -repitió el paladín-. Saldré de ésta...

-¡Amigo mío! -murmuró el enano trotando hacia Uter para cogerle las manos-. ¡Estoy muy contento!

El caballero le devolvió la sonrisa, pero su tez grisácea y su aire desecho no gustaron en absoluto al maestro albañil.

-Espera -dijo tomando uno de sus valiosos zurrones-. Tengo aquí un remedio que te devolverá las fuerzas...

Levantó la cabeza y lanzó un guiño cómplice al caballero.

-Es decir... ¡Si la reina lo permite!

Lliane dejó escapar algunas notas de una risa argentina.

-Maese Tsimmi, si tenéis algo que me devuelva las fuerzas, seré vuestra primera cliente.

Tsimmi se engalló, muy contento, pero un ahogado grito le detuvo en seco.

-¡Paz! -susurró Blade, agachado entre la maleza-. ¡Alguien viene! Al unísono, todos tomaron sus armas y se pusieron a cubierto, unos tras el tronco de un árbol podrido, otros en un matorral o tras un montón de tierra. Agazapado tras una gran roca, con la honda en la mano, Tsimmi se roió los labios con los sentidos al acecho. De pronto, el chasquido de una rama, muy cercano, le hizo dar un respingo y se encontró cara a cara con el gran rostro de Freihr, terrorífico bajo su caparazón de lodo seco.

-¡Buuuuh! -gritó el bárbaro haciendo rodar sus ojos.

_¡Por la sangre, señor Freihr, eso no es divertido! -protestó Tsimmi llevándose la mano al corazón.

El guerrero sonrió y se adentró en el bosquecillo, satisfecho de su broma y, también, de la demostración que acababa de hacer de su habilidad para avanzar por un terreno enmarañado.

Viendo a Uter apoyado en un árbol lavándose el rostro con agua clara, el bárbaro sonrió un poco más.

-Ya no estás enfermo -dijo propinándole en la espalda una palmada que estuvo a punto de tirarle al suelo-. Freihr está muy contento.

-Gracias, amigo mío -dijo Uter con una sonrisa cansada-. La reina Lliane tiene mucho talento...

La elfo se lo agradeció a Uter con una breve sonrisa, luego se apartó para terminar de equiparse. La mirada del caballero permaneció clavada en ella, sin que lograse apartarla. El recuerdo de la noche enfebrecía aún su espíritu, pero la actitud distante de Lliane le llenaba de dudas. ¿Era posible que hubiera soñado? No, había sido mucho más preciso que un sueño. Recordaba aún el sabor de sus labios, la calidez de su piel; los sueños no producen nunca semejantes sensaciones.

-¿Has visto algo? -preguntó Blade.

El bárbaro se agachó, con la espada entre las piernas. De pronto, su frente se había puesto de nuevo grave. Todas las miradas convergieron hacia él, incluidas las de los tres enanos apostados algo aparte, como centinelas.

-Hay unas chozas, más adelante, a una hora de camino -reveló tendiendo el brazo hacia el norte-. He visto algunos elfos, esta mañana, pero solo mujeres y niños. Los demás deben ocultarse...

-Sí, o prepararnos una emboscada -dijo Tsimmi.

-Tal vez a vosotros, pero a mí no -lanzó Blade en un tono confiado-. Me bastará con ir allí y pedirles que nos lleven hasta Gael, ¡eso es todo!

-Eso es todo, sí -gruñó Miolnir-. Y caeremos todos en sus sucias Patas, como una presa.

Till reaccionó ante el insulto proferido contra los elfos grises, pero la mano de la reina se posó de inmediato en su brazo.

-Es cierto -reconoció-, que nuestros amigos enanos no son bienvenidos en Gwragedd Annwh. Y como creo que no estaréis de acuerdo en dejarnos buscar a Gael, no creo que tengamos alternativa...

-Vuestras palabras son la sabiduría misma -aprobó Blade inclinándose hacia la elfo con una deferencia de circunstancia-. ¿Por qué van a hacerme daño los elfos grises cuando llevo la prosperidad a su señor?

El ladrón calló, dándoles a todos tiempo de reflexionar.

-¡Bueno, ya está dicho! Si monseñor Freihr acepta conducirme, encontraremos a Gael y llevaré a cabo mi transacción, como estaba previsto. Luego, os dejo...

Freihr dio un sorbido y se bamboleó de un pie a otro. Buscó con la mirada a Uter, que avanzó lentamente hacia ellos. Había abandonado su armadura, demasiado pesada y ruidosa para las marismas, y sólo había conservado su gócete de hierro trenzado, que le cubría el cuello y los hombros. Sus brazos y sus piernas ya sólo estaban protegidos por una simple cota de mallas. Una larga cota de armas, con el paño teñido con grandes franjas horizontales azules y blancas, lo cubría todo, de los hombros hasta los tobillos, y se balanceaba al compás de sus pasos. Uter se tomó el tiempo de abrochar el tahalí que sujetaba a su cintura la pesada espada antes de levantar los ojos hacia Blade el ladrón.

Los dos hombres se escudriñaron en silencio durante largos segundos. Uter estaba pálido aún, con el rostro cubierto de un mal sudor frío, los rasgos demacrados, las cejas abrasadas por las llamas y las mejillas devoradas por una barba de tres días. Mirándolo bien, las runas que la reina Lliane había trazado con ceniza en su frente y sus pómulos eran visibles aún. El orgulloso caballero que había salido de Loth entre aclamaciones de la muchedumbre era ya sólo una sombra de sí mismo, salvo por el brillo sombrío de sus ojos. Con el cuerpo encogido y la mirada por debajo, Blade dejó rápidamente de sonreír, sin comprender qué le valía aquel examen. Luego, bruscamente, la mano del caballero cayó sobre su hombro y le hizo girar sobre sí mismo, antes de agarrarlo por el cuello y lanzarlo a tierra, de rodillas.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Blade se liberó del desfalleciente puño del caballero y se levantó, con la mano armada ya con una de las numerosas dagas arrojadizas que ocultaba en su espalda. Comprendió de inmediato su error.

Al despertar, había desdeñado ponerse el largo manto gris. La mirada del caballero había sido atraída por aquella sombría hilera de dagas, puestas en el cinturón del maestro ladrón, y su sangre se había helado al reconocer la factura de las armas.

Blade lanzó una rápida ojeada en redondo, con el punzón apuntando aún hacia delante. El caballero no había desenvainado la espada. Los elfos no se habían movido y le observaban en silencio, pero los enanos seguían empuñando sus queridas hachas. Freihr se aproximaba peligrosamente.

-¿Pero qué te pasa? -gritó el ladrón en tono menos seguro de lo que habría querido.

-A mi hermano de armas le atravesaron la garganta, hace menos de una semana, con una daga parecida a las tuyas -dijo Uter.

-¡Y qué! ¡Todo el mundo tiene dagas!

-Sí, pero en tu cinturón falta una...

Blade cometió un segundo error, la de comprobarlo.

-Tú mataste a Roderic, ¿no es cierto?

El ladrón no tuvo tiempo de responder. Un aullido bestial le sobresaltó y apenas pudo lanzarse hacia un lado para escapar a la furiosa carga de Freihr. Blade rodó por el suelo y se levantó con el mismo impulso y una inaudita agilidad. Antes incluso de que el coloso se diera la vuelta, lanzó su daga contra él y corrió a cuerpo descubierto hacia los matorrales. Durante unos segundos, percibió los gritos del grupo y los aullidos de Freihr. Luego sólo oyó ya el estruendo de un perseguidor, a su espalda, tan ruidoso que sólo podía ser un enano. Blade apretó el paso más aún y pronto sólo se oyó el ruido de su propia carrera. Entonces se atrevió a mirar hacia atrás. Estaba solo.

Sin aliento, con las sienes ardiendo, se dejó caer al suelo con la cabeza vacía. Los gritos de Freihr mostraban muy a las claras que había fallado el blanco. Una torpeza inconcebible en un maestro ladrón acostumbrado a dominar sus nervios... Cuando hubo recuperado el aliento, se levantó y examinó los alrededores. Sólo matorrales de aulaga, algunos alisos retorcidos, algunas matas de helechos. Ni cielo, ni vista... La bruma se había mantenido y el frío comenzaba a apoderarse de él. No tenía víveres, ni manto, ni más armas que las malditas dagas que le habían traicionado.

-Que revienten -gruñó-. ¡Que revienten todos, como perros! Blade contuvo un acceso de tos, con los pulmones ardiendo de tanto como había corrido. Era el fin. Había que abandonar ese maldito país, encontrar de nuevo la marisma y aguardar hasta la noche, esperando que Oisin el batelero acudiera a la cita.

-¡Cagüendiós!

Acababa de descubrir que no tenía ya su zurrón: no llevaba pues nada que pudiera hacer creer al gnomo que se trataba de un contra-veneno. Peor para él, que reventara también.

Blade se puso en marcha hacia el tronco blanco de un álamo que emergía de una cortina de helechos y aulaga cargada de flores amarillas. Si trepaba él, tal vez pudiera orientarse y volver al pontón... Desenvainó una de sus dagas y se abrió camino por entre los largos tallos de los helechos, chapoteando de nuevo en el fango turboso de la marisma. La daga era una arma de estoque y no de corte, y su hoja no tenía más efecto que el de separar la cortina vegetal, sin seccionarla, pero los grandes y rabiosos golpes que daba el maestro ladrón apaciguaron su cólera. De pronto, un agudo piar le hizo dar un respingo. Agazapado, conteniendo el aliento, escudriñó el cielo acechando al gerifalte de Till. La niebla era demasiado espesa, pero tal vez estuviera allí, girando sobre su cabeza... Una vez más, resonó el agudo grito, esta vez muy cerca, a ras de suelo. Blade apuntó la daga hacia la insondable cortina de helechos y retrocedió, jadeante, lanzando rápidas ojeadas a su alrededor.

Cuando se disponía a poner de nuevo pies en polvorosa, una mano le agarró del brazo y le lanzó al lodo. Blade aulló, reptando por el barro negro, y consiguió volverse hacia su agresor.

Eran diez, tal vez más, flacos hasta dar miedo y con el rostro gris.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Tsimmi viendo que Miolnir regresaba.

En cuanto encontró la mirada furiosa y avergonzada de su amigo, supo que su pregunta era inútil. Los enanos eran temibles guerreros en combate cuerpo a cuerpo, los terribles molinetes de sus pesadas hachas hacían destrozos a la altura de las caderas de la mayoría de sus adversarios, pero no servían de mucho cuando era preciso correr, como todo el mundo sabía. Miolnir no sólo se había dejado distanciar muy pronto sino que, además, se había perdido en aquellas nauseabundas marismas, invadidas por aulagas y bosquecillos de mimbres que, dada su talla, formaban una verdadera pantalla a su alrededor. Se había perdido y había tenido miedo (sentimiento desagradable para un caballero enano de semejante reputación).

-¿ Y él por qué no ha hecho nada? -gritó señalando a Till-. ¡Nunca está ahí cuando hay peligro! ¡Vamos listos con esos rastreadores!

Till palideció ante el insulto y, tomando su arco, sacó una flecha del carcaj que llevaba a la cintura. Su perro avanzaba ya gruñendo hacia el caballero enano, con el pelo erizado en todo el espinazo. El gerifalte emprendió de inmediato el vuelo, dispuesto a caer sobre su adversario para cegarle con el pico y las garras.

-A todos nos ha sorprendido la reacción de Blade -intervino suavemente la reina Lliane, sin hacer un gesto para interponerse entre el elfo verde y el enano.

Till y el caballero enano sintieron que se esfumaba su mortífera rabia. Había algo en la voz de la elfo que apaciguaba el alma *y* os forzaba a escucharla.

-Vos habéis sido el único, señor Miolnir, lo bastante rápido para darle caza -prosiguió la reina.

-¡Ja!

El guerrero enano se engalló y levantó orgullosamente el mentón (es decir que su barba tuvo una especie de estremecimiento de orgullo). Miró de arriba a abajo al rastreador y su perro con una mueca despectiva, levantó un ojo negligente hacia el cielo, donde planeaba el gerifalte, les volvió la espalda con una risita y se reunió con Rogor.

El silencio se hizo de nuevo en la compañía. Un silencio de bruma, espeso y algodonoso, preñado de palabras no pronunciadas y de preguntas sin respuesta. Fue Miolnir, de nuevo, quien cedió primero.

-Bueno, por la sangre, ¿qué hacemos?

-Pues bien, ésa es la pregunta -murmuró Tsimmi, que intentaba en

vano golpear su encendedor para prender su habitual pipa de tierra blanca.

Renunció a ello, guardó en su zurrón la pipa y el encendedor antes de advertir que todos tenían los ojos clavados en él, como si su simple frase le convirtiera en portavoz de los negros pensamientos de todo el grupo. Miradas huidizas, frentes preocupadas, labios cerrados.

-Bueno -dijo el maestro albañil levantándose-. He aquí cómo estamos: si las sospechas de monseñor Uter están fundadas -y la propia fuga de Blade es, según creo, prueba bastante-, el hombre que debía llevarnos hasta Gael nos seguía probablemente, de hecho, desde que salimos de Loth. Mató al señor Roderic, ha estado a punto de reservar la misma suerte a monseñor Freihr (y entonces subrayó sus palabras inclinando la cabeza hacia el bárbaro, que oprimía aún contra su mejilla profundamente surcada por la hoja del maestro ladrón una compresa de esfagno), y si sabía en verdad dónde se encuentra el señor Gael, ahora ya no nos lo dirá... De modo que...

-De modo que debemos ir a la aldea que Freihr ha descubierto y pedir ayuda a los elfos grises -concluyó la reina Lliane-. Yo iré a hablar con ellos. Me escucharán...

-Perdón -dijo Tsimmi-, prosigo. Decía pues que se plantea una pregunta: ¿por qué el hombre nos seguía y por qué...?

-¡Está claro, pues, que esas payasadas ya han durado bastante!

La potente voz del señor Rogor les petrificó. Irguiendo toda su talla (y era considerable para un enano), con las piernas sólidamente plantadas en el suelo, se deshizo de su túnica de paje roja, con las runas del rey Baldwin y manchada por el lodo de la marisma, y la arrojó al suelo. Luego soltó de su cinturón la hoja de un hacha de temibles dimensiones y la fijó en el sólido mango de destral que Miolnir, respetuosamente colocado dos pasos más atrás, le tendió.

-Oh, no -murmuró Tsimmi, con el discurso cortado en seco.

A su pesar, buscó con la mirada a Uter y, luego, a la reina. El caballero parecía fascinado por cada uno de los gestos de Rogor, pero Lliane le miraba, a él, a Tsimmi, con un aire de reproche, de dolor y de cansancio que destrozó el corazón del maestro albañil.

-Soy Rogor, sobrino del rey Troin y heredero del trono bajo la Montaña negra -dijo el gran enano con su terrible voz, sujetando la pesada hacha con ambas manos-. El elfo Gael mató a mi tío y voy a vengarle.

Apartó su larga barba roja y reveló su armadura adornada con un blasón negro que lucía una espada dorada.

-¡Dwalin! ¡Dwaaalin!

-¡Larga vida, larga barba, terror de sus enemigos! -lanzó Miolnir a su espalda, con la voz un poco exaltada ante el estupor de Tsimmi.

Uter, atónito y superado por los acontecimientos, buscó con la mirada la ayuda de sus compañeros. Se estremeció descubriendo que Till tenía su arco dispuesto y una flecha puesta en la cuerda. La propia reina parecía a punto de desenvainar su larga daga élfica, pero su rostro, sobre todo, y la expresión de salvaje desafío que mostraba en aquellos instantes dejaron estupefacto al caballero.

-¡Monseñor Uter!

El joven paladín se acercó al príncipe Rogor.

-¡Por mi fe, fue a mí a quien ofendieron! -dijo el enano-. Tú, compañero, fuiste enviado por el Gran Consejo con un solo objetivo: castigar al elfo asesino. Debes ayudarme pues, y tú también, señor Freihr... Pues si no vengamos los manes de mi tío, no tendré más alternativa que lanzar contra el pueblo del asesino la Cólera de los enanos.

Puesto que Freihr le miraba con su aire habitual (es decir que parecía no haber comprendido nada de la diatriba del enano), Rogor golpeó el suelo con su formidable hacha.

-¡La guerra!

Tras él, Miolnir levantó orgullosamente su propia destral, con los ojos brillantes de excitación.

-¡La guerra! ¡La guerra!

-El elfo Gael debe ser castigado, y eso es lo que va a hacerse, con o sin vos. ¡La sangre lavará la injuria! ¡Es pura justicia! ¡Es la decisión del Consejo! Debemos lanzarnos sobre la aldea de esos perros y obligarles a que nos lo entreguen.

La injuria anudó las tripas de Tsimmi, que se volvió de nuevo hacia la reina para intentar atenuar las palabras de Rogor, pero el rostro de la elfo le aterrorizó. El fulgurante recuerdo de las leyendas terribles y maravillosas que le contaban antaño, en las veladas, cruzó por su espíritu. Las hadas-dragones de ojos que abrasan, vampiros lívidos, espejismos fríos, sortilegios mortales, flechas de plata. La reina, en aquellos instantes, parecía recién salida de uno de aquellos horribles cuentos. El elfo de la noche, serpiente helada que va a devorar a los pobres enanitos, aún en la cuna, o que os agarra con sus dedos azules y os destroza el corazón, si os arriesgáis solos por la selva... Como dos fieras, mirando con los ojos amarillentos el grupo de los enanos, Lliane y el rastreador avanzaron hacia ellos con paso deslizante, imperceptible. El rostro deformado por un rictus bestial, los labios levantados ante sus dientes, como los vampiros de la leyenda, cuya belleza maravillosa se transforma, de pronto, en una mortal fealdad.

Librodot

Uter y Freihr les daban la espalda, intentando desesperadamente parlamentar con Rogor. Sus palabras eran ahogadas por Miolnir, inconsciente y fanfarrón, que cantaba hasta desgañitarse el viejo peán de los enanos bajo la Montaña negra:

Om, Om, Ghazar-Run.
Oro y hierro,
Tambor redobla
Corre el viento
Muerte y guerra
Tambor redobla
Ghazar-Run.

Ridículo estruendo.

Tsimmi, aterrorizado, retrocedió precipitadamente y cayó al suelo de turba. La reina estaba muy cerca de él, avanzando sin echarle una mirada, como si no existiera, con los ojos clavados en el grupo de guerreros. En la bruma rampante y las altas hierbas que cubrían sus pies, parecía flotar por encima del suelo, pálida y silenciosa. Un fantasma... La mirada del enano fue irresistiblemente atraída por la hoja de plata de Orcomhiela, la larga daga de doble filo que la elfo apuntaba hacia adelante, a ras de tierra. Buscó tanteando una arma en su cinto: su martillo de guerra estaba fuera de su alcance, puesto sobre su equipaje. Luego Miolnir aulló, con el dedo tendido hacia los elfos, y todos se volvieron de pronto mientras Till soltaba su flecha. Tsimmi tuvo tiempo de ver a Uter y Freihr lanzándose hacia el rastreador. Percibió también el grito de Miolnir cuando la flecha le atravesaba la mano, luego la reina se lanzó al ataque y el maestro albañil se lanzó a sus pies para hacerla caer.

Lliane cayó boca abajo, perdió su daga y se volvió como una furia, clavando en él sus ojos amarillos de bestia salvaje. Tsimmi estaba ya de pie, dominándola con su breve talla, con un simple puñado de tierra en la mano. Lo lanzó contra ella y pateó con violencia el suelo. Lliane cerró los ojos cuando la lluvia de tierra le abofeteó el rostro. En cuanto volvió a abrirlos, encontró su mirada y vio que el enano sacudía la cabeza con una expresión desolada. Un instante más tarde, una oleada de tierra negra y lodosa brotó hasta la cima de los árboles, con un ensordecedor gruñido, cayó luego sobre la reina y se la tragó.

Librodot

XIV
Los elfos grises

En la llanura, la nieve no había dejado de caer desde hacía dos días. Todo era blanco hasta perderse de vista y el propio lago se cubría de placas de hielo. Sólo las murallas de Loth y, más allá, las torres de palacio, visibles a varias leguas, destacaban contra el paisaje inmaculado. El senescal-duque Gorlois, envuelto en una capa de pieles y calzando gruesos borceguíes de cuero claveteado, se dejaba acunar por la silla, saboreando el silencio opaco de la primera nieve, la resonancia algodonosa de los pasos de su caballo, el tintineo apenas perceptible de las armas de su escolta. Con la cabeza ceñida por un capuchón de terciopelo rojo, adornado con un lilipipión, larga franja de tejido que se enrollaba en torno del tocado para volver a bajar rodeando su cuello, al modo de una bufanda, con las manos protegidas por altos guantes de cuero forrados de piel, sólo sentía, del frío, un agradable entumecimiento del rostro, picante, vivificador, muy al contrario que su gente de armas, que temblaban con sus heladas cotas de malla.

Gorlois se sentía bien.

Hasta perderse de vista, era la tierra de los hombres. En su juventud, el bosque se extendía aún hasta las puertas de Loth, simple aldea fortificada por aquel entonces, pero los campesinos libres y los siervos habían quemado los bosques, desbrozado y arado los campos y construido aldeas. El reino de Logres se había vuelto inmenso, más poderoso de lo que Pellehun y él habrían soñado nunca.

-¡Monseñor! Ahí están...

La exclamación del jinete que abría la marcha sacó al senescal de sus pensamientos. Espoleó y su caballo se puso al trote, sobrepasando a su escolta para acercarse al señor Rassul, rey de los elfos grises de las marismas que le aguardaba junto al lago. Gorlois levantó la diestra en señal de saludo, puso luego pie a tierra con menos prestancia de la que habría deseado: los años comenzaban a pesar...

Rassul, como el senescal le había recomendado, acudía solo a la cita acompañado únicamente por su elfo adicto, Assan. que parecía armado sólo por una larga pértiga desprovista de hoja, ni siquiera aguzada.

Los dos elfos, inmóviles en las riberas del lago, pálidos y delgados, sólo iban vestidos, como solían, con unas largas túnicas de moaré, y Gorlois sintió frío por ellos.

Lanzó una ojeada hacia atrás, comprobando que sus guardias permanecían a distancia, luego se sacó el guante y tendió la mano al rey.

-Gracias, señor, por haber respondido a mi mensaje -dijo inclinando la cabeza con humildad.

-¿Y bien?

Gorlois avanzó algo más y tomó familiarmente al elfo del brazo. ¡Dios del cielo, ni siquiera iba armado! ¡Ni una triste daga! Por unos instantes, el veterano guerrero jugó con la idea de lanzar su escolta contra los dos elfos y matarlos, allí, en la ribera. Sería fácil, bastaría con echar sus cuerpos al lago. El hielo sólo los devolvería al deshelarse, y los elfos grises no tendrían ya rey...

-¿Bueno? -insistió Rassul. Gorlois le sonrió y le llevó aparte.

-Señor, he recibido noticias de nuestra delegación. Una paloma mensajera procedente de Kab-Bag.

-Sí, ¿y qué?

-El rey Pellehun y yo mismo hemos creído que debíais estar informado antes de que el Gran Consejo celebre su sesión. Pues tendrá que reunirse de nuevo, antes incluso de que la reina Lliane y nuestros delegados vuelvan a Loth... Me temo que son malas noticias.

Rassul se detuvo y arrancó su brazo de la mano de Gorlois.

-¿Han encontrado a Gael?

-No todavía no... Pero tienen la prueba de su culpabilidad. Mucho me temo que los enanos hayan dicho la verdad, señor. Gael es sin duda el asesino del rey Troin.

-¡Por la sangre!

El elfo gris dio una rabiosa patada a un matorral cargado de nieve, lanzando por los aires una nube blanca, y maldijo largo rato en su lengua, un dialecto élfico de las marismas que Gorlois no conocía. Lanzó una ojeada atrás, hacia Assan, que piafaba como un semental encajonado, inquieto por el furor de su dueño. Gorlois contuvo una sonrisa, preguntándose cuál era la naturaleza exacta de los vínculos que unían a Rassul y su elfo adicto. Diríase que, entre los elfos, los sexos estaban a veces mal definidos... Luego adoptó de nuevo un aire de circunstancia y fijó su atención en el señor de las marismas.

-¡Ya me parece oír a Baldwin y su corte! -escupió Rassul-. Nadie va a creer que Gael actuara por su propia cuenta, o por cuenta de cualquier otro. No, dirán que fui yo el responsable. ¡Que yo encargué el asesinato de Troin! ¡Otra vez, como siempre, todo es por culpa de los elfos grises!

Y Rassul estaba por completo gris. Sus largos cabellos no trenzados formaban unas crines plateadas que corrían por su espalda como una cascada helada y era difícil distinguirla de su piel, de un azul exangüe. Inclinado, con el cuerpo estrecho y los miembros largos, Rassul tenía un rostro duro, agudo, de sobresalientes pómulos y arcadas ciliales. Podía parecer hermoso, como todos los elfos, pero en aquel momento su delgadez y su rabia lo hacían más bien terrorífico.

-Señor, debemos ante todo evitar un conflicto -prosiguió Gorlois untuoso-. Y tememos que vuestra presencia en el Gran Consejo provoque la hostilidad de los enanos.

Se interrumpió un instante, como buscando las palabras.

-Por eso, señor, os aconsejo que huyáis...

-¿Cómo?

Con los ojos muy abiertos y los labios blancos, Rassul le miraba a punto de asfixiarse.

-Huir ante los enanos...

-Ya visteis al viejo Baldwin, la última vez... Habríase dicho que estaba decidido a provocar una guerra.

-¡Que lo haga! -aulló Rassul-. ¡Devorador de piedras! ¡Nabo ridículo! ¡Esta vez, no le dejaremos hacer! Ha terminado el tiempo de los elfos arrastrándose por el barro, asustados por sus galopadas.

-Señor, yo os conjuro, dejad que se encargue el Consejo...

-¡No! ¡Eso se ha terminado! Toda esta historia huele a conjura. Los enanos son así, siempre haciendo planes, siempre matándose entre sí por sus malditas montañas. Pues bien, ¡basta ya! ¡No van a utilizarnos!

-Pero, señor, los elfos grises nunca podrían resistir la Cólera de los enanos. ¡Sería vuestra perdición!

-¿Ah, tú crees?

Rassul agarró al viejo senescal por su capa de terciopelo y lo atrajo hacia él, en un gesto de tal violencia que Gorlois sintió que despegaba del suelo y estuvo a punto de perder el equilibrio.

-Por mi parte -silbó el elfo con una mirada enloquecida y asesina-, me gustaría verlo...

Junto a los caballos, los guardias de la escolta reaccionaron de inmediato. Algunos habían desenvainado ya su espada, dispuestos a lanzarse al asalto, pero el alto-elfo soltó a Gorlois y, gritando algo a su comparsa en su imposible lengua, ambos huyeron a largas zancadas, tan rápidas como el galope de un caballo.

El capitán de los guardias corrió hacia el senescal, de rodillas, postrado en la nieve. Tendía ya las manos para ayudarle a levantarse cuando se inmovilizó, desconcertado.

Doblado en dos sobre la nieve, con el cuerpo sacudido por los espasmos, Gorlois reía.

Cuando Tsimmi recobró el conocimiento, el aire estaba todavía lleno de carbonilla, oscurecido e irrespirable. Medio enterrado por la espantosa oleada de tierra que había producido, al enano le costó liberarse. Tosió, escupió, echó hacia atrás su capuchón verde para despeinar sus cortos cabellos castaños, luego se sacudió, de cualquier modo, con sus patosas manos, el jubón manchado de turba. Sus dedos se deslizaron por uno de los numerosos zurrones que llevaba al cinto y con un gemido desolado sacó su querida pipa de arcilla, que no había soportado el seísmo. Arrojó al suelo la boquilla rota, conservando de todos modos el hornillo y, con paso inseguro, se apartó de la nube de polvo. Sus piernas le hacían sufrir aún desde los golpes recibidos en Kab-Bag, el sortilegio le había vaciado de sus fuerzas, aspirando hasta en lo más profundo de su ser las menores parcelas de energía vital.

Llegado junto a una gran roca, a pocas toesas del magma terroso, se sentó suspirando un lamento y contempló su obra. Nada quedaba del calvero donde habían pasado la noche. El sauce, medio arrancado, dejaba ver sus raíces, y el suelo, triturado, vuelto como por la reja de un formidable arado, había enterrado a la reina bajo un titánico montón de turba, hierba y rocas. Al pensarlo, el enano se puso de nuevo en pie y se zambulló otra vez en la nube terrosa que seguía obscureciendo toda la escena. Por un momento, no vio nada y sintió el corazón en un puño ante la idea de que tal vez les hubiera matado a todos, hombres, enanos y elfos, que estaba solo, sin víveres y sin agua, demasiado agotado para poder utilizar la magia antes de que pasaran largas horas e incapaz de orientarse en aquel inmundo país de ciénagas.

Luego advirtió el brillo mate de una armadura.

De rodillas, utilizando su coraza como una pala, Uter cavaba frenéticamente la tierra, con el rostro negro de polvo y recorrido por regueros de sudor. A su lado, Freihr cavaba, también, soltando unos «han» de leñador, arrancando enormes terrones y lanzándolos a sus espaldas a una cadencia prodigiosa. Con la mejilla ensangrentada, sus rubios cabellos manchados por el lodo, sus pieles enmarañadas, el bárbaro parecía más un ogro o un gigante. Tsimmi se detuvo a poca distancia, sin atreverse a avanzar más.

Pero el bárbaro le descubrió.

-¡Tsimmi! ¡Enano estúpido! ¿Has hecho tú eso? Uter volvió la cabeza y, viéndole, se puso en pie de un brinco y le agarró por el cuello.

-¿Has hecho tú eso? -dijo a su vez.

Tsimmi, casi estrangulado, gorgoteó una vaga respuesta que el caballero no se tomó el trabajo de escuchar.

-¡Sácala de ahí!

Lanzó al enano al suelo y Tsimmi, herido en lo más profundo, se incorporó enseguida, con un estertor de orgullo, el rostro maligno y los puños prietos.

-¡No puedo! -gritó-. ¿Pero qué te crees? ¿Que puedo hacer y deshacer el mundo a mi guisa? ¡Pues bien, no! ¡No puedo hacerlo! Uter le agarró de nuevo y lo lanzó al suelo sin miramientos.

-¡Entonces, cava!

Sin decir palabra, los tres compañeros se pusieron a trabajar, desbrozando el caos de tierra y piedras con salvajismo, agotando su rabia en un combate silencioso y encarnizado.

-¡Ahí, mira! -gritó de pronto Freihr.

Tsimmi se levantó con excesiva brusquedad y unos puntitos luminosos danzaron ante sus ojos. Vaciló, parpadeando, presa de un vértigo horrible cuando se esforzaba por distinguir

lo que el bárbaro estaba señalando. Una mano, era eso. Una mano azul, femenina y cuyos largos dedos se movían débilmente.

Tsimmi se dejó caer hacia atrás, rodó por el suelo y apoyó su frente en la tierra, recuperando el aliento esperando que el vértigo se disipara.

Lliane estaba viva... Con los ojos cerrados, las sienes palpitantes y el corazón en los labios, incapaz de ordenar sus pensamientos, el enano se sentía asaltado por un chorro de preguntas. ¿Por qué la violencia de su sortilegio le había sorprendido, a él mismo, tal vez a riesgo de costarle la vida? ¿Por qué estaba tan cansado? ¿Realmente había querido matar a la reina? ¿Pero, entonces, por qué se sentía tan feliz al descubrirla con vida? ¿Y además, dónde estaban Rogor, Miolnir y Till el rastreador? ¿Estarían todos allí enterrados?

Lentamente, con precauciones de convaleciente, se levantó y, con el cuerpo medio doblado, las manos apoyadas en los muslos, contempló a los dos hombres que cavaban con las manos desnudas para liberar a la reina. Oyó a Uter que le hablaba ininterrumpidamente, le vio estrecharla en sus brazos, arrancarla del túmulo y llevársela, como a una niña, fuera de aquel caos mineral.

Con paso vacilante, Tsimmi se reunió con ellos en un bosquecillo de abedules y se acuclilló aparte, con un nudo de incontrolable emoción en la garganta. Uter empapaba en una charca una punta de su manto para limpiar el rostro magullado de la reina de los altos-elfos. Apoyada en el tronco blanco de un abedul, con la ropa desgarrada y los cabellos llenos de tierra, sangrando por mil cortes en el rostro y en el cuerpo, Lliane se dejaba hacer, sin apartar los ojos del caballero, con tanta insistencia que Uter se volvía torpe.

-He tenido... He tenido miedo, mi reina -soltó por fin.

Lliane no respondió, pero sus dedos se posaron en los labios del caballero, acariciando sus contornos antes de rozar su mejilla, haciendo crujir su barba de dos días. Luego, los dedos se deslizaron por su cuello, estrecharon su nuca y lo atrajeron hacia ella, lentamente, hasta que sus labios se tocaron. Uter mantuvo los ojos bajos, entrecortada la respiración, fuera del tiempo. Ella acarició los labios del joven con la punta de la lengua, sonrió ante su sorpresa (de modo que los hombres no besaban así) y se abandonó en un beso contenido, prolongado, infinito del que emergieron, ambos, como sonámbulos, arrobados, turbados, incrédulos.

Ni el propio Freihr, de pie a pocos metros, se atrevía a respirar por miedo a romper el encanto, y cuando se separaron, con huidizas sonrisas de jovencitos, el bárbaro se bamboleó de un pie a otro, inclinando la cabeza y riendo de placer. Fue a levantar a Tsimmi y le administró en los hombros una palmada jovial, capaz de tumbar al enano por la cuenta.

-¡Eh! ¿Qué me dices de eso?

Tsimmi permaneció silencioso, demasiado conmovido para poder hablar. Sus ojos brillaban y seguía teniendo un nudo en la garganta (una sensación poco común en un enano). La reina le vio por fin y tendió hacia él el brazo, con una sonrisa.

-La locura y la muerte han estado a punto de arrastrarnos a todos -dijo-. Os pido perdón, maese Tsimmi.

El maestro albañil soltó un hipo de sorpresa.

-¡Pero no, soy yo! Soy yo el que os pide perdón. Había creído que...

No pudo concluir la frase. El alivio, la fatiga, la emoción, la felicidad acabaron con él. Y, por primera vez desde hacía años, Tsimmi derramó cálidas lágrimas.

Permanecieron allí, atontados y felices, hasta que la nube de tierra se hubo disipado totalmente y su fiebre bajara, en el aire helado y húmedo de la marisma. Pero, cuando el frío se apoderó de ellos, se levantaron en un mismo impulso y volvieron a registrar el calvero devastado, buscando los restos de su equipaje y de sus armas.

Lliane encontró el arco y las flechas de Kevin, y también su daga, Orcomhiela, intacta, ni siquiera mancillada por la tierra. Recuperaron el abollado casco de Miolnir, la túnica roja que Rogor había tirado al suelo, pero ni rastro de ambos enanos. Freihr fue quien hizo el descubrimiento más macabro. El perro de Till, con el espinazo roto y la lengua colgante,

Librodot

yacía sin vida bajo los escombros. Por lo que al rastreador y su halcón se refiere, habían desaparecido.

Los cuatro supervivientes se equiparon en silencio, evitando mirarse, aunque por razones muy diversas...

-Hay que alcanzar a Gael antes que ellos -dijo Uter y, luego, se volvió hacia la reina-: ¿Podéis guiarnos? Lliane hizo un gesto de impotencia.

-No conozco estas regiones e ignoro incluso dónde buscar... Pero sé que los elfos grises me escucharán, si nos cruzamos con ellos.

-En todo caso -intervino Freihr con su voz poderosa y tranquila-, la pista de los enanos es fácil de seguir... Van hacia las chozas que he divisado esta mañana.

Todos miraron en la dirección que indicaba, y unas hierbas pisoteadas como por un rebaño de ciervos mostraban a las claras el camino de los dos patosos.

-No tienen posibilidad alguna -murmuró la reina.

-Salvo si los alcanzamos a tiempo -dijo Uter-. Vamos. Freihr, ve por delante, explora el camino. Tú, Tsimmi, quédate con la reina. ¡Yo cerraré la marcha!

El bárbaro se puso en marcha enseguida, con la espada en la mano, y desapareció en la maleza. Tsimmi aprovechó aquellos segundos de respiro para recoger unas piedras, metiéndoselas en uno de los zurrones. Luego, sacó la honda y colocó cuidadosamente un guijarro redondo en la tira de cuero, antes de ponerse en movimiento. Tras él, la reina había colocado en la cuerda de su arco una de las flechas de Kevin. Dedicó una breve sonrisa a Uter, luego siguió los pasos al enano, tan silenciosa como ruidoso era él. Uter lanzó una última mirada al devastado calvero, sonrió y se puso en marcha.

La compañía avanzaba sin decir palabra, atendiendo cada cual al menor ruido, con los dedos crispados en la empuñadura de su arma. A su alrededor, los bosquecillos y las altas hierbas de las ciénagas se hacían cada vez más densos, hasta el punto de que Freihr, a veces, tenía que abrirse camino a golpes de espada. Pese a su talento de rastreador, creyó cien veces haber perdido las huellas de los enanos, pero cien veces descubrió el rastro de una bota, pesadamente impreso en el pegajoso lodo de la marisma.

Uter, por detrás, sentía oleadas de calor que subían a su rostro y regueros de sudor que corrían por su espalda. La fiebre le ceñía aún la cabeza y le debilitaba hasta el punto de que le costaba mantener derecha su larga espada. Maldito orgullo que le había impulsado a permanecer de pie en la nube de mosquitos y que le había convertido en esa sombra de combatiente, apenas capaz de desplazarse sin ayuda. Sacudió la cabeza intentando recuperar sus sentidos. La compañía se disponía a librar batalla y era preciso mostrarse digno de la confianza del Gran Consejo... De pronto, advirtió que Lliane y Tsimmi se habían inmovilizado. La reina le hizo signos de ocultarse en los matorrales, puso un dedo en sus labios y, luego, avanzó, inclinada, con el arco en la mano. Desapareció rápidamente en las altas hierbas, sin el menor ruido.

Uter aguzó el oído, pero las ciénagas estaban sumidas en un insoportable silencio, sin ni siquiera el grito de un pájaro, sin ni siquiera el zumbido de un mosquito, como si toda la naturaleza contuviera el aliento. Tsimmi se volvió hacia él levantando interrogador las cejas, y el caballero avanzó a gachas hasta el enano. Hacía ahora un minuto que la reina se había marchado, un tiempo considerable en la inminencia del peligro.

-¿Qué hacemos? -susurró Tsimmi.

Uter tendió el cuello levantándose a medias para intentar descubrir algo por encima de la cortina de hierbas, cuando la voz gangosa de Freihr resonó a poca distancia.

-Venid...

Tsimmi y el joven caballero avanzaron a través de las aulagas. Freihr y la reina les daban la espalda, inmóviles ante una charca de barro. Uter fue el primero que se unió a ellos y se estremeció de horror. Luego, Tsimmi les apartó y también él pudo ver.

-¡Por la sangre!

Era Miolnir. Tendido boca arriba en un espeso y negruzco barro y ya medio hundido, con el torso y las piernas atravesados por las flechas a pesar de su jubón de cuero, se zambullía inexorablemente, aspirado por el inmundo lodazal. Sus ojos que permanecían abiertos, fijos con una expresión de estupor en el cielo macilento de su última jornada, no dejaban adivinar sufrimiento alguno. Todas las flechas debían de haberle alcanzado juntas, en una sola andanada, y ninguno de los legados del Gran Consejo dudó de la naturaleza de los arqueros. Ante su mirada cansada y asqueada, el fango se mezcló muy pronto con los pelos de su barba castaña, se insinuó en sus labios, en su nariz, en sus órbitas, luego su rostro desapareció lentamente en el lodo. Durante algún tiempo, atroz detalle, sólo las plumas de las flechas que le habían matado permanecieron en la superficie de la charca, luego también ellas se hundieron y nada quedó ya de Miolnir, caballero adalid del rey Baldwin que había muerto sin gloria tan lejos de sus queridas montañas... Tsimmi sacudió la cabeza tristemente.

-Le conocía desde hace al menos cincuenta años -dijo-. Y, al mismo tiempo, nunca nos habíamos hablado realmente antes de partir hacia esta aventura... Era un guerrero, vamos. De todos modos, no hablan mucho...

Uter miró con gravedad al maestro albañil. La muerte de Miolnir le recordó la de Roderic, tan reciente y, sin embargo, tan lejana ya en su espíritu. Habían ido a clase juntos y se codeaban desde siempre. En fin, diez años al menos... ¿Pero qué podía representar eso para unos enanos bicentenarios, para quienes el tiempo no tiene fin?

-¿Qué edad tienes, Tsimmi? -preguntó de pronto, y la incongruencia de la pregunta hizo que Lliane y el bárbaro fruncieran el ceño.

-Tengo ciento treinta y dos años -respondió el maestro albañil-. De hecho, estoy cerca de los ciento treinta y tres, en toda la fuerza de la edad...

-¿Cómo podéis vivir tanto tiempo sin que os asquee? Tsimmi inclinó de nuevo la cabeza y sonrió, como si comprendiera el estado de ánimo del joven y la extraña andadura de su pensamiento.

-La vida es un ciclo, Uter. Y el ciclo de los enanos es más largo que el de los hombres. El asco, el cansancio de vivir, la pérdida de la fe o del entusiasmo sólo nos asaltan después de largos años. A vosotros os ocurre antes, pero vuestra propia vida es más corta. La naturaleza está bien hecha... A pesar de todo, por lo que te concierne, me pareces un poco joven para hacerte semejantes preguntas.

-Es la naturaleza humana -dijo Lliane acercándose a ellos.

Tomó el rostro de Uter en sus largas manos y le miró con ternura. No... No sólo con ternura. Algo más también: ¿curiosidad, incomprensión, deseo?

-A los hombres no les gusta la vida y, sin embargo, temen la muerte -prosiguió ella sin dejar de mirarle, con el cuerpo apoyado en el suyo-. Y por eso arrastran consigo esa amargura, esa violencia, esa necesidad de construir, de perpetuarse, de imprimir su marca en la tierra. Pobres hombres que no existen si no graban sus nombres en la corteza de un árbol...

-¡De ningún modo! -dijo Uter apartándose de la reina, descontento con sus palabras-. Los hombres...

Buscó las palabras, turbado por la mirada clara de la elfo y la aguda y enmarañada del enano. Molesto, apartó los ojos y contempló la charca de lodo que servía de tumba a Miolnir.

Y luego, de pronto, un desgarrador piar, parecido al grito de un pájaro, le sobresaltó y levantaron sus armas.

-¡Son ellos! -susurró la reina-. ¡Son los elfos!

Tsimmi se encogió, contrayendo el cuerpo a la espera de una andanada de flechas, apretando nerviosamente, ante sí, su pesado martillo de guerra.

Había a su alrededor estremecimientos en las altas hierbas, largos aullidos, sombras furtivas entre los abedules de blanca corteza. Los elfos grises se acercaban, indecisos, forzosamente indecisos dada la presencia de una representante de la antigua raza de Morigan, una de esos altos-elfos de piel azulada y porte altivo a los que sólo veían muy pocas veces en las marismas de Gwragedd Annwh.

Lliane había avanzado hacia ellos. Levantando toda su talla y con los hombros echados hacia atrás, inmóvil e hierática, contemplaba sin temblor el sinuoso y ágil avance de los elfos de las marismas. Luego, cuando estuvieron a menos de cincuenta metros, comenzó a hablar, en su sibilante dialecto que parecía el ruido del agua corriendo en un torrente, sin levantar la voz y sin dejar de dirigirse a ellos, como un encantador de serpientes o un domador de osos, con las manos levantadas y las palmas abiertas de par en par, para mostrar que iban en son de paz. Una flecha se clavó en el turboso suelo, casi entre sus piernas. No se interrumpió. Hubo más flechas aún, cayendo lentamente a su alrededor, como para probarles, como para incitarles a huir u obligarles a atacar, pero no se movieron.

Transcurrieron aún unos largos minutos antes de que el estremecimiento de las hierbas se acercara y las curtidas siluetas de los elfos grises se dibujaran contra las aulagas. Uter y Freihr, erguidos y espalda contra espalda, protegiendo a Tsimmi con todo su tamaño, intercambiaron algunas miradas nerviosas. Con las manos húmedas en la guarda de sus espadas, no estaban lejos de lanzarse directamente hacia ellos, por las altas hierbas, al asalto de esos arqueros fantasmas. Todo antes que esperar, aún, la andanada de flechas, silenciosa e invisible, que les heriría sin que hubieran podido combatir.

-¡Heh alyhia eho!

Una voz, tras ellos, les hizo volverse al unísono. Espadas que hendían el aire, cuerpos encogidos, miradas brillantes, prietos dientes.

-¡Hialiya kio á da dinyia!

El elfo tenía el aspecto de un viejo mendigo. Con la piel realmente gris, flaco como un día sin pan, el cabello escaso y largo, no iba vestido de moaré sino con una túnica, calzas y altas botas de piel de animal salvaje, un cuero provisto todavía del pelaje de una fiera, de un amarillo pálido, del color de las cañas. Los mantenía apuntados con su corto arco, tan distinto al de la reina y hablaba en un tono brusco, entrecortado.

La reina se dirigió a él, dedicando de paso una sonrisa a Tsimmi.

-Hy hyala ellessa hyeh kolotialo...

El elfo gris inclinó la cabeza al oír las palabras de Lliane, pero no pareció suavizarse. Señalando al enano, soltó una larga diatriba que, a oídos de Uter, parecía a menudo resbalar hacia los agudos. De pronto, éste sintió que algo le empujaba a la altura de sus muslos. Era Tsimmi que retrocedía hasta su abrigo. Uter lanzó una ojeada por encima del hombro. Los elfos se habían acercado y, ahora, les tenían por completo rodeados, manteniéndose a una prudente distancia de unos diez metros del pequeño grupo, fuera del alcance de sus espadas pero dispuestos a acribillarlos con sus flechas al menor movimiento.

-Dech yhio o Rassul iad Gael edehya.

Uter aguzó el oído creyendo reconocer unos nombres en las palabras de la reina, pero la reacción del viejo elfo gris le tomó desprevenido. Lanzó un grito modulado (a menos que quisiera decir algo pero, decididamente, su lengua era incomprensible para los humanos), dio media vuelta y desapareció en las aulagas.

El joven caballero se volvió y sólo tuvo tiempo de ver cómo los demás arqueros huían, rápidos como fantasmas, sin el menor ruido. Luego, el silencio de la marisma volvió a caer sobre ellos, con la sensación de que volvían a la vida. Tsimmi soltó su martillo de guerra y se sentó en el suelo, jadeando de alivio. Uter devolvió su espada a la vaina, inspirando con agradecimiento el aire helado de las ciénagas. Sonreía cuando la reina tomó la palabra.

-Se ha negado a conducirnos hasta Gael, pero no nos impedirá que lo veamos -dijo-. En cualquier caso, eso es lo que he entendido; en cuanto he hablado de él, se ha... Es extraño...

-¿Qué? -preguntó Uter.

-No lo sé. Parecía... parecía no llevarle precisamente en su corazón, ¿verdad?

Uter levantó las cejas y contuvo una risa sin alegría.

-No puede decirse que tuviera el aspecto satisfecho... La reina calló pensativa.

-Bueno, vamos allá...

Palmeó el hombro de Freihr y le indicó por signos que abriera el camino.

-Llévanos hasta las chozas que has visto esta mañana -dijo. Los cuatro compañeros se pusieron en camino en fila india, con la reina y Tsimmi cerrando la marcha.

-¿Por qué se ha marchado tan deprisa? -preguntó el enano-. ¿Siempre son así, los elfos de las marismas?

Lliane evitó su mirada. Unos gritos, a lo lejos, respondieron en su lugar.

-Mucho me temo que estén de caza, maese Tsimmi.

XV
Gael

Como de costumbre, Llandon iba a pie. Aquella misma mañana, había dejado los caballos libres a las puertas de Loth, para acudir una vez más a la convocatoria del Gran Consejo, llevando en el corazón la esperanza de obtener allí noticias de Lliane. Desde el regreso de Ola, su semental blanco de largas crines, el rey de los altos-elfos ignoraba qué había sido de ella. Ignoraba incluso qué había ido a hacer en las marismas...

El Consejo sólo había durado unos minutos.

A su llegada, el viejo Baldwin, rey de los enanos bajo la Montaña roja, estaba ya allí, así como Pellehun y el senescal Gorlois. Y todos lucían unas jetas de diez pies de largo.

Llandon era el único representante de los elfos. En el último Consejo -¡qué lejano parecía ya!-, la reina Lliane y su amigo Rassul estaban a su lado. Pero Lliane se había marchado hacia una búsqueda más preñada de consecuencias y peligrosa de lo que todos habían creído, y Rassul... ¿Por todos los genios del bosque, realmente era posible que Rassul hubiera huido?

Escoltado por Blorian y Dorian, los hermanos de la reina, y también por Hamlin el ministril y Kevin el arquero -todos los íntimos de su propio Consejo-, el rey de los altos-elfos marchaba a grandes zancadas por las callejas mugrientas de la ciudad de los hombres del lago, impaciente por recuperar el aire fresco de la campiña y liberarse de aquella ruidosa población.

A su paso, encontró algunas miradas oblicuas que le asombraron, a veces incluso actitudes de desafío en algunos hombres jóvenes que hinchaban el pecho con la mano en su puñal. Había en el dédalo de la ciudad baja una considerable cantidad de hombres de armas que llevaban la librea a franjas azules y blancas de Pellehun y daban al burgo el sorprendente aspecto de una ciudad de guarnición. Toda la población de Loth parecía estar fuera, hormigueante de actividad, zumbante de conversaciones enfebrecidas que se interrumpían cuando él se acercaba, febril, excitado.

Cuando salían del barrio de los curtidores, Llandon tuvo que abrirse rudamente paso a través de un grupo de soldados que se hallaban ante el porche que conducía a los arrabales y

Librodot

los recintos. Se apartaron a regañadientes, siempre con aquellas miradas hostiles y huidizas que los elfos no comprendían.

Blorian y Dorian, inquietos, a duras penas seguían las grandes zancadas de su cuñado. Llandon no había dicho nada al salir del Gran Consejo, pero seguramente las noticias no eran buenas. Los dos elfos temían por la vida de su hermana, aunque el rey de los altos-elfos pareciera más furioso que triste.

Furioso, Llandon lo estaba cada vez más ante la inconcebible actitud de los ciudadanos de Loth. Furioso, incrédulo y humillado por lo que había oído en la reunión de los reyes. El viejo Baldwin sólo se había quedado el tiempo necesario para lanzar un ultimátum, exigiendo que el señor Rassul depusiera de inmediato las armas, so pena de un ataque preventivo de los enanos bajo la Montaña.

Llandon había caído de las nubes.

Ignoraba que Rassul hubiese abandonado los aledaños de Loth y no podía ni siquiera imaginar que el señor de los elfos grises hubiese podido tomar las armas sin hablarle de ello. Baldwin y su séquito habían abandonado el Consejo con miradas de desprecio hacia sus farfúlleos confusos y torpes; fue como si le hubieran escupido al rostro.

Tras su partida, el rey Pellehun le había proporcionado por fin algunas explicaciones. Unos mensajes procedentes de la compañía habían confirmado, al parecer, la culpabilidad de Gael, y la inexplicable fuga del rey Rassul hacía gravitar graves sospechas sobre todo el pueblo de los elfos grises... Habían seguido protestas de amistad y simpatía más diplomáticas que sinceras, formuladas por el senescal Gorlois, que Llandon había interrumpido en seco pidiendo permiso para retirarse.

Llegado a la explanada que separaba las últimas moradas del recinto de la muralla, Llandon se detuvo bruscamente.

Una compacta masa de humanos de ambos sexos y todas las edades se apretujaba en torno a una hoguera de ramas, junto a la que vociferaba un monje vestido con un basto sayal y agarrado a una gigantesca cruz. Ni el rey ni ninguno de los elfos de su séquito conseguían comprender las enfebrecidas invectivas del monje, tanto aullaba la muchedumbre a su alrededor.

-¿Qué ocurre? -preguntó Blorian acercándose a él.

-No lo sé...

Instintivamente, los elfos se habían agrupado con la mano en las guardas de sus armas. Kevin había sacado lentamente una flecha de su carcaj y se mantenía listo para encajarla en la cuerda, vigilando su retaguardia. Hamlin, cuyo rostro nada tenía ya de dulce, rodeó al rey para colocarse ante él y convertir su cuerpo en una muralla. Luego, los elfos se volvieron a poner en marcha, vigilando a la muchedumbre que se abría ante ellos, avanzando lentamente hasta la poterna custodiada que llevaba fuera de la ciudad.

De pronto, los gritos redoblaron en un atronador concierto de aclamaciones y abucheos, de silbidos, risas y protestas. Y hubo también el agudo piar de una petición de ayuda aterrorizada, que heló la sangre de los elfos. Pues era uno de ellos el que gritaba.

Llandon, petrificado de horror, vio a dos brutos encapuchados izando sobre la hoguera a un elfo de las marismas, atado y lastimoso con sus ropas hechas jirones, que se debatía como un pobre diablo entre sus robustos puños. Los verdugos lo ataron a un poste plantado entre la leña, luego saludaron alegremente a la muchedumbre antes de saltar a tierra. El monje seguía predicando con aullidos y las venas sobresalientes por el esfuerzo, agitando su gigantesca cruz al modo de un estandarte. Brotó una humareda negra y unas llamas que hicieron retroceder a la muchedumbre. El elfo lanzó un aullido desgarrador cuando sus vestidos se inflamaron, pero sus atroces gritos muy pronto fueron ahogados por las risas y las chanzas de la gozosa muchedumbre, que se complacía con aquel horrendo espectáculo.

Llandon, petrificado unos momentos por un horrorizado estupor, se sobrepuso y se volvió hacia Kevin con una mirada de loco.

-¡Dispara! -gritó-. ¡Mátalo!

El arquero élfico tensó el arco y su flecha golpeó al torturado en plena frente, cortando en seco sus terribles aullidos y, al mismo tiempo, las obscenas aclamaciones del pueblo de Loth.

Se hizo en la plaza un silencio absoluto, hasta el punto que se oía crujir la leña inflamada. Luego un gruñido sordo como un rumor colérico que encaminaba la masa humana hacia el grupo de los elfos, como olas contra un barco.

Llandon y los elfos desenvainaron, y sus largas dagas brillando con un fulgor de plata hicieron retroceder a las primeras hileras. Pero el empuje era demasiado fuerte y la cortina del populacho volvió a cerrarse casi enseguida, tocándoles.

Llandon, entonces, irguió toda su talla. Con los ojos en blanco lanzó una orden imperiosa, una orden que resonó hasta el corazón de los hombres, provocando su espanto.

-¡Bregean! ¡Bregean earm firas! ¡Hael hlystan!

Todos los que estaban bastante cerca para ver su rostro lanzaron un grito de horror y retrocedieron, llenos de terror. Los elfos lo aprovecharon para lanzarse hacia adelante y recorrer a toda velocidad los últimos metros que les separaban de la poterna, donde los guardias que llevaban la librea de Pellehun no se habían movido.

-¿Quién os manda?

Los guardias vacilaron, hasta que un sargento les empujó y se presentó ante el rey de los altos-elfos.

-Señor, yo...

-¿Sabes quién soy? -dijo Llandon.

-Claro, señor.

-Y en ese caso, ¿cómo es posible que un rey elfo sea amenazado en la ciudad del Gran Consejo?

Señaló con un brusco gesto la pira que ardía aún.

-¿Y eso? ¿Qué significa eso?

-No he podido hacer nada, señor -farfulló el sargento-. Aquí sólo tengo algunos hombres de armas... ¡Pero he enviado un guardia a buscar refuerzos!

-¡Demasiado tarde!

El soldado agachó la cabeza sin responder. ¿Qué habría podido decir, por otra parte?

Llandon le empujó y se metió bajo la poterna, seguido por el grupo de los elfos.

Cuando estuvieron fuera, el populacho abandonó su letargia, comentando cada cual los acontecimientos con un ensordecedor estruendo. El monje del sayal se persignó frenéticamente y lanzó un nuevo grito, repetido muy pronto por toda la multitud:

-¡Brujos! ¡Brujos!

La aldea de los elfos parecía una maraña de maleza al pie de una alta arboleda de olmos y álamos, ninguna humareda escapaba de las cúpulas de ramas que se elevaban, aquí y allá, sin orden aparente, al abrigo de los grandes árboles, y no se veía cercado ni barrera ni nada que pudiera evocar las ciudades de los hombres o las fortalezas de los enanos. Pero reinaba allí una extremada agitación, poco común en el discreto pueblo de los elfos, y a Tsimmi le parecieron incluso... ruidosos. Avanzaron hasta el grupo de seres grises, apretujados ante una de sus pobres chozas, y hendieron la muchedumbre detrás de Lliane. Sólo había allí ancianos y niños, como si todos los elfos de ambos sexos en edad de llevar armas hubieran abandonado la aldea. A su paso, todos cambiaban de expresión: encantado pasmo al descubrir a la reina de los altos-elfos, gesto de desconfianza y de alivio, luego, al reconocer al gigantesco Freihr, cuya aldea, a vuelo de pájaro, sólo distaba unas pocas leguas, y estupor ante el joven caballero humano, grave e incómodo. Cuando por fin posaban los ojos en Tsimmi -un enano barbudo y huraño, como en los cuentos-, los más jóvenes huían piando de terror y los viejos que, en los antiguos Tiempos, habían conocido las sanguinarias expediciones de los enanos de las montañas apretaban los puños y temblaban de rabia. Muy pronto, el círculo de los elfos grises se hizo más compacto, más hostil, y ni siquiera la reina pudo ya avanzar.

Se irguió otra vez, dominando ligeramente con su alta talla a los seres grises, longiformes pero encorvados.

-¡Geswican, deor bearn!

Y los niños que no habían huido al ver el enano se retiraron sin decir una palabra.

-¡Geswican, dyre leod!

Y todos los elfos grises, entecos ancianos de ambos sexos, se estremecieron y se apartaron.

-¡Eal hael hlystan!

Y los últimos elfos de las marismas agacharon la cabeza, vencidos, temerosos, sin atreverse ya ni siquiera a mirarla.

-¡No tengáis miedo! -dijo Uter con bastante estupidez, y Freihr le lanzó una aguda mirada para hacer que se callara.

La reina se relajó. Le pareció que vacilaba, agotada por el esfuerzo, Pero su debilidad duró sólo un instante. Cuando los últimos elfos se apartaron, Uter descubrió ante ellos una de esas chozas de maleza, con una abertura que debía servir de puerta, de algunos pies de alto.

Se puso a cuatro patas y se deslizó bajo las ramas. Al principio, sólo vio una maraña de vegetación y algunos cañizos de mimbre sobre la tierra batida. Hubiérase dicho una madriguera de tejón, igualmente oscura y apenas mejor dispuesta, pero de considerable tamaño, que se hundía bajo tierra, por rellanos. Avanzando por aquellos anchos peldaños, el techo fue pronto lo bastante alto para poder levantarse, pero ahora ya no veía nada. De pronto, la luz vacilante de una llama iluminó el decorado: era Tsimmi que acababa de prender su encendedor.

Uter se lo agradeció con una inclinación de cabeza, descubrió más atrás a Freihr (que de todos modos debía mantenerse inclinado) y a la reina Lliane; se mordió el labio y siguió avanzando, con una mano en la guarda de su espada, dispuesto a desenvainar.

Cuanto más se hundían, más espaciosa se revelaba la humilde choza de maleza, profundamente hundida bajo tierra, mientras los rellanos iban transformándose poco a poco en terrazas retenidas por muretes de piedras y separadas por tramos de escalera. Encontró la mirada de varios elfos, silenciosos y graves, que se apartaban ante ellos apoyándose en los muros de tierra. Estaba oscuro allí dentro, demasiado oscuro para un humano, pero ciertos pozos de luz que llegaban hasta la superficie proporcionaban, sin embargo, algo parecido a la claridad. Las últimas salas estaban decoradas al modo élfico. Cortinas de aulagas trenzadas cubrían las paredes, raíces de abedul sacadas de la tierra servían de bancos o de estantes y unas guirnaldas de hojas artísticamente recortadas caían como lluvia del techo. Todo aquello tenía un olor a hierba segada y humus. A la derecha, una panoplia, inesperada en aquel decorado vegetal, contenía una profusión de armas de toda suerte, incluso hachas enanas y picas aserradas de los gobelinos. Un verdadero escaparate de armero... -¡Mirad! -dijo Tsimmi.

Uter entornó los ojos (el enano, acostumbrado a sus sombríos subterráneos, veía mejor que él en la oscuridad). Al fondo de la morada, adosado a la pared adornada de aulagas y rodeado de viejas arrodilladas y mudas, se hallaba un elfo vestido con ropas humanas. Terciopelos, bordados, una corta espada al costado, una daga de hermosa factura al cinto. Con la cabeza inclinada hacia delante, los largos cabellos negros ante él, como una cortina, los brazos colgando, caído e inerte, su presencia parecía incongruente en aquella madriguera.

Uter dirigió una mirada inquisitiva a la reina, que inclinó la cabeza.

Era Gael.

Lliane avanzó lentamente, dirigió algunas palabras a las viejas elfo arrodilladas a su lado y, luego, dulcemente, levantó el rostro de aquel a quien perseguían desde hacía días. Hizo de inmediato un gesto de retroceso y mostró a sus compañeros su mano manchada de sangre.

-¡Señor! -murmuró Uter.

Desde la base del cuello hasta la mitad del torso, un hachazo de rara potencia había decapitado a medias al elfo gris. El terciopelo había bebido la sangre y su rostro había

permanecido intacto, petrificado en un rictus de espanto, con los ojos vidriosos y los labios levantados. Junto a su mano, un cubilete caído al suelo había formado un charco oscuro, que la tierra batida se había bebido ya.

-Rogor -murmuró Tsimmi en un tono desesperado.

Levantó los ojos hacia sus compañeros, pero Uter evitó su mirada. Rogor, claro... ¿Quién sino el príncipe heredero del trono bajo la Montaña negra podía haber saciado su venganza con semejante violencia?

Freihr, por su parte, no apartó los ojos, pero por su expresión supo Tsimmi que tampoco tenía duda alguna sobre la identidad del asesino.

-Un hachazo -dijo el bárbaro como respuesta a la muda súplica del maestro albañil-. Son los enanos los que utilizan hachas...

-El silencio se hizo en la estancia subterránea donde Gael había encontrado la muerte. Luego se elevó una voz, frágil y vacilante, que apenas utilizaba el lenguaje común.

-No un enano...

La reina y sus compañeros, al unísono, miraron a la vieja elfo que acababa de hablar. Acurrucada contra la pared adornada con cañizos de mimbre trenzados, sacudió la cabeza con mirada huraña.

-No matado por un enano.

Con las mejillas arañadas por los abrojos, la barba llena de ramitas que se habían agarrado a ella, el príncipe Rogor corría en línea recta, resoplando como un buey, sujetando con ambas manos su formidable hacha cuya hoja estaba salpicada de sangre. De sangre de elfo, de todos los que se habían levantado ante él. Una flecha le había atravesado los lomos, pero su rabia era más fuerte que su dolor. El elfo pálido que la había disparado yacía ahora en el barro, con el cráneo abierto y el cerebro desparramado. otros arqueros habían disparado contra el señor enano, y habrían jurado que le habían herido: sus flechas no habían conseguido atravesar la armadura de Rogor, sumiéndolos en el espanto ante la aparente invulnerabilidad de su secular enemigo, el enano de ojos enloquecidos, peludo como una fiera, y su terrorífica hacha.

Sin aliento, Rogor se derrumbó junto a un olmo, con los pulmones ardiendo; luego, se apoyó en el tronco del árbol, blandiendo el hacha ante él, más como una muralla que como un arma. En aquel instante, al enano no le quedaban ya fuerzas y estaba dispuesto a aceptar la muerte. Por otra parte, ¿qué más podía desear? Había fracasado. No había matado a Gael. Ni siquiera había conseguido acercarse a él. Jamás recuperaría la Espada de Nudd. Miolnir había muerto por su culpa, en vano, acribillado a flechazos en su inmundo lodazal, y él había tenido que huir, cobardemente, ¡él, el heredero de Troin! ¡Qué vergüenza... Qué estropicio!

Con un poderoso golpe, clavó su hacha en el tronco del árbol y se irguió cuan alto era, ante la móvil cortina de las cañas agitadas por el viento de donde saldría la flecha salvadora que pondría fin a su lamentable existencia. Arrancó de su larga barba roja los restos vegetales que la llenaban, la alisó y se la puso bajo el cinturón. Luego aguardó, con los ojos levantados al cielo ya oscurecido, como un presagio de muerte, cantando con su voz grave una monodia fúnebre de los enanos bajo la Montaña negra.

Didostait, bugale
Ar serr-noz hag ar gulu deiz,
Didostait, didostait...

Acercaos, hijos
Del crepúsculo y de la aurora,
Acercaos, acercaos...

Pero sólo el silencio de la ciénaga hizo eco a su canto. Los elfos se habían marchado. La muerte no le quería.

Rogor permaneció inmóvil largos minutos aún, hasta que su respiración se hizo normal y el sudor se secó en su frente. Luego arrancó su hacha, miró a su alrededor para orientarse y se puso en camino hacia el pontón.

XVI
¡Magia!

La madriguera de Gael estaba ahora vacía. Los viejos elfos grises se habían llevado las armas y todos sus bienes, hasta las telas y los cañizos de mimbre que adornaban los muros y

el suelo de la estancia excavada en la tierra. Ya sólo quedaban Freihr, Uter y Tsimmi, sentados en el suelo, a la luz de una improvisada antorcha que el enano había prendido gracias a su encendedor, no lejos de un catafalco de tierra sobre el que yacía el cuerpo del elfo gris, con los brazos cruzados sobre el pecho.

La reina se había marchado hacía más de una hora con los ancianos de la aldea para preparar los funerales de Gael. Apenas les había susurrado unas palabras antes de abandonarlos, recomendándoles que no se movieran hasta su regreso. Habían obedecido, pero aquella larga espera en compañía de un cadáver comenzaba a parecerles pesada.

-¿Cómo crees que lo hacen, con los muertos? -preguntó Tsimmi soltando un codazo en el muslo de Uter, sentado a su lado.

Había hablado con voz ensordecida, para no despertar a Freihr, que roncaba como un bienaventurado.

-Se dice que devoran a sus muertos -insistió-. ¿Crees que es cierto?

-¡Pero cómo quieres que lo sepa!

-Oh, bueno -dijo Tsimmi-. Creía que, como Amigo de los elfos, conocías al menos sus costumbres, eso es todo...

Uter suspiró. Se levantó, cortó una franja de tejido del interior de su cota de armas, la enrolló en torno a la antorcha, cuya llama se debilitaba, y volvió a sentarse junto a su compañero. A la vacilante luz del hachón, la sombra del cadáver elevado ondulaba siniestramente por las paredes de tierra, en una danza macabra. Encontró la mirada de Tsimmi y el enano le pareció poco valiente. Con el gorro verde hundido hasta las orejas, la barba enmarañada, se sujetaba las rodillas con los brazos, encogido sobre sí mismo, refunfuñante e inquieto. El enano vio la mirada del caballero clavada en él, hurgó en uno de sus innumerables bolsillos y sacó una moneda de plata blandiéndola ante las narices de Uter con una gran sonrisa.

-¡Un denario! -dijo en el tono de un titiritero-. ¡Un auténtico denario del rey!

El joven sonrió y se prestó al juego.

-Sí -dijo tras haber examinado la moneda con atención-. Es un denario, en efecto...

Tsimmi lo recuperó con la mano derecha, guiñó un ojo y levantó de pronto la mano izquierda para hacer chasquear los dedos.

-¡Oh, qué mala suerte, monseñor, el denario ha desaparecido! Mostró su mano derecha, efectivamente vacía.

-Comienza a ser eso -admitió Uter-. Pero la reina conseguía convertir la plata en cobre...

-Sí, bueno...

Tsimmi levantó el dedo, observó la oreja del caballero, luego le rozó el lóbulo exhibiendo ruidosamente la moneda de plata desaparecida.

-¡Magia!

-Sí -dijo Uter-. Magia...

Miró con simpatía al enano que guardaba su moneda, muy contento de haber dominado el truco. ¿Cómo era posible que fuese el mismo que, pocas horas antes, había desencadenado fuerzas ocultas capaces de asolar la tierra y tragarse a un ejército?

Se apoyó contra la pared húmeda e incómoda y se perdió en sus pensamientos, que muy pronto derivaron hacia la reina y, por asociación de ideas, hacia las ceremonias mortuorias de los elfos.

-Sólo sé -dijo retomando el hilo de la conversación- que no entregan sus muertos a la tierra.

-¡Eso, seguro! -dijo Tsimmi riéndose para sí-. Sólo vosotros, los hombres, deseáis ser roídos por los gusanos. ¡Puah! ¡Qué asquerosa idea!

El enano se reía aún llenando su pipa, o lo que de ella había quedado tras su sortilegio en el calvero, pero la risa se ahogó en su garganta. Acababa de ocurrírsele la misma idea que a Uter.

Librodot

Tsimmi se volvió con viveza hacia el cuerpo de Gael, su mirada barrió la sala vacía y, más allá, el tramo de terrazas que llevaban al libre.

-¿Crees que nos habrán enterrado con él?

-Bueno... No he pensado -dijo Uter sin mirarle-. Pero la reina no lo permitiría. En fin, no lo creo...

Tsimmi hizo una mueca alarmada, luego su rostro se relajó.

-¡Bah! No ha nacido todavía el elfo que consiga enterrar a un maestro albañil. cree lo que te estoy diciendo.

El enano golpeó de nuevo su encendedor e inflamó las hierbas secas en el hornillo. Privada de la mayor parte de su boquilla, la pipa quedaba reducida a un abrasajetas que apenas sobresalía de su tupida barba, y Uter percibió un olor a pelo quemado.

-Hay elfos que queman sus muertos en piras, como vosotros -le dijo al enano-. Al parecer, por eso detestan el fuego. Les hace pensar en la muerte...

-Yo no pude enterrar a ninguno de los míos...

La voz de Freihr había resonado lúgubremente, dándoles una sorpresa tanto mayor cuanto que le creían dormido.

-Tuve que huir mientras mi aldea ardía... Deben estar allí todavía, o lo que de ellos queda. Supongo que los lobos se dieron un banquete aquella noche.

Ni Uter ni Tsimmi supieron qué responder, y un siniestro silencio se instaló entre ellos.

Uter cruzó los brazos sobre el vientre y cerró los ojos para intentar dormir un poco. Casi lo había logrado cuando el enano le sacudió un nuevo codazo.

-¡Creo que vienen!

Un grupo de niños que llevaban bandejas cargadas de víveres desembocó pronto en la estancia de tierra batida, seguidos por la reina Lliane. Ella les dio las gracias en su extraña lengua y fue a sentarse, con las piernas cruzadas, ante sus compañeros una vez se hubieron marchado.

-¡Monseñores, la cena está servida! -dijo con una voz que pretendía ser risueña.

-¿No comemos al aire libre? -masculló Freihr en un tono que mostraba muy a las claras el disgusto que sentía al estar confinado junto a un cadáver en lo que le parecía apenas mayor que una madriguera.

-Un poco más de paciencia -respondió Lliane con una sonrisa apaciguadora-. Los elfos grises preparan la ceremonia mortuoria. Cuando vengan a buscar el cuerpo, podremos salir.

-¿Qué te han dicho? -preguntó Uter (y Tsimmi levantó las cejas con aire divertido porque había empleado el tuteo).

-Toma, prueba eso, es bueno -dijo la reina tendiéndole una especie de pasta puesta entre dos hojas de un verde tierno.

-¿Qué es? Lliane sonrió.

-No creo que desees realmente saberlo...

Uter lanzó una ojeada hacia Tsimmi. El enano levantó las cejas y su boca formó un mudo mensaje que Uter comprendió demasiado bien: «¡Se comen sus muertos!» Pero, ante la insistencia de la reina, el caballero mordisqueó prudentemente una punta de la pasta. Aquello se parecía a pescado, algo fuerte y crujiente al morderlo. Ignoraba qué sabor podía tener un elfo de las marismas, pero sin duda no debía tener gusto de pescado. Así pues, guiñó un ojo tranquilizador al enano y terminó la pasta. Freihr, por su parte, no se andaba con tantos remilgos y tragaba las pequeñas pastas como si fueran uva (aunque con más ruido).

-De todos modos -dijo el bárbaro con una gran sonrisa-, ¿qué es? La reina se inclinó hacia él, para que los demás no la oyeran.

-Los monstruos, bajo el agua...

Asqueado, Freihr la contempló y estuvo a punto de dejar las pastas. Pero tenía hambre y la reina se reía de buen grado, de modo que no supo si era cierto.

Librodot

-Esta mañana, los guerreros han traído aquí a un hombre -prosiguió la reina en un tono más grave-. De acuerdo con la descripción que de él me han hecho, creo que era Blade... Lo han llevado hasta Gael, se han dicho unas palabras en lenguaje humano. Gael ha parecido encantado y le ha invitado a su choza. El hombre ha salido minutos más tarde, con un paquete bajo el brazo, y ha abandonado tranquilamente la aldea. Sólo después de su partida han descubierto el crimen.

-Entonces lo ha matado Blade y no Rogor -murmuró Uter.

-En cualquier caso no han visto a ningún enano en la aldea -aseguró Lliane-. Es decir... hasta vuestra llegada, maese Tsimmi.

-¿Pero por qué lo ha matado? -preguntó Freihr, con la boca llena.

-¡Para robarle, carajo!

Uter se sentía furioso contra sí mismo. Todo era culpa suya. Él había aceptado que Blade se uniera a la compañía. Un ladrón, un asesino... ¡Tenía que estar loco para haber creído que respetaría su palabra!

-¡Eso es! -gruñó en un tono colérico-. Ese malhechor, ese demonio, ese vil ha matado a Gael y le ha robado la cota de mallas. Mejor haríamos corriendo tras él en vez de perder tiempo. ¡Por fuerza intentará alcanzar las balsas!

-No estamos seguros de que haya robado la cota -dijo Lliane.

-¡Claro que sí! Llevaba un paquete bajo el brazo, ¿no?... ¿Qué otra cosa puede ser? ¡Vamos ya, por la sangre!

-No... Todas las miradas se clavaron en Tsimmi.

-No -repitió.

Se limpió cuidadosamente la barba para librarse de los restos de pasta y unió los dedos con un aire preocupado.

-Hay algo que ignoráis -dijo con gravedad-. Gael... Gael robó, en efecto, la cota de plata, y no dudo de que matara al rey Troin, príncipe de la ciudad subterránea de Ghazar-Run y rey bajo la Montaña negra. Larga barba, larga hacha, señor del oro y los metales...

Uter estuvo a punto de intervenir para pedirle que abreviara, pero una mirada de Lliane le retuvo.

-¿Pero? -preguntó ella con dulzura. El enano movió la cabeza.

-Pero hay algo peor, mucho peor -dijo-. El elfo Gael robó la Espada de Nudd.

Todos contuvieron la respiración. El talismán sagrado de los enanos que se conservaba bajo la Montaña negra era conocido por todos los Pueblos libres, e incluso por las inmundas tropas de Aquél-que-no-puede-ser-nombrado, más allá de las Marcas.

-El príncipe Rogor, como ha dicho, es el heredero del trono de Troin. Pero sólo reinará si encuentra la Espada Caledfwch. Es como... (buscó las palabras)... Como la Piedra de Fal, el Fal Lia del rey Pellehun: el propio símbolo de la realeza. Si Rogor no la devuelve bajo la Montaña, el honor de los enanos del linaje de Dwalin quedará mancillado para siempre, y no tendrán más alternativa que sembrar la muerte y la destrucción, como una horda de fieras, para lavar esta infamia.

Volvió hacia la reina un rostro triste y deshecho.

-Será el fin de la paz, para siempre... La cólera de los enanos asolará las llanuras, los bosques y las marismas, hasta que el último descendiente de Dwalin haya perecido o el último elfo haya pagado el insulto. Uter agitó la cabeza, asustado.

-¿Por qué lo ha hecho? -exclamó, mirando a Lliane como si le hiciera directamente la pregunta-. Quiero decir, ¿por qué Gael robó la Espada? ¿Para provocar la guerra? ¡Es absurdo! ¡Los elfos grises no tienen posibilidad alguna contra las legiones enanas!

Lliane, suponiendo que la pregunta requiriese una respuesta, no se inmutó. Descendiente de Morigan, hija de Dagda, el gran dios de los Tuatha De Danann, no había olvidado la antigua religión y conocía el poder de los cuatro talismanes de la diosa Dana. Miró a Tsimmi, pero el enano, a pesar de su ciencia -o precisamente por ella- no parecía comprender que la pérdida de Caledfwch provocaría la desaparición de su pueblo. La reina

Librodot

pensaba en Rassul, su amigo, señor de las marismas. Rassul, que tan rápido perdía los estribos, príncipe de un pueblo inaprensible y humillado, que vivía en condiciones tan difíciles, incluso para un elfo. ¿Era posible que el señor de los elfos grises hubiera encargado la muerte del rey Troin y el robo de la Espada? ¿Pensaba vengarse así del pueblo bajo la Montaña? Insensato... Rassul era miembro del Gran Consejo desde el final de la guerra de los Diez Años. Había conocido al viejo rey bajo la Montaña negra, al igual que ella, en los tiempos en que reinaba Troin. Nadie habría podido decir que Rassul le quería, pero le respetaba, estaba segura de ello. Y, además, ¿por qué lanzarse de pronto a tan loca aventura?

Lliane no podía creerlo.

No había sido él. El rey Rassul era vivaz, colérico incluso. Un plan tan tortuoso y sacrílego no era cosa suya. Y los elfos grises podían perderlo todo... De hecho, el conjunto del pueblo élfico podía perderlo todo.

Una guerra entre dos de los tres Pueblos libres sólo beneficiaría al Señor negro. Miró a Freihr y pensó en lo que había dicho al Gran Consejo. Su aldea había sido arrasada por una partida de gobelinos. La guerra y la destrucción se agitaban en las marcas del mundo libre. ¿Se trataba de una simple expedición, como las Marcas las habían conocido desde siempre (y los propios bárbaros no vacilaban en aventurarse por las Tierras negras, pillando los puestos avanzados y los torreones gobelinos), o los dos acontecimientos estaban vinculados?

¿Era posible que un elfo se hubiera puesto al servicio de Aquel-que-no-puede-ser-nombrado con el designio de provocar una guerra que debilitara la coalición?

Lliane descartó enseguida esta monstruosa hipótesis. Sabía que algunos elfos eran tan granujas como los enanos o los hombres, dispuestos a cualquier cosa por el oro o el poder. Pero, si Gael había traicionado a su pueblo, ¿por qué volver a ocultarse entre los suyos?

Tenía que haber alguien más.

Un señor poderoso, cruel y ambicioso, a quien beneficiara una guerra entre elfos y enanos. Alguien lo bastante creyente y bastante instruido en la antigua religión para conocer el terrible poder de los talismanes de Dana. Alguien como...

La enormidad de lo que estaba divisando interrumpió el curso de sus reflexiones. Muy a su pesar, la reina miró a Uter. Un hombre. Un representante de esa raza humana capaz de lo peor y lo mejor, tan débil y devorada por la ambición, capaz de los peores crímenes para imponerse al mundo. Dispuesta a todo...

Lliane estaba horrorizada. Se sacudió, apartando aquellos espantosos pensamientos, y vio que sus tres compañeros seguían debatiendo sobre la conducta a seguir. Uter procuraba convencer a Tsimmi de que emprendieran la persecución de Blade, mientras el enano insistía en registrar primero la madriguera de Gael, en busca de la Espada de Nudd.

Contempló el perfil del cadáver, en lo alto del catafalco de tierra. A la luz de la antorcha, su piel gris adquiría reflejos rosados, casi humanos.

-Tal vez haya un medio de saber lo que ha ocurrido -dijo ella levantándose.

Todos guardaron silencio. El propio Freihr interrumpió su ruidosa masticación. La reina se acercó al cuerpo, posó sus largas manos en las sienes y cerró los ojos. Sus pulgares acariciaron los contornos del huesudo rostro de Gael, dibujando sus pómulos, el perfil de su nariz, sus arcadas ciliales y sus órbitas de cerrados párpados. Suavemente, los levantó y clavó sus ojos en la mirada sin vida del elfo.

-Cuando los ojos contemplan la luz del sol, conservan su recuerdo por mucho tiempo, incluso después de que los párpados se hayan cerrado -dijo en voz muy baja-. Guardan también el recuerdo de todo lo que han vivido, incluso de lo que no han visto. Por esta razón soñamos, y los sueños son más hermosos que la vida... Después de la muerte, queda siempre un soplo de alma en lo más hondo del cuerpo, y la memoria de sus postreros instantes. Queda lo que se ha visto antes de morir.

Ahora, sus manos se habían apartado del rostro de Gael, flotando a Pocas pulgadas de su helada carne. La reina cerró los ojos y echó bruscamente la cabeza hacia atrás. Su cuerpo comenzó a ondular, muy despacio primero, cada vez más rápidamente luego, hasta que estuvo

del todo sacudido por un temblor violento y desordenado. Sólo sus manos, que seguían rozando el rostro de Gael en un lento movimiento circular, parecían escapar a los brutales espasmos. Uter se estremeció. De pronto, la gruta le parecía helada. ¿Era posible que la temperatura hubiera caído de golpe, como si el reino de los muertos acabara de entreabrirse?

Lliane le pareció, de nuevo, aterrorizadora. Como en el calvero, no tenía ya nada de... humano. Habríase dicho que unas fuerzas abominables modelaban y deformaban su rostro tan puro, para desecarlo, tensarlo en una máscara terrible. La palidez de su piel se hacía gélida, sus largas manos eran semejantes a garras y sus ojos verdes tan luminosos brillaban con fulgor animal. Terrorífico. De pronto, lanzó un grito muy agudo e interminable, que perforó todos los oídos, y se echó con un movimiento de cabeza sus cabellos hacia adelante, como una lluvia negra que le ocultó el rostro. Haciendo muecas de dolor, con las manos apretadas contra sus orejas pues el grito era insoportable, Uter comenzó a lanzar unos roncos ladridos y, muy a su pesar, retrocedió febrilmente hacia la pared, tan aterrorizado como Freihr o Tsimmi.

Les oía aullar, pero sus lamentos enloquecidos no conseguían ahogar los estridentes sortilegios de la reina. Creyó que la tierra temblaba, que la bóveda de la madriguera se desmenuzaba y amenazaba con ceder enterrándolos a todos. Había en aquel clamor insostenible los vagidos de todos los demonios del infierno, los aullidos de los condenados y los llantos de los vampiros, el rugido de las llamas, el silbido del viento, el estruendo del fin del mundo... Luego no hubo ya nada. Sólo sus oídos que zumbaban y su respiración jadeante.

Lliane no se movía ya. Emanaba de todo su cuerpo una aureola azulada, que se extendía como una capa de bruma sobre el cadáver de Gael. Uter contuvo la respiración y advirtió que temblaba y que sus dientes castañeteaban, helado hasta los huesos, sin poder controlarse.

Con los ojos desorbitados, vio que el hado se modelaba, adoptaba forma humana, dibujaba poco a poco los contornos de Gael y se desprendía de su cuerpo, como un fantasma. Pronto pudo reconocer los rasgos del elfo, sus vestiduras y sus miembros. Pronto pudo descubrir el cubilete que tenía en la mano y ver su sonrisa cuando se lo llevó a los labios. Distinguió por fin una segunda forma humana, la de Blade, tal como había aparecido ante el elfo gris pocos instantes antes de su muerte.

Su martirizado oído no era capaz de discernir lo que se decían y, sin embargo, comprendía a retazos sus palabras, como si se imprimieran directamente en su espíritu.

Vio a Blade enseñando el anillo y a Gael respondiéndole del mismo modo, tendiendo la mano donde brillaba un anillo semejante. Vio a Gael hurgar en un cofre y sacar la cota de mallas de plata. Le vio dar la espalda al ladrón, para servirle bebida, luego vio a Blade tomar un hacha de la panoplia y golpear.

Eso es todo lo que vio.

Hecho un ovillo, envuelto en una manta, Oisin temblaba. El veneno le provocaba, a veces, atroces punzadas, le retorcía las entrañas hasta hacerle aullar. Luego el dolor se calmaba y le dejaba jadeante, sin respiración, aterrorizado por el sufrimiento o la expectativa del sufrimiento. Sólo había transcurrido un día desde la marcha de la compañía, y se había bebido ya la mitad de la redoma que el ladrón le había dado, lamiendo febrilmente el antídoto a cada nuevo ataque del veneno.

Como le había ordenado Blade, al caer la noche había regresado y amarrado su balsa al pontón, con la esperanza de que estuviera de regreso. Se había aventurado, incluso, algunas toesas hacia el interior de Gwragedd Annwh, la isla de los elfos grises, hasta las proximidades del calvero devastado por el sortilegio de Tsimmi. Pero la visión de aquel monstruoso caos de tierra y rocas le había horrorizado, y había huido como alma que lleva el diablo, hasta el precario abrigo de su balsa.

Oisin tenía demasiado frío y demasiado miedo para dormir. Y, además, su enfebrecido espíritu no dejaba de esbozar planes para matar a Blade. Fuera cual fuese el modo en que le diera vueltas a la cuestión, embarrancaba siempre en el mismo punto vital: mientras no

Librodot

tuviera el antídoto, el ladrón debía seguir viviendo; pero, si le hacía atravesar la marisma, ¿cómo podría obligarle a cumplir su palabra?

De pronto, unos crujidos en la ribera le hicieron aguzar el oído. Llegaba alguien. Alguien que caminaba a grandes zancadas, solo y sin Procurar ser discreto.

El gnomo se incorporó rápidamente, con el corazón palpitante, y escrutó la ribera en la naciente oscuridad. Una alta silueta emergió por fin de la maleza. Oisin sólo le reconoció cuando sus botas resonaron en el pontón de madera. Pese a su odio y su miedo, experimentó un sentimiento de alivio.

Con los brazos cargados con un voluminoso bulto improvisado, llevando en la mano un hacha de guerra parecida a la de los caballeros enanos, Blade saltó a bordo de la balsa, y el brusco bamboleo estuvo a punto de hacer perder el equilibrio al batelero.

-¡Bueno! -dijo Blade en tono alegre-. ¿Seguís vivo, maese Oisin? ¡Pues me alegro mucho!

El gnomo tuvo que violentarse para no saltar a su garganta e, incluso, para tragarse el odio. Bendijo a los dioses, pues la oscuridad que caía impidió al ladrón ver su rostro.

-Bien -dijo Blade-. ¿Vamos? Oisin se encogió de hombros.

-No se atraviesan las marismas de noche, los monstruos, bajo el agua...

-¿Otra vez tus monstruos, eh?

El ladrón dejó caer su bulto de tela, agarró con brutalidad al batelero por el cuello y lo acercó al filo de su hacha.

-Convéncete de que tus monstruos son una broma comparados con lo que te haré si no zarpamos enseguida.

Oisin, loco de odio y medio estrangulado, sólo pudo farfullar unas palabras incomprensibles cubriendo de golpes desesperados los brazos del ladrón. Entonces, Blade le empujó con brutalidad, soltando la carcajada.

-¡Vamos, gnomo, sé amable, partamos! Ha sido una jornada... Abrió los brazos y sonrió, inspirando con delicia el aire picante del crepúsculo.

-... una jornada realmente maravillosa. Te lo contaré...

Pero el otro, petrificado, no le escuchaba ya. Con los ojos desorbitados, examinaba las vestiduras del ladrón. El hombre no llevaba ya su zurrón ni nada que pudiese contener el antídoto. Frenéticamente, empujó a Blade y se lanzó sobre el bulto.

-¡Suelta eso! -aulló el ladrón a su espalda.

Le saltó encima e intentó arrancarle el improvisado saco, pero Oisin se empeñaba y consiguió deshacer el nudo de la tela. Fue, de inmediato, como si una lluvia de plata cayera sobre la balsa, formando un fulgurante charco.

Blade consiguió por fin rechazar al gnomo, que rodó hasta el otro extremo de la embarcación. Se volvió hacia él, recuperó el aliento y le amenazó con el puño.

-No vuelvas a hacer eso nunca más. ¿me oyes? ¡De lo contrario, te arrojo al agua!

Oisin se levantó de un salto, rojo de cólera.

-¡Eh, muy bien, hazlo y nunca saldrás de estas marismas! Blade contempló al pequeño ser con una mueca divertida.

-Está bien -dijo inclinando la cabeza-. Tienes razón... Los dos nos necesitamos. He perdido la calma, perdóname. No volverá a ocurrir.

Se dirigió al bulto deshecho y blandió, a la lívida luz de la luna, la cota de mallas de plata robada bajo la Montaña por Gael.

Oisin quedó mudo, maravillado por la pura belleza del jubón. Blade se acercó a él y deslizó su palma bajo la prenda, como un mercader de tejido.

-Vamos, tócala. Nunca volverás a tener la ocasión de hacerlo. Es hermoso, ¿no? ¿Qué me dices? He creído que los malditos elfos iban a hacerme rodajas, ¿sabes? En fin, ya ves, una vez más me he librado... Escucha, eso es lo que te propongo: zarpamos enseguida y, cuando lleguemos, te doy un poco. Lo bastante para que compres tus más hermosos sueños, en Kab-Bag o en cualquier otra parte. ¿Te apetece?

Pero Oisin no escuchaba ya, de nuevo. La capa de lana que había servido de saco se había deshecho por entero, lo bastante abierta sobre los troncos para que no quedara duda alguna: salvo esa maldita cota de mallas, no contenía nada más.

-¿Y la redoma? -aulló al rostro del ladrón-. ¿Y el antídoto? Blade quedó perplejo unos segundos.

-Ah sí... El antídoto. Han sido los elfos, ya ves... Buscó con la mirada un arma, pero el hacha yacía al otro extremo de la balsa, detrás de Oisin.

-...me lo han quitado todo. He tenido que huir. Dicho eso, no te preocupes, tienes bastante para dos días, al menos. Razón de más, por otra parte, Para partir enseguida, ¿no?

-¡Pero la travesía dura tres días! -gimió el gnomo con voz estrangulada por la desesperación y el furor.

Blade retrocedió. El gnomo acababa de sacar un puñal de no se sabía dónde. Su rostro grotesco, lleno de lágrimas y haciendo muecas de rabia, daba miedo. Por un instante, el ladrón perdió su sangre fría. Con la preciosa cota de mallas estrechada contra sí, retrocedía paso a paso ante el gnomo, hasta llegar al borde de la balsa. Estuvo a punto de caer de espaldas a la negra agua, recuperó el equilibrio y se apartó de un salto. Oisin golpeó el vacío, se dio la vuelta y su nariz estalló bajó la bota del maestro ladrón. Soltó el puñal que se clavó entre dos troncos, plantó cara y recibió un golpe con el canto de la mano que le aplastó la glotis.

Necesitó dos minutos para morir, asfixiado, retorciéndose sobre los troncos rugosos de su balsa, como un pez fuera del agua.

Blade le vio reventar acariciando la cota de plata, con la mente en blanco y el rostro crispado en un rictus de odio. Cuando hubo terminado, tomó el pequeño cuerpo nudoso y lo arrojó a la ribera como un vulgar montón de ropa sucia.

La noche había caído sin que el sol se mostrara. No había habido crepúsculo, apenas un progresivo debilitamiento de la luz, hasta que las tinieblas se extendieron por las marismas. Permaneció allí largo rato aún, sin reaccionar, entre el croar de las ranas y los ruidos nocturnos, con los ojos perdidos en el vacío, sabiendo que debía huir antes de que los elfos grises intentaran vengar la muerte de Gael; pero parecía paralizado por los peligros de la travesía que le aguardaba.

Luego, una masa cayó de pronto sobre la balsa y Blade rodó por el suelo. No tuvo tiempo de levantarse. La monstruosa hacha de Rogor hendió el cielo con un zumbido siniestro antes de destrozarle el hombro, quebrando sus huesos y cortando sus carnes, clavándose profundamente en los troncos salpicados por su sangre. El ladrón aulló hasta desgañitarse. Pero el heredero del trono bajo la Montaña negra ni siquiera le dirigió una mirada. Al extremo del brazo cortado y que se agitaba aún espasmódicamente, la mano de Blade seguía estrechando la preciosa cota de mallas. Rogor se inclinó con deferencia, recogió la vestidura de metal y arrancó de ella el brazo ensangrentado, arrojándolo al agua.

-¿Cómo la has obtenido? -preguntó arrodillándose junto al cuerpo mutilado.

Loco de dolor, bañado en su propia sangre, Blade apenas consiguió escupirle al rostro.

-Vas a morir -dijo Rogor sin ni siquiera limpiarse-. Pero puedes sufrir mucho aún... Habla, y morirás pronto. ¿De dónde has sacado esta cota de mallas?

Blade, jadeando y empapado en sudor, contempló el grueso rostro del enano. En la oscuridad, parecía más un oso que una criatura humana. Luego sintió un dolor más atroz aún, hasta el punto de perder el aliento y no conseguir ni siquiera aullar. Rogor había clavado su daga en las sanguinolentas carnes del muñón de su hombro.

-Habla y todo habrá acabado...

Blade cerró sus párpados llenos de lágrimas, en señal de asentimiento, y Rogor quitó su daga. El ladrón dejó caer su cabeza sobre los troncos, reuniendo sus últimas fuerzas en un murmullo.

-Gael... He matado a Gael.

Las gruesas cejas del enano se levantaron y su mirada brilló.

-Entonces, se ha hecho justicia -murmuró con un esbozo de sonrisa-. El rey Troin está vengado...

Vengado por la mano de un hombre, de un ladrón por añadidura, indigno y malandrín, pero vengado a fin de cuentas... De modo que no todo se había perdido.

Rogor se volvió hacia la cota extendida sobre los troncos lodosos de la balsa y sonrió con más franqueza. Él devolvería el jubón, prueba del crimen de Gael y también de su castigo... Pero un pensamiento atravesó su espíritu y se puso de nuevo huraño.

-¿Y la Espada? -rugió agarrando otra vez a Blade por el cuello-. ¿Dónde está la Espada de Nudd?

Blade no respondió. Vaciado de su sangre, soltaba un estertor, arrastrado ya por la muerte.

-¡Habla! -aulló el príncipe Rogor-. ¿Dónde está la Espada?

Con su formidable puño, sacudió frenéticamente el cuerpo sin vida del ladrón, cuya cabeza echada hacia atrás se bamboleaba en todos los sentidos, mostrando su cuello atravesado por la antigua cicatriz. Rogor apretó los dientes en un rictus salvaje. Puso la afilada hoja de su daga en el cuello del cadáver y lo degolló lenta, cuidadosamente, siguiendo con aplicación la línea violácea dejada por su predecesor.

Puesto que la sangre le manchaba las manos, Rogor lo soltó con asco y permaneció allí, largo rato, arrodillado junto al cuerpo sin vida, con el espíritu ardiendo. Caledfwch, la Espada de oro de Nudd... Y pensar que estaba allí, tan cerca e inaccesible. Y pensar que el tal Blade, tal vez la hubiera divisado...

Rogor miró la orilla, apenas visible en la oscuridad de la noche, más allá de la que se extendía el territorio maldito de los elfos de las marismas. Volver solo a esas montañas de pesadilla, en busca de la Espada, habría sido un suicidio.

Se volvió hacia la extensión brumosa de las marismas. Tres días de travesía, luego llegaría a las Marcas y los puestos adelantados enanos, en las colinas. En menos de una semana, podía estar de regreso a la cabeza de un ejército y asolar esas marismas hasta que le fuese devuelto el talismán de los enanos...

XVII
La huida

El gerifalte volaba en silencio a las primeras luces del alba. Bajo sus alas, el pequeño mundo de la marisma saludaba al sol naciente. Advirtió bajo el agua lodosa un inmenso pez-gato de lomo negro y más de dos metros de largo, que concluía su noche de caza tragándose una rana en un brusco hervor, antes de dirigirse a su cubil acuático. Vio ratas, lirones y conejos que abandonaban el abrigo de los matorrales o los setos de mimbre para ramonear febrilmente los últimos brotes de hierba, con las orejas tiesas y el bigote estremecido, inconscientes del peligro que planeaba sobre sus cabezas. ¡Qué fácil le hubiera resultado atraparlos! Pero el gran halcón dio otro aletazo y prosiguió su vuelo hacia el interior de las tierras, donde le aguardaba su dueño, Till.

El elfo había cambiado, sin que el pájaro lograra saber realmente por qué; sí, claro está, el perro había muerto aplastado por aquella avalancha de tierra que había brotado súbitamente del suelo, y el pájaro sentía dolor cada vez que pensaba en ello. El propio Till había sido derribado, tragado, arrastrado entre guijarros y tierra enfurecida, tan sumergido por

el barro como por el miedo, y había huido, abandonando su arco roto, abandonando su perro, abandonando a la reina, traicionando la palabra dada al rey Llandon y mancillando para siempre su honor. Pero aquello, el gerifalte no podía comprenderlo. El elfo había despertado ya (si es que había dormido algo durante la noche) y, en cuanto divisó al halcón, levantó el brazo con gesto imperioso para que se posara en él. Till tenía el rostro fatigado, el aspecto sombrío. Acarició el plumaje blanco manchado de gris con gesto maquinal y cansado. El pájaro contó lo que había visto, teniendo buen cuidado de no olvidar nada. Cuando hubo terminado, el rastreador sacudió la cabeza, descontento y contrariado. El gerifalte abandonó su puño y se poso en un tocón invadido por el musgo, algo inquieto ante la cólera de su dueño. ¿Cómo habría podido comprender que el rastreador ya sólo tenía una razón para existir y que esta razón acababa de escapársele?

Till recuperó por fin la calma y, haciendo bocina con las manos, lanzó al aire gélido del amanecer un trino modulado al que, muy pronto, respondieron por todas partes unos silbidos idénticos. Casi aparecieron de inmediato unos elfos grises, armados con sus extraños arcos cortos, palos y dagas.

-El enano Rogor ha huido -anunció Till en la lengua de los elfos de las marismas-. Y el ladrón con él... Sólo han dejado tras ellos el cuerpo del gnomo Oisin.

-Entonces, el ladrón estaba con el enano -dijo uno de los guerreros elfos.

-Sin duda... Y ahora el mal está ya hecho. Han matado a la reina Lliane, han matado a Gael, han tomado lo que habían venido a buscar y se han marchado sin ser molestados.

Los elfos grises agacharon la cabeza, de rabia y de vergüenza.

-Regresemos.

-¡En pie! ¡En pie!

Uter se crispó instintivamente, luego su sangre volvió a circular por sus venas cuando reconoció a Freihr. Se sacudió, miró a su alrededor como si hubiera tenido una ausencia y se puso en pie con el corazón palpitante. Sus oídos seguían silbando y se sentía aún helado hasta los huesos, entumecido como al salir de una pesadilla. Vio por fin a la reina, arrodillada junto al catafalco, con el rostro entre las manos, y su primer impulso fue lanzarse hacia ella para ayudarla a levantarse, pero la terrorífica máscara de la elfo unos instantes antes (¿o habían sido algunas horas?) volvió a su memoria, y no se movió. Tsimmi, junto a ella, se erguía sobre sus cortas piernas para alcanzar el cuerpo de Gael. Farfulló sin que Freihr ni Uter pudieran ver lo que hacía, luego, por fin, se volvió hacia ellos con un fulgor triunfante en la mirada.

-¡Aquí está! -dijo uniéndose a ellos.

En la palma de su mano brillaba el anillo de Gael, mostrando la runa de Beorn.

-¿Qué es? -preguntó Freihr.

-¡El anillo, claro! -gruñó el enano encogiéndose de hombros-. ¿Dormías hace un rato, o qué? ¿No has visto que se mostraban sus anillos?

Uter inclinó la cabeza. La imagen de los fantasmas de Blade y Gael estaba aún muy presente en su espíritu, y cada uno de sus gestos permanecería, probablemente, grabado para siempre en su memoria.

Tomó el anillo y lo examinó. Había una runa, en efecto, parecida a un árbol de tres ramas.-Una runa que ya conocía, que había visto ya en... Scath, a la entrada del barrio de los ladrones, en la ciudad baja de Kab-Bag. Y en el anillo de Blade. ¿Y dónde más?

-Es el anillo del Gremio -dijo Freihr con su voz gangosa, mirándolo por encima de su hombro.

-¡Claro está! -gruñó Tsimmi (se sentía siempre algo molesto por la lentitud de las deducciones del bárbaro)-. Y si Gael llevaba este anillo, es que formaba también parte del Gremio. El Gremio lo empleaba, ¿comprendes?

-No...

-Dicho de otro modo -prosiguió Uter-, el Gremio encargó la muerte del rey Troin y el robo de la Espada de Nudd.

Librodot

Los ojos de Tsimmi brillaban de excitación. Recuperó el anillo de manos del caballero y lo estrechó con firmeza en su puño.

-¡Hay que regresar enseguida a Loth! -exclamó-. Con eso podremos probar que los elfos son inocentes y que se trata sólo de un robo de esos granujas. Al rey Pellehun le tocará impartir justicia y poner orden en esta asociación de ladrones y asesinos. ¡La paz puede salvarse aún!

En aquel instante, Lliane lanzó un gemido y los tres compañeros advirtieron que había caído al suelo, casi sin conocimiento, agotada.

Tsimmi dio un codazo en el muslo de Uter.

-Debieras ayudarla, a fin de cuentas -sugirió en tono de reproche.

El joven abrió la boca para replicar pero, como le sucedía a menudo, no encontró nada que decir y se limitó a encogerse de hombros, mientras el enano y el bárbaro reían tontamente.

Estuvo junto a Lliane en dos zancadas y, arrodillándose, le levantó dulcemente la cabeza. Apartó los cabellos negros pegados por el sudor y contempló el rostro apaciguado de la elfo, tan hermosa y que parecía frágil como el cristal. ¿Cómo podía albergar una fuerza tan salvaje, tan bestial, tan poco humana? Hasta entonces, todos los elfos que el paladín había conocido eran dulces y pacíficos, calmos hasta la indolencia, desprendidos de todo. Ciertamente, algunos soldados veteranos que habían conocido la guerra de los Diez Años hablaban de la crueldad de los elfos y de los prodigios llevados a cabo por sus magos, de la atrocidad de sus maleficios y de sus miradas de vampiro, pero Uter nunca les había creído. Los soldados veteranos exageraban siempre, como es bien sabido.

Ahora, también él había visto el otro rostro de los elfos. Las sombras de la noche, trasgos, duendes, quimeras y esos fantasmas negros del crepúsculo a los que los enanos llaman korrigans, todos esos personajes de cuento que se inventaban para los niños tomaban un nuevo sentido, espantoso y fascinante. ¿Lliane, la hechicera, era todo aquello a la vez, hada y monstruo, terrible y adorable? ¿Eran así todos los elfos?

Lliane recuperó el sentido y sus ojos verdes, tan claros, se posaron con ternura en él. Pobre humano atrapado en la ronda de las hadas, encantado, con el alma robada para siempre...

-Cómo me miras -murmuró ella.

Uter no dijo nada, pero su corazón palpitó con fuerza. Es cierto, la contemplaba arrobado, asolado por oleadas de sentimientos difusos, en una embrollada madeja de amor, temor, deseo, malestar y fascinación que era incapaz de desentrañar.

Ella le sonrió.

-¿De modo que me amas? -preguntó.

-Sí...

Ella apoyó la mejilla en la mano del caballero y le acarició el brazo.

-Tendrás que enseñarme...

Uter inclinó la cabeza y el nudo que tenía en la garganta se deshizo. La mejilla de Lliane en su mano, el cuerpo de Lliane tendido a su lado, los ojos de Lliane, sus labios, su belleza, su fuerza... ¿No acababa de confesarle que lo amaba? No, en realidad no, pero de todos modos... Se decía que los elfos no conocían el amor. Que eran demasiado parecidos a las bestias para experimentar reales sentimientos. ¿No era posible, entonces, que una elfo amase a un humano? ¿Que la reina de los altos-elfos amase a un caballero? De pronto, se sintió fuerte, ardoroso, dispuesto a la acción.

-¡Vamos! -gritó a los demás-. ¡No hay que perder más tiempo!

Luego, mientras sus compañeros se lanzaban hacia los peldaños de tierra, ayudó a Lliane a levantarse y le habló del anillo de Gael sosteniéndola en sus primeros pasos.

Tsimmi y el bárbaro experimentaban la misma energía desbordante. Treparon por las terrazas casi corriendo, hasta las primeras salas donde Freihr tuvo de nuevo que inclinarse, lo

que permitió al enano adelantarle y salir primero al aire libre, con toda la velocidad de sus cortas piernas.

Brotó a la luz del día con una sonrisa triunfante, que se heló enseguida.

En el centro del calvero se hallaba un pequeño grupo de elfos grises armados que discutían con los viejos. Uno de los ancianos tendió el dedo en su dirección y todos se volvieron hacia él con un estremecimiento, hostil y vacilante a la vez. Un elfo de mayor talla les empujó, atravesó el pequeño grupo y se lanzó contra él, tan rápido que apenas tuvo tiempo de reconocerlo.

-¡Tú! -aulló Till con los ojos desorbitados por el odio y el rostro lleno de muecas-. ¡Vas a pagarlo!

Tsimmi retrocedió, intentó torpemente tomar el martillo de guerra colgado a su espalda y tropezó contra la cabeza inclinada de Freihr, que en aquel instante salía de la choza subterránea.

En la misma fracción de segundo, Till golpeó con un grito de rabia. La hoja afilada de su larga daga cortó el grueso cuero del jubón del enano, hirió las carnes e hizo brotar la sangre.

Tsimmi lanzó un grito de dolor. Con una profunda herida en el brazo, rodó por el suelo, justo a los pies del rastreador, que golpeó de nuevo, como un loco. Un instante después, Freihr le golpeaba de lleno, con un prodigioso impulso y la cabeza baja, haciéndole rodar varias toesas.

El bárbaro lanzó una ojeada al enano que se acurrucaba contra la choza, herido pero vivo, y desenfundó con ambas manos su formidable espada, justo a tiempo para contener el asalto de los elfos grises que acudían en auxilio de Till.

Bajo tierra, Lliane y Uter habían percibido el grito de Tsimmi. Permanecieron un instante atónitos, conteniendo el aliento. Pronto reconocieron el ruido de un combate. Al unísono, corrieron hacia fuera.

Freihr, levantando toda su talla, mantenía alejados a un grupo de elfos con anchos molinetes de su espada, cuya hoja zumbaba peligrosamente ante ellos, como una guadaña. Tsimmi, apoyado en la choza, titubeaba como un hombre ebrio, sin lograr blandir su martillo de guerra.

-¡Deteneos!

La reina había gritado con su voz de mando, una potente entonación que se imponía y obligaba a escucharla. Los elfos retrocedieron y le lanzaron miradas inquietas. Ni el propio Freihr pudo impedir lanzar una ojeada a la reina, por encima del hombro. Lliane titubeó. Sin el brazo de Uter, se habría derrumbado. Él, que la veía de cerca, adivinó el temblor de sus miembros y los regueros de sudor que enmarcaban su rostro. Aquel grito parecía haberla vaciado de sus últimas fuerzas.

Uter sintió, antes de verlo incluso, que un elfo corría hacia ellos y apuntó con la espada para cerrarle el paso. Necesitó algún tiempo para reconocer a Till, tan fuera de sí parecía el rastreador.

-¡Reina Lliane!

Se mostró incapaz de decir nada más, clavando en la reina de los altos-elfos una mirada febril, terrible.

Lliane le tomó del brazo, inclinando hacia abajo, al mismo tiempo, la daga enrojecida por la sangre de Tsimmi.

-Estoy contenta de volverte a ver, Till -murmuró.

-Reina mía, estaba seguro de que habíais muerto, aquella mañana. Yo... Yo no...

El elfo verde lanzó una ojeada al maestro albañil, que seguía acurrucado contra la choza de Gael, luego se volvió hacia la reina, conmovido y farfullando.

-Se ha acabado -dijo Lliane.

Dio las gracias a Uter con un signo de la cabeza y, apoyándose ahora en Till, se dirigió hacia los elfos grises como si nada hubiera pasado. Al encontrar su mirada, Uter tuvo la

convicción de que había recuperado ya fuerzas y que sólo se apoyaba en el brazo del rastreador para dominarle.

-Hemos sido engañados todos -dijo con una voz fuerte-. *Yelessa eh anna kolotialo. D'hya ne etio lassaleo.* ¡No es cosa del enano!

Uter, con un movimiento de barbilla, indicó a Freihr que vigilara a los elfos mientras él acudía en socorro de Tsimmi. Adosado a la pared de ramas de la choza, el maestro albañil comprimía su herida con un rictus de dolor. La sangre corría entre sus dedos. Había mucha en su jubón de cuero y chorreaba a lo largo de su brazo para formar un charco negruzco a sus pies, que el suelo de turba bebía enseguida.

-Déjame ver -dijo el joven.

Tsimmi obedeció; Uter hizo una mueca.

El hueso era visible bajo las sanguinolentas carnes que la afilada hoja de Till había cortado como jamón. El caballero arrancó con un seco golpe la manga de su túnica verde. Metió el tejido en la herida, luego anudó los extremos para sujetar aquel improvisado vendaje.

-Decididamente, no tengo suerte -gimió Tsimmi para sí-. Primero los gnomos que están a punto de quebrarme la rodilla y ahora este imbécil que me corta el brazo. ¿Pero qué les he hecho yo?

Uter se abstuvo de decirle que sólo les había hundido bajo montones de tierra y que él mismo, la víspera, había estado a punto de hacerle rodajas. Los enanos son susceptibles.

Hubo gritos, furibundas interjecciones en la extraña lengua de las marismas, de la que Uter y sus compañeros no entendían nada. Pero cuando un elfo gris señaló un objeto brillante en el suelo de turba, el joven caballero se precipitó a recogerlo antes que ellos. Era el anillo de Gael. El anillo con la runa de Beorn, su única prueba...

-¡Dámelo! -dijo Tsimmi.

Uter obedeció sin reflexionar y la mano nudosa del enano se cerró sobre el anillo justo cuando un elfo gris, empujando a Till y a la reina, se plantaba ante ellos, con los ojos en blanco, aullando en sus oídos su incomprensible jerigonza.

-¿Qué quiere? -soltó Uter interponiéndose entre el elfo y el maestro albañil.

-Estúpida pregunta. Quería el anillo.

-¡Nos acusa de haber desvalijado a Gael! -tradujo la reina-. Hay que devolverle el anillo, Tsimmi. ¡De verdad!

-No, no -respondió el enano dirigiendo una sonrisa crispada al elfo-. Si se lo devolvemos, no tendremos ya prueba alguna de lo que ha ocurrido...

Seguía sonriendo, a pesar de su rostro exangüe, a pesar de la sangre que había ennegrecido su improvisado vendaje, con el puño izquierdo cerrado sobre el anillo de Gael. El elfo gris, balanceándose de un pie a otro y sacudiendo nerviosamente su daga, le miraba preguntándose, visiblemente, qué razón podía tener para no matarle enseguida.

Con una mueca de dolor, Tsimmi intentó levantar su brazo herido e hizo chasquear los dedos. El elfo lanzó una ojeada asombrada a la mano ensangrentada del enano y, cuando su mirada volvió a posarse en él, Tsimmi le mostró su mano izquierda, vacía ahora.

-¡Se ha ido! -dijo con su tono de titiritero-. ¡El anillo se ha esfumado! El elfo acusó el golpe y frunció las cejas, algo que encantó a Tsimmi.

-¡Magia! -dijo, y soltó una risa burlona. El elfo se estremeció ante el insulto.

-¡Hyalla eh n 'eta lo!

Propinó a Tsimmi un golpe tan fuerte que la sangre manchó su puño. Lliane y Uter se lanzaron al mismo tiempo hacia él para sujetarle, pero había levantado ya su daga y la dejaba caer, con un «¡han!» de leñador, para clavar al enano en el suelo.

La reina y el caballero respondieron al mismo tiempo y nadie supo si fue la daga élfica de Lliane o la pesada espada de Uter la primera que mató al elfo gris.

Se hizo enseguida un espantoso tumulto.

Los elfos de las marismas aullaron de rabia y se lanzaron ciegamente al asalto, en una masa desordenada y furiosa, atacando por todas partes al disperso grupo de los legados del

Gran Consejo. Freihr, en guardia ya, acogió a uno de ellos con un molinete de su enorme espada, separándole la cabeza del cuerpo. En el mismo movimiento, su flanco se descubrió y un guerrero se lanzó en picado sobre él, sujetando la daga con ambas manos. El bárbaro le detuvo en seco de una patada en el vientre y luego, como por un efecto de balancín, la monstruosa espada zumbó y fue a hincarse profundamente en el cuerpo del elfo.

-¡Como tú me enseñaste! -gritó Freihr en la embriaguez de la batalla, con una mirada triunfal a Uter.

El caballero ni siquiera le oyó. Lliane y él combatían espalda contra espalda, formando una muralla ante el cuerpo inanimado de Tsimmi. Sumergidos por la carga furiosa y desordenada de los elfos grises. Uno de ellos se arrojó literalmente sobre la reina, rugiendo como una bestia, con ojos enloquecidos. Uter la protegió con su cuerpo. Su espada se plantó en la frente del rabioso que, al caer, se la arrancó de las manos. Vaciló, alcanzado simultáneamente por una granizada de golpes en el pómulo, el brazo, el cuerpo. Una hoja hirió su flanco. Un palo le golpeó con dureza el hombro, anestesiando su brazo, las estrellas comenzaron a bailar ante sus ojos y sintió en la boca el sabor de la sangre. Entonces, comenzó a aullar y se liberó golpeando a ciegas, como enloquecido. Ya no era él el que combatía sino un animal primitivo luchando por la supervivencia, olvidadas las reglas tantas veces aprendidas en los entrenamientos, golpeando con el puño, con el pie, mordiendo como una bestia, en la furiosa mezcolanza de un combate a muerte, sin saber siquiera si Lliane, a su lado, estaba todavía viva. Las muecas en los rostros de los elfos le rodeaban como en una pesadilla y golpeaba, golpeaba con los puños desnudos, con tal rabia que los elfos retrocedieron, presas de aquel temor supersticioso que tantas veces se apoderaba de ellos. El hombre se había convertido en lo que los bárbaros del Norte llamaban un «berserker», un loco de guerra, ebrio de sangre, inconsciente del peligro, insensible a los asaltos de sus enemigos. Muy pronto Uter sólo encontró ya el vacío, y miró a su alrededor, titubeante y embrutecido.

-¡Ven!

Volvió la cabeza, justo para ver a Lliane incitándole a seguirla, y se lanzó tras ella. Su rabia se convirtió en miedo, en miedo pánico, un poco más aterrorizado a cada paso. Y corrieron hacia adelante, a través de la maleza, las aulagas y los helechos, durante un tiempo infinito, hasta que el propio miedo cedió el paso a la fatiga, luego la fatiga al sufrimiento, luego el sufrimiento al embrutecimiento... Las piernas del caballero fallaron y cayó boca abajo, incapaz de dar un paso más. Freihr tropezó con él y cayó a su vez, echando a rodar al infeliz Tsimmi, al que llevaba en sus brazos como un niño dormido.

Con la garganta convulsa y los pulmones ardiendo, el cuerpo empapado en sudor, Uter tenía la impresión de ser ya sólo heridas y cardenales. Se volvió de espaldas, de cara al cielo, haciendo muecas y resoplando como una forja. Luego, cuando pudo de nuevo respirar casi normalmente, se incorporó sentándose y buscó con los ojos a la reina. Lliane estaba allí, jadeante y con el rostro cubierto de equimosis, pero seguía de pie y parecía capaz de correr indefinidamente aún. Era como si el esfuerzo físico no existiese para ella; como si sus propios hechizos fueran los únicos capaces de agotarla... Con todos los sentidos al acecho, una de las flechas de Kevin puesta ya en su gran arco, volvió hacia atrás, se aseguró de que no habían sido seguidos y desapareció en los helechos. Unos instantes más tarde, se reunió con ellos y guardó su preciosa flecha en el carcaj.

-Al parecer tenemos un respiro, pero no hay que demorarse -dijo, dirigiendo apenas una mirada a Uter (y, en aquel instante, él la encontró detestable).

Luego se inclinó sobre Tsimmi y le examinó en silencio.

-¿Qué? -preguntó Uter en tono brusco.

-Vive. Es todo lo que puede decirse. Lo cuidaré más tarde.

-¡Más tarde!

Uter sintió que en él nacía la rabia.

-Sabe que está herido porque ha arriesgado su vida para recuperar el anillo de Gael y demostrar la inocencia de tu pueblo. La reina clavó en él sus fríos ojos.

Librodot

-Si le curo aquí, los elfos grises nos encontraran y moriremos todos. Tsimmi sobrevivirá una hora o dos más.

-¡Podéis contar con eso! -dijo el enano con una voz lamentable, esbozando una vaga sonrisa dirigida a Uter.

Lliane se puso el arco a la espalda, colocando la cuerda entre sus pechos y dirigiendo una mirada de soslayo al joven caballero, lo que le hizo pensar que era consciente del hecho de que la cuerda pegaba la túnica a sus senos y ponía de relieve sus curvas de un modo provocador. Pasó sin embargo ante él como si no existiera y fue incluso a ayudar a Freihr a levantarse. ¡Freihr! ¡Habrase visto! Uter se levantó gimiendo. Se inclinó, recogió su espada caída al suelo y la envainó con una nueva mueca de dolor. Cada gesto, cada paso era un sufrimiento. La sangre mancillaba la cota de armas en su flanco, donde una daga élfica le había herido. De hecho, estaba lleno de sangre. Tenía por todas partes. Y a veces era la suya.

-Partamos -dijo la reina.

Al caer la noche, habían salido de Gwragedd Annwh. El suelo volvía a ser firme, la vegetación había cambiado. A los bosquecillos de mimbres, a los cañaverales, los helechos y los matorrales de aulagas había sucedido una sombría maleza, hasta el lindero de un bosque de hayas retorcidas, de formas asoladas por el viento, a las que los hombres llamaban remedos y que les daban miedo, pues esos árboles nudosos, torturados, parecían una siniestra caricatura de las formas humanas. El suelo de turba, esponjoso y flexible, había dado paso a una tierra cada vez más pedregosa, llena de raíces y hiedra reptante que les hacían tropezar continuamente, obligándoles a mantener los ojos bajos para ver dónde ponían los pies. Cada vez que levantaba la cabeza, Uter se sentía oprimido por el sombrío bosque que iba dibujándose, poco a poco, a su alrededor. Los árboles negros con los troncos devorados por la hiedra, los roquedales podridos por un liquen verdoso, las largas ramas parecidas a manos de bruja, esqueléticas como garras, todo aquello tenía el aspecto de una pesadilla, y prefirió mantener los ojos bajos para escapar de aquel funesto decorado.

Demasiadas leyendas habían circulado entre los Pueblos libres referentes a ese lúgubre bosque para que ninguno de los cuatro compañeros ignorase dónde se hallaba. El sombrío hayedo marcaba la frontera de las Tierras negras. Más allá se elevaban las colinas de las Marcas, luego el País de Gorre, el imperio de Aquel-que-no-pude-ser-nombrado.

Siguieron avanzando en silencio (salvo los gemidos y las recriminaciones de Tsimmi, que seguía encaramado a la espalda de Freihr y que sólo había recuperado el conocimiento para quejarse) hasta que la oscuridad les impidió ir más lejos. Entonces se detuvieron, extenuados y tan sombríos como el bosque, taciturnos y huraños, perdidos en lúgubres pensamientos.

Uter desabrochó su cinturón, se quitó la coraza manchada de sangre que cubría su cota de mallas y la arrojó a lo lejos, con una mueca asqueada. ¡Para qué llevar los colores del rey Pellehun, cuando no eran ya visibles! El joven se rascó convulsivamente las mejillas invadidas por una naciente barba que le daba comezón. Se sentía sucio, tenía hambre, estaba harto. Y, además, tenía la desagradable sensación de ser el único que no sabía adonde iban, desde hacía horas, por aquel bosque maldito que no llevaba a parte alguna. Puesto que la reina no le hablaba, guardaba para sí sus preguntas y eso no hacía más que atizar su rencor.

Sin duda habrían sido incapaces de decir cuánto tiempo permanecieron allí, rumiando cada cual en su rincón, pero de pronto fue como si todos despertaran. Lliane y Tsimmi comenzaron a ocuparse de las heridas del enano (y el maestro albañil no dejó de dar consejos a la reina o de trinar en cuanto le hacía daño), y Uter se puso a recoger leña para encender una hoguera.

-Ocúpate de la guardia -dijo Freihr-, voy a cazar para la cena...

El paladín se levantó y desenvainó la espada por lo que pudiera suceder. En realidad no sabía lo que debía vigilar ni de donde podía proceder el peligro, pero al menos todos habían salido de su mórbido sopor...

Se apartó un poco, en la dirección tomada por el bárbaro. Se oía todavía el ruido de sus pasos alejándose rápidamente en la noche, sin que fuera posible distinguir nada en la sombría maleza y los nudosos troncos de las hayas. Si había salido la luna, debía de haber demasiadas nubes para que su luz llegara al sotobosque. Uter le siguió unos momentos al buen tuntún, Preguntándose cómo podía cazar con semejante oscuridad, hasta que no percibió ya nada del bárbaro. Barrió con la espada las ramitas que se habían pegado a su cota de mallas y dio media vuelta, pero se inmovilizó enseguida. No se veía ya el fuego que había encendido. No se veía en absoluto. La nada. Una oscuridad total e insondable. Sólo las formas torturadas y amenazadoras de las ramas se recortaban contra el gris oscuro del cielo.

El joven tragó saliva. Se obligó a la calma y avanzó a tientas, tendiendo su espada ante él como un ciego, tropezando a cada paso con las raíces o los troncos muertos, topando con árboles cuya silueta sólo conseguía adivinar en el último instante. Caminó unos minutos en la supuesta dirección de su campamento improvisado sin ver nada, luego en dirección contraria, por fin en ángulo recto porque le parecía haber oído una voz. Tuvo que detenerse de nuevo para dominar la angustia que brotaba en él.

Con el oído al acecho, intentó descubrir a Tsimmi y la reina, pero sólo percibió los ruidos del bosque: crujidos, el ulular de las aves nocturnas, el turbador silbido del viento en las ramas, y una risa...

Dio un respingo y apretó su puño alrededor de la guarda de su espada. ¿Había sido una risa? Habríase dicho el crujido de la arena en un tamiz, una risita espasmódica y apagada, muy cerca de él.

-¿Quién está ahí?

De nuevo aquella risa sorda y un ligero trote en las hojas muertas... Uter contuvo su respiración, abrió mucho los ojos, hasta las lágrimas, sin distinguir a nadie. De pronto, se produjo un claro crujido de una rama, a su espalda, luego otro a la derecha y otro más lejos. Y aquella risa insoportable...

-¡Mostraos, por la sangre!

-¡Uter!

El joven volvió la cabeza, era la voz de Lliane y, sin embargo, sólo vio la alta silueta de Freihr, a lo lejos, llevando una antorcha. De inmediato se sintió rozado, empujado, rodeado por mil cosas huidizas que desaparecieron como el relámpago en las insondables malezas del bosque, sin que hubiera podido identificarlas.

-¿Uter?

-¡Aquí estoy! -gritó el joven.

Avanzó apenas unos pasos hacia el fulgor de la antorcha y estuvo a punto de tropezar con la reina, que no tenía necesidad alguna de luz para abrirse camino por el sotobosque.

-¡Lliane! ¿Los veis? ¿Los veis?

La tomó del brazo y señaló con vago gesto las oscuras malezas y los troncos nudosos del hayedo.

-¿Qué? -preguntó la reina entornando los ojos-. No hay nada...

-Sí. mirad bien, por todas partes... Había bestias, no sé qué, pero tenía la impresión de que se reían...

-Ah, son los kobolds -intervino Freihr uniéndose a ellos-. No es nada. No malos. Ya sabes, los vimos en Kab-Bag.

Uter recordó con asco los hombres-perro, repugnantes devoradores de carroña que merodeaban por los aledaños de las ciudades y los pueblos, y a quienes los enanos acusaban de ser ladrones de niños... La idea de haber estado rodeado por una jauría de kobolds salvajes, en pleno bosque, no le complació especialmente.

-¿Pero qué pasa? -preguntó Freihr-. ¿Has tenido miedo? Le dio una palmada en el hombro soltando su gran carcajada estúpida, luego le arrastró tras él, hacia el campamento improvisado.

Librodot

-¡Bueno, ya está bien, no he tenido miedo! -dijo Uter con mal humor, lanzando una mirada de través hacia la reina (que contuvo una sonrisa, o eso le pareció)-. Además, si pudieras evitar descoyuntarme el hombro continuamente, sería muy amable por tu parte. ¡Gracias de antemano!

Lliane soltó las notas de su risa argentina y le tomó de la mano.

-En cualquier caso, yo he tenido miedo -le susurró al oído-. He tenido miedo de que te hubieras perdido...

El joven la miró con estupor y se dejó guiar hasta el campamento donde Tsimmi, apoyado en un tronco, alimentaba la hoguera con ramas y musgo.

Había en la reina algo que Uter no comprendía. Ni las muchachas que había conocido, ni ninguna mujer de la corte se comportaba así. Cuando una mujer se ofrecía a un hombre, se convertía en su compañera, y todo el mundo estaba contento (el amor de los hombres, en aquellos lejanos tiempos, era algo sencillo, para corazones sencillos), pero Lliane parecía sentir un maligno placer negándose cuando la necesitaba o volviéndole a atrapar en sus redes en cuanto se apartaba, como si el amor, para la elfo, fuera un juego sutil y cruel, y no aquella certidumbre grave que se había anclado en el corazón del joven. Era para volverse loco...

-El bosque es demasiado denso para atravesarlo -dijo Freihr, ahíto, chupándose los dedos-. Demasiada maleza, demasiadas espinas. Necesitaríamos días... He visto un camino, pero lleva a las colinas.

Uter tragó con una mueca de asco el bocado que masticaba penosamente. La carne de lirón asada al espetón tenía realmente un sabor infame...

-¿Qué colinas? -preguntó-. ¿Te refieres a las Marcas?

-Las Marcas negras -murmuró Tsimmi, sombrío.

Uter sonrió viendo el estado en que se hallaba. Su brazo herido había sido sujetado a su pecho y utilizaba la izquierda para comer, lo que no arreglaba las cosas...

-¿No hay otro medio de pasar? -preguntó la reina. Uter tuvo, de nuevo, la penosa sensación de haberse perdido parte de la historia.

-Pero bueno, ¿pasar hacia dónde? -soltó bruscamente-. Además, ¿qué estamos haciendo aquí?

-¡Regresamos, claro! -se rió Tsimmi.

-Después de lo sucedido en Gwragedd Annwh -explicó Lliane-, el único medio de volver a Loth sin atravesar las marismas es llegar a la aldea de Freihr, Umbral-de-las-Rocas...

Hizo una pausa.

-... pero está al otro lado. Uter inclinó la cabeza.

-¿Quieres decir que está al otro lado de las Marcas negras?

-Sí...

-Pues bien, yo prefiero probar suerte con los elfos grises.

-Uter...

-¿Qué pasa con Uter? ¿Os habéis vuelto todos locos o qué? Tomó aparte a Tsimmi, que le miraba con un aire interesado royendo un minúsculo muslo de lirón.

-¡Háblales tú, al menos! En Kab-Bag, eras el primero en gritar que ir a las Tierras negras sería una locura. Pero bueno, ¡miraos! Hemos perdido ya la mitad de la compañía. Primero Roderic, luego los pajes, luego el señor Rogor, y Dios sabe qué habrá sido de éste, y Miolnir, y Till e, incluso, el ladrón. ¡Ya sólo somos cuatro! ¿Qué haremos si damos con una patrulla gobelina?

-¿Y qué otra cosa podríamos hacer?

La reina le miró hasta que él recuperó su calma.

-No hay que subestimar a los elfos grises -prosiguió ella por fin-. Si volvemos allí, habremos muerto antes de alcanzar las marismas. Umbral-de-las-Rocas dista sólo unas pocas leguas. Tal vez tengamos una posibilidad de pasar sin ser descubiertos.

-¿Y si nos descubren?

-Entonces moriremos. Pero al menos habremos cumplido nuestra misión hasta el fin, Uter. Al menos habremos intentado preservar la paz... Ignoro por qué Gael mató al rey Troin, ni qué hacía en el Gremio, ni a qué dueño servía. Sé, en cambio, que la nación de los elfos nada tiene que ver con ese crimen ni con el robo de la Espada sagrada de Nudd. Y quiero dar testimonio de ello... Dar testimonio si hay tiempo aún, y evitar una guerra entre elfos y enanos.

Se interrumpió. A la luz del fuego, sus ojos brillaban de lágrimas.

-Y si fracasamos, Uter, creo que prefiero morir a verlo... Un pesado silencio cayó sobre la compañía, hasta que Tsimmi se aclaró la garganta para llamar la atención.

-Con el fin de responder a vuestra pregunta de hace un momento -dijo con el tono pedante que solía adoptar cuando proporcionaba una información-, no sólo están las Marcas. ¡Podemos atravesar por las colinas!

Calló, para producir más efecto.

-Conservamos en los archivos del reino bajo la Montaña la saga de los enanos de Oonagh -prosiguió mirando pensativamente el fuego de campamento-. Los enanos de Oonagh eran un gran linaje, conducidos por Fenris Barba-Azul. Os hablo de esto, fue una época en la que yo no había nacido aún, es decir... Fenris abandonó la Montaña roja y siguió, poco más o menos, el camino que nosotros utilizamos hoy, con la diferencia de que él iba a la cabeza del mayor ejército enano jamás reunido...

Tsimmi calló por un instante y cerró los ojos, saboreando unos segundos la evocación de aquel glorioso pasado legendario.

-¿Y qué? -dijo Uter con cierta sequedad.

El enano parpadeó, como despertando de un breve sueño.

-¿Eh? Ah, sí, perdonadme. La saga de los enanos de Oonagh cuenta que las propias colinas no pertenecen al Señor negro, sino al pueblo libre de los trolls.

-¿Los trolls? -dijo Uter que no conocía aquel nombre.

-Vosotros los llamáis ogros, según creo -precisó Tsimmi, y Uter asintió con un aire asqueado-. ¿Y sabes cómo os llaman a vosotros, los hombres?... ¡Jamones! ¡Ja! ¡Porque vuestra carne es rosada y más fina que el cuero de los enanos! ¡Ñam, ñam!

Freihr soltó la carcajada (olvidando que también él era uno de esos «jamones» que los trolls devorarían de un bocado). Su buen humor acabó con el enfado de Uter.

-Pues bueno, no tengo el menor deseo de servir de comida a los ogros de las colinas -dijo sonriendo.

-Ciertamente, amigo mío -aprobó Tsimmi-. Y por eso el Innombrable les dejó el territorio. Los trolls atacan a quien se aventura por sus parajes. Creo que ni siquiera un ejército pasaría.

-¿Y cómo se lo hicieron Fenris y tus enanos de Oonagh? -preguntó el caballero.

Tsimmi soltó una risita artera: visiblemente esperaba la pregunta.

-Pasaron bajo las colinas. La saga cuenta que existen, en las Marcas, numerosas grutas que se comunican, a la vez, con las Tierras negras y con el mundo libre. Túneles, verdaderos túneles...

-Nunca he visto un troll -masculló el bárbaro-. ¿Pero sabéis qué se dice de las Marcas? Se dice que son custodiadas por el clan de los lobos negros.

El bárbaro sacudió la cabeza.

-Cierto día, atacaron Umbral-de-las-Rocas, mi aldea...

Tendió la mano hacia adelante y sus tres compañeros se volvieron sin pensar hacia donde indicaba. Evidentemente, sólo vieron la oscura cortina de los árboles iluminados por las llamas, y sus propias sombras fantasmáticas bailando al ritmo de su flaca hoguera.

-Nadie ha visto nunca un troll -corrigió Tsimmi-. Se afirma que su mero aspecto hiela de terror al viajero extraviado en sus colinas, y que lo despedazan vivo para devorarlo. Prefiero no saber si es cierto... Los lobos negros son verdaderos monstruos, y algunos son lo

bastante grandes para llevar a un gobelino con armadura, como los corceles del rey Pellehun... Pero son sólo lobos. Al menos pueden matarse.

Soltó una risita sin alegría que concluyó en una mueca de dolor. Su brazo le dolía...

Con la mano izquierda, hurgó en uno de sus zurrones buscando el muñón de su pipa y una de sus hierbas para fumar que atenuaban el dolor.

Uter fue a sentarse junto a Lliane, que agachó la cabeza para ocultar sus silenciosas lágrimas tras el telón de sus largos cabellos negros. Él la oyó sorber y la vio secarse furtivamente los ojos antes de concederle una forzada sonrisa.

-¿Todo va bien?

Ella inclinó la cabeza y le sonrió más abiertamente. Una sonrisa de niña que formaba en la comisura de sus labios dos conmovedores hoyuelos.

-No es nada. Pensaba en Llandon... Mi marido.

Uter se mordió el labio. En la piel azul de sus mejillas cubiertas de polvo se veía el surco claro de sus lágrimas. Con la mirada perdida, Lliane intentaba aún sonreír, pero unas olas de tristeza fruncían su mentón y la sintió muy cerca del sollozo. Tan humana.

-¿Le amas? -preguntó.

Ella inclinó la cabeza sin mirarle.

-Le echo en falta... Pienso a menudo en él. Veo su rostro cuando cierro los ojos. Necesito sus manos en mí, su mirada en mí... ¿Eso es el amor? Uter suspiró.

-Claro...

-Entonces también te amo -dijo ella clavando en él unos ojos de aquel verde tan claro, brillantes de lágrimas a la luz de las llamas.

Acarició la mejilla sembrada de barba del joven, y el contacto de sus helados dedos le hizo estremecer.

-Creo.

XVIII
El paso

Durante la noche, Hamlin el ministril tocó la flauta por toda la ciudad, desde las murallas hasta los fosos del castillo, pasando por las menores callejas de la ciudad baja. Al alba, los elfos habían abandonado la ciudad con su paso lento y silencioso. Todos los elfos: señores y pajes que residían en palacio, mendigos o titiriteros de los barrios bajos, elfos de los Remansos, burlones y distantes, comerciantes o pedigüeños de toda suerte, músicos, bailarines y cortesanas, y al amanecer Loth despertó con la sensación de una carencia.

El odio cedió de golpe, cuando las cenizas de la pira apenas se habían enfriado; luego, después del estupor, llegó la vergüenza, y los hombres comenzaron a temer la venganza de los elfos. La gente agachaba la cabeza, las miradas se hacían huidizas; incluso las oscuras nubes

de una nueva jornada invernal gravitaban como un funesto presagio sobre la ciudad. Cada cual tenía la sensación de una mancilla, de un deshonor. Era como si la magia y la gracia hubieran abandonado la ciudad. Los hombres -y eso no era nada nuevo-, se sentían patosos, vulgares y avillanados (por otra parte, los nobles, que desde siempre imitaban las maneras de los elfos, llamaban al pueblo sencillo los «villanos»), pero aquel día su propia pesadez se les hacía más dura aún. Y además, sí, estaba el miedo a las represalias, a una venganza ciega, que borrara Loth y sus habitantes del mundo de los vivos. Y las calles pronto estuvieron llenas de terroríficos rumores. Los que estaban junto a las murallas cuando el elfo gris había subido a la hoguera hablaban del mortal hechizo lanzado por el rey Llandon para abreviar los sufrimientos del supliciado, porque no habían visto a Kevin disparar su flecha o porque no podían concebir que un arco hiciera blanco a semejante distancia. Los que no estaban allí y no habían visto nada aseguraron que Llandon había lanzado un hechizo semejante a toda la ciudad, que el cielo iba a vomitar flechas de plata y que todos perecerían. Luego, mostraban las grandes nubes negras que se amontonaban en el cielo de Loth y temblaban de miedo persignándose.

En palacio, el senescal Gorlois en persona conducía sus guardias por los aposentos de los elfos, registrando cada habitación, cada rincón; pero habían desaparecido efectivamente hasta el último, al son de la flauta de Hamlin. Entonces, Gorlois fue a ver al rey y el propio Pellehun se puso a temblar.

Cuando el día se levantó en el hayedo, los cuatro compañeros hacía ya varias horas que caminaban. La bruma de las marismas había dado paso a un frío vivo que transía los huesos pero aclaraba la vista, y las sombrías colinas que formaban las Marcas negras les dominaban con su imponente masa.

Freihr iba en cabeza, muy por delante, explorando la ruta a lo largo del único camino que atravesaba el bosque. A veces se detenía para esperarles, y descansaban en silencio, mordisqueando para engañar su hambre, los aceitosos frutos de las hayas. En la hora quinta, la nieve comenzó a caer. Era una nieve que no cuajaba, casi fundida ya cuando llegaba a tierra, una especie de lluvia helada. Tsimmi temblaba y se sentía ardiendo de fiebre. Uter caminaba como un espectro. La propia reina sentía el frío, la fatiga y el hambre.

De pronto, divisó la silueta de Freihr, agazapado tras un matorral de espino albar cargado de bayas rojas. Creyó por un instante que el bárbaro se había agachado para recoger alguna y mejorar su magro condumio, pero cuando Freihr se volvió hacia ella comprendió por su mirada que no era así.

Con un gesto, indicó a Uter y Tsimmi que se mantuvieran alerta, y los tres compañeros se unieron al bárbaro a sigilosos pasos.

-Hay una caverna ahí delante -explicó Freihr en voz baja-. No sé si está custodiada...

Uter tendió el cuello con precaución. La nieve dificultaba la visibilidad. Sólo se veía que la colina estaba allí, a un centenar de toesas, elevándose aparentemente hasta el cielo.

-¿Hay lobos? -susurró Tsimmi.

-No he visto -repuso Freihr.

Lliane vaciló. En las Tierras negras, el peligro estaba en todas partes, y la menor imprudencia les resultaría fatal. Pero la nieve podía protegerles y ocultar su aproximación... Reflexionaba aún sobre la táctica que debían adoptar cuando un reflejo brillante, a su derecha, atrajo su mirada. Volvió la cabeza y ahogó un grito de sorpresa. Con la espada en la mano, su cota de mallas de acero brillando bajo la lluvia de nieve, Uter avanzaba por el camino. Hizo ademán de levantarse, pero Tsimmi la agarró de la muñeca y la obligó a permanecer a cubierto.

-Sabe lo que está haciendo, reina Lliane. Los lobos no desconfiarán de un hombre solo...

La elfo se soltó con un gesto irritado y cambió de posición para buscar un mejor ángulo de tiro. Viendo que la reina había colocado en la cuerda una de sus flechas de plata, Tsimmi y Freihr intercambiaron una mirada divertida.

Cuando Uter desapareció de su campo visual, tapado por los árboles y la nieve, avanzaron silenciosamente, renovando la operación de escondrijo en escondrijo, hasta alcanzar el lindero del hayedo y hasta que la abierta boca de una gruta se dibujó en los flancos de la colina.

Uter, pocas toesas por delante, se mantenía ante la caverna, con el cuerpo algo retrasado y la espada tendida a lo largo de su pierna, como si ocultara su golpe.

Primero no distinguió nada, pero cuando iba a hacerles señal de que se reunieran con él, un movimiento en la gruta le dejó petrificado. Apenas era perceptible... Había algo. Uter sintió que su corazón se aceleraba, con la impresión de revivir la angustia de la noche precedente, cuando había sido rodeado por la invisible jauría de los kobolds. El clan de los lobos negros estaba allí, no cabía duda, espiándole con sus ojos amarillos, gruñendo en la oscuridad de su cubil.

-¿Los lobos negros temen la nieve? -gritó bruscamente plantándose sólidamente en mitad del camino.

De las profundidades de la gruta le respondió un sordo gruñido.

-¡Sé que estás ahí, vieja bestia! -gritó Uter-. ¡Ven a combatir, te desafío!

Por mucho que los lobos devoradores de hombres estuvieran entre las más inmundas y crueles bestias que merodeaban por la tierra, obedecían sin embargo a un antiquísimo código de honor. El lobo que no se sometía a él, fuera cual fuese su rango, pronto era expulsado de los clanes de guerra y vivía el resto de su triste existencia como eremita, sin loba ni esperanza de lobeznos. Y, por encima de todas las leyes de ese código, el desafío era sin duda la tradición más antigua y más sagrada.

Uter lo sabía. Y también que, desafiando a ciegas a una jauría, estaba desafiando al jefe del clan. Al lobo más grande, el más fuerte, el más cruel...

Otro gruñido resonó en las profundidades de la gruta, y los enviados del Gran Consejo vieron a Uter retroceder un paso antes de sobreponerse. Cuando miraron de nuevo hacia la entrada de la caverna, conocieron el mismo instante de espanto. Un enorme lobo negro acababa de salir, avanzando lentamente por el suelo pedregoso con paso silente, mirando al caballero con sus insondables ojos dorados, donde parecían brillar todos los fulgores del infierno. Su cuerpo tenía casi una toesa de largo y más de tres codos de alto hasta el pescuezo: era grande como un asno. Cuando encogió los belfos en un rictus colérico, aparecieron sus largos colmillos brillantes de baba, tan puntiagudos como puñales. Otros lobos salieron de la gruta, con la cabeza gacha y la cola colgante en señal de sumisión y, uno tras otro, fueron a lamerle los belfos y a darles golpecitos con el hocico. Con la cola erguida y erectas las orejas, el dueño de la jauría se mantenía inmóvil. Parecía indiferente al caballero que le había desafiado, soltando de vez en cuando un gruñido cuando uno de sus lobos no se sometía con bastante claridad, hasta que el inferior se tendía ante él, de espaldas, con las patas al aire gimiendo como un perro.

Sin atreverse a apartar los ojos del gran lobo, Uter percibió un pataleo a su izquierda. Afirmó su espada en la mano, entornó los ojos para intentar apartar los regueros de nieve fundida que corrían por su frente y comenzó a desplazarse hacia la derecha. Cuando lo hizo, el jefe del clan de los lobos negros se puso a su vez en movimiento, apartándose por fin de su jauría y de la gruta.

La nieve no había dejado de caer desde que comenzara la mañana. Empapado hasta los huesos, temblando a la vez de fiebre, nerviosismo y frío, Tsimmi tiritaba con todos los miembros, encogido tras un matorral de abrojos. De pronto, se le escapó un enorme estornudo y aquello fue la señal de la batalla...

La jauría, silenciosa hasta entonces, estalló en un brusco estruendo de gruñidos y ladridos de excitación. Uter apartó los ojos un segundo. Cuando su mirada volvió a su adversario, el gran lobo negro galopaba hacia el con su paso silencioso, la mirada fija, los belfos encogidos sobre sus monstruosos colmillos. El lobo saltó con las zarpas por delante y Uter le recibió con un molinete de su espada, que sujetaba con ambas manos, golpeando con

Librodot

todas sus fuerzas. La hoja lo hirió en el hocico e hizo brotar la sangre, chocando con los colmillos del monstruo sin mellarlos. El golpe resonó en el brazo de Uter, que perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al suelo mientras la bestia se volvía, ya, hacia él. Con las garras de su pata, cortó la cota del caballero y desgarró las mallas de acero; Uter escapó rodando contra el inmenso cuerpo de la fiera. A ciegas, dio un nuevo golpe a la masa de crines grises y pelo negro, hendiendo el cuero y haciendo brotar la tibia sangre que le salpicó el rostro. Uter retrocedió, dominado por el miedo, arañado y medio atontado por la formidable pata del lobo. Vaciló, retrocediendo aún, hendiendo el aire ante él para mantener a distancia la fiera, cuando unos gritos llegaron a sus oídos sin que los comprendiese. Uter ni siquiera reconoció la voz de Lliane gritándole que se apartara para permitirle disparar. El lobo abrió sus monstruosas fauces, más horribles aún por las carnes sanguinolentas mezcladas con la espuma, y soltó un aullido surgido de lo más profundo de sus entrañas. Su aliento se extendió hasta el helado rostro del caballero en una oleada de calor, justo antes de que se lanzara en un prodigioso salto, con las dos patas por delante, golpeando sus hombros y lanzándole al suelo.

Uter sólo sintió el peso de la bestia, las crines rugosas de su vientre endurecidas por los orines helados que se aplastaban sobre su rostro, y el mefítico olor asfixiante. No experimentaba dolor, sólo la consoladora impresión de que todo había acabado; nada salvo la certeza de la muerte. Y luego un charco cálido y viscoso atravesó su cota y su túnica, inundándole el torso y el rostro. Asqueado, con la boca y la nariz llenos de la sangre de la fiera, Uter se agitó furiosamente y consiguió sacar el rostro al aire libre.

El lobo estaba muerto.

¿Había podido matarlo?

Se arrancó del pesado cuerpo de la bestia y se arrastró a cuatro patas hacia un matorral cargado de nieve, con la que se lavó febrilmente el rostro.

Entonces, miró a su alrededor.

Lo primero que vio fue su espada, que había caído al suelo cuando el lobo le había atacado, luego la flecha de plata clavada en el espinazo del monstruo. Era la flecha que lo había matado... Finalmente, vio a Lliane y sus compañeros, de pie en el lindero del bosque, enarbolando las armas, con el cuerpo tenso, dispuestos al combate, con los ojos fijos en la caverna. Se arrastró hasta su espada y se levantó haciendo una mueca.

Los lobos negros abandonaban su cubil en el flanco de los Marcas, formando una larga procesión, marchando en fila india, posando con precisión sus patas en las mismas huellas, no dejando así más que un único rastro. Conducidos ya por un nuevo jefe, lanzaban al abandonar su refugio miradas oblicuas hacia el hombre que había vencido a su jefe, y hacia aquel grupo de guerreros que tomaría posesión de su antro.

Su lento desfile prosiguió en silencio durante un tiempo infinito. Uter contó cincuenta lobos, luego perdió el hilo; se reunió con sus compañeros a prudentes pasos, sin apartar los ojos de la jauría.

Lliane le lanzó, más rápida que un relámpago, una mirada que le caldeó el corazón, mezcla de amor, de alivio e incluso, tal vez, de cierta admiración, pero su expresión se convirtió enseguida en una mueca asqueada y apartó la mirada.

-Uter, amigo mío, da miedo verte -dijo Tsimmi en voz baja, como para no provocar a los lobos.

El caballero levantó a la altura de su rostro la hoja de su espada y se miró en el acero. Vio la difusa silueta de un hombre de los bosques, hirsuto y cubierto de sangre.

-¡Y además, hiedes! -gruñó Freihr, que comenzó a reír.

-¡Callaos! -susurró la reina.

Los últimos lobos se habían detenido y les miraban, vacilantes, con las orejas hacia atrás y la cola medio levantada, unos signos que la elfo sabía reconocer. Uter se volvió hacia la jauría, chorreante aún de la sangre de su jefe, preñado de su olor y con los cabellos enmarañados, con un aspecto tan inhumano que los lobos recuperaron su actitud sumisa y se fueron tras las huellas de su clan, abandonando la gruta. Sin moverse, los siguieron con los

Librodot

ojos hasta que hubieron desaparecido en las altas colinas, devorados por la cortina de nieve que seguía cayendo.

-¿Crees que regresarán? -preguntó Tsimmi sin que se supiera a quién se dirigía.

Nadie respondió, con gran asombro de Uter. Lliane, a su lado, parecía al acecho, en absoluto relajada tras la partida de los lobos. La vio, de nuevo, orientando sus orejas de pabellón ligeramente puntiagudo, y aquel fenómeno le causó una vez más cierta impresión mitigada, reprobadora y divertida a la vez. Para disipar su turbación, se volvió hacia Freihr. La actitud del gigante le alarmó: con la nariz al aire y muy abiertos los orificios, Freihr venteaba los efluvios de la gruta, olisqueando, con la misma expresión desconfiada de la reina.

-¿Qué pasa? -preguntó Uter.

Freihr se volvió hacia él, con el rostro grave por una vez.

-Kobolds.

Y corrió de pronto hacia la gruta, arrastrando tras él su larga espada, con un aullido salvaje. De inmediato, unas cortas siluetas surgieron de la caverna y se dispersaron por los alrededores. Con la frente baja y alargada, un hocico puntiagudo y anchas orejas redondeadas, el pelo liso y grisáceo, salvo a lo largo del espinazo, donde formaba una especie de penacho, los kobolds parecían hienas. Con la diferencia de que se mantenían de pie y se ataviaban con oropeles humanos, llegando incluso, a veces, a equiparse con armas lo bastante pequeñas para sus manos embrionarias, espadas o puñales. Freihr, arrastrado por su carrera, agarró a uno de los hombres-perros por lo que le servía de túnica y lo aplastó contra la pared de piedra. Se volvió de una sola vez, levantando la espalda, pero ningún kobold había sido lo bastante loco para quedarse al alcance del bárbaro.

-Matadlos -aulló Freihr persiguiendo a uno de ellos-. ¡Matadlos a todos!

Lliane disparó una de sus preciosas flechas de plata, casi sin apuntar, y Uter habría jurado que la saeta describió una curva, como si siguiera las huellas del ladrante hombre-perro, al que atravesó de parte a parte. Ya Tsimmi había recogido una piedra y hacía girar su honda, pero sólo podía utilizar su mano izquierda y falló el golpe.

Uter intentó lanzarse en persecución de un kobold. Lamentablemente, su cuerpo le causaba demasiados dolores y la pequeña criatura era demasiado rápida. Renunció al cabo de unas toesas, sin comprender el empecinamiento de Freihr en exterminarlos. Se detuvo, sin aliento; casi enseguida, Lliane le empujó para saltar sobre una roca que ponía al hombre-perro al alcance de su arco. Ella lanzó un sonoro ladrido que, por un segundo, hizo vacilar a la inmunda criatura, y soltó enseguida la flecha. No era una de las saetas mágicas de Kevin el arquero; sin embargo, la reina no necesitaba magia alguna para acertar, a veinte toesas de distancia, a un kobold enloquecido. La flecha le hirió en plena espalda cuando se volvía para huir. Dio todavía varios pasos, arrastrado por el impulso, luego cayó como una masa, muerto antes de haber llegado al suelo.

-¿Quedan? -aulló Freihr corriendo hacia ellos.

-¡No le he dado al mío! -gritó Tsimmi ante el antro de los lobos.

-De todos modos, han escapado dos o tres, por lo menos -añadió Uter-. ¿Qué puede importar eso?

-Kobolds avisarán los gobelinos -gruñó el bárbaro-. Hay que apresurarse.

Se lanzó hacia la gruta, brincando con seguras zancadas sobre las rocas cubiertas de escarcha y de nieve, luego regresó hasta el lindero del bosque para recoger su equipo.

Lliane y Uter bajaron con más prudencia de los contrafuertes de la colina y se reunieron con Tsimmi, que salía de la caverna.

-Es un paso, en efecto -dijo el enano-. Si nuestras sagas tienden a embellecer las historias, el fondo es siempre cierto... Los lobos negros custodiaban un camino bajo las Marcas.

Uter lanzó un grito de alegría y le palmeó la espalda, adoptando la costumbre del bárbaro. Pero había olvidado la herida de Tsimmi y el enano gimió de dolor.

-Oh, perdón...

-¡Por la sangre, podías tener un poco de cuidado! -gritó el maestro albañil.

Calló y Uter, molesto, se bamboleó de un pie al otro, ruborizándose como siempre que le cogían en falta.

-Hay que fabricar antorchas -prosiguió el enano con tono huraño-. Ni siquiera yo vería nada ahí dentro. Y, además, habrá que trocear al lobo, necesitaremos su carne...

-Voy -dijo Uter.

-No, deja -dijo la reina, tal vez sería mejor que aprovecharas la nieve para librarte de toda esa sangre...

-Pse -gruñó Tsimmi.

Uter no hubiera podido ruborizarse más, pero procuró mantener una apariencia de dignidad apartándose hasta un bosquecillo cubierto de nieve. Desabrochó el cinturón que sujetaba su espada, se quitó luego el gócete y la pesada cota de mallas haciéndola resbalar por encima de su cabeza. Temblando con su túnica y sus calzas, extendió la cota por el suelo y comprendió el asco de sus compañeros. Sangre, vísceras, pelo y excrementos formaban una papilla infame que cubría los anillos de acero y los lazos de cuero de la cota de mallas. ¿Habría despanzurrado al lobo durante la batalla o era obra de la flecha de plata de Lliane? De cualquier modo que fuese, a Uter le costó todo el trabajo del mundo limpiar su cota de aquella inmundicia. Seguía roja de sangre y numerosas hileras de mallas habían saltado bajo los zarpazos y dentelladas de la bestia, dando a la prenda un aspecto lamentable. Sin embargo, parecía casi limpia y ya no hedía tanto.

Decidido a no seguir sufriendo observaciones hirientes, Uter procuró lavarse concienzudamente el rostro, el torso y los brazos con la nieve, y limpiar un poco su túnica. Cuando volvió a ponérsela, estaba transido de frío y sus dientes castañeteaban de un modo irrefrenable. A pesar de todo, se tomó aún el tiempo de deshacer sus numerosas trenzas y librarlas de la sanguinolenta papilla que las enmarañaba antes de ceñirse la espada y reunirse con sus compañeros.

Uter tenía demasiado frío para querer bromear pero, ahora, era Freihr el que, tras haber cortado con el cuchillo los monstruosos muslos del lobo, estaba cubierto de sangre y hedía a cien leguas...

XIX
Bajo la montaña

El señor Bran roncaba como un sordo y el guardia enano tuvo que renunciar a cualquier forma de respeto y sacudirle con ambas manos para conseguir despertarle.

-¡Cómo! ¿Qué ocurre?

El soldado se apartó rápidamente del lecho del príncipe y rectificó su posición.

-Señor, hay un enano en la poterna que afirma ser el príncipe Rogor. Bran abrió los ojos y se incorporó sobre un codo.

-¿Mi hermano?

El guardia inclinó la cabeza.

-¡Pues bien! ¿Conoces al príncipe Rogor, no? ¿Es él o no es él?

-Señor, no lo sé... Tendríais que venir a verlo.

Bran despertó por completo, apartó las sábanas y pieles y, en camisa, se sentó al borde de la cama, descubriendo al mismo tiempo a una joven enana perfectamente desnuda, hecha un ovillo contra él. El guardia sonrió y su mirada se demoró excesivamente en sus generosas formas. Fue una mala idea. De un puntapié, Bran le mandó rodando por las losas de granito, con un estruendo de fin del mundo que despertó a la joven belleza.

-¿Qué ocurre?

-Duerme, hermosa mía... Vuelvo enseguida.

El soldado se levantó, cariacontecido, ante la pesada mirada del príncipe Bran. Hermano menor de Rogor, sobrino del difunto rey Troin, había sido nombrado regente de la ciudad de Ghazar-Run y garante del trono de la Montaña negra, un papel que no le gustaba y para el que no se sentía en absoluto preparado, más inclinado al placer de la carne, de la caza y de la guerra que a las abrumadoras responsabilidades de un cargo real.

-¡Mis botas, mi capa! -gruñó.

El guardia se precipitó y le ayudó a ponerse el grueso manto de pieles luego le precedió por las calles subterráneas de la vasta ciudad bajo la Montaña, hasta la poterna del septentrión, una majestuosa arcada tallada en el acantilado, a pico sobre un abismo sin fondo, atravesado por un puente de piedra erizado de atalayas y protegido, a su vez, por una barbacana, fuerte adelantado que impedía el acceso.

Allí fue donde el señor Bran encontró a Rogor, sentado en una tabla bajo la custodia de dos indecisos soldados, que no sabían cómo comportarse con él.

A decir verdad, el heredero del trono de Troin estaba irreconocible. Su túnica roja se había manchado de barro, y estaba desgarrada por todas partes, lamentable. Él se sujetaba el costado, donde le había herido una flecha élfica, en las marismas, y la sangre negra se había secado en sus dedos y endurecido el tejido. Su barba roja se hallaba en un estado espantoso,

Librodot

llena de nudos y de ramitas (un descuido que sólo podía excusar la extremada fatiga). Rogor parecía más un mendigo que un príncipe de sangre real. La indecisión de los guardias tenía cierta excusa... Bran reconoció, sin embargo, a su hermano mayor, y los dos príncipes cayeron uno en brazos del otro, lo que provocó de inmediato un radical cambio de actitud en los guardias. Cuando dejaron de abrazarse, los soldados de la poterna se habían alineado en una impecable fila y rendía honores.

-¡La ciudad es tuya! -dijo Bran-. Ordena y te obedeceré. ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed?

Rogor se desprendió de su hermano e irguió su imponente talla. Más allá del puente de piedra, las puertas abiertas de par en par revelaban el familiar decorado del barrio del septentrión, con vastas moradas iluminadas para la noche, apacibles, opulentas con sus cortinones adamascados colgando de las ventanas, sus fachadas esculpidas con bajorrelieves y el perfecto enlosado de las callejas.

Rogor abandonó bruscamente sus pensamientos, tomó el hacha de un guardia y atravesó el puente a grandes zancadas, sin decir palabra.

Se detuvo bajo la arcada monumental, levantó los ojos hasta lo mas alto de las pesadas puertas de roble que la defendían y golpeó con todas sus fuerzas, hundiendo profundamente el hierro en el corazón de la madera.

-¡Soy Rogor, sobrino de Troin, y he matado a Gael! -aulló a pleno pulmón, y el eco de su grito resonó largo rato en la ciudad dormida-. ¡Soy Rogor. rey bajo la Montaña negra, y apelo a la Cólera de los enanos! Venganza! ¡Venganza!

Tsimmi marchaba en cabeza y hablaba sin cesar, animado por la atmósfera de la caverna, tan penosa, sin embargo, para sus compañeros, comentando la calidad de la roca o la longitud de las galerías, como un propietario que enseñara su mansión, indiferente a los gruñidos de Freihr, que, de todos modos, no le escuchaba, más preocupado por las numerosas asperezas de la húmeda bóveda del túnel, con las que no dejaba de golpearse. Resultaba tan claro que el enano se sentía ávido por tomarse la revancha de aquellas largas jornadas pasadas en las marismas que era casi conmovedor, pero su incesante parloteo, entrecortado por resonantes refranes tomados de las canciones guerreras de los enanos de Oonagh o por interminables extractos de la saga de Fenris Barba-Azul, había acabado por fatigar a todo el mundo. Además, la galería, iluminada al principio, de vez en cuando, por la luz del día que se filtraba por bocanas o derrumbadas simas, se había poco a poco sumido en la más profunda oscuridad, ensombreciendo al mismo tiempo el humor del pequeño grupo. Sus antorchas, apresuradamente confeccionadas en el lindero del hayedo, iluminaban a su alrededor un inmutable panorama de chorreantes rocas color de barro, minerales colgaduras que caían de la bóveda como tapices, de agujas calcáreas, empapadas estalactitas, rocas fundidas como cirios y columnas retorcidas que daban al conjunto aspecto de templo en ruinas. Caminaban, casi siempre, por el agua, flanqueando de vez en cuando verdaderos torrentes subterráneos que se sumían, rugiendo, en estrechos sifones. A veces, sólo podían avanzar en columna, tanto se habían estrechado las paredes, y otras desembocaban en inmensas salas, tan altas que sus antorchas no podían mostrar su final.

En una de esas salas, gigantesca y casi seca, hicieron un alto para descansar y asar en las antorchas la carne del lobo. Uter había perdido la noción del tiempo. ¿Desde cuándo estaban caminando? ¿Dos horas? ¿Diez ñoras? No tenía ni la menor idea... Y Tsimmi que no dejaba de hablar, más Y más, como si no hubiera visto nada más hermoso que aquel miserable túnel sin fin, chorreante de humedad y hediendo a podredumbre y salitre, y que llevaba Dios sabe adonde.

Poco después de su partida, Uter había advertido que el paso bajo las mas sería sin duda tan largo como su travesía de las marismas, y que tal vez caminaran así durante días sin ver de nuevo la luz del sol.

Lliane, silenciosa desde que se habían zambullido en la caverna de lo lobos, le tomaba de vez en cuando la mano sin mirarle, tal vez sólo para tranquilizarse. Al igual que los

Librodot

enanos, acostumbrados a la oscuridad de los subterráneos, los elfos veían de noche, y no eran las tinieblas de la gruta lo que le asustaba, sino la total ausencia de vegetación añadiéndose a aquella sensación de encierro que los elfos soportaban tan mal.

El sentimiento de serle útil a la reina o, por lo menos, de procurarle cierto consuelo ayudó al caballero durante aquella opresiva inmersión en las entrañas de la tierra, pero, al hilo de las horas, la presencia de Lliane se disipó en las brumas de sus pensamientos. El propio Tsimmi había acabado callando, y caminaban como mulos, apenas atentos a no tropezar en las mil trampas del camino.

De pronto, Uter salió de su sopor divisando que Lliane, ante él, se había detenido, y estuvo a punto de chocar con ella.

La reina se había vuelto y miraba hacia atrás sin prestarle atención, como si viera a través de él. Instintivamente, Uter dio media vuelta y alargó la antorcha para sondear la oscuridad del túnel pero, más allá de una aureola de luz agonizante que tenía unas toesas, sólo vio el insondable abismo de la galería, parecido a un pozo o a las abiertas fauces de un monstruo informe, dispuesto a devoraros.

-¿Has oído algo? -susurró acercándose a Lliane.

-Escucha...

Uter aguzó el oído y sólo percibió, al principio, el crepitar de su antorcha, el ronco jadeo de Freihr, los sorbetones de Tsimmi y el chapoteo agudo de una gota cayendo en un charco, a lo lejos.

Luego oyó.

Llevado por el eco, el zumbido de una cabalgata, pesado e irregular, de una tropa que no mostraba ningún deseo de discreción. Y luego gruñidos de bestias, tintinear de armas, un confuso trueno que caía sobre ellos como una oleada.

-¡Los gobelinos! -susurró la reina.

Liberó febrilmente su arco, buscó su carcaj y levantó hacia Uter un rostro helado de espanto. El carcaj estaba vacío. Las flechas habían debido de caer mientras cruzaban un paso difícil. Uter, que cerraba la marcha, no había advertido nada.

-¿Qué ocurre? -dijo Tsimmi tras ellos-. ¿Por qué os habéis detenido.

-¡Cállate! -murmuró Uter.

Tsimmi, sin comprender, le vio desenvainar lentamente la espada para que el metal no chirriara, muy pronto imitado por la reina, que se desembarazó de su inútil arco y blandió Orcomhiela, «estoqueadora de gobelinos». su larga daga élfica... Y también él oyó (los enanos no tienen el oído muy fino, es bien sabido, pero los gobelinos se acercaban deprisa y el atronar de su carrera resonaba en la gruta como una tempestad).

-¡Dejadme hacer! -susurró, intentando apartarles de su camino. Pero Freihr le agarró del cuello de su capucha verde y le echó hacia atrás.

-Tsimmi herido -dijo con un guiño-. Quédate a cubierto.

-¡De ningún modo, pedazo de idiota! ¡Yo me encargaré!

El gigante rubio rió de un modo que Tsimmi hubiera considerado descortés en otra ocasión. Empuñó su ancha espada con ambas manos y se colocó junto a Lliane y Uter, cerrando así la estrecha galería subterránea. El caballero había colocado su antorcha entre dos piedras, a pocos pasos de distancia, para iluminar a sus asaltantes mientras ellos permanecían en la penumbra. Tuvo tiempo de preguntarse si los gobelinos veían en la oscuridad o debían, también ellos, iluminarse por aquellos oscuros intestinos. Tuvo tiempo de volverse hacia Lliane y contemplar su altivo perfil, enmarcado por la larga masa de sus cabellos negros. Tuvo tiempo de encontrar su mirada y de verla suavizarse y sonreírle.

Luego distinguieron un fulgor vacilante y, muy pronto, las sombras deformes y gigantescas de una tropa que se lanzaba al asalto. Un confuso montón de siluetas armadas, picas, cimitarras, cascos y escudos, proyectados sobre las paredes por la luz ocre de las antorchas, más inmensas y terroríficas aún que cuando llegaron, por fin, al alcance de un tiro de piedra.

Uter retrocedió al verlos.

Los gobelinos eran media docena, acompañados por kobolds que ladraban a sus pies y olisqueaban su pista, sobreexcitados, molestos como cachorros. Ningún ser humano podía contemplar sin estremecerse de espanto las horrendas criaturas de Aquel-que-no-podía-ser-nombrado. El gobelino de la posada, en Kab-Bag, herido, humillado y harapiento, le había parecido abominable ya, pero aquellos superaban en horror todo lo que hubiera podido imaginar. La piel gris y velluda, los miembros de una longitud simiesca, vestidos con armaduras oscuras y jubones de cuero, llevaban armas de negras hojas que parecían de formidable peso y no tenían en absoluto el aspecto de estar cansados por su carrera.

Los monstruos sonrieron ante la magra barrera formada por la reina v sus compañeros, descubriendo colmillos semejantes a los de sus lobos Petrificado de terror, Uter les vio acercarse con sus pasos bamboleantes Mucho mayores y más musculosos que el propio Freihr, semejantes a torres en movimiento, casi rozaban con la cabeza la bóveda de la galería

Arrojaron las antorchas a su alrededor para mejor utilizar sus armas v se dieron de codazos con inmundos gruñidos ante la idea de enfrentarse con la elfo, el bárbaro y el caballero medio muerto de miedo, apenas capaz de sujetar su espada...

Y luego se lanzaron al asalto.

-¡Felafrecen haerdingas, beon maegenheard! ¡Feothan! ¡Bregean!

El agudo grito de la reina sorprendió a los monstruos, que hicieron una pausa y perdieron algo de su arrogancia. Pero el hechizo no les estaba destinado. Ni Uter, ni el bárbaro ni Tsimmi, a pesar de su saber, habían comprendido el sortilegio de la reina de los altos-elfos. Sin embargo, la magia de las runas, violenta, devastadora, insoportable, vibró en su cerebro y petrificó su cuerpo. Uter cayó de rodillas -tanto golpeaba la voz en su cráneo- y aulló para disipar sus miasmas.

Freihr también titubeaba y sacudía la cabeza como un perro al salir del agua, con la espada baja arrastrando por el suelo, dando la espalda al gobelino que se lanzaba hacia él haciendo girar una maza claveteada. Por lo que a Tsimmi se refiere, caía al suelo, pedaleaba en el vacío, empeñándose en levantarse con su único brazo válido y parpadeando como deslumbrado.

-¡Qué has hecho! -gimió Uter volviéndose hacia la reina.

Los gobelinos estaban ya, sólo, a unas pocas toesas, con las armas levantadas para dar muerte, y ellos seguían allí, débiles como recién nacidos, apenas capaces de sujetar sus espadas, con el cuerpo asolado por un hervor interior que les dejaba jadeantes, sin poder defenderse.

-¡Feothan! ¡Hael Hlystan!

El grito de la reina les reanimó en el instante mismo del combate.

Uter se levantó de un salto, con una fuerza y una agilidad que nunca había sentido aún. Ante él, un gobelino de ojos enrojecidos, babeante de excitación, rugía con las fauces abiertas de par en par, levantando con ambas manos su cimitarra por encima de su cabeza, como para partirle en dos, pero con tanta lentitud que Uter soltó la carcajada cuando tiró su estocada, con la espada tendida al extremo del brazo, apuntando a la boca abierta del monstruo. La espada quebró los dientes, atravesó las carnes y, en un chorro de sangre negra que abofeteó al caballero, rompió la nuca de su adversario antes de que éste pudiera dejar caer la cimitarra.

Lliane y Freihr habían golpeado antes y tuvo sólo el tiempo de distinguir el cuerpo sin cabeza de un gobelino, armado con una maza, que se derrumbaba en el suelo con un estruendo de roble abatido, y el relámpago de plata de una daga élfica trazando un fulgurante surco, desde el cráneo hasta el vientre, en la oscura masa del último monstruo. Luego vio a sus dos compañeros titubear de nuevo, doblarse gimiendo y, un instante más tarde, también él sintió la atroz debilidad que se había apoderado de ellos.

El hechizo había multiplicado sus sentidos, concentrado todas sus fuerzas en una sola y formidable justa, pero les dejaba agotados, vacíos de cualquier energía, ciegos, sordos y casi incapaces de mantenerse en pie.

Los monstruos que, helados de espanto por la instantánea muerte de los tres primeros asaltantes, habían retrocedido en desorden, percibieron enseguida el desfallecimiento de sus enemigos. Se acercaban ya, pero no con aquel frenesí asesino del primer asalto sino como lobos rodeando a sus presas, protegidos detrás de sus escudos, prietos unos contra otros en un atroz magma erizado de horrendas armas.

Lliane quiso plantar cara, pero cayó también de rodillas, sin fuerzas, arañándose con las asperezas cortantes del suelo de la gruta. Había terminado.

Llorando a su pesar de agotamiento, la elfo ya sólo podía levantar los ojos hacia aquellos monstruos inmundos que se acercaban, paso a paso, y contemplar el instante de su muerte.

-¡Lliane!

Uter se arrastraba hacia ella con la mirada de un hombre que se ahoga, agotando sus últimas fuerzas para reunírsele. Ella tendió la mano hacia el caballero, pero estaba demasiado lejos, demasiado débil para llegar hasta ella.

Algo la empujó rudamente, arrancándole un grito de dolor. Al principio, no reconoció a Tsimmi, tan impotente le pareció el enano visto a ras de tierra. Y Tsimmi reía, con los ojos brillando de energía, preñado de aquella sensación de invencibilidad que les había permitido deshacerse de sus asaltantes y que él no había quemado aún en combate. Solo ante la falange de gobelinos, trazó con la punta del pie un surco en el polvo alrededor de la reina y de sus compañeros, luego incorporó toda su talla, lanzó unos guijarros contra los muros y golpeó el suelo con un taconazo, en una pantomima frenética que a ella le pareció grotesca, pero que evocó también un recuerdo confuso e inquietante. De inmediato, un sordo rugido le respondió desde las profundidades de la gruta. El suelo comenzó a temblar y avalanchas de tierra cayeron del techo en una fina lluvia. Los gobelinos, atónitos, miraban a su alrededor como bestias caídas en la trampa. Un instante después, la bóveda cedió bruscamente en un estruendo de fin del mundo. Lliane tuvo la fugaz visión del gesto de victoria triunfante de Tsimmi, y el recuerdo de la oleada de tierra que la había cubierto muchos días antes, en las marismas de Gwragedd Annwh. Luego el maestro albañil, brujo de las piedras y la tierra, desapareció bajo los escombros.

Las antorchas habían sido aplastadas por el derrumbamiento de la gruta, enterradas bajo montones de cascotes, asfixiadas por el polvo. Lliane, encogida sobre sí misma, aullaba de terror, pero ninguna piedra la había tocado. Ni siquiera un guijarro. En el interior del surco trazado por Tsimmi, el suelo de la caverna estaba intacto. La bóveda que lo cubría no se había movido, mientras que a su alrededor no quedaba más que un pedregoso caos envuelto en polvo. Los gobelinos habían desaparecido bajo quintales de rocas majadas. La gruta estaba sumida en una total oscuridad, tan intensa que la propia Lliane debía de abrir mucho los ojos para ver a dos codos de distancia.

-¡Lliane!

Reconoció la voz de Uter y percibió toda su angustia. De inmediato se escuchó un grito de Freihr, aterrorizado también, que llamaba al caballero. Sin duda no habían visto a Tsimmi lanzando su sortilegio. El derrumbamiento de la caverna les había cogido por sorpresa y les dejaba solos en la oscuridad, incapaces de imaginar cómo se habían librado, condenados a buscarse a tientas, sin saber quién había sobrevivido. Los elfos nunca habían compartido la angustia de los hombres al acercarse la noche, su terror a las tinieblas y su empecinamiento en protegerse de ellas encendiendo, ya en el crepúsculo, antorchas y fanales, a riesgo de pegarles fuego a sus casas de madera. Pero Lliane comprendió el espanto de sus compañeros.

Uter la llamó de nuevo y Lliane se lanzó hacia él, conmovida por el tono desgarrador de su grito.

-Estoy aquí -dijo arrodillándose junto a él y poniendo la mano en su mejilla.

Uter dio un respingo, la miró como un ciego, palpando su rostro, sus brazos y estrechándola enfebrecido.

-¡Estás viva! Lliane, háblame, no te veo...

-Estoy aquí -repitió ella-. No tengo nada, ni Freihr tampoco. Tsimmi nos ha salvado haciendo que la gruta se derrumbara a nuestro alrededor... Todos los gobelinos han muerto o, si viven aún, están del otro lado.

-¡Bien hecho, maese Tsimmi! -gritó Uter. Pero nadie respondió.

-¿Tsimmi?

La elfo sintió su corazón en un puño. Es cierto, no lo había visto en parte alguna...

-¿Tsimmi?... ¿Le ves, Lliane?

Ella entornó los ojos, intentando penetrar la insondable oscuridad de la caverna. Por todas partes sólo había desprendimientos, rodeándolos como en un pozo y elevándose hasta perderse de vista, como si toda la gruta se hubiera derrumbado a su alrededor. Adivinó en el suelo la forma aplastada del torso y el cráneo de un gobelino que yacía en un charco de sangre negruzca, destrozado por la roca; junto a él resplandecían aún las moribundas brasas de su antorcha quebrada. Arrancándose al abrazo de Uter, se lanzó hacia la brasa y la rodeó con sus manos.

-¿Cómo se reanima un fuego? -gritó.

-¿Has encontrado una antorcha?

-¡No sé encender fuego! ¡Dime cómo!

-Bueno, hum... Sobre todo, no hay que dejar que se apague...

Freihr lanzó un gruñido despectivo y se arrastró hacia la reina, guiándose por el sonido de su voz, hasta que también él percibió el débil resplandor de las brasas.

-Yo me encargo -dijo reuniéndose con ella.

El bárbaro se agachó ante las brasas como un sacerdote ante un altar, desgarró un jirón de tela del cadáver del monstruo y colocó una minúscula esquina sobre el tizón, soplando suavemente encima. Muy pronto el tejido comenzó a humear y, luego, se inflamó. Freihr arrancó de los escombros el resto de la antorcha gobelina, un haz de varillas de avellano, y lo rodeó cautamente con el pedazo de tela. La pobre llama fue extendiéndose poco a poco a la leña seca, proporcionando por fin algo de luz.

Los dos hombres descubrieron entonces su prisión de escombros, Monumental derrumbamiento que se elevaba casi hasta la bóveda de la gruta y que deberían escalar para salir de aquella trampa, con el riesgo de provocar una nueva avalancha.

-Diríase que, una vez más, maese Tsimmi no ha evaluado su fuerza -murmuró Uter.

Freihr levantó su antorcha hacia lo alto, iluminando el círculo de tierra y las murallas de escombros. Ni rastro del enano.

Ni rastro.

Los tres compañeros permanecieron largo rato silenciosos, desconcertados, como alelados por la desaparición de Tsimmi, incapaces de creer que hubiera sido víctima de su propio sortilegio. Uter, con los hombros caídos y un nudo en la garganta, divisó su espada caída en el suelo y fue a recogerla arrastrando los pies. El metálico chirrido de la hoja deslizándose en la vaina resonó siniestramente en la gruta y atrajo hacia él la mirada de la reina.

-Hay que marcharse -dijo.

Arrodillada en el polvo junto al machacado cadáver del gobelino, Lliane no se había movido desde que había encontrado la antorcha.

-Sin él, esto no tiene ya sentido... Nunca van a creernos... -murmuró.

El caballero agachó la cabeza, fatigado, asqueado, vencido, al borde de las lágrimas. Sin Tsimmi, sin ninguno de los enanos que habían formado parte de aquel equipo, sin el anillo del Gremio que Gael llevaba, ¿quién iba a creer en el relato de la reina, en el confuso

Librodot

refunfuñar de un bárbaro o, incluso, en su propio testimonio, pobre caballero presa del amor, caído en las redes de las hadas?

-Hay que encontrarle.

Lliane y Uter se sobresaltaron al unísono ante las palabras de Freihr. Blandiendo su antorcha, que hacía espejear sus crines de fiera y marcaba más aún sus gruesos rasgos, levantando toda su talla y desafiando con la mirada el magma rocoso que les rodeaba, el bárbaro tendió lentamente el dedo hacia un punto concreto de los cascotes.

-Ahí.

No había nada en el lugar que señalaba, no más que en cualquier otra

parte: piedras, tierra, el caos.

-Tsimmi estaba ahí -dijo Freihr-. Tenemos que cavar ahí.

La mirada de Uter fue alternativamente del bárbaro a la masa rocosa. Aun imaginando que pudieran desplazar algunos bloques de piedras, todo lo que lograrían sería correr el riesgo de provocar otra avalancha y enterrarse a sí mismos.

-Es inútil...

Freihr no respondió. Plantó su antorcha bajo un guijarro y arrancó una primera roca del desprendimiento. Cuando la arrojó tras él, en el círculo, la vibración del choque repercutió hasta la lejana bóveda, y pequeños regueros de tierra cayeron de los escombros, como el agua de un torrente de estío.

-¡Es inútil, Freihr! -insistió Uter en un tono brusco.

El bárbaro arrancó un nuevo pedrusco maldiciendo y se volvió hacia el caballero. Su rostro, enrojecido por el esfuerzo y brillante ya de sudor, no tenía nada de jovial.

-¡Sólo la muerte es inútil! -gritó lanzando la roca a los pies de Uter-. ¡Cava!

El joven sintió que nacía en él una oleada de rabia. Se lanzó sobre el bárbaro, lo agarró del brazo y lo tiró al suelo.

-¡Tsimmi ha muerto, pobre imbécil! ¡Y también nosotros, si continúas!

Freihr estaba ya de pie. Se frotó con el dorso de la mano la mejilla maculada de tierra y comenzó a avanzar hacia el caballero, con pasos de luchador, las palmas abiertas de par en par buscando su cuello y la mirada maligna.

-¡Escuchad!

Los dos hombres se volvieron hacia Lliane y contuvieron la respiración. Al principio no oyeron nada. Luego percibieron un ínfimo zumbido, cada vez más claro, cada vez más fuerte, hasta que se convirtió en un sordo rugido, regular e ininterrumpido, al otro lado de la roca.

Instintivamente retrocedieron hasta la otra pared, con los ojos desorbitados de angustia, acechando la avalancha final que los sumergiría y cuyo ronquido se amplificaba a cada instante.

De pronto, la pared rocosa se puso a temblar y piedras de todos los tamaños, hasta rocas altas como un hombre, rodaron en su círculo. Pero en vez de derrumbarse por completo, los escombros parecieron apelmazarse, abrirse por sí mismos, formando una especie de paso, bloque de piedra tras bloque de piedra.

Los tres compañeros, ahora, sonreían, no se atrevían a creerlo, se estrechaban el uno contra el otro, fascinados, mudos de esperanza. Y por fin apareció Tsimmi, cubierto de polvo blanco como un fantasma. Les sonrió, se quitó la capucha y se sacudió, despeinando su barba y sus cortos cabellos castaños manchados de tierra.

-¡No estaríais creyendo que un maestro albañil podía perecer bajo un desprendimiento! -dijo riendo-. Sería...

Tsimmi nunca terminó su frase.

La hoja negra de una cimitarra se abatió sobre la base de su cuello con una violencia inhumana, hendiendo carnes y huesos hasta el corazón.

El enano murió sin un grito, sin ver al gobelino que se había deslizado tras él, llevándose al más allá el grito de espanto de la reina y aquel golpe atroz en el hueco de su

hombro. Cayó derrumbándose sobre sí mismo, arrancando la cimitarra de las manos del monstruo.

Freihr lanzó un aullido de bestia y se precipitó sobre el gobelino. Lo agarró de las orejas y lo proyectó contra un saliente rocoso. Hubo un horrendo crujido y la negruzca salpicadura de su sangre en la piedra, pero el monstruo logró soltarse de un zarpazo que dejó un triple surco sangriento en el vientre del bárbaro. Luego se levantó rugiendo; era horrible verlo con aquellas huellas sanguinolentas que manchaban la tierra grisácea que le cubría, la ropa hecha jirones y semejante a una fiera. Freihr volvió al asalto pero el otro le agarró por la garganta, hundió las garras de sus uñas en la piel del bárbaro e hizo brotar la sangre como el zumo de un fruto maduro.

-¡Egle orc ceosan elf aetheling!

El gobelino tiró a Freihr al suelo como una muñeca de trapo e hizo frente a la reina. La elfo sostuvo su mirada y tendió el dedo hacia él.

-¡Hael Hlystan!

El desafío. Una invocación vieja como las piedras de las montañas, a la que el monstruo ni siquiera pensó en resistir. Estuvo sobre la reina en dos zancadas, con sus garras cayendo sobre el cuello grácil de la elfo. Uter lanzó un aullido al golpear, y la violenta del choque estuvo a punto de arrancarle la espada de las manos. Había apuntado al cuello, pero el gobelino había sido más rápido: el hierro del caballero sólo cortó su brazo, que palpitó en tierra como una serpiente. También Lliane se había lanzado y le había alcanzado en el cuerpo, atravesando el corazón con su larga daga. El gobelino cayó de rodillas, indiferente a la sangre que burbujeaba en su hombro. Finalmente, se derrumbó como el tronco de un árbol cuando Lliane arrancó su hoja de plata.

No hubo ni un solo grito de victoria. Ni siquiera un grito de alivio.

Caído junto a Tsimmi, Freihr lloraba en silencio, y los sollozos del bárbaro desgarraron el corazón de sus compañeros. La reina fue a arrodillarse a su lado e intentó vendar, como pudo, los surcos dejados por las zarpas del monstruo. Uter recogió el cuerpo de Tsimmi, lo depositó en el centro del círculo y cruzó en su pecho las manos sin vida, sobre la empuñadura de la cimitarra gobelina que le había matado. Los enanos creían que nadie podía entrar sin armas en el walhalla, el más allá de los guerreros. Sin duda Tsimmi nunca se había considerado un guerrero, pero Uter no podía pensar en rendirle otro homenaje. Habría querido conocer algo más de los ritos funerarios de los enanos, rendir a su compañero unos honores postreros dignos de su rango, de su valor y de su amistad... Para qué todo aquello... Advirtió que el anillo de Gael estaba puesto en el dedo meñique de su mano izquierda, superando apenas la primera falange. Tsimmi había estado a punto de perecer por ese anillo, en las marismas de Gwragedd Annwh. Uter lo tomó dulcemente del dedo de su compañero, luego lo colocó bajo su jubón, sin mirarlo. ¿Qué valor tenía ahora?

Llorando a su compañero, Uter lloró también por sus últimas esperanzas desaparecidas.

Librodot

XX
El miedo

La nieve había comenzado a caer sobre Loth y, con ella, un frío glacial. La noche no había apaciguado los espíritus ni calmado el miedo. Los monjes habían adornado su iglesia con gigantescas colgaduras pintadas que representaban los Misterios de la Fe, pero la muchedumbre temblorosa que se apretujaba en las misas bajaba los ojos al verlas y se retorcían las manos: el arcángel Gabriel, con su armadura brillante y su larga espada, parecía más un elfo que un caballero humano.

Las calles, las tabernas y las plazas estaban desiertas.

Sólo circulaban soldados armados, luciendo la librea con anchas franjas azules y blancas del reino de Logres, y grupos de enanos, guerreros, cortesanos o comerciantes, que fingían, ruidosamente, no temer a los elfos.

Muy pronto se advirtió que los gnomos habían huido de Loth, también, como ratas abandonando un navío al producirse el naufragio, sin que nadie les hubiera visto partir. No era que nadie echara en falta su presencia, pero los hombres comenzaron a sentirse solos.

Al segundo día después de la pira, la iglesia ya sólo se llenaba a medias en las horas de los oficios. Alguien le había pegado fuego, durante la noche, a la colgadura del arcángel.

Un monje había muerto aquella misma noche... Su cadáver exangüe y helado había sido hallado al amanecer por una patrulla, y el rumor afirmaba que no mostraba herida alguna y que su rostro estaba deforme de espanto. Se dijo que se había encontrado con el fantasma del elfo gris, que los largos dedos del espectro le habían arrancado el corazón y le habían vaciado de su sangre, como un vampiro. Otros juraban que algunos elfos permanecían ocultos en la ciudad y que salían de noche para vengarse. La gente cuenta cualquier cosa... Los había incluso que sostenían que el monje estaba borracho y se había golpeado, simplemente, con una viga...

Cada cual se agazapó en su casa, quemando leña en la chimenea, acechando el opresivo silencio que se había apoderado de la ciudad. Y aquel mismo silencio pronto les pareció sobrenatural.

Cuando ya no hubo leña, nadie se atrevió a abandonar el abrigo de las murallas para aventurarse hasta el bosque. La noche del segundo día, la ciudad estaba cubierta por un sudario blanco. Los tejados y las calles estaban cubiertos de nieve, los cristales, llenos de escarcha, y un cierzo gélido se insinuaba por las chimeneas y los intersticios de las puertas. Las familias se acurrucaban en las camas cerradas o quemaban sus muebles.

Al tercer día, los soldados derribaron las puertas y arrancaron a los hombres de los brazos de la temblorosa gente de su casa. Hicieron abrir por fuerza los puestos y las tabernas, un convoy de pescadores y otro de leñadores salieron de la ciudad con escolta, pero el lago se había helado y las carretas que regresaban del bosque, cargadas de troncos, se atascaron en las heladas roderas. Pellehun ordenó que se abrieran los graneros reales y se distribuyera pan. Dos hombres fueron ahorcados en el cadalso porque habían intentado huir de la ciudad, cuyas puertas custodiaba ahora el ejército real.

Ignorando la muerte de Blade, sin ninguna noticia de ningún contacto del Gremio, ciegos y sordos, incapaces de controlar la tempestad que comenzaba a rugir en el propio seno de la ciudad, el rey y su senescal estaban condenados a esperar. Enviaron grupos de caballeros a explorar los aledaños de la ciudad, con orden de encontrar a los elfos estuvieran donde estuviesen, pero los caballeros regresaron con las manos vacías, transidos de frío en sus monturas. Entonces, Pellehun y Gorlois escribieron apresuradamente unos mensajes en minúsculos pergaminos destinados a ser colocados en las patas de palomas mensajeras, dirigidos a cada puesto avanzado, a cada contacto del Gremio, a las cuatro esquinas del reino de Logres. Todos hacían la misma pregunta: ¿qué hacían los elfos? Y no confiaron a nadie el cuidado de enviar esas misivas.

Los guardias del palomar estuvieron a punto de caer de sus tablas viendo a los dos más altos personajes del reino, enrojecidos y jadeantes, pasar ante ellos sin detenerse, hasta la pesada puerta de madera que cerraba el torreón de las palomas.

-¡Abre! -gruñó Gorlois al guardia que llevaba las llaves.

El soldado tomó el manojo de llaves e hizo correr el pestillo, pero la puerta no se abrió.

-¿Qué pasa? -dijo el rey.

-¡No lo consigo, sire! -dijo el guardia-. ¡Algo la bloquea desde el interior!

-¡Apártate!

Pellehun se lanzó contra la puerta, que apenas se entreabrió, iluminando los peldaños de piedra con un rayo de luz gris. El olor le sofocó enseguida. No era la habitual hediondez del palomar, hecha de mugre de pájaros, estiércol y paja enmohecida que cubría el suelo. Era mucho peor...

-¡A mí la guardia! -gritó Gorlois bajando algunos peldaños-. ¡Derribad eso!

El viejo senescal tomó al rey de la manga y le hizo retroceder, mientras un grupo de soldados se encarnizaba con la puerta, deslizando como palanca las lanzas en el espacio abierto por el rey.

Bajaron hasta el puesto de guardia y se sentaron en los bancos, aguardando.

-Bebida para el rey -dijo Gorlois al sargento, que se apresuró a servirles un mal vino en un cubilete mugriento.

Bebieron de un trago, calentados, pese al frío, por su precipitado ascenso, fruncieron la nariz y exigieron un nuevo vaso de tintorro. Un guardia apareció casi enseguida, turbado y aparentemente al borde de la náusea.

-Sire, la puerta está abierta. Tal vez sea mejor que no vayáis a verlo...

Su frase tuvo en el rey el efecto contrario; arrojó el cubilete al suelo y se lanzó por la pequeña escalera que llevaba al palomar.

De nuevo la atroz hediondez le saltó a la cara. Levantó un faldón de su cota de armas para taparse la nariz y trepó los últimos peldaños.

El suelo estaba cubierto de palomas muertas, pudriéndose ya, hasta una altura de casi un codo. Y, en aquel infame montón, yacían los cuerpos de los dos sordomudos, cubiertos de arañazos, de cortes y de sangre seca, como si las aves se hubieran vuelto contra ellos en una batalla grotesca y mortífera. Las ratas, salidas de no se sabía dónde, se daban un banquete y roían las carnes putrefactas.

Gorlois, apareciendo tras el rey, se puso lívido. No era tanto el horror de la escena lo que le dio náuseas, sino más bien la certidumbre de conocer la causa de aquella matanza. Los infelices prisioneros de la torre gris se habían abandonado a la desesperación y emprendido aquella obra abominable para librarse de su espantosa existencia... Encontró la mirada del que llevaba las llaves. Por un instante, antes de que el hombre se sobrepusiera y apartara con sumisión los ojos, vio en ellos un fulgor de odio y de desprecio tal que fue él, Gorlois, el que agachó la cabeza.

Aullando de rabia, Pellehun se abrió pateando con sus botas un paso por la carnicería y contempló la magnitud de los daños. Descubriendo en el suelo inmundo el cadáver de una paloma con anilla aún, lo recogió febril y deshizo un rollo de pergamino atado con cuero amarillo a su pata -anodino mensaje rutinario de un puesto avanzado-, que luego lanzó a tierra blasfemando. El rey barrió con la mirada los vacíos nidos excavados en la torre de ladrillo, y las perchas de donde colgaban a veces, sujetos por una cadena, algunos pájaros con el cuello roto. No quedaba ni una sola paloma viva...

-¡Limpiadme esta inmundicia! -aulló con voz de demente-. ¡Y que me traigan todos los mensajes que se encuentren! ¡De inmediato!

Apartó a Gorlois de un empujón y volvió a bajar, de cuatro en cuatro, los peldaños de piedra, empujando de paso a los guardias, pajes y sirvientes que no se apartaban con bastante rapidez, hasta que hubo regresado a sus aposentos. El senescal se reunió con él instantes más tarde, dio un portazo y se apoyó en la puerta, sin aliento. La horrenda cicatriz que le cruzaba el rostro, palpitando al compás de su respiración, parecía más roja que nunca. El rey le apuntó entonces con un dedo acusador.

-¡Eres tú! -dijo.

-¿Qué?

-¡El Gremio, eres tú! Arréglatelas como puedas, pero quiero saber lo que ocurre.

El anciano senescal indicó por signos al rey que hablara menos alto. Había en la sala del trono donde se encontraban una inmensa chimenea, y aquellos conductos propagaban mejor el sonido que el calor.

-¿Qué ha sido de ellos, Gorlois? -dijo el rey frotándose el cuello-. ¿Cuánto hace que se marcharon... Diez días? Y no sabemos nada, salvo el mensaje de la tal Mahault.

-Pero todo sale como estaba previsto, sire.

-¡Oh, sí, todo está perfectamente! Mahault nos dijo que la reina Lliane y su grupo iban a buscar a Gael en las marismas, y que tu ladrón estaba con ellos. ¿Y qué? ¿Lo han encontrado acaso? ¿O están todos muertos? No se sabe nada... Todos los elfos han abandonado Loth y el rey Rassul está preparado para la guerra. ¡Perfecto! ¿Pero la guerra contra quién?

Tendió el dedo hacia la ventana cubierta por un pesado cortinón de terciopelo.

-Escucha a la gente, fuera. ¡Tienen frío! ¡Tienen hambre! ¡Tienen miedo! ¡Están aterrorizados! Están convencidos de que los elfos les echarán un hechizo, o Dios sabe qué. A fuerza de predicarles que son unos brujos, han terminado creyéndolo.

-A vos se os ocurrió la idea de utilizar a los monjes...

-Es cierto.

Pellehun se calmó de pronto y miró pensativamente a su viejo compañero de armas.

-Pero los monjes predican en el vacío desde hace tanto tiempo... Se volvió de nuevo hacia la ventana oculta y, más allá, hacia el rumor de las callejas.

-Las tres cuartas partes de los habitantes de esta ciudad creen en los espíritus del bosque, en los viejos dioses y en todo lo que han podido recoger en las cuatro esquinas del mundo. Y en los campos es peor aún: veneran las fuentes, o las piedras, o al sol. De modo que los monjes, con su dios único, sus penitencias y sus pecados... Ya verás, dentro de poco la multitud los masacrará. Y se lo tendrán merecido.

-Sería una lástima -comenzó Gorlois-. Los monjes... Calló dejando, a posta, en suspenso su frase; luego se sentó en su lugar, junto al trono, recuperando toda su dignidad y todo su control.

-¡Vamos, vamos, cuenta! -dijo el rey con un gesto impaciente de su mano.

-Necesitaremos a los monjes más tarde -declaró el senescal-. Sin los elfos, la vida del pueblo será demasiado triste. Quieren creer en algo hermoso, en algo superior y, al mismo tiempo, accesible, ¿por qué no, entonces, el paraíso de los monjes?

-¡Pse! ¡Un paraíso después de la muerte! ¡Pues sí que es una recompensa!

-¡Precisamente! Un dios que no ofrece nada en esta tierra sino todo en el más allá, ¿no es maravilloso? Cuanto más pobres sean aquí abajo, más ricos serán después de su muerte. ¿Podríais soñar en algo mejor?

El rey sonrió e inclinó la cabeza.

-¡Siendo así, me recordarás que aumente los impuestos! Los dos hombres se rieron de buena gana, y la risa les relajó. Pellehun fue a sentarse en su trono, junto a su consejero. Gorlois iba a tomar de nuevo la palabra, pero el rey le detuvo con un gesto de la mano y le miró pensativamente durante un buen rato. Luego, una sonrisa maliciosa volvió a iluminar su rostro.

-¿Había enanos, supongo, cuando quemaron al elfo?

-Enanos, sí... Y gnomos, y todo lo que puede encontrarse en la ciudad baja.

-Sí, sí, pero en definitiva había enanos. Y fueron los enanos, esos horribles retacos devoradores de piedras los que hicieron quemar al elfo.

Gorlois reflexionó unos instantes y, luego, sacudió la cabeza con una risita dubitativa.

-No funcionará.

-¡Claro que sí! En cuanto se les hace creer que no es culpa suya, funciona siempre.

Levantó un dedo y se inclinó hacia Gorlois.

-Los enanos, amigo mío, odian desde siempre a los elfos y lanzaron a los habitantes de nuestra buena ciudad contra el inocente, el maravilloso pueblo de las hadas. Ahora no habrá ya más música en Loth, no habrá ya esas magníficas joyas que cincelaban, ni esas mágicas vestiduras de cambiantes colores... ¿Y todo por qué, Gorlois? Porque el viejo Baldwin y su cohorte de demonios barbudos brotados de las entrañas de la tierra nos cegaron con su oro y sus poderosas hachas... Eso es lo que deben decir los monjes.

-Sí. Podemos probarlo.

Pellehun se arrellanó en su trono y despidió al senescal con un gesto.

-Ve. Los monjes, los soldados, los ladrones, las putas... Utiliza a todo el mundo. Quiero que, antes de esta noche, el pueblo dé un nombre a su odio.

La antorcha había ardido sólo unas horas. Hacía días que caminaban en la oscuridad, guiados primero por la reina, luego cada cual para sí, cuando sus ojos estuvieron ya bastante acostumbrados a las tinieblas de la gruta para permitirles no tropezar a cada paso. Pero la constante oscuridad les había hecho perder cualquier noción del tiempo. Avanzaban por

Librodot

simple instinto de supervivencia, derrumbándose a veces como masas y abismándose, en el mismo suelo, en un sueño de plomo. Despertaban siempre de noche, con el vientre vacío, lamían las paredes húmedas para calmar su sed y volvían a ponerse en marcha sin decir palabra.

Ninguno de ellos había pronunciado la menor frase desde la muerte de Tsimmi. Le habían dejado en el círculo, pero sus pensamientos estaban llenos de su ausencia.

Sin él, ni siquiera sabían adonde iban. El túnel podía ser el paso de los enanos de Oonagh, del que el maestro albañil había hablado, pero también un antiguo lecho de glaciar o, peor aún, un túnel gobelino que llevara a las Tierras negras. Ya no les preocupaba. Cada cual caminaba para sí, más allá de la fatiga, más allá de la esperanza.

Freihr había perdido su espada, horas antes, tropezando con una roca. Se había levantado sin ni siquiera buscarla.

A cada alto, Lliane contemplaba a Uter y su corazón se destrozaba al descubrir en su rostro los estragos del agotamiento. Una barba castaña, revuelta le devoraba las mejillas. Sus ojos parecían haberse hundido en las órbitas. Su piel estaba gris, sucia, y su jubón manchado de barro estaba desgarrado en varios lugares. Nada quedaba del orgulloso caballero que había salido de Loth hinchando el pecho ante las aclamaciones de la muchedumbre. Ya no era más que un hombre agotado al que sólo el orgullo de condición de caballero mantenía vivo aún. Uter no se quejaba y nunca se había dejado distanciar por sus compañeros, pero la reina sabía que estaba quemando sus últimas fuerzas. Freihr recorría a cada zancada varios codos y ella misma, como todos los elfos, era de una resistencia muy superior a la de los hombres. Uter no aguantaría mucho tiempo a ese ritmo. Ella había intentado reducir la marcha, solicitar algunos altos aunque no sintiera la necesidad de hacerlo, pero ya no les estaba permitido perder tiempo.

La carne del lobo había sido devorada, roída de los huesos, y no habían comido nada desde hacía siglos. ¿Cuánto tiempo podían aguantar los hombres sin comer? No lo sabían. Ella misma comenzaba a sufrir. Su cota de mallas de plata le aplastaba los hombros, el cinturón de cuero que sostenía su daga le lastimaba los lomos, tenía hambre, no podía más...

De pronto, Lliane se detuvo en seco. A su pesar, casi, su piel se erizó, como si hubiera sentido lo que sus ojos no podían distinguir aún, lo que sus oídos se negaban a oír: trinos, roces, sedosos frotes y unas ondas móviles en la bóveda del paso.

Uter chocó con ella y el ruido provocó, sobre sus cabezas, un sensible remolino. Aletazos, gritos tan agudos que apenas podía oírlos...

-¿Qué ocurre?

Ella posó su mano en la boca del caballero... Demasiado tarde. Una nube de murciélagos brotó de la bóveda en un torbellino, abofeteándoles en su ciego vuelo, agarrándose a los largos cabellos de la reina, despellejándoles con sus garras. Uter la tomó contra sí y se arrojaron al suelo, con el rostro metido bajo sus brazos para protegerse. Durante largos minutos permanecieron así, locos que aullaban bajo el horrendo tornado de aquellos animales de pesadilla, medio pájaros, medio ratas, en el infecto olor de sus zumos, hasta que su frenesí se interrumpió por sí mismo. Se arrastraron entonces fuera de su alcance, acechando con angustia el menor aletazo, prudentemente primero y, luego, cada vez más deprisa. Sin aliento, Uter quiso detenerse, pero Freihr les arrastró hacia adelante.

-¡Hay que continuar, estamos casi fuera!

-¿Pero, Dios mío, qué sabes tú? -gimió Uter.

-Los murciélagos no comen piedras. Salen de noche para cazar y duermen de día. ¡Estamos casi fuera!

-Pues bien, ve -murmuró Uter.

El bárbaro maldijo y, de un empujón, lo apartó de su camino. El ruido de sus pasos disminuyó rápidamente en la galería. Uter se dejó caer al suelo, cerró los ojos y se apoyó en la pared rocosa.

-Nunca había visto esas horribles bestias -murmuró Lliane a su lado-. Freihr parecía conocerlas... Si te quedas, me quedo contigo. Pero si nos quedamos, es la muerte...

Uter adivinaba su silueta sin conseguir, no obstante, distinguir sus rasgos. Acarició su mejilla y la atrajo dulcemente hacia sí, hasta que sus labios se encontraron. De nuevo, como en Gwragedd Annwh, en su primer beso, la reina entreabrió la boca y su lengua forzó los labios del caballero. Los hombres no conocían por aquel entonces semejantes besos. Fueron los elfos quienes se los enseñaron, como todo lo que el amor físico puede tener de dulce o desagradable. Y sin embargo los elfos decían que ignoraban el amor. No había en ellos pasión, juramentos o desesperaciones sentimentales. Las tribus élficas eran como clanes de fieras, rebaños de renos. Y nada de lo que podía aflojar los vínculos del grupo o substituirlos tenía su lugar en el corazón de los elfos. Ni siquiera el amor.

Se separó de Uter y posó su palma plana en la frente del caballero.

-Eorl frofur deore...

-No.

El joven tomó la mano de la reina, la besó y volvió a acariciar su mejilla.

-Guarda tu magia, reina mía... La de los hombres es más fuerte. Sonrió ante su incrédula mueca, dudó un momento y, luego, osó pronunciar la palabra.

-El amor...

Esta vez, fue Lliane la que apartó los ojos.

-¿Sabes lo que se dice entre nosotros? -murmuró Uter-. Se dice que el amor da alas.

Ella levantó las cejas, las frunció e inclinó la cabeza para mirar al joven.

-Era una imagen...

Se levantó y le tendió la mano para ayudarla. Abrazados, se pusieron en camino tras las huellas del bárbaro.

Freihr tenía razón.

Rápidamente, la oscuridad se volvió penumbra y la penumbra claroscuro, hasta el brillo cegador de un día, gris sin embargo.

Habían salido.

Abrazados aún, sosteniéndose el uno al otro, dieron unos pasos aún hasta el sotobosque que bordeaba las colinas, y se derrumbaron en la hierba cubierta de escarcha, olisqueando con delicia el aroma de la tierra, del musgo, el propio olor de la vida. Permanecieron así largos minutos, el tiempo necesario para acostumbrar sus ojos a la luz del día. Luego, Uter se arrastró hacia un matorral de saúco, cargado de grandes bayas rojas y azucaradas, y arrancó a manos llenas los frutos y las hojas, devorándolos como una bestia salvaje.

Mucho más tarde, cuando la luz declinaba sin que el sol se hubiera mostrado, pudieron levantarse, abandonar la incómoda maleza bajo la que se habían abrigado y bajar por la colina, en línea recta, a través de un bosque ralo de robles jóvenes, bajo el que prosperaba una vegetación de arbustos y de helechos, con el embriagador aroma del boj y el humus. Siguieron un caminillo, vago sendero que podía ser el rastro de un jabalí o una vía trazada por los hombres, descubriendo a través de los árboles el infinito espectáculo de la gran llanura nevada. Menos de una hora más tarde, tuvieron que detenerse antes de que la noche cayera por completo. Se sentaron junto a un arroyo medio helado, en un grueso colchón de hojas muertas, con los ojos clavados en la nada de la noche para no mirarse el uno al otro, en el silencio de la nieve. Un silencio que hacía palpitar el corazón de Uter y le producía estremecimientos. Y cuanto más se prolongaba ese silencio, más difíciles se hacían sus primeras palabras, sus primeros actos.

Lliane se levantó y, con el rostro únicamente velado por los largos cabellos negros, desabrochó su túnica de moaré y su cota de mallas, y se quitó las botas de piel y los brazaletes de plata. Uter, petrificado, oyó el paso leve de sus pies desnudos a sus espaldas, en la nieve, y sólo volvió la cabeza cuando la elfo lanzó una gran piedra en el arroyo para romper el hielo. Sus ojos acostumbrados a las tinieblas encontraron la picara mirada de Lliane, luego se

Librodot

deslizaron casi a su pesar por las curvas de sus hombros, de sus pechos, de sus caderas, de sus interminables piernas, justo antes de que ella saltara al agua helada.

Se zambulló bajo el hielo, desapareció unos segundos y quebró la superficie helada del arroyo, junto a la otra orilla. Uter apenas la distinguía ya, pero la adivinó, medio fuera del agua, con los largos cabellos negros pegados a su piel tan pálida, tan desnuda.

-¿Vienes?

El joven se desnudó precipitadamente y se acercó al arroyo helado, temblando ya antes incluso de meter un pie. Lliane se echó a reír.

-¡No lo hagas! -dijo-. ¡Está demasiado fría para ti!

Uter vaciló, pero ella se había zambullido de nuevo bajo el hielo. Un instante más tarde, brotó del agua justo ante él, reluciente y viva como un pez, casi en sus brazos. Sólo tuvo que abrirlos para que ella encontrara allí refugio.

-Caliéntame -dijo.

Uter tomó a la transida elfo y la llevó hasta su yacija de hojas muertas, donde la depositó dulcemente. Ella deslizó su mano hasta la nuca del caballero y le atrajo contra sí; luego, con un brusco gesto, lo hizo caer al suelo y se tendió sobre él. Uter castañeteaba de dientes y temblaba de la cabeza a los pies. Quiso acariciarla, pero ella tomó la mano que rozaba su espalda y la puso en el suelo.

-Creo que voy a ser yo la que va a calentarte -susurró tiernamente a su oído.

Uter cerró los ojos. Tendido en el suelo, temblando convulsivamente aún, sintió la calidez de la elfo que, poco a poco, se le iba comunicando, al compás de sus lentas ondulaciones. Sus largos dedos le rozaban los hombros, el torso, los muslos, y él se estremecía bajo la caricia de sus largos cabellos. Dando un respingo cuando sus labios se posaron en él, se abismó con los ojos cerrados en un lento vértigo de dulzura, olvidando los murmullos de la selva, el frío de la noche, todo lo que no fuera ella. Lliane se incorporó y le sonrió, sus muslos ciñeron las caderas del hombre y la lisa entrepierna se deslizó lentamente hasta su sexo, para rozarlo. Uter abrió los ojos y contuvo el aliento, pero ella se apartó. No sonreía ya, le miraba gravemente sin dejar de ondular junto a su vientre, como si sus caderas tuvieran vida propia. A cada una de sus respiraciones, nubes de condensación se evaporaban en el aire helado de la noche, y sus propios cuerpos humeaban como un lecho de brasas. Lentamente, las manos de Uter resbalaron por el vientre de la elfo hasta el pecho, se abombaron en torno a sus senos. Sus dedos dibujaron el contorno azul oscuro de las aureolas.

-Eres tan hermosa -murmuró.

-Hazme tu amor.

Entonces él tomó la grácil cintura de la elfo, tan ligera, tan frágil, y la penetró. Fue lento. Fue salvaje. Fue febril, ávido. Fueron las instintivas bodas de dos cuerpos hechos el uno para el otro y que se encuentran por fin. Fue una batalla y un abandono. Una revelación y un deslumbramiento. Y se adormecieron así, sin separarse, desnudos, como los primeros amantes del mundo.

Uter despertó gritando.

Pasos, pesados, a su alrededor. Antorchas. Sombras guerreras, erizadas de armas que lanzaban fulgores de acero a la luz de las llamas.

Se levantó de un brinco, interponiéndose entre los guerreros y el cuerpo de la reina, y grandes carcajadas sacudieron sus filas.

-¡Bien lo sabía yo! -dijo una voz que reconoció enseguida.

-¡Freihr!

-Ya ves, Freihr te lo había dicho: ¡estás enamorado!

El bárbaro se separó de sus compañeros, les tendió una capa de pieles y soltó una gran carcajada obscena que hizo enrojecer a Uter hasta la raíz del pelo. Lliane, con una risa de niña, le arrancó las pieles con gesto vil y se envolvió, presta, en ellas.

-¡Muy enamorado! -rió Freihr levantando aprobador las cejas. Uter siguió su mirada y vio lo que provocaba la hilaridad de los bárbaros. Tomó su cota de armas y se cubrió con ellas como pudo.

-Os buscamos desde hace rato -dijo Freihr-. Incluso hemos vuelto a la gruta... Venid. ¡Hay comida y bebida!

Sin dirigir una mirada a Uter, que intentaba vestirse conservando lo que podía quedarle de dignidad, Lliane recogió su ropa y tomó el brazo de Freihr.

-Creía que tu aldea había sido destruida -se extrañó contemplando a sus compañeros.

Eran unos diez, hombres, mujeres y niños, vestidos todos con pieles, como él, macizos como osos, con espesas cabelleras rubias peinadas en trenzas. La mayoría de ellos mostraban huellas de recientes heridas.

-No son de Umbral-de-las-Rocas, salvo Thorn...

Señalaba a un adolescente desgarbado, armado con una batería de venablos endurecidos al fuego, que bajó los ojos en cuanto comprendió que estaban hablando de él.

-Ignoraba que hubiera sobrevivido -dijo Freihr-. Oddon y su familia lo recogieron en el bosque... Los demás proceden de las aldeas fortificadas del Este. ¡Eso es todo lo que queda de los hombres libres de las Marcas!

-Tal vez haya otros.

Freihr inclinó la cabeza con vigor.

-Los encontraremos. Y construiremos una ciudad, una sola, más fuerte, más hermosa aún que Umbral-de-las-Rocas. Y, cuando vuelvan, ¡estaremos listos!

La mayoría de los bárbaros ignoraban el lenguaje común, pero sus ojos, a la luz de las antorchas, llameaban de excitación ante las palabras de Freihr. Lliane se ajustó la gruesa capa de pieles a los hombros y sonrió al bárbaro.

-¿Vamos? -dijo-. ¡Me muero de hambre!

Se pusieron en marcha y, en pocos minutos, llegaron a un grupo de chozas parecidas a las de los elfos de Gwragedd Annwh, salvo por sus proporciones. No había empalizada, ni puerta, ni vigía. Eran sólo simples refugios de ramas. No una aldea, aún.

Comieron juntos, reunidos entorno a una hoguera donde se asaba un ciervo, despreocupados y seguros de su fuerza, como una jauría de lobos. Uter observaba al bárbaro con disimulo. No era ya el mismo hombre desde que había encontrado a sus compañeros, como si se sintiera de nuevo investido de una responsabilidad para con ellos.

Freihr advirtió que le miraba, y Uter se turbó.

-¿No has puesto centinelas? -preguntó.

-¿Para defender qué? -dijo Freihr-. ¿Ves por aquí algo que deba ser guardado?

-Vuestras vidas, por lo menos... Freihr le miró con gravedad.

-Cuando no te queda ya más que la vida, no hay que estropearla temiendo perderla.

Luego recuperó su sonrisa y le asestó una de aquellas formidables palmadas cuyo secreto poseía.

-¡No tengas miedo! Esta noche, Oddon velará vuestros sueños.

-Guiñó un ojo hacia la reina.

-¡Estaréis mejor que al aire libre!

Grandes carcajadas le hicieron eco, alrededor del fuego. Uter se rió con ellos, pero una simple mirada de Lliane reanimó su deseo.

-Mañana -prosiguió-, encontraremos caballos, cuando vayan a beber... Y podremos partir de nuevo.

Lliane se levantó, rodeó las llamas y fue a arrodillarse ante el bárbaro, cuya gran mano callosa tomó.

-No, Freihr. Tú te quedas...

Le sonrió con ternura, luego le habló en la pedregosa lengua de los hombres del Norte. Muy pronto, las conversaciones callaron y todos escucharon las palabras de la reina, entre el crepitar del fuego y los murmullos de la noche.

Habló largo rato. Cuando se levantó, los ojos de Freihr se habían humedecido. Finalmente, tendió la mano hacia Uter.

-¿Vienes?

XXI
La pesadilla

Por la noche del segundo día, la ciudad resplandecía como un volcán, a la luz de centenares de incendios.

Todo había ido mal desde el comienzo.

Una familia de diez enanos -el padre, la madre, sus servidores y también sus hijos, simples comerciantes llegados a Loth para vender barras de acero forjadas bajo la montaña- había sido atrapada por un predicador de afeitado cráneo y su grupo de fanáticos. Hombres y mujeres armados con cualquier cosa, de ojos enloquecidos y alma atormentada, con la voz ronca a fuerza de haber aullado, blandiendo antorchas y amotinando al populacho, gritando que los enanos eran demonios y los elfos ángeles, que Dios les miraba y gritaba venganza.

Ninguno de los diez enanos era guerrero, pero procedían de la Montaña roja, eran gruesos como troncos de árbol e hirsutos como osos.

Antes de que comprendieran lo que les sucedía, una comadre de Loth atravesó a un enanito de apenas treinta años con su horca, y fue como si hubiera desencadenado la tormenta. La madre de la víctima la estranguló con sus poderosas manos antes de sucumbir bajo los golpes de la multitud. Entonces, el resto de la familia reaccionó por fin (los enanos son, a veces, de arrancada lenta) y se armó con aquellas barras de acero que había ido a vender. Al finalizar la reyerta, los muros de la calleja estaban manchados de sangre y media docena de cuerpos, hombres y enanos mezclados, yacían en el arroyo.

El primer incendio estalló en una taberna, cuando parte de los amotinados cayó sobre tres soldados de la guardia de Baldwin. Enanos acorazados, pesadamente armados y entrenados para la guerra, que jamás se separaban de sus hachas, ni siquiera para dormir, y que hicieron una carnicería, hasta el punto de que la muchedumbre, ebria de odio, los encerró en la posada y le pegó fuego, a pesar de los gritos horrorizados de los humanos, vivos aún, bloqueados en su interior.

Hubieron muchos incendios más y muchos combates, a lo largo del día y de la primera noche. Los enanos se organizaban y se agrupaban en escuadras semejantes a bloques de piedra, bajaban por las callejas aplastándolo todo a su paso, en una indescriptible carnicería que muy pronto se extendió hasta palacio. La guardia personal de Baldwin bloqueaba el ala reservada a los enanos, protegiendo la huida del viejo rey y, por cada guerrero enano muerto, el senescal perdía, más y más, los mejores soldados del ejército. Parecía que los combates no iban a terminar nunca, a pesar de los chorros de sangre que dejaban resbaladizas las losas, a pesar del horror de los combates cuerpo a cuerpo en los estrechos pasillos donde los caballeros humanos se golpeaban contra las paredes sin poder manejar sus largas espadas. Fueron luchas a puñal, combates de bestias sin táctica ni honor, con encarnizamiento y odio en vez de bravura. Tres de los doce paladines que formaban la guardia del Gran Consejo perecieron en aquellos asaltos sin gloria cuyo sentido no podían comprender.

Otro, llamado Ulfin, joven caballero apenas mayor que Uter, desapareció durante la noche y su cuerpo nunca fue encontrado. Se dice que la infamia de la matanza le dio horror y que, colocando su honor por encima de su juramento de fidelidad a Pellehun, ayudó al rey Baldwin a huir de la ciudad de Loth.

Al anochecer del segundo día, no quedaba ya un solo enano vivo en Loth.

Desde la alta torre a la que sólo Gorlois y él tenían acceso, Pellehun contemplaba, por la estrecha rendija de una tronera, el incendio que asolaba su ciudad. Bajo los muros de piedra de palacio, las calles estaban llenas de gritos, llenas de una muchedumbre frenética, aterrorizada y enloquecida, llenas de saqueos y violaciones, como si la ciudad se destruyera a sí misma, en cuerpo y alma. Fuera, el ejército estaba formado en correcto orden, inmenso, cubierto de hierro y acero, esperando sólo un gesto para ponerse en marcha y asolar el mundo. El reino de Logres se había sumido en la guerra total. Hombres, elfos, enanos. La pesadilla había comenzado.

Pellehun se apartó del siniestro espectáculo y se acercó al cofre fijado en la pared que constituía el único mobiliario de la estancia, salvo dos sillones, junto a la chimenea. Sacó de sus vestiduras una llave que llevaba colgada del cuello con un lazo y abrió las cerraduras. Levantó luego, lentamente, la tapa del cofre y contempló su más preciado tesoro, yaciendo en un colchón de terciopelo oscuro.

Librodot

Una espada de oro que brillaba a la luz de las antorchas, cargada de piedras preciosas y mil obras maestras de orfebrería.

La Espada de Nudd, el talismán de los enanos, al que éstos denominaban Caledfwch.

Excalibur.

Vieron, primero, una bandada de cuervos, girando en el cielo gris como una columna de humo, luego una manada de caballos, galopando libremente por la llanura, a lo lejos, sin jinete alguno.

El primer cadáver era el de un enano, apoyado a un altozano con el cuerpo acribillado a flechas. Luego, a pocas toesas, el de un elfo gris que casi sé confundía con la tierra. Uter desenvainó la espada y espolearon sus caballos hasta lo alto del desplome. El espectáculo les dejó petrificados.

Hasta perderse de vista, la llanura nevada estaba sembrada de cadáveres. Unos gnomos se atareaban alrededor de los cuerpos, desvalijando a los muertos, rematando a los heridos, y algunos perros salvajes se saciaban con sus despojos. De vez en cuando, una oriflama chasqueaba al viento invernal, mostrando el sombrío escudo con el hacha de oro de los enanos bajo la Montaña negra. A veces, los cadáveres habían caído en grupo y formaban siniestros túmulos erizados de lanzas y flechas. Y, por encima, el silencio real de la nieve, el graznido de los cuervos y el olor de la carnicería.

Lliane lanzó un grito salvaje y espoleó lanzándose a través del campo de batalla. Galopó hacia adelante, con los ojos anegados en lágrimas y el rostro entumecido por el frío. A su paso, los gnomos huían, doblándose bajo el peso de sus rapiñas, los carroñeros se marchaban hacia otro cadáver, mostrando los colmillos... Llegada al otro extremo de la carnicería, donde por fin la llanura nevada no estaba ya enrojecida por la sangre, tiró de las bridas de su caballo y saltó a tierra antes incluso de que se hubiera detenido. Uter la encontró encogida sobre sí misma, con el rostro hundido en la nieve, inundada de lágrimas, sofocada en llanto. Puso lentamente pie a tierra, avanzó hacia ella en un chirrido de nieve helada, la tomó de los hombros y la levantó. Lliane se acurrucó contra su pecho, sin dejar de llorar. Uter nunca la había visto así, aniquilada, desamparada, temblorosa... Tan humana.

La ayudó a montar en su propio caballo, cuyas riendas tomó. El de Lliane había huido lejos del campo de batalla.

Volvieron a atravesar aquella carnicería con la cabeza gacha, buscando supervivientes, pero salvo por un elfo atrozmente desfigurado por un hachazo que le había destrozado la mandíbula y que sólo podía babear sangre en un atroz gorgoteo, sólo había en la llanura muertos ya rígidos de frío.

Cuando la noche cayó, buscaban aún a la luz de una antorcha.

Encontraron al señor Rassul y a su elfo adicto, Assan, en un camino bajo, abrazados en la muerte, rodeados por cadáveres enanos cuya sangre se había helado en charcos rosáceos, entre la nieve y el barro. Reconocieron a los elfos de Gwragedd Annwh, elfos grises como casi todos los que allí yacían. Y todos los enanos llevaban los colores de la Montaña negra.

-Rogor -murmuró Uter en tono rencoroso-. Es culpa mía... Hubiera debido dejar que le mataran, en las marismas.

-Tal vez haya aún una esperanza -dijo Lliane-. No hay aquí ningún alto-elfo, ni otra comunidad enana... La guerra no se ha extendido aún a todos los pueblos... Hay que regresar a Loth. Debo hablar con Llandon, y tú le dirás al rey Pellehun lo que has visto. Baldwin, a él, le escuchará. Sin duda podemos...

Lliane calló. La cabeza le daba, bruscamente, vueltas y un extraño malestar la hacía vacilar. Aspiró profundamente grandes bocanadas de aire helado, recogió luego un puñado de nieve para refrescarse el rostro. Entonces le vio. El hombre-niño de cabellos blancos y larga túnica azul, apoyado en un sencillo bastón herrado, que la miraba desde lo alto de una colina, sonriendo. El hombre al que había divisado a orillas del lago. El hombre con el que se había cruzado al salir de Loth. El hombre al que sólo ella, hasta ahora, parecía capaz de ver.

Uter lo veía también, y sentía ahora el mismo malestar. Había desenvainado su espada y se había interpuesto entre la reina y la aparición, llevando en su mano izquierda la antorcha para iluminarlo mejor.

-¿Quién eres?

-Me llamo Myrddin -dijo el otro con una voz sorprendentemente joven y una inclinación de cabeza sarcástica, que podía pasar por un saludo pero que tenía, sobre todo, aspecto de burlarse del caballero.

-¿Qué quieres?

-¿Qué quiero? -rió-. ¿Pero por qué crees que debo querer nada de ti, Uter? ¿Tal vez porque crees que puedes serme útil para algo, tú, que has fracasado en tu misión, tú que no has podido impedir esa lamentable matanza?

La sangre del caballero abandonó su rostro. No se atrevió a mirar a la reina, pero sintió el peso de su mirada. ¿Pensaba, también ella, que había fracasado?

-¡Es demasiado pronto, Uter! -prosiguió Myrddin-. Y, además, todavía eres sólo un hombre.

Y soltó una carcajada aflautada, una carcajada de niño, juguetona y perfectamente desplazada en aquel horizonte de cadáveres.

Lliane le contemplaba, petrificada, y una evidencia se impuso por fin en su espíritu.

-No es un hombre -murmuró-. Y tampoco es un elfo. Sin embargo, tiene un poco de los dos...

-Tienes razón -dijo Myrddin-. No soy nada. Sólo el hijo de una elfo y un hombre... ¡Venid conmigo!

-Es imposible -respondió Uter-. Nunca ha nacido nada de la unión de los elfos y los hombres.

-Y sin embargo, existo, ya ves. Qué importa... Muy pronto no estaré solo.

Señaló el vientre de Lliane con una sonrisa de complicidad.

-Darás a luz a una hija, a la que los hombres llamarán Morgana. Pero no será el nombre que tú habrás elegido.

Lliane y Uter se miraron, y por los ojos de ambos amantes pasó cada etapa de su pensamiento, estupor, arrobo, amor, espanto, a medida que esas palabras tomaban todo su sentido.

-No debéis ir a Loth, os lo ruego -prosiguió Myrddin-. Habéis fracasado porque estaba escrito que debíais fracasar, pero habéis sobrevivido y, hoy, sólo vuestra supervivencia puede impedir la victoria de los hombres.

La sangre de Uter se heló de nuevo.

-¿Qué victoria de los hombres? -aulló-. ¿Dónde ves tú hombres? ¡Mira a tu alrededor! Mira esa...

Barrió con la mano el campo de batalla.

-... ¡esa carnicería! ¡Sólo hay elfos y enanos! Nosotros no hemos hecho sino intentar salvar la paz.

Myrddin soltó su risa horripilante.

-«¡Nosotros no hemos hecho sino intentar salvar la paz!» -chilló con una voz ridícula, imitando al caballero.

Lliane contuvo una sonrisa y eso acabó de enloquecer de rabia a Uter; el hombre-niño tendió la mano en señal de apaciguamiento.

-Perdóname, Uter... Es cierto, no tiene nada de divertido. Pero, ya ves, los hombres...

Se interrumpió como si un pensamiento muy distinto acabara de cruzar por su cabeza.

-Es cierto -murmuró-. Eres sólo un hombre aún. Pero algún día serás dos, como yo, y aquel día podrás comprender...

Luego se volvió hacia Lliane y recuperó el hilo de su discurso.

-Los hombres han tenido siempre miedo de todo. Del rayo, la tormenta, los torrentes, el bosque, la montaña... Y todo lo que temían era, para ellos, divino: el sol, las estrellas, los

grandes árboles o las piedras. Y ahora resulta que se ponen a venerar a un solo dios. Un dios único que substituye a todos los demás, a la vez padre e hijo, cielo y espíritu. Es lo que les faltaba, ¿comprendes? Una fuerza única, muy sencilla, la única explicación del universo y de todos sus misterios... Venid conmigo, debo mostraros algo.

Esta vez le obedecieron, cautivados por aquella voz débil y tan potente a la vez. Ni el uno ni la otra sentían ya aquel inexplicable malestar que habían experimentado cuando apareció. Treparon lentamente la colina y tomaron las manos que les tendía.

Visto de cerca Myrddin parecía realmente un niño, sin que por ello fuera posible atribuirle una edad. Su piel no era azul como la de los elfos, sino de una palidez inhumana, tan diáfana que parecía transparente, con cabellos blancos -no de aquel gris claro y plateado propio de los ancianos humanos, sino de una blancura absoluta, sin el menor reflejo- que formaban en torno a sus sienes un casco de nieve. Y, en toda aquella palidez, tenía los mismos ojos que Lliane, de un verde claro, intenso como el oro.

-Debíais fracasar para que el verdadero combate comience -dijo mirando a Uter-. Y en ese fracaso no hay vergüenza alguna, puesto que es lo que todos esperaban de vosotros, puesto que todos os han mentido, puesto que el propio objeto de vuestra búsqueda era sólo una traición. Naturalmente, puedes intentar salvar la paz, pero fracasarás, Uter, y esta vez tu fracaso será verdadero. Si vais a Loth, moriréis, y entonces la esperanza se desvanecerá para siempre. Los elfos, los enanos e incluso los monstruos desaparecerán en el crepúsculo del tiempo, como una leyenda lejana, hasta el día en que su propio nombre sea olvidado, vaciado de sentido, en el que nadie en la superficie de la Tierra crea ya en su existencia... Mirad.

Les llevó tras él y trepó las últimas toesas que les separaban de la cima de la colina. A lo lejos, el horizonte estaba enrojecido.

-Es Loth -dijo simplemente.

La ciudad seguía siendo presa de las llamas, y el corazón de los hombres ardía en ella con un fuego más intenso aún, dispuesto a incendiar todo el reino.

-Nadie sino los hombres ha provocado estas llamas... Nadie sino un hombre podrá apagarlas. Un hombre con la ayuda del aliento del dragón.

Myrddin miró a Lliane y Uter y, durante un instante, un velo de infinita tristeza heló su despreocupada sonrisa. Pero el paladín, fascinado por el horizonte en llamas, no lo advirtió.

-Claro -dijo el hombre-niño-, es demasiado pronto aún. Luego se lanzó hacia adelante, por la pendiente, desapareciendo a todo correr en el abrigo de la noche.

-¡Myrddin! -gritó Uter.

Una voz le respondió desde el corazón de las tinieblas, en el silencio de la nieve.

-Sólo los elfos me llaman Myrddin... Para los hombres soy Merlín.